

DAD AU  
CIÓN GE

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY



UNO TAXIL  
NFECCIONER  
DE UN  
EX-LIBRE  
PENSADOR



BX4668

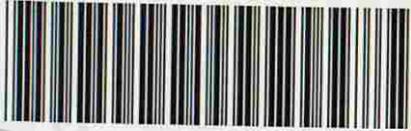
J6

1888

c.1

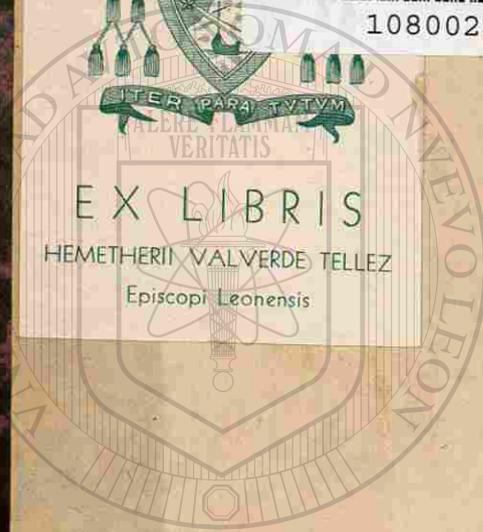
42862

005831



1080027787

EX LIBRIS  
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ  
Episcopi Leonensis



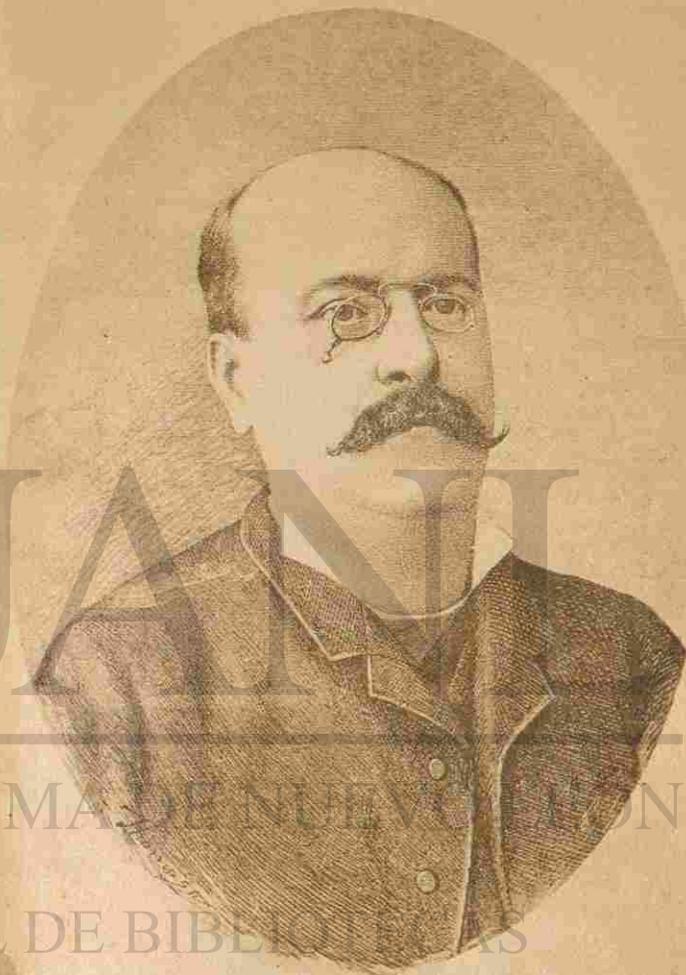
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

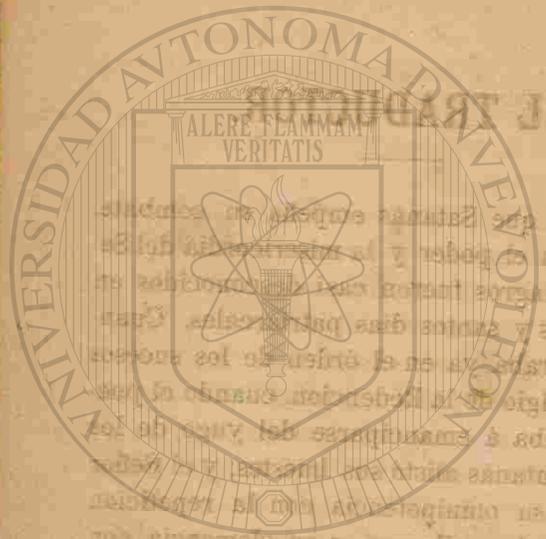




UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



**LEO TAXIL.**



EL TRADUCTOR.

EL TRADUCTOR.

A medida que Satanás empeña su combate, resplandecen el poder y la misericordia del Señor. Los milagros fueron casi desconocidos en los apacibles y santos días patriarcales. Cuando se preparaba ya en el orden de los sucesos el gran prodigio de la Redención, cuando el pueblo elegido iba á emanciparse del yugo de los Faraones, Satanás alistó sus huestes, y el Señor hizo brillar su omnipotencia con la repetición admirable de los milagros, y su clemencia, con la no menos frecuente de sus perdones.

Desde entónces la historia cuenta los prodigios por el número y violencia de los ataques.

Rugió el averno al sentir correr por el cauce de los pueblos la sangre que venia del Gólgota, y desató sus tempestades y lanzó sus legiones sobre los asilados en las catacumbas; pero á la vez el Señor desbordó los torrentes de su gracia sobre ellos, y los siglos estupefactos tienen ya el espectáculo de millones de mártires, para en-

005831

grandecer y sublimar al hombre sobre la miseria de su naturaleza caída.

Desde Neron hasta Robespierre, entre cuyas garras estamos; desde Juliano hasta Voltaire, cuya blasfemia está resonando, la misericordia y la gracia del cielo se han manifestado tanto más grandes, cuanto más recio ha sido el combate y mayor y más deplorable la ceguedad de los hombres y de los Estados.

Dada esa maravillosa proporción entre las creces de la obra satánica y las creces de las obras y de la gracia divinas, nada tienen de extraño á los ojos del cristiano filósofo, los portentos que se están realizando en nuestros días, y en el orden de las ideas.

Nuestra época es eminentemente impía á la vez que eminentemente reaccionaria. Yo no he podido compararla sino con la formidable avenida del Niágara, cuando las olas de su corriente, próximas á la catarata, como si presintieran el abismo se rebuyen, quieren retroceder, luchan y se chocan en confusión tan imponente como indefinible.

Entre esos fenómenos, cuya magnificencia nos asombra está la conversión de los grandes apóstatas, y aun de verdaderos gentiles, como Littré.

Hoy presento á los lectores de mi patria la historia de un hombre que llegó á lo más tene-

broso de la impiedad, que pisó el último escalon del abismo, que se encenegó en las más repugnantes realidades del libre-pensamiento, que hinchó su corazón de odio á Dios, como se hinchan las burbujas del mar al azotarlo las tempestades; que se electrizó con el fuego de los ángeles rebeldes, que rompió los poderosos vínculos de la amistad, los sagrados de la familia, los estrechísimos del amor y del deber filial, para libre ya abalanzarse á la Iglesia y destrozar su seno amoroso con la furia de un Satanás humano.

Leo Taxil, en efecto ha representado en la impiedad europea la más viva y perfecta personificación de Satan. Sus periódicos, sus libros, su propaganda toda, su hogar mismo, eran la forma por excelencia del infierno; pero ese hombre ha vuelto á la verdad. Las oraciones del santo Pío IX, las de un padre cuyos últimos días se abrevaron en la más amarga de las tribulaciones; y las de una santa mujer que oró durante diez y siete años inclinaron la clemencia del Señor, que de improviso hirió con su gracia aquella alma embrutecida en el más ciego ateísmo.

Inescrutable orden divino! El antiguo y voraz perseguidor del papado, calumniador de la Iglesia, enemigo de Dios y de la sociedad, se ha convertido en un inclito y poderoso defensor de ellos. El bien que está causando á las almas, es toda-

vía superior al mal que hizo con sus anteriores escritos.

Este libro se hacía necesario para la sociedad presente. La misericordia del Señor se lo pone en las manos. Sus lecciones todas, desde las que se refieren á la infancia, hasta las que provienen de la conversión, están llamadas á una aplicación constante y fecunda. Recomiendo especialmente á los lectores los capítulos intitulados: "Las Mentiras" y "La Propaganda del Mal." El primero da la clave para interpretar, comprender y definir la conducta de esta prensa impia, para estimar este alud de calumnias y de odio; el segundo nos enseña lo que debemos hacer; condena nuestra apatía, pone de relieve que el mal ha avanzado todo lo que nuestra indolencia le ha permitido avanzar.

Deseo aprovechar esta ocasión para participar al público una empresa que tengo proyectada. Estoy resuelto á publicar una biblioteca popular anti-masónica. Se han escrito obras voluminosas para los ricos y los sábios; pero ¿quién se ha acordado del pueblo? ¿quién se ha acordado de ilustrar su opinión, y darle elementos para formar su criterio histórico en contra del liberalismo?

Esta biblioteca se formará de tomos independientes entre sí. Cada tomo tratará de un punto histórico por separado.

Se publicará un tomo cada mes, de las mismas

dimensiones y, poco más ó menos, de las mismas páginas que el presente. Contando con cierto número de suscritores, podré dar solución al problema económico de esta clase de publicaciones y el tomo tendrá el infimo precio de CUATRO REALES en México y CUATRO Y MEDIO en los Estados.

Las materias que se tratarán en los doce tomos que constituyen la suscripción por un año serán las siguientes:

"*Las Hermanas Masonas* (Táxil).—*El Liberalismo pintado por si mismo*. (Traducción del francés por el suscrito).—*Historia Escandalosa de los Crímenes de tres Años*.—*Historia de la Desamortización*.—*Historia de las Expulsiones*.—*Historia de la Prensa liberal*.—*Historia de las Retracciones*.—*Historia de las Grandes Intrigas*.—*Historia de los Parlamentos*.—*Historia de las Traiciones*.—*Cuadros de la inmoralidad en México durante los gobiernos liberales*.—*Los Guerrilleros*, libro de Guerrillas, por el Guerrillero del Tiempo.

Esta serie es susceptible de variación, si los reputados autores á quienes tengo encomendado su desempeño lo creyeren conveniente para la propaganda.

Debo hacer presente que si no reuno el número necesario de suscritores para acometer la em-

presa, retiraré con dolor, ante la imposibilidad material de cumplirla, esta promesa.

¡Qué los hombres honrados nos secunden, que los que aman su religión, su patria y su familia nos ayuden en la lucha con el mal; que sacudamos ya esta apatía tan funesta como afrentosa; que nos hagamos no indignos de esa Providencia que quiso confiar, humanamente, á nuestros esfuerzos la defensa de la verdad social en una de las épocas y en uno de los países más revueltos de la historia; y que el Señor, sublime testigo de las tribulaciones y de los peligros de este pueblo, bendiga sus esfuerzos y haga fecunda la semilla del bien.

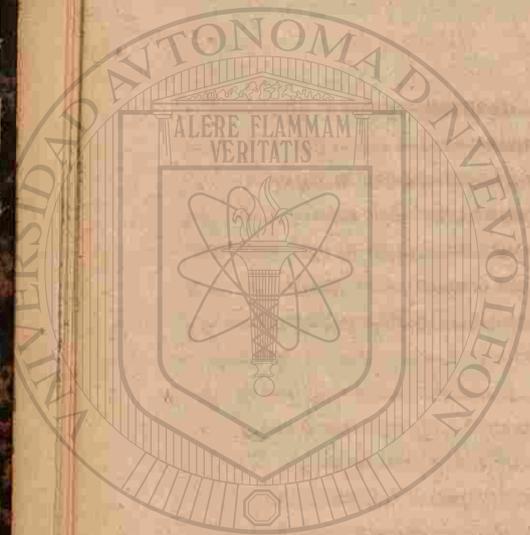
México, 5 de Febrero de 1888.

TRINIDAD SANCHEZ SANTOS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Hagámonos todo lo despreocupados que queramos, filósofos y racionalistas del día; pero ¿quién de nosotros, entre las agitaciones del mundo moderno, en la esclavitud voluntaria del estudio, en sus faenas laboriosas y solitarias, quién de nosotros, digo, podrá escuchar sin emoción el ruido de esas hermosas fiestas cristianas, el tañer patético de las campanas y, por decirlo así, sus quejas maternales? ¿quién podrá ver, sin envidia esos fieles que salen á torrentes del templo, y que vuelven de la sagrada mesa rejuvenecidos y renovados? Nuestro carácter permanece firme, pero tenemos muy triste el alma. El creyente del porvenir, que hace memoria de su pasado, deja la pluma y cierra el libro, no pudiendo ménos que exclamar: «Ah, ¿por qué no estoy con ellos, yo, uno de los suyos, el último y menor de sus hijos?»

(MICHELET, Historia de Francia.)

Imaginaos à un hombre que ha subido todos los escalones del crimen; cargadlo, con el pensamiento, de las más vergonzosas acciones que os

fuere dado imaginar; observad que duerme; se juzga para siempre alejado del bien, no tiene ya ni remordimientos ni conciencia, por lo ménos así lo cree. . . . Pero un día, así como en el sueño de Nabucodonosor, una peña *desprendida de la montaña viene á romper los piés de barro del coloso, de igual manera, sin causa aparente, se condensará en su corazón desesperado una lágrima; subirá del corazón, y, pasando por los caminos que Dios ha trazado para llegar á los ojos marchitos, rodará por sus mejillas. Esta sola lágrima le habrá revelado la verdad y devuelto el honor del bien.*

LACORDAIRE.

## I.

### MI INFANCIA.

MI FAMILIA.—EL PEQUEÑO COLEGIO DEL SAGRADO CORAZÓN.—MONGRÉ.—UNA BUENA PRIMERA COMUNIÓN.

Escribir la propia biografía, es ciertamente lo más ingrato que pueda imaginarse. Sin embargo, cuando ésta, lejos de servir para satisfacer la vanidad del que la escribe, tiene un fin moral, el deber hace que la tarea sea ménos penosa.

A mi entender, estoy en ese caso.

Habiendo combatido á la Iglesia durante diez y siete años, con un encarnecimiento y un furor de que hay pocos ejemplos, y habiendo salido súbitamente de ese abismo de odio, en virtud de un movimiento del alma tan inesperado como extraordinario, me creo en la obligacion de confesar al público mi pasado.

fuere dado imaginar; observad que duerme; se juzga para siempre alejado del bien, no tiene ya ni remordimientos ni conciencia, por lo ménos así lo cree. . . . Pero un día, así como en el sueño de Nabucodonosor, una peña *desprendida de la montaña viene á romper los piés de barro del coloso, de igual manera, sin causa aparente, se condensará en su corazón desesperado una lágrima; subirá del corazón, y, pasando por los caminos que Dios ha trazado para llegar á los ojos marchitos, rodará por sus mejillas. Esta sola lágrima le habrá revelado la verdad y devuelto el honor del bien.*

LACORDAIRE.

## I.

### MI INFANCIA.

MI FAMILIA.—EL PEQUEÑO COLEGIO DEL SAGRADO CORAZON.—MONGRÉ.—UNA BUENA PRIMERA COMUNION.

Escribir la propia biografía, es ciertamente lo más ingrato que pueda imaginarse. Sin embargo, cuando ésta, lejos de servir para satisfacer la vanidad del que la escribe, tiene un fin moral, el deber hace que la tarea sea ménos penosa.

A mi entender, estoy en ese caso.

Habiendo combatido á la Iglesia durante diez y siete años, con un encarnecimiento y un furor de que hay pocos ejemplos, y habiendo salido súbitamente de ese abismo de odio, en virtud de un movimiento del alma tan inesperado como extraordinario, me creo en la obligacion de confesar al público mi pasado.

Esta obligacion es satisfactoria para mí, porque el relato de mis extravíos, la narracion de mis errores llevados al extremo, y finalmente, mi conversion sincera á la verdad, darán, tal es mi conviccion, alguna esperanza á los que lloran la ceguedad de un pariente ó de un amigo.

Parecía que yo estaba extraviado para siempre en el indefinible laberinto del mal. No obstante, he salido de él guiado por una mano invisible que se apoderó de mí, y que á pesar mio me salvó del horrendo abismo. Puesto que la misericordia de Dios es verdaderamente infinita, todos los cristianos debemos poner en ella nuestra esperanza.

Comenzaré por decir que pertenezco á una familia del mediodía, entre la cual fué siempre proverbial la piedad.

Por parte de mi padre, figuran en nuestro árbol genealógico, san Francisco de Regis, el admirable Apóstol de Languedoc, y el Padre Claudio de la Colombière, venerable confesor de la bienaventurada Margarita María; y por la parte de mi madre, Monseñor Affre, el Arzobispo mártir, que en Junio de 1848, y en el momento de cumplir con una mision de paz y de fraternidad en medio de las barricadas del barrio de San Antonio, en Paris, cayó mortalmente herido por la bala de un asesino que permanece ignorado.

Mi abuelo paterno, Cárlos Jogand, tuvo cinco

hijos, á saber: Víctor, que murió en el servicio de Dios, siendo Capellan del Hospital de la Caridad, en Marsella; Mario, mi padre; Josefamiadrina, actualmente religiosa de Lion; Luis, que falleció, dejando una viuda con tres hijos, y Gabriel, que murió muy jóven de una manera trágica en la costa occidental africana, víctima de las hordas salvajes.

Mi madre, Josefina Pages, tiene una sola hermana, Rosa, la cual es viuda con dos hijos.

Los Pages son de Languedoc, y los Jogand de la Provenza.

Entre los primeros, se cuentan algunos republicanos del partido moderado. Tales fueron mi abuelo materno, Leonidas Pages, y su hermano Junio, que era consejero municipal en Marsella cuando estalló el 4 de Setiembre. Su llamado liberalismo, así como el de sus parientes los Affre, no les impedía ser cristianos profundamente creyentes.

Mi padre, católico ante todo, somete de una manera absoluta la política, en la cual se ocupa muy poco, á la religion, que á sus ojos es lo esencial.

Nací en Marsella el dia 21 de Marzo de 1854.

Mis padres me pusieron por nombre Gabriel, en memoria de mi tío asesinado por los salvajes de Dahomey.

Segun la costumbre muy extendida en el Mediodía, agregué el apellido materno al paterno. He aquí porque en el estado civil me llamo Gabriel Jogand Pages.

Soy el segundo hijo de mis padres. Mauricio es cuatro años mayor que yo. Profesa las letras, y esta ha sido la causa de que alguna vez se nos haya confundido; sin embargo, tal confusion no debiera tener lugar, puesto que, por razones que expondré más adelante, adopté el pseudónimo literario de *Leo Taxil*, y nunca he firmado algun escrito con mi nombre de familia. Por otra parte, en materia de religion, mi hermano y yo pensamos de distinto modo.

Tuve además una hermana, Margarita, que acaba de fallecer.

A los cuatro años y medio, ingresé como alumno externo á un instituto de Marsella, el Colegio del Sagrado Corazon, sito en la calle de Barthelémy.

Me acuerdo de esta escuela como si aun estuviera en ella.

Vestia aun el traje de los niños. Eramos una veintena de rapazuelos, á quienes la hermana María Antonieta enseñaba á leer; le dábamos un trabajo bárbaro. Pero la buena hermana tenía una paciencia inimaginable y era realmente buena. Nos amaba como si fuéramos sus hijos.

Más tarde, no me quedé atrás, entre los periodistas libre pensadores, en declamar con toda la indignacion del oprimido, contra la ferocidad de las hermanas que enseñan á las niñas ó á los párbulos. El más leve papirote, denunciado por una crónica cualquiera, nos servía de pretexto para declamaciones ditirámicas; un ligero tiron de oreja, ¡qué brillante motivo para levantar una grito contra el restablecimiento de la tortura! En cambio, me cuidaba mucho de hablar de mis recuerdos personales; me habria visto obligado á confesar que la buena hermana María Antonieta, la hermana *Confite*, como la llamábamos, porque tenía siempre las bolsas llenas de grageas, era para nosotros una verdadera madre.

Permanecí en el Sagrado Corazon hasta la edad de nueve años.

Los profesores que tuve, me dieron una buena instruccion primaria. Estos fueron: el Sr Ripert, un honrado anciano que nos hacia cantar en coro: *Maese Cuervo parado en un árbol*; el Sr. Fillion, á quien juzgábamos como el rey de la caligrafía, y el Sr. Roubaud, un venerable y pobre propietario, que se hizo profesor á fin de remediar la insuficiencia de su modesta renta, el cual, para tomar rapé sin que lo vieran los alumnos, se sambullia rápidamente en la tribuna y volvía á sacar

la cabeza al momento exclamando: Jogand, decline vd.: *rosa*, «la rose.»

¡Oh! el Celador general era terrible. Se llamaba el abate Plane, y tenía, el infeliz, la más ingrata fisonomía. Era tan cacariso, que nunca pudo afeitarse bien. Imaginaos un queso de *grullere* en cuyos agujeros hubieran puesto pelos. Le teníamos un miedo serval. Desde que M. Plane se presentaba en la puerta de una clase, nadie se atrevía á respirar; cada quien contenía la respiracion, temiendo parecerle *disipado*, ó verse condenado á *copiar un verbo*; pues, haciéndole justicia, no era avaro en punto á castigos. Con él, era preciso ser discreto. En una palabra: era este un coco, un fantasma de los más terroríficos; pero hoy, que ha pasado el periodo de los terrores infantiles, pienso que no era tan malo, y que el director lo habia escogido para las severas funciones de celador general, en virtud de su cara espantosa.

El abate Ytier, director, era la antítesis de M. Plane. Cuanto éste nos espantaba, tanto nos atraía el excelente M. Itier, siempre indulgente, siempre empeñado en hacernos agradable la escuela. Se habia reservado especialmente la clase de Religion; de manera que á él debo los primeros conocimientos de las verdades cristianas.

En Octubre de 1863, mis padres me enviaron

al Colegio de Nuestra Señora de Mongré, en Vllafranca, del Saône, cerca de Lyon.

Mongré es un colegio libre, que pertenece á la Compañía de Jesus.

El edificio, admirablemente construido, está situado en una basta llanura. El colegio tendrá unos seiscientos alumnos. Se está ahí perfectamente en todos sentidos. Mongré es superior á cualquier liceo, y aun á muchos colegios católicos; lo digo por experiencia: el establecimiento está lleno de comodidades, de que es difícil formarse una idea. Los estudios se hallan á una altura de las más elevadas.

Si es cierto que mi conciencia me remuerde por apreciaciones nacidas de una malevolencia intencionada; si tengo en mi pasivo críticas de mala fè, hechas durante mi insensata lucha contra la Iglesia, tengo por lo ménos el consuelo de que siempre hice justicia á mis maestros de Mongré. La impresion que conservé de ese colegio fué siempre tan grata para mí, tan indelebles fueron mis excelentes recuerdos, que, aun en lo más rudo de mis ataques á los Jesuitas en general, no podía ménos que hacer una excepcion de los padres de Mongré; me era imposible hacer lo contrario.

Y sin embargo, no fueron más que dos años los que permanecí en esa casa.

Los Jesuitas han adoptado un método, que es

en mi concepto el mejor; pero que requiere profesores muy difíciles de encontrar. Entre ellos, el alumno no cambia de profesor cada año, como sucede en los otros colegios. Un mismo Padre se encarga de determinados discípulos, desde la clase más elemental, hasta llegar á las superiores. De esta manera, el alumno trabaja con más facilidad, y, por otra parte, el profesor, conociendo á fondo las aptitudes especiales de su discípulo, le conduce más fácilmente á través de las dificultades de la instruccion.

Pero para esto, es preciso que cada Padre encargado de la enseñanza, sea de una capacidad extraordinaria, y que sepa á la vez ceñirse á todas las exigencias de su situacion. Id, pues, á solicitar de un profesor de Retórica en la universidad, que descienda á dar durante un año la clase elemental de Francés! Hé aquí por qué los alumnos afluyen á los colegios de Jesuitas.

Durante los dos años que permanecí en Montré, el colegio tuvo un lleno completo. Habia alumnos procedentes de las cuatro partes del mundo. Segun recuerdo, Italia y Portugal eran las naciones mejor representadas numéricamente; pero entre mis compañeros habia alumnos originarios de Batavia, de Sidney y de Nueva-Orleans.

En aquella época era superior, ó Padre Rector, el P. de Bouchaud.

Entré á la sesta clase, á fin de perfeccionarme en el latin, del que no habia aprendido más que rudimentos en el colegio del Sagrado Corazon.

El profesor de esa clase, se llamaba el Padre Richard. Era muy querido de sus discípulos. Incapaz de cometer la menor crueldad, se hacia respetar de ellos solo á fuerza de mansedumbre. y esto no era una afectacion, sino cualidad propia de su carácter. Era, pues, la bondad personificada.

En los ardientes dias del Estio, cuando hacia buen tiempo, solía sacarnos á pasear al campo, bastante léjos. Llevábamos pan y chocolate. En el camino, compraba cerezas á un labriego, y nos las distribuia. Llegabamos á un bosque y ahí, sentados á la sombra de los árboles, nos explicaba la gramática, el latin, el catecismo ó la historia. Despues jugábamos y merendábamos sobre la yerba. ¡Oh! os aseguro que con semejante maestro, estábamos á quien supiera mejor sus lecciones. Las excursiones de esta especie no eran frecuentes; pero cómo se empeñaban todos en cumplir con sus deberes, para agradar al bondadoso profesor y corresponder de esa manera á sus instructivos paseos.

El colegio todo habria querido pertenecer á la clase del Padre Richard.

Yo no era un mal alumno. Merced á la deferencia del Padre Rector actual, he consultado los archivos de 1864 y 1865, y visto con júbilo, que no pasaba inadvertido en las distribuciones de premios. En la sexta clase (1864) obtuve el primer premio en ortografía, y los segundos *accessit* en tema y version latinos.

En la quinta clase (1865) tuve el primer premio de tema latino, el segundo de Historia y Geografía, los primeros *accessit* de instruccion religiosa, de buena conducta y de version latina; el segundo *accessit* de ortografía, y una mencion especial de honor en los exámenes públicos.

Pero dejemos á un lado esos pequeños triunfos escolares y toquemos un asunto de muy distinta importancia: hablemos de un acontecimiento que ciertamente decidió de mi porvenir.

Tenia once años en aquel de 1865, el segundo que pasé en Mongré. A la sazón fué cuando hice mi primera comunión. Se iba á inaugurar la nueva y gran Capilla del Colegio. Para que la ceremonia fuese más imponente, se habian reservado los niños del año anterior, y éramos unos sesenta los que nos preparábamos para ese gran acto de la vida cristiana.

Segun la costumbre, nos habian separado de

los demás alumnos. Asistiamos á las clases como de ordinario; pero pasábamos las horas de estudio y las de recreo en un pequeño castillo unido al colegio y llamado, Castillo de la Barmandière; ahí teniamos tambien nuestro refectorio y dormitorio.

El director del retiro para los que iban á comulgar era el Padre Samuel, religioso de muy grande mérito y de piedad ardentísima; en una palabra, uno de esos hombres que no pertenecen á este siglo. Me creo en el deber de tributar á este santo eclesiástico un homenaje especial. A él debí el haberme preparado lo mejor posible.

Estaba yo excelentemente dispuesto. Entre un arrobamiento constante esperaba el hermoso día en que me sería dado recibir á mi Creador y mi Dios.

Todo mi pensamiento se concentraba en ese deseo, en esa hambre celestial. Hasta mis mismos trabajos escolares servian para excitar en mi alma infantil los sentimientos de la fé más viva.

Un día, el profesor nos señaló como asunto de traduccion, el episodio del combate naval entre Anibal y Eumenes.

Anibal, para ganar la batalla, hace un último esfuerzo á fin de batir el barco en que se halla el jefe de la flota enemiga. Va derecho á su navío, sin cuidarse de los demás que arrojan sobre

él una lluvia de terribles proyectiles; llega al barco de Eumenes y los marinos cartaginenses, arrojan multitud de ollas de barro. Los enemigos se burlan de él. ¡Cómo! ¿un solo navío viene contra la flota, y su ataque se reduce á arrojar guijarros? Pero de pronto cesan las burlas. Al romperse las ollas aquellas, dejan escaparse reptiles venenosos que se diseminan por el barco, enredando á los marineros, inutilizándolos y matándolos. Eumenes, jefe de la flota, queda fuera de combate, y Aníbal triunfa.

Hice yo mi traducción lo mismo que mis compañeros; pero este asunto, aunque absolutamente extraño á la religion, me habia inspirado reflexiones piadosas.

Concluido el estudio, envié un recado á mi confesor el Padre Futy, suplicándole con instancia que viniera al castillo, manifestándole que tenia una confidencia importante que hacerle.

El Padre Futy vino muy inquieto.

—¿Qué pasa, hijo mio?

—Padre mio; no tengo secreto alguno para vos; conoceis toda mi alma con sus defectos y sus caprichos, os suplico que me digais cual es mi vicio dominante.

—¿Por qué lo pregunta vd?

—Por esto:

Referi entónces á mi confesor la victoria de Aníbal sobre Eumenes, y agregué:

—Eumenes, el jefe de la flota enemiga es mi vicio dominante; los demás adversarios son mis caprichos, mis imperfecciones, mis defectos. Pues bien, yo soy Aníbal y quiero alcanzar una victoria completa. Como el general cartagines, debo emplear la táctica. Hacedme conocer á Eumenes; Iré derecho á él, sin cuidarme de mis otros enemigos. Daré órden á los marinos que estén conmigo de arrojar sobre los adversarios cachorros llenos de pequeñas víboras; mis marineros son mis pocas virtudes; las víboritas son mis plegarias. Ellas ligarán mis defectos, reduciéndolos á la impotencia, hasta que, cuerpo á cuerpo, y empleando mis fuerzas contra mi vicio dominante, logre vencerle en un combate supremo. Una vez muerto Eumenes, arrojaré al mar sussoldados desarmados é impotentes; y con los despojos de los enemigos y el precio de sus navíos levantaré un templo al Dios vivo.

Mis marineros permanecerán conmigo; otros soldados vendrán á agregarse á ellos, atraidos por el prestigio de mi victoria, y entónces, glorioso y triunfante podré recibir al Rey de los reyes en un corazon digno de Él.

Tal era la disposicion de mi alma al acercarse el gran dia.

Las lágrimas se agolpan á mis ojos cuando vuelvo á leer las cartas que escribía en aquella época, cartas que varios de mis parientes guardaron con grande cuidado y que se han dignado mostrarme.

El año pasado, algun tiempo despues de mi conversion, esto es, en Noviembre de 1885, fui á Lion con objeto de visitar á mi querida madrina, y aproveché este viaje para pasar á Mongré. Con dos ó tres dias de anticipacion habia suplicado al Padre Rector que tuviera la bondad de recibirme. Llegué, pues, de un modo algo intempestivo.

¡Cuán feliz me sentí al volver á ver ese amadísimo colegio, donde se deslizaron los mejores dias de mi infancia!

La primera persona á quien encontré fué al Padre Samuel, el mismo religioso que me había preparado para mi primera Comunión. Tambien él estaba de paso en Villa-Franca, y aprovechó su viaje para detenerse algunos momentos en Mongré.

¡Con qué gozo me arrojé, como un niño á los brazos del santo sacerdote! Meditad, pues, cuán elemente se manifestó el Señor al permitirme volver á encontrar, despues de veinte años, al venerable director de mi retiro para mi primera comunión!

Le pedí noticias de todos los padres que conocí.

Unos habian muerto, otros se hallaban diseminados en países lejanos.

El colegio no presentaba el mismo aspecto alegre de otro tiempo. La expulsion decretada por el gobierno, se dirigía, como es sabido, especialmente contra los Jesuitas. Mongré no había podido conservar más que cuatro ó cinco Padres para el cuidado del edificio y la direccion de los estudios. Los profesores son eclesiásticos y legos que habitan fuera del colegio.

¡Yo fui uno de los que pidieron la expulsion de las órdenes religiosas, en nombre de la libertad!... Qué remordimiento para todo lo que me reste de vida! . . . .

¡Ah! en ese día oré mucho en la capilla del colegio, y con todo mi corazon dí gracias á Dios por haberme perdonado mis pecados y mis crímenes.

Esta visita á Mongré fué para mí un inmenso consuelo.

Jamás olvidaré lo siguiente:

El Padre Rector, despues de haber sido mi guía, á través de los corredores y las clases, me condujo á una galería, donde están colgados todos los antiguos cuadros de honor, desde la fundacion del establecimiento. Ahí, á pesar de que me había hecho indigno de mis maestros, mi nombre siguió figurando en los cuadros pertenecientes á los años de 1864 y 1865; no lo habian borrado.

Y como enternecido manifestara mi asombro, el Padre Rector, me dijo:

—Jamás hemos dudado en Mongré de vuestra conversión á Dios.

El Padre Samuel agregó:

—¡Hicisteis una tan buena primera comunión!

Le recordé algunos hechos de aquella época; él á su vez me trajo á la memoria otros, insistiendo en que mi piedad había sido realmente ejemplar.

—Una mañana, en el castillo, durante el retiro, me dijo, entré en la capilla para orar ántes de decir misa; aún no aparecía la aurora.

Fué grande mi sorpresa al ver á un niño prostrado en las gradas del altar: en la noche había salido del dormitorio, tomado el gran crucifijo de la capilla, y quedádose velando. Aún tenía entre sus brazos la imágen del Salvador en la cruz; la besaba y la bañaba en lágrimas. Este espectáculo me conmovió profundamente; referí á todos nuestros padres esta edificante aventura.....

Ese niño érais vos; aquella velada tan ardientemente piadosa había tenido lugar pocos días ántes de vuestra primera comunión.

Agradecí al Padre Samuel el haber reavivado mis recuerdos. En efecto, lo conservo en la memoria, mi primera comunión edificó á todo el colegio. También recuerdo que fui elegido entre los niños de primera comunión, para dirigir la pala-

bra á uno de los Obispos que vinieron á Mongré en aquellos días.

La solemnidad tuvo lugar el Juéves de la Ascension.

El pan celeste nos fué dado por Su Eminencia, Monseñor Bonald, Cardenal Arzobispo de Lion, asistido por Monseñor Mermillod, obispo de Génova y Monseñor Marguerye, Obispo de Autun.

Perdóneseme el que haya entrado en tantos por menores. Mi objeto ha sido sostener la influencia de una buena primera comunión en el porvenir del cristiano. Por lo que á mí toca, el hecho es singularmente característico é indiscutible.

Católicos: empeñaos asiduamente en que vuestros hijos verifiquen con el más grande celo ese acto decisivo de la vida religiosa, y si lo lograis, estad seguros de que, aun cuando lleguen á pervertirse, la gracia de Dios no ha de abandonarlos jamás.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS



## II.

## LA CAIDA.

SAN LUIS.—LA PEQUEÑA OBRA.—UN LUVETON.—  
ULTIMAS ORACIONES.—UN SACRILEGIO.—MI PRIMER PERIÓDICO.—PERSPICACIA DE UN PROFESOR.

Durante las vacaciones de 1865, sufrí un accidente. Habiendo caído de lo alto de un primer piso, me rompí la pierna izquierda, y al verificarse la reapertura de las cátedras no me fué posible volver á Mongré.

Durante tres meses estuve en camá, con la pierna entablada. Hasta la Navidad logré poder andar. Me destruí considerablemente durante mi prolongada curacion. Me entristecía sobre todo pensar que mis condiscipulos, allá en Villa-franca continuaban, sin que yo los acompañase, sus progresos en el estudio. No era posible reparar un tiempo tan miserablemente perdido.

En Enero de 1866 aun estaba convaleciendo.

Mi madre, atendiendo á mi situacion resolvió ponerme en un colegio de Marsella; mi padre no quiso contrariarla. A la sazón acababa de establecerse un gran colegio en la quinta del Sr. Obispo. Monseñor Cruice fué el Prelado marsellés autor de esa fundacion.

La primera piedra del edificio fué colocada por Monseñor Dupanloup. La nueva institucion se llamó, Colegio Católico de San Luis.

Cursé tres años escolares en san Luis. Fueron mis profesores: en el primer año, el Abate Girard, de quien no conservo un recuerdo útil para ser mencionado aquí; en el segundo año, el abate Jouet, de quien tendré que hablar algo; y en tercer año el abate Carbonnel, que tuvo el presentimiento de mi futura impiedad.

En 1866 y 1867 formé parte de la *«division de los medianos.»* (1)

Si es verdad que tenía buenas calificaciones en la clase, en cambio no eran tan excelentes las del estudio; extraordinariamente travieso, era la desesperacion de nuestro Celador, el abate Guigou, un anciano y virtuoso sacerdote en extremo sencillo.

(1) El original: *division des moyens*. Conviene ese epíteto, al conjunto de alumnos que están, por su edad, en el periodo de transicion entre la niñez y la juventud. N. del T.

Como lo he dicho ya, había recibido en Mongré una sólida educación, así es que al pasar á San Luis estaba mucho más adelantado que los alumnos de mi edad, mis condiscípulos. Este cambio de colegio, efectuado bajo tales condiciones, fué de malas consecuencias para mí.

La clase de que entré á formar parte recibía una enseñanza que yo conocía ya casi por completo; de modo que no era mucha gracia el que con frecuencia fuese el más adelantado en traducción.

En el estudio aprendía mi lección sin dificultad y en un abrir y cerrar de ojos; en una hora despachaba el trabajo de dos, y no teniendo ya en que ocuparme, mientras que mis compañeros aun estaban hojeando sus diccionarios, procuraba divertirme para pasar el tiempo.

De ahí provenía la siguiente situación anormal: el profesor me proclamaba como el mejor alumno de su clase, y el celador me declaraba el más *disipado* de su división. En la distribución de premios de 1866 obtuve una multitud de ellos; pero, no hay que dudarle, el de buena conducta no se hallaba en ese número.

En este año me confirmé; recibí el sacramento con excelentes disposiciones. Lo travieso no había disminuido en mí la piedad. Agradable fué

el año aquel que pasé en la clase del Abate Jouet.

Mi profesor ardía en un verdadero celo religioso. Había traído de Yssoudun una nueva devoción: la de Nuestra Señora del Sagrado Corazon. Se sentía devorado por el deseo de fundar una orden religiosa. Tenía este sacerdote un temperamento de apóstol, una vocación irresistible.

Se desbordaba su alma cuando nos descubría sus piadosos propósitos; olvidando su papel de preceptor, el maestro se transfiguraba; lo inflamaba una especie de inspiración y nos hablaba con verdadera elocuencia.

El abate Jouet me dispensó la honra de elegirme para su auxiliar en el colegio; me nombró su *primer celador* entre los alumnos. Se estableció entónces en San Luis, con permiso del superior, el abate Magnan, una sociedad infantil, compuesta de algunos compañeros. Le pusimos por nombre, la *Petite Œuvre* (la *Pequeña Obra*, empresa ó cofradía). Cada miembro de la *Pequeña Obra*, se consagraba á propagar la devoción á Nuestra Señora del Sagrado Corazon. Abrigábamos la ambición de subvenir en algo á los gastos de los misioneros de Yssoudun. En esta ciudad nació el pensamiento al cual consagró toda su vida el abate Jouet.

El mínimum de cuota era un sueldo por año.

Uno de mis condiscípulos, Estévan Jouve,— que nunca se desvió del buen camino, y que ocupa hoy un lugar distinguido en la prensa meridional—habia hecho unos versos en gracia de la Pequeña Obra, de la que era tambien celador, los que pusimos como encabezamiento á nuestras hojas en que solicitábamlos cuotas.

Ese llamamiento á la caridad católica comenzaba así:

Un cuarto al año es poco y mucho.

De humildes causas han provenido

Frecuentemente grandiosos hechos;

Así se forman los grandes ríos. (1)

Y á la verdad nos esforzábamos mucho para salir bien con nuestra empresa. En nuestras familias, entre nuestros amigos, donde quiera que teniamos relaciones, íbamos, en los días en que saliamos, multiplicando nuestros esfuerzos y reclutando nuevos cofrades.

Nada podía hacer preveer que un día yo, desertor de la Iglesia me había de dar de alta en el ejército de sus enemigos.

Durante las vacaciones, mi padre me llevaba

(1) El original: "Un sou par an, c'est peu de chose,  
"Et c'es beaucoup. Les grands effets  
"N' ont biensouvent qu' une humble cause;  
Les grands fleuves sont ainsi faits."

algunos domingos, bien al Circulo Religioso de Marsella, de que era miembro, bien á una corporacion admirable, fundada por el abate Allemand para preservar de la corrupcion mundana á los jóvenes empleados en el comercio.

No tenía ahí más que buenos ejemplos, no recibia por todas partes más que saludables consejos.

Durante el año escolar de 1867 á 1868 fué cuando yo me extravié.

Habia pasado á la *Division de los grandes*. Entre mis condiscípulos figuraba el hijo de un capitán marino, llamado R\*\*\*, alumno mediano, pero compañero simpático. R\*\*\* y yo contrajimos mucha amistad.

El padre de mi amigo era francmason.

Por de contado que al poner su hijo en San Luis, no dió á conocer esa circunstancia al superior del colegio. Sin duda que era uno de esos republicanos bastante numerosos que, con objeto de que sus hijos reciban una instruccion seria, los ponen en establecimientos católicos de educacion, reservándose el destruir en ellos la parte de enseñanza que encierra las verdades cristianas.

R\*\*\* en una de sus confidencias de amigo, me reveló que su padre pertenecia á una sociedad misteriosa, y que él era *luceton*. Esta revelacion íntima, cuyo secreto me hizo prometerle, exitó

mi curiosidad de niño. Un día de paseo, conseguí el célebre folleto que Mons. de Segur acababa de escribir sobre los Francmasones.

Su lectura habría debido mostrarme el abismo, hácia el cual me dejaba arrastrar; pero no fué así. R\*\*\* me aseguró que la Franc-Masonería no era tan criminal como la pintaba Mons. de Segur; porque habia oído á su padre hablar siempre muy bien de ella. De modo que del folleto de aquel prelado no creí más que los párrafos en que dá algunas ideas sobre las diversas ceremonias practicadas en las iniciaciones.

Lo raro de las pruebas masónicas, las extravagancias de los misteriosos rituales, todo ello habia impresionado vivamente mi espíritu, mientras que permanecía indiferente á las apreciaciones y conclusiones del autor.

Hice algunos compendios del libro y saqué copias; formé igualmente una especie de manual que guardé en mi papelera. Lo repasaba á escondidas durante el estudio.

En las vacaciones de Navidad, mi padre fué llamado al colegio por medio de una comunicacion alarmante. El superior, que lo era entonces el Sr. abate Daimé recomendaba á mi padre que me llevara consigo. Yo no me daba cuenta del caso.

Fué el siguiente:

Un celador habia encontrado mi manual masónico. Los superiores del colegio se alarmaron.

Comparecí ante ellos. Me preguntaron lo que aquello significaba. Contesté que aquel manuscrito estaba formado con extractos del libro de Mons. de Segur. Como era evidente que yo decia la verdad, los directores del colegio se quedaron algo perplejos. Era difícil la conducta que debian observar conmigo en esa situacion. Por lo demás, nadie podía suponer la intencion con que formé aquellos extractos, porque no habia hecho mencion alguna de las confidencias con mi amigo R\*\*\* Solo mi profesor de tercer año, el abate Carbonnel declaró que el hecho de haber conservado únicamente los párrafos esencialmente masónicos, de una obra de este género, probaba que yo tenia tendencias depravadas. En suma, el consejo del colegio no me consideró digno de castigo; pero desde ese día el abate Carbonnel no me perdió de vista.

Advirtiendo esta vigilancia, andaba con mucho cuidado, y resolví no comprometerme. Había comenzado bien el año, bajo el punto de vista de los resultados académicos; además, ambicioso de premios quería mi parte de gloria en la distribucion de éstos, y procuraba evitar todo aquello que pudiera ocasionar mi expulsion de San Luis. Sin embargo, el alma estaba ya emponzoñada. No

era yo el mismo de los años anteriores. Estudiaba con ardor siempre que se trataba del griego, del latín, de historia ó de matemáticas; pero perdía cada vez más el interés por la instrucción religiosa.

Estaba minado por una fiebre interna.

En los días de salir, compraba los periódicos liberales para devorarlos. Los leía y los quemaba en seguida para que nadie pudiera sospechar lo que pasaba.

En medio de esta lucha moral, quería á cada paso recurrir al Abate Jouet que se mostraba siempre bondadoso conmigo. Había ascendido á primer Celador de la división de los grandes. Por momentos me hacía el ánimo de ir á verlo y decirselo todo; pero me arrepentía.

Entre tanto, no por esto había dejado de ser Celador de la Pequeña Obra. Cuando mi conciencia me decía á gritos que caminaba yo á mi perdición, intentaba hacer un esfuerzo para retroceder; pero á poco volvía á caer en la duda que se apoderaba de mí. En esa crisis, elevé mi plegaria á Nuestra Señora del Sagrado Corazón; le pedí que me defendiera. Estas fueron mis postreras oraciones.

Llegó la Cuaresma.

Mi confesor, el Abate C\*\*\*—actualmente Capellán de un hospital militar—vió con clari-

dad que mi alma estaba enferma de muerte. Me confesé para guardar las apariencias. No hice aprecio de sus consejos. Comprendiendo él, que le ocultaba la verdad, y que iba yo al confesionario obligado y estrechado por las exigencias del Reglamento, hizo un esfuerzo supremo la víspera del día en que todo el colegio debía cumplir con la Iglesia.

—Veo, hijo mío, me dijo, que no teneis las disposiciones necesarias para recibir la Eucaristía; os falta la fé; me referis vuestros pecados, no como quien se acusa de ellos, sino como quien relata una aventura. No teneis la menor contrición. . . . Vamos, decidme si me engaño; moveos á decir verdad, hijo mío; sed sincero.

—En efecto, contesté al buen sacerdote, que se quedó aterrado; no tengo ya fé.

—¡Dios mío! ¿tenia yo razón! replicó afijido, consternado; ¿y es esto posible. . . .? Pero entonces, hijo mío, no puedo absolveros.

Señor abate, le dije con cinismo, dejando intempestivamente de llamarlo *padre mío*, señor abate, ya sea que me deis ó no la absolución, he de comulgar mañana.

Mi confesor se deshizo en lágrimas.

—¡Desgraciado! murmuró, ¿no vacilais en cometer un sacrilegio?

Me levanté é inclinándome hácia él le dije fria-

mente y en voz baja: "si no comulgara con todos los demas, me haria muy notable; esto causaria un escándalo; ya mi profesor, el abate Carbonnel desconfia de mi. ¡No faltaba más sino que yo no comulgara! De seguro que sería expulsado."

Al día siguiente se verificó la solemnidad de la comunión general. Los alumnos iban á la Sagrada Mesa por grupos; todos los que ocupaban una misma banca se dirigian junto al altar.

Mi confesor oraba arrodillado en un rincon de la capilla.

Quando llegó su turno á los que ocupaban la misma banca que yo, avancé con ellos y recibí á Dios indignamente.

En el momento en que, separándome del altar volvía á mi asiento, observé un extraño movimiento en el fondo de la capilla. Los profesores y los ecladores rodeaban al abate C\*\*\* que sufría un ataque.

¡Ah! experimenté entonces un gran remordimiento. Pero no era por el sacrilegio que friamente habia cometido. No me reprendía por lo que mi sacrilega comunión tenia de abominable en sí misma, sino por sus malas consecuencias para mi pobre confesor.

¡Qué día tan negro pasé!

No me atreví á ir personalmente á informarme del estado del abate C\*\*\*. Me daban miedo los

resultados de ese accidente; porque el excelente eclesiástico habia sufrido un fuerte ataque. Hubiera querido presentármele y pedirle perdon; comprendía que un paso de esta naturaleza le haria bien; pero me detenía otro temor; me decia á mi mismo que si tenia una entrevista con el enfermo, todo se sabría ó por lo menos se comprenderia, y en tal caso sería yo expulsado de San Luis.

Despues de haber sido sacrilego, fuí vil.

¡Qué caída tan miserable!

El abate C\*\*\* se alivió. Jamás me volví á presentar delante de él; busqué otro confesor á quien me cuidé mucho de confesar. . . . mi crimen.

Como no habia más comunión general que la de Cuaresma, me limité en lo de adelante á confesarme—por supuesto en la apariéncia nada más—cada mes, segun la costumbre del colegio.

Todo habia concluido. El buen y pequeño Gabriel de Mongré no existía ya.

Mis padres ignoraban mi variación.

En San Luis únicamente se hizo constar á fines de este año escolar, que habia yo cometido faltas de disciplina.

Mis condiscipulos me tenian por republicano, pero no por impio, porque ocultaba mi impiedad, y no dejaba ver más que mi desordenado amor á la independencia.

En aquella época, entre los compañeros y yo

habíamos pensado fundar un periódico manuscrito, que circulara á las horas de recreo. Este órgano de la *division de los grandes*, se llamaba *El Tipo*. Éramos tres los redactores: Estévan Jouve, Leon Magnan y yo. Otro alumno llamado Berenguier, era el encargado de las ilustraciones.

El *Tipo* publicó en su primer número un programa en octavas, compuesto por Jouve, que era el poeta del colegio.

La octava que se referia á mí, comenzaba de esta manera:

Fiel á su roja bandera,  
Tratará de política Jogand (1).

Traigo á colacion este recuerdo, porque él dá una idea exacta de mis tendencias de entonces. Contaba catorce años, me apuntaba apenas el bozo —fui muy precoz— y ya me tenía por un personaje. En vez de jugar á la pelota ó á las barras, reunía á algunos de mis compañeros á mi alrededor y les daba clases de política á mi modo.

Cada vez que salía, traía al colegio los ecos de la campaña que el partido republicano había emprendido contra el Imperio.

Mi profesor, el abate Carbonnel, me dijo un día:

(1) El original:

“Fidèle á son rouge drapeau,  
Jogand parlera politique.”

Gabriel, acabareis mal; comenzais por los juguetes del *Tipo*, y esto os conducirá á las diatribas revolucionarias y á las impiedades del *Siglo*.

Por lo demas, mis artículos mataron al *Tipo*. Al cabo de algunos números, el Superior de San Luis nos mandó suspender nuestro periódico; ese género de disertacion nada tenía de clásico.

Bajo estas condiciones pasé tres años en el colegio católico de Marsella.

A principios de Junio caí en cama. A causa de una fiebre tifoidéa, fui llevado á mi casa, dos meses antes de las vacaciones grandes. La enfermedad fué muy grave y estuve á punto de morir. En los primeros dias de Agosto quedé fuera de peligro.

Pero si el cuerpo se había salvado, el alma, por el contrario, se hallaba en un estado lamentable. Mi orgullo, unido á una curiosidad funesta, la había alejado de Dios, y un horrible sacrilegio había producido las tinieblas en mi conciencia.

## III.

## LA REBELION.

EL PRESTIGIO DE UN LIBELISTA.—DOS ATEOS.—  
UN JUDÍO.—PROYECTO INSENSATO.—LOS VEIN-  
TICINCO FRANCO DE NUESTRA SEÑORA DEL SA-  
GRADO CORAZON.—HUIDA DE LA CASA PATERNA.  
—METTRAY.—EXISTENCIA POR PARTIDA DOBLE.  
—CARTA DE MI PADRE Á PÍO IX.—CONTESTA-  
CION DEL SOBERANO PONTÍFICE.

El día 1° de Julio de 1868, estalló un rayo en la atmósfera política; apareció el primer número de la *Lanterne*, de Enrique Rochefort.

De un extremo al otro de Francia, no se hablaba más que del virulento libelo semanario.

No bien sané de mi fiebre tifoidéa, cuando quise leer las acerbas páginas de ese Rochefort, que desconocido la víspera, revolvía al país.

Conseguí los ocho ó nueve números pasados de la *Lanterne*, y literalmente los devoré.

—Hé aquí mi hombre, me dije. Mi entusiasmo por Rochefort rayaba en el delirio.

Pasé el mes de Agosto en una agitacion, de que es imposible formarse una idea.

La *Lanterne* había provocado en las provincias la aparicion de una multitud de hojas virulentas, que yo saboreaba con delicia.

Habría querido ser periodista.

¡Qué sueño tan hermoso el de escribir y ser leído por el público!

Compré todos los periódicos del partido *avanzado*, y los coleccioné de una manera secreta.

Las doctrinas revolucionarias me atraían como un imán. Aprendía de memoria los escritos más exaltados.

La mayoría de las gacetas revolucionarias no tenían redactores bastante ricos para permitirse el lujo del caucionamiento legal, y no podían por lo tanto hablar de política, sino con alusiones y palabras de doble sentido. Pero como era preciso llenar las columnas, la emprendían contra la Religion y sus ministros. Por lo demas, todas esas hojas, para tener una razon de ser, se decían *periódicos filosóficos*.

Quando es uno jóven y se llena de admiracion por un hombre, quiere á todo trance conocerlo.

Me presentaba, pues, en las redacciones y con

el primer pretexto que se me ocurría, solicitaba hablar á los escritores que admiraba.

En todas partes fui bien recibido. El caso era realmente singular. ¡Qué podía haber de más extraño á los ojos de esos periodistas revolucionarios y ateos, que aquel hijo de una familia notable en toda la poblacion por su piedad, y el cual acudía á ellos con toda la fogocidad de sus catorce años?

Así pues, á fines de Agosto entablé relaciones con dos liberales materialistas, los Sres. Leballeur Villiers y Royannez, cuya amistad ejerció sobre mí una influencia decisiva.

El Sr. Leballeur-Villiers era el tipo perfecto del revolucionario.

Se verificaban reuniones en su casa para conspirar contra el Poder.

Era fotógrafo de profesion; pero se ocupaba más en la política que en la fotografía.

Era este hombre un gran diablo, seco, nervioso, enérgico; usaba perilla entre cana ya, y tenía los ojos chispeantes. Se le habria tomado por un Mefistófeles de cincuenta años. El 2 de Diciembre habia sido desterrado, si mal no recuerdo á Lambessa. Odiaba al Imperio con un odio implacable.

Cuando me refería los sufrimientos de su destierro, estaba yo colgado de sus lábios.

Me hubiera dejado matar por el Sr. Leballeur.

Tenia una esposa muy sencilla, muy amable; consagrada á su marido, sufría las consecuencias de la influencia de éste y participaba de sus ideas.

Sentía yo una especie de embriaguez cuando me hallaba á su lado.

El Sr. Leballeur-Villiers manejaba las armas, y era excepcionalmente diestro en la pistola.

Á veinticinco pasos de distancia, metía una bala en medio de un blanco de solo diez centímetros de diámetro

Un día, tomaba yo el café en su casa. Se entretenía en tirar en su jardin.

—Señor Leballeur, le dije, ¿quereis un buen blanco? Apuntad á este platillo.

Y estendiendo el brazo presenté con la mano el pequeño plato de mi tasa de café.

—Sea, me contestó, no os movais. Su esposa arrojó un grito.

—No os movais.

Permaneci inmóvil, confiando en su destreza.

Suele uno hacer estas locuras cuando es niño.

Disparó. El platillo volò en pedazos.

—¡Bravo! exclamé.

—Bravo por vos, jóven, repuso él.

Y me abrazó.

Despues agregó, volviéndose á su esposa:

—¡Hé aquí á alguien que, si fuere preciso, sabrá cumplir con su deber sobre una barricada!

Me pareció desde entonces que éramos el uno para el otro.

M. Leballeur-Villiers no se engañaba respecto de mí. Dada mi exaltacion en aquella época, habría yo dado en un momento mi vida por la República.

En cuanto á M. Royannez, era muy distinto. Barrigon, de cara ancha, tenía las maneras más apacibles. No obstante, escribía en los periódicos artículos cuya violencia no era inferior á los de la *Lanterne*; conspiraba en familia.

M. Laballeur-Villiers, creía todos los días que había llegado el momento de lanzarse á la calle. M. Royannez lo calmaba, diciéndole que los espíritus no estaban aún suficientemente preparados. Opinaba porque debían esperarse los acontecimientos. Era éste un revolucionario teórico, mientras que M. Leballeur-Villiers, era un revolucionario práctico.

Toda mi simpatía estaba por éste último. La prudencia del otro me parecía siempre impertinente.

¡Jamás se acabaría con el Imperio, si se dejaba continuamente la revolucion para mañana!

Un día, fué un soldado á retratarse á la fotografia de M. Leballeur-Villiers. Una vez termi-

nada la operacion, se pusieron á conversar. El artista aprovechaba cualquiera circunstancia para hacer su propaganda. Acosado el militar, acabó por declararse republicano. M. Leballeur-Villiers lo convidó á comer. Se sentía feliz.

—El ejército está con nosotros, decía por la noche; podemos avanzar.

Hablaba en estos términos con la mejor buena fé.

M. Royannez, templaba ese frenesí. Era el sabio Nestor que contenía los bríos de aquel fogoso Aquiles.

En casa de M. Royannez la vida era tranquila. No se rompían ahí platillos á pistoletazos. Tenía M. Royannez algo de patriarcal. Platicaba con su esposa de cosas domésticas, reservando todas sus teorías políticas, para la educacion de su hija Juana, que debía ser con el tiempo la Sra. Clovis Hugues.

Conoci tambien á la sazón, un tercer radical, el judío M. Simon Weil. Éste detestaba en primer lugar al catolicismo, y en segundo al Imperio. Me había cobrado gran cariño, y me decía á cada paso:

—El primer enemigo es el Papa. Cuando hayamos destruido la Iglesia, todo lo demás será fácil.

Mi padre ignoraba estas relaciones. Le amaba

mucho, y no me sentía con valor para confesarle el cambio que había yo experimentado.

Para no afijirlo, le acompañaba los domingos á Misa. Cuando comulgaba, yo me acercaba con él á la Sagrada Mesa, profanando sin escrúpulo un Sacramento en el que no creía ya. No obstante, me repugnaba semejante conducta. Sin preocuparme en lo más mínimo mis sacrilegios, me desolaba el ser hipócrita. Mi crimen ante Dios me tenía sin cuidado, mientras que mi simulacion ante mi padre me pesaba.

Pero ¿cómo decirle la verdad? ¡Qué golpe sufriría al saberla!

Vacilaba siempre, y no podía resolverme á revelar le la situacion.

Entre tanto, Rochefort, perseguido y sentenciado, se había visto obligado á refugiarse en Bélgica. El libelista desterrado aparecía ante mí con una auréola de persecucion, que duplicaba su prestigio, á mi modo de ver.

No sé cómo una mañana, me asaltó la idea de ir á Bruselas á reunirme con él. Era una idea loca, absurda; pero en el estado de ánimo en que me hallaba, nada me parecía imposible.

Me decía á mí mismo, que mi destino estaba al lado de Rochefort.

—Iré, pensaba, me le presentaré, le contaré mi historia y me comprenderá. Para subsistir, acep-

taré cualquier empleo, aunque sea el de lavaplatos en una fonda. En las horas de descanso escribiré; haré un libro, y estando así fuera del alcance del gobierno imperial, tomaré parte con la pluma en la guerra sin cuartel, cuya señal ha dado la *Lanterne*. Despues, á la hora de la revolucion, vendré á Paris á unirme á los sublevados, y con el fusil en la mano combatiré por levantar la República sobre las ruinas de la tiranía.

Tal era mi plan, y acariciaba este proyecto, sin ver todo lo que tenía de insensato. No vivía yo mas que para realizarlo.

La mayor dificultad estaba en llegar á Bélgica. De Marsella á Bruselas hay una gran distancia.

Atravesar Francia era un sueño. Se me figuraba que una vez puesta la frontera entre mis padres y yo, nadie podría volverme á la casa paterna.

Hice mis cuentas—porque aun tenía que hacer cálculos sobre la base de mis escasos recursos—y resolví pasar al extranjero por los Alpes. Podía llegar hasta ahí. Una vez en Italia, me decía yo viviré como se pueda, colocándome un mes en una poblacion, otro mes en otra, en cualquier empleo, reservando lo que gane para mis gastos de viaje, y acercándome de este modo en pequeñas jornadas á esa tierra prometida de mi imaginacion exaltada, Bélgica.

No tenía ánimo para confesar á mi padre que había perdido la fé, y me preparaba á abandonar á mi familia para siempre. Que explique quien pueda semejante anomalía.

En la casa no era yo solo quien se entregaba clandestinamente á leer los periódicos ateos y los libelos revolucionarios. Mi hermano, aunque mayor que yo, resentía mi influencia. Á pesar de que tenía cuatro años de edad más que yo, una sola clase nos separaba en el colegio. Así en Mongré, él estaba en la cuarta y yo en la quinta. Durante las vacaciones andábamos juntos. No sabíamos una sola vez el uno sin el otro.

Aunque no era tan apasionado en política como yo, mi hermano tenía igualmente el carácter aventurero, y llegó á ser mi cómplice en la simulacion ante mi pobre padre.

Mi hermano acogía, pues, espontáneamente mis proyectos, y cuando le hablé de huir de la casa paterna, para dar término á una existencia que nos pesaba, aceptó mi plan de viaje.

Vendimos cuanto teníamos. Uno á uno trasportamos al expendio de libros viejos nuestros diccionarios, nuestros libros de texto y otros. Teníamos una buena biblioteca. Esas ventas habían sido hechas con habilidad, sin que nuestros padres sospecharan que, los estantes siempre cerrados, en que guardábamos nuestras cosas, estaban

vacíos. Sin conservar más que lo estrictamente necesario, habíamos extraído igualmente aquellos trajes que era posible vender por cualquier cosa á los compradores de ropa usada. Durante cinco ó seis semanas, no habíamos gastado un solo cuarto de las pequeñas cantidades que la familia nos daba para nuestras golosinas. Por último, en el día mismo de la partida, vendimos nuestros relojes y nuestras alhajas. Teníamos por todo, cerca de ciento cincuenta francos; mas como nunca habíamos poseído semejante fortuna, creíamos firmemente que con aquello nos bastaría para ir hasta el fin del mundo, si fuera preciso.

Partimos el día 18 de Octubre, por la mañana. Era domingo. Amenazaba tormenta.

Dije á mi padre que íbamos mi hermano y yo á oír Misa al santuario de Nuestra Señora de la Guardia, y que despues de esa corta peregrinacion, si el tiempo se componía, daríamos una vuelta por el mar.

A fin de que no se sospechara nuestra huída, tuve la desvergüenza de rogar á mi madre, que mandara preparar para la comida un platillo que me gustaba mucho; agregando que estaríamos de vuelta á las once y media en punto.

Estalló la tormenta, y hubo una tempestad espantosa.

Mi hermano y yo fuimos arrebatados por ella.

—Nuestros padres creerán, decíamos, que nos cogió la tempestad paseando en el mar, y supondrán que hemos sido víctimas de nuestra imprudencia.

Pero, hé aquí algo muy singular que dará al lector una idea exacta de mi carácter.

No habiendo jamás confesado al abate Jouet la transformación que sufría yo, seguía siendo, á pesar mio, celador de la *Pequeña Obra*. Teniendo en mi poder las listas de suscritores, me había sido preciso, so pena de que se descubrieran mis proyectos, continuar recogiendo las cuotas de las personas entre quienes había anteriormente propagado la devoción de Nuestra Señora del Sagrado Corazon.

De aquí mi fastidio y mi perplejidad. Ese dinero no era mio. A pesar de haber sido destinado á la Iglesia, que yo consideraba entonces como el enemigo, y no obstante mi ardoroso afan por aumentar mis fondos, fuera por el medio que fuese, yo no podía apropiarme la suma que tenia en mi poder; esto hubiera sido un robo.

Algunos días ántes de nuestra fuga, encontré al abate Jouet.

Indudablemente, despues de mi separacion de San Luis, el abate Carbonnel, mi último profesor, hizo algunas confidencias al director de la *Pequeña Obra*. Probablemente le habia hecho partici-

par de sus temores respecto de mí. En efecto, el abate Jouet se mostró reservado al verme. Yo estaba en la calle, platicando con uno de mis nuevos amigos, cuya catadura era eminentemente democrática.

Dejando á mi amigo, me dirigí al misionero de Nuestra Señora, muy aturdido.

—Señor abate, le dije, tengo algunos fondos destinados á la *Pequeña Obra*. Dignaos decirme á qué hora estaréis mañana en casa, á fin de que os entregue ese dinero.

La suma era de veinticinco francos, poco más ó ménos. A otro día, á la hora convenida, la entregué al abate Jouet.

Cuando, un mes despues, en vista de las tristes noticias que de mí se recibieron en San Luis, el misionero no tuvo ya duda alguna acerca de mi perdicion, que á todos parecía irremediable, se maravilló de mi conducta en lo que concernía á la *Pequeña Obra*.

Todos decian:

—Nuestro pobre Gabriel se ha perdido para siempre; morirá en la impenitencia final.

Entre los profesores del Colegio Católico, solo el abate Jouet tenía esperanza de que volvería yo á la verdad.

—No, replicaba; no es posible que la gracia abandone á nuestro querido alumno. Cuanto más

él la repela, ella lo seguirá más y más; lo vencerá en los momentos en que él se crea más fuertemente acorazado por el mal. Tiene en su favor, contra todo el infierno desencadenado, la protección de María.

En Junio de 1882, fui á Italia con motivo de los funerales de Garibaldi. En Roma me invitó la *Asociación Democrática* de estudiantes de la Universidad, para dar una conferencia á la juventud de las escuelas. El Sr. Senador Caracciolo de Bella puso á mi disposición la sala de la Sociedad Progresista. Ahí, frente al Vaticano, con el corazón henchido de odio satánico, y con un furor sin igual, me desaté en invectivas contra la religión y el Pontificado.

En ese mismo día 10 de Junio, otra voz se elevaba desde el púlpito de una Iglesia de Roma, diciendo:

—Roguemos, hermanos míos, roguemos por un ciego, roguemos por uno de mis antiguos discípulos, que el infierno nos ha arrebatado, y que es preciso arrebatár al infierno.

Y el predicador, sin nombrarme, refirió la historia de los veinticinco francos de la *Pequeña Obra*. Al relatar esa anécdota, tenía los ojos bañados de lágrimas. Las plegarias de los fieles llegaron al cielo.

Este predicador, era el anciano misionero de

Issoudum, mi profesor en San Luis. Había realizado su sueño dorado de Apóstol. No se llamaba ya el *abate* sino el *padre Jouet*. La orden religiosa de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, aprobada por el Papa, cuenta actualmente con numerosos miembros esparcidos por los más recónditos lugares del globo. Hé aquí porque en 1882 el Padre Jouet, superior general, residía en Roma.

Pero volvamos á la poco edificante aventura de mi fuga de la casa paterna.

Era, pues, un domingo. Mi hermano y yo partimos. Tomamos el tren y nos detuvimos en Aix, donde pasamos el resto del día. Nos juzgábamos errantes, y se nos figuraba que todo el mundo reparaba en nosotros. A fin de pasar inadvertidos, procurábamos confundirnos entre la multitud.

Un café-cantante nos atrajo con su batahola, y nos precipitamos en él. Aquellos gritos de cantores de la peor ralea, aquel ruido de una murga reducida á su más simple expresión, pero que no obstante hacía una zambra excesiva; aquella atmósfera llena de humo, saturada de las emanaciones del alcohol y del acre hedor de la multitud, todo esto nos aturdió, y ya un poco ébrios nos olvidamos, en medio de aquel centro inmundo y malsano, del padre y de la madre, que allá en

Marsella estaban desolados y transidos de angustia mortal.

Comimos sin apetito, en una fonda de última clase. Despues de la comida volvimos á aturdirnos en el nauseabundo y cencerril casino.

Habia que esperar la media noche, hora en que salía la diligencia para Digne.

¡Ah, qué noche tan mala pasé en el pesado vehículo! Los saltos de este, y los remordimientos de mi villana accion, no me dejaron dormir.

Mi itinerario era el siguiente:

Llegar á la frontera por la parte Norte del departamento de los Bajos-Alpes, y entrar á Italia atravesando montañas por la garganta de la *Argentière*.

En *Digne* hay dos caminos para la frontera. El más corto, que va por Javie y Barceloneta, tenia el inconveniente de que atraviesa por lugares relativamente populosos, donde podiamos ser notados; por lo ménos, teniamos miedo de ello. El más largo, por Barrême, nos obligaba á volver á descender á Var, desde luego; pero una vez que hubiéramos atravesado por Barrême, no pasaríamos más que por pequeñas aldeas, trasponiendo sin cesar montes y valles, costeano los Alpes Marítimos, y llegando por fin á la garganta de la *Argentière*, por una region poco ménos que desierta, y llena de desfiladeros casi intransitables.

Tal fué la razon de que, despues de haber pasado la mañana en Digne, tomamos la diligencia de Barrême. Solo que, para no hacer alto en esta capital de distrito, nos detuvimos en una miserable aldea, de unos cuarenta habitantes, llamada Norante.

Ahi, estábamos ya en plena sierra. El lugar nos encantaba. Dos deseos contrarios luchaban en nosotros: por una parte ansiábamos llegar á Italia; por otra experimentábamos la necesidad de respirar aun nuestro pátrio aire de Francia.

Se decidió, pues, que permaneciéramos en Norante hasta el Juéves, y que en seguida partiríamos, sin volvernos á detener en parte alguna.

Como el lector lo habrá supuesto, no habia hotel en Norante; pero una familia de labriegos nos albergó. Aquellas buenas gentes, á quienes contamos una historia cualquiera, tenian por apellido Féraud, si mal no recuerdo.

El Juéves 22 de Octubre, cuando andábamos vagabundiando por las colinas, nos digeron que el Brigadier de la policia de Barrême queria hablar con nosotros.

Comparecimos algo cabizbajos ante el representante de la fuerza pública; este nos dijo,—lo cual nos aterró—que nuestro padre nos esperaba en *Digne*, á donde nos ordenó volver.

El gendarme se ofreció, con una bondad notoriamente maliciosa, á ser nuestro compañero de viaje.

Cualquiera resistencia era imposible.

Regresamos inmediatamente á Digne. El Sr. procurador imperial nos propinó una cruda reprimenda en presencia de nuestro padre, que estaba por cierto más affigido que nosotros. El pobre se creía víctima de una pesadilla.

—Pero, en fin, nos decía, sollozando, ¿por qué os habeis fugado? ¿Quién ha podido induciros á abandonar la casa?

Nosotros llorábamos también, y digimos lo que pensábamos escribir á nuestros padres cuando hubiéramos pasado la frontera.

Nuestro pobre padre estaba aturdido, aterrado.

Por fin, regresamos con él á Marsella; en el camino, nos refirió lo que había pasado.

Al ver que no volvíamos á casa el día de nuestra fuga, se nos creyó víctimas de algun accidente. Nuestra madre fué á la casa de uno de nuestros amigos, antiguo compañero de colegio, á fin de preguntarle, por qué rumbo nos habíamos ido á pasear.

Nuestro amigo, uno de los muy pocos á quienes habíamos participado nuestra fuga, declaró no tener noticia sino de un proyectado paseo por el mar.

No sé en qué términos se expresó; pero su declaración infundió sospechas á nuestra madre, y la excelente mujer comprendió que ninguna desgracia había acontecido, sino que algo se le callaba.

Volvió á casa, abrió nuestros estantes, y al verlos vacíos, se persuadió de nuestra fuga.

Algunos periódicos olvidados ahí, llamaron su atención; eran las hojas de M. Rollanes. Es probable que algunas veces hayamos dejado escapar apreciaciones de simpatía hácia el periodista liberal de Marsella. Nuestra madre las recordó, y con esa inspiración que solo el amor produce, dijo:

—En casa de M. Rollanez sabré la verdad. No se engañó.

M. Rollanez, á cuya casa acudió no le ocultó nada. Le comunicó cuanto sabía, le aseguró que había pretendido disuadirnos,—decía la verdad— y le manifestó que habíamos partido en dirección á Digne.

Entonces la familia se dirigió á la autoridad; funcionó el telégrafo, y nuestro itinerario fué descubierta.

Restituidos á la casa, tuvimos que sufrir los regaños de todos nuestros parientes, regaños evidentemente muy merecidos.

Las explicaciones que por mi parte daba, aun-

que sinceras, no eran suficientes para justificar nuestra calaverada.

—Por lo que á mi toca, decia yo á mi padre, no podia resolverse á confesaros, que continuando en la práctica de la religion, os engañaba, y tampoco podia imponerme por largo tiempo un culto que hoy detesto; esa hipocresía á que me arrastraba mi falsa situación, era para mí un suplicio, y he querido acabar de una vez.

Nuestros padres deliberaron sobre la conducta que debía observarse con nosotros.

Cuando meditaron bien el hecho, se convino en que el verdadero culpable de esta aventura era yo; que mi hermano había sido influenciado por mí; que mi imaginacion un poco precoz, y mi tan desatinada fogosidad eran la causa de aquel viaje de alta fantasía, que tenía por ideal á Rochefort y á Bélgica.

Mi padre, no sabiendo á que santo encomendarse, pedía consejo á todo el mundo. Era comerciante y tenía un sócio; éste le aconsejó que me aplicara un castigo riguroso, que me encerrara en una casa de correccion.

En definitiva, mis padres resolvieron que mi hermano continuara sus estudios, y que yo fuera encerrado en la casa de correccion de Mettray, hasta que volviera á mejores sentimientos.

Usando de su derecho legal de correccion, mi pa-

dre obtuvo del presidente del tribunal civil la autorizacion relativa, y el 1.º de Noviembre salí de Marsella custodiado por un gendarme. A la verdad, el gendarme nombrado para escoltarme hasta Mettray, no era un cualquiera. Era conocido y estimado de la familia; un dia había salvado la vida á mi tio, deteniendo su caballo desbocado; en esa virtud, era apreciado y querido por mis padres. Pero si para ellos era «el buen amigo Bécoulet.» para mí, era... un gendarme.

Marché en su compañía, maldiciendo á los consejeros de mi padre, rabiando por no poder liberarme de esa humillante correccion, jurando á la religion un ódio eterno, y prometiendo vengarme terriblemente, con el tiempo, del trato que se me daba.

Aquella larga caminata de Marsella á Tours, fué para mí un verdadero tormento.

En vano intenté escaparme; el gendarme no me perdía de vista un segundo.

En Mettray, me entregó con los directores, y me emparedaron en un estrecho aposento, con reja y cerrojos; una prision.

¡Ah, no intento invocar las circunstancias atenuantes. Era muy culpable, pero todavía creo, que el Sócio de mi padre no le aconsejó el verdadero camino que debía tomarse para corregirme.

Bajo el punto de vista de providad, nada podía

echármese en cara, y se me reducía á una prision creada para los malhechores.

Entre mis cuatro paredes, envidiaba la suerte de los jóvenes labradores enviados á Mettray despues de haberse sentado en el banquillo de la sala correccional. Iban y venian; vivían en el aire libre del campo, eran relativamente libres, y yo de sol á sol estaba encerrado en una celda, donde apenas podía dar cuatro pasos.

¡Ah, qué suplicio!

¡Qué! esperan que yo pida perdon, me decía á mí mismo; pues bien, no lo pediré, hoy seré más rebelde que nunca.

No tenia ciertamente porque quejarme de la asistencia; mi padre habia recomendado que no faltara nada, y me servían excelente comida.

El personal del establecimiento no tenia para conmigo más que consideraciones.

¿Pero qué me importaba todo eso? Yo hacia muy poco aprecio de sus atenciones.

—Dadme pan negro, verdugos, exclamaba yo, y devolvedme mi libertad.

Vivía en una continua desesperacion; furioso echaba espuma por la boca; era como una bestia feroz, traída del desierto y que rugía al verse en la jaula.

Un profesor, llamado M. Messiere iba á darme algunas lecciones, pues mi padre, esperando que

me enmendara, no queria que perdiese yo el fruto de mis estudios. Esas lecciones me agradaban, no por la nueva instruccion que en ellas recibía, sino porque me proporcionaban la oportunidad de tener papel á la mano.

Escribía á escondidas mis impresiones de joven preso. Tracé entónces renglones que he conservado, y que prueban perfectamente la rabiosa locura de que estaba poseído.

Se me permitirá que reproduzca algunos de ellos. Habiéndose escandalizado el público con mis violencias de periodista, y no conociendo el origen de éstas, me parece útil que el lector se forme un concepto exacto de mi estado moral, en la época en que deliraba de furor tras los cerrojos de Mettray.

Hé aquí un trozo de los más característicos. Ocupa un lugar de honor en mis memorias de preso; que se me perdonen mis catorce años y mi locura. Le puse por título:

## Los Salmos de Venganza.

I.  
El sol acababa de hundirse en el Océano, y la noche iba muy pronto á cubrir el mundo con su manto salpicado de estrellas.

005331

La madre, allá en un rincón de su estancia, derramaba torrentes de lágrimas y enjugaba sus húmedos ojos.

Y léjos, muy léjos de ella, el hijo lloraba también.

La distancia separaba sus cuerpos pero sus corazones estaban unidos por un dolor acervo

Y los perseguidores se regocijaban, ceñían su frente con guirnaldas de flores y humedecían sus labios en los vinos más exquisitos.

Cantaban, y sus boéas infames proferían palabras injuriosas.

«Gemid y llorad, hijos y madres; gemid mientras nosotros gozamos.

«Nosotros gozamos con las lágrimas del hijo; los quejidos de la madre son nuestra dicha y nuestro placer.

«¡Para nosotros el contento, para nosotros las dulzuras de la embriaguez! ¡Que se llenen de néctar nuestras doradas copas!»

Y la ánfora vertía torrentes de una bebida deliciosa, y el incienso exhalaba un olor suavísimo.

## II.

Entre tanto, léjos del tumulto y del ruido, en el fondo de un negro calabozo, yacía el preso infeliz.

Posaba su cabeza debilitada por el sufrimiento, sobre sus manos cargadas de cadenas.

Encendido su rostro por una cólera violenta y su corazón oprimido, quería ya reventar el pecho.

Centelleaba la ira en sus miradas, y abundantes lágrimas corrían de sus ojos.

La esperanza y el temor, el amor y la sed de venganza á un tiempo agitaban su alma, y el recuerdo de su madre venía sin cesar á su espíritu.

¡Ah, exclamaba, qué grande debe ser en este momento el dolor de mi madre, de mi buena madre, que tanto amo!

«Mis opresores son felices, sin duda, y la tribulación inunda el corazón de aquella que me dió la vida!

«¡Oh, tiranos, que me habeis arrancado de sus brazos, no durarán mucho vuestros placeres.

Porque la injuria que me habeis hecho, exige una pronta satisfacción.

Oh, madre querida, ¿quién me volverá á tu amor?

Nuestros enemigos triunfan, y la tristeza nos devora.

¿Por qué no opuse resistencia á sus pensamientos?

¿Por qué no levanté mi brazo contra los que me ponían emboscadas? ¿Por qué no abrí los ojos, cuando me arrastraban lejos de tí? ¿Por qué me he dejado conducir como un niño con andadores? ¿Por qué no he roto aún mis cadenas? ¿Por qué no he salvado todavía estos muros que me aprisionan?

¿Es que la ira pesa sobre mí; que el odio es implacable!

¿Quién me salvará de la esclavitud? Porque mi debilidad es mucha. ¡Oh, madre querida! ¿quién me restituirá á tu amor?

## III.

De pronto, el relámpago rompe la nube y un vivo fulgor ilumina el calabozo del prisionero.

Una voz llega á mi oído, y se repercute en el fondo del valle.

«Hijo, levántate, tus sufrimientos han terminado.

Llegó el momento de derrivar la tiranía y de devolver á tu madre la dicha y la tranquilidad.

Á tu preseucia tus enemigos, ántes tan orgullosos, hundirán sus frentes en el polvo.

Caminarás vejándolos, y la venganza seguirá tus pasos.

Hijo, levántate, corre á libertar á tus hermanos que gimen en la esclavitud.

Empuña el acero y ve á derrivar á los soberbios.»

El preso se irguió, sacudió sus brazos, que súbitamente recobraron su vigor, y las pesadas cadenas se rompieron con estrépito.

Caminaba, y sus piés no estaban ya sugetos con grillos.

Los muros se abrieron á su paso; ante él se allanaban las colinas.

Á su voz, los cautivos salían de sus prisiones, y los tiranos temblaban sobre sus tronos de oro.

#### IV.

En medio de una pantanosa llanura se levanta un castillo de sombrías y almenadas murallas.

Rodéanla las aguas sangrientas de un foso, y siete leones custodian sus puertas.

Los tigres y las panteras vagan en su derredor, las hienas aguardan su presa.

Los buitres tienen entre sus garras girones de carne, y las serpientes arrojan silbidos horribles.

En el interior hay un patio cubierto de cadáveres y empedrado con cabezas humanas.

En el centro se levanta una ancha piedra cubierta con la baba infecta de los reptiles.

Una mujer está de pié y ostenta una espada en la mano.

Las trenzas de sus cabellos son de vívoras entrelazadas, y sus ojos despiden relámpagos

Corre la sangre de la punta de su arma, el sudor chorrea de su brazo.

Esta mujer es terrible; su imperio es muy vasto.

Todos la temen, porque nadie puede escapar á su cólera.

Ella es quien guía al preso, al salir de su calabozo; es la Furia Vengadora que inmola á los opresores.

En mis arranques de furioso, no culpaba á mi padre. Tenía la convicción—y no me engañaba—de que él había cedido á inspiraciones ajenas.

Lo juzgaba apenado por mi prision, la que había pedido contra su voluntad.

Pensando en él escribía estos versos:

¡Oh, pajarillos que el cielo

Cruzais libres y gozosos,

Vuestros cantos melodiosos

Dan al cautivo consuelo.

Dejad llorar al que llora;

Cantad, porque es vuestro sino

Ser alegres de contino,  
Y felices á toda hora.

Y tú, airosa golondrina,  
Cuyo vuelo se encamina  
Al Sur, en pos del Estío,  
Pasa por mis patrios lares,  
Y en tus alas mis cantares  
Lleva al triste padre mio. (\*)

Frecuentemente se apoderaba de mí una cólera salvaje contra Dios; lo maldecía; hacía estremecer los muros de mi celda con horribles blasfemias. Luego caía abatido y me decía:

—No; ¡Dios no existe!

Y procuraba persuadirme de las tonterías del ateísmo.

(\*) *Petits oiseaux, qui volez dans l'espace,  
A vous la joie, á vous la liberté!  
Le prisonnier, dans sa captivité,  
De ses chagrins un moment se délasse  
Par vos accents mélodieux.  
Laissez pleurer celui qui pleure;  
Chantez: votre sort, á toute heure,  
Est d'être gais, est d'être heureux.  
Et toi, gracieuse hirondelle,  
Qui vas dans le midi pour retrouver l'été,  
Passé par ma Provence, et porte, sur ton aile,  
Porte mes chants d'amour á mon père attristé!*

En otros momentos, la tristeza me devoraba despues de mis accesos de furor. Entonces tenía inspiraciones extrañas. Sentía que un ser sobrenatural estaba cerca de mí, y lo invocaba, quien quiera que fuese.

Hé aquí una de esas poesias de la prision, escrita el 25 de Diciembre:

### La Noche Buena del desterrado.

¡Esta es la Nochebuena! ¡esta es! La Iglesia toda En éxtasis de gozo le canta al Redentor: Se regocija; en tanto yo, léjos de mi madre, Llorando estoy y henchido de bárbaro dolor.

Mientras en torno mio domina la alegría,  
Y á mis oídos llegan los ecos del placer,  
Mientras que son felices, yo yazgo en la tristeza,  
Y en el día más bello encuentro el padecer.

Para todos, el cielo es de un azul sin nubes,  
Y brilla la luz; solo la noche reina aquí.  
Mi borrascoso cielo, para otros está límpido;  
Y lento avanza el tiempo, tan negro para mí.

Es porque está vacío mi asiento en el banquete Doméstico, allá en donde feliz vivía ayer;

Que está triste mi madre porque le falta un hijo,  
Mientras brilla en los ojos de todos el placer.

¡Qué grande es mi congoja, qué grande es mi miseria!  
Y cuan abandonado en mi desgracia estoy,  
Oh, Dios, séas quien fueres, haz que tu fé me alumbre,  
Y que en tu amor se inflame mi helado corazón. (\*)

Esas cuántas páginas, arrancadas á mis memorias de preso, creo que darán al lector una idea del estado de mi alma.

Al volver á leer estas páginas, impregnadas á la vez de furor, de amor filial, de tristeza y de va-

(\*) C'est Noël! c'est Noël! L'Eglise, tout entière,  
Dans ses joyeux transports chante son Rédempteur,  
Elle se réjouit; et moi, loin de ma mère,  
Je pleure et suis rempli d'une atroce douleur,  
Tandis qu'autour de moi domine l'allégresse,  
Que j'entends retentir cris de joie et d'amour,  
Tandis qu'on est heureux, je suis dans la tristesse,  
Et je trouve á me plaindre au sein du plus beau jour.  
Pour tous, le firmament est d'un bleu sans nuage,  
Pour tous, le soleil brille, et je suis dans la nuit;  
Aux autres, le ciel pur, et pour moi seul, l'orage,  
Et le temps, lourde pour moi, bien lentement s'enfuit  
C'est que ma place est vide au banquet de famille,  
Où naguère on me vit joyeux et triomphant;  
C'est que dans tous les yeux un doux plaisir scintille;  
Seule, ma mère est triste; il lui manque un enfant  
¡Que je suis affligé! que grande est ma misère!  
¡Combien je suis ici délaissé, malheureux!  
O Dieu, qui que tu sois, fais, que ta foi m'éclaire  
Et que mon coeur glacé s'embrase de tes feux!

gas tendencias á una conversión á Dios, me digo con frecuencia: ¿quién sabe si, en caso en que mis padres hubieran procurado mi conversión, no con medidas rigurosas, sino al contrario, redoblando su afecto, quien sabe si yo hubiera vuelto muy pronto á la verdad?

Pero ¡ah! los consejos que el socio de mi padre dió á la familia, fueron de resultados funestos; fueron para mi de consecuencias deplorables.

El tratamiento de vinagre no convenia á mi temperamento; yo necesitaba miel.

Fuí pues indomable. Me sublevé contra la corrección; cada día que pasaba en la celda de Mettray, me exasperaba más; cada minuto de ese sufrimiento prolongado me afirmaba más en el espíritu de rebelión.

Acabé por hacer el sacrificio de mi libertad que me habian arrebatado, me resigné á la prisión, y habiéndome calmado con una calma sombría, formé friamente la siguiente resolución:

—No cederé. Dentro de tres años y tres meses, cumpliré diez y ocho años. Hasta entonces sufriré aquí.

El 21 de Marzo de 1872, usando á mi vez del derecho que la ley me otorgará, sentaré plaza en el ejército, dándome de alta antes de que me toque el sorteo. Prefiero mil veces el cuartel á la

prision; prefiero mucho más ser soldado de Bonaparte que cautivo de los clérigos.

Me juzgaba en efecto como una víctima del clero; creía erróneamente que mi padre había sido aconsejado, no solo por un socio, sino tambien por mi tío el capellan del hospital de Caridad, así como por el cura de nuestra parroquia, el cual era inquilino de mi padre;

Firme en mi resolucion, no aspiré desde entonces, sino á que llegara el día, aun lejano en que me sería posible lograr un puesto militar que me hiciera libre tres años ántes de ser mayor de edad.

Formé un cuadro, en el que escribia uno á uno todos los dias que me separaban de los 18 años. Cada noche, borraba una de las fechas de mi cuadro, y me acostaba diciendo:

—1184 dias aun. . . . . 1183 dias aun. . . . . Todavía 1182 dias de sufrimientos. . . . . Despues seré libre, y entonces, ¡qué venganza la mia!

Una mañana, el director del establecimiento que fué á visitarme á mi celda paró mientes en mi cuadro, y me preguntó lo que era. Se lo espliqué. Se afectó mucho, reflexionó detenidamente, me preguntó de nuevo, y salió meneando la cabeza de un modo que queria decir:

Vamos, he aquí un muchacho que no tiene remedio:

Creo que ese director, tan bondadoso como sensa-

to, escribió á mis padres dándoles su opinion, y de seguro inclinó á mi padre á renunciar completamente el sistema de medios de coaccion.

El 6 de Enero de 1869 el subdirector de Mettray me participó que estaba yo en libertad. Como el lector debe suponer, no me hice del rogar para prevenir mi maleta. Un empleado del establecimiento me acompañó hasta Tours; ahí me entregó un boleto del ferrocarril de Marsella, me dió provisiones para el camino, y me deseó buen viaje.

Subi al tren con la cabeza completamente trastornada: por una parte, estaba ébrio de gozo al verme libre; por otra, tenia la conviccion de que mi familia me había levantado el castigo contra su voluntad, y no agradecia yo á mi padre el que hubiera renunciado á sus derechos de correccion; mis padres habían hecho una prueba que no les había dado resultado, y juzgaron conveniente no continuarla. ¡Mejor para mí, me decía yo, pero tanto peor para el clero, que es el autor de cuanto me ha pasado! Y crecia más mi ódio implacable á todos *mis enemigos*.

Quizá haya esperado el lector que en el curso de este capítulo, hiciera yo una descripcion de Mettray. No he podido hacerla por una razon obvia: jamás vi el establecimiento. Sé que Mettray es

una colonia agrícola, poblada de jóvenes presos, muchachos culpables que han estado en la cárcel correccional por algún delito, pero que fueron absueltos por haberse juzgado que obraron sin discernimiento.

Los colonos empleados en trabajos de agricultura en una propiedad que tiene más de doscientas hectaras, gozan de una libertad relativa, y aprenden, según sus aptitudes, esta ó aquella materia. Por lo que á mí toca, ni un solo minuto estuve entre los colonos.

Ignoro si se fué más allá de las instrucciones dadas por mi padre. De todos modos, ello es que desde el primer instante de mi llegada, hasta el momento de mi separacion, no salí de mi celda, situada en la parte del establecimiento que se llama, si mal no recuerdo, *cuartel de castigo*. La celda no podía ser más estrecha. No tenía yo cama, sino un saco lleno de paja y colgado de los muros por dos ganchos, á manera de hamaca. La luz entraba por una ventanilla con reja muy alta, imposible de alcanzar. Solo los alimentos, como he dicho ya, nada dejaban que desear; pero yo habría preferido comer pan negro, con tal de ocuparme con los colonos en los trabajos del campo.

Todos los mártes, un celador me conducía á una cabaña, y ahí me ocupaba en cortar leña durante dos horas. Hé aquí el único ejercicio que

se me permitía hacer. No podía yo soportar que, no siendo un ladrón, no habiendo sido arrastrado á ningún tribunal, fuera tratado con más dureza que los ladrones.

De manera que mis sesenta y cinco días de celda en Mettray se gravaron en mi memoria, como un largo periodo de bárbaros sufrimientos.

Todos los que me rodeaban me parecían verdugos; veía á todos con horror. Solo una persona me simpatizaba, el profesor M. Messiere, que me dió durante mi prision, algunas lecciones de historia, de gramática francesa y de contabilidad; hombre de finas maneras, tenía sentimientos muy elevados.

Al llegar á Marsella encontré en la estación á mi padre que había ido á esperarme. Me abrazó llorando. No rehusé sus caricias, pero no pude decirle más que esto:

—No os guardo rencor... No, papá, no es á V. á quien guardo rencor.

Mi madre insistió en que yo continuase mis estudios. No había que soñar en un colegio católico. Ingresé al Liceo como externo libre.

Comencé desde entónces una vida por partida doble.

Mitad alumno y mitad periodista, iba diariamente dos veces al Liceo para recibir mis clases, y, cuando volvía á casa, echaba á un lado mis

deberes y pasaba lo demás del tiempo borroneando papel con impiedades, que me esforzaba en publicar en las hojas liberales de la ciudad.

Por de contado que volví á visitar á los que llamaba *mis amigos*: el conspirador Leballeur-Villiers, el ateo Royannez y el judío Simon Weil.

Mi padre, á quien no ocultaba yo mi conducta, estaba desesperado.

Llevaba yo triunfalmente á casa mis calificaciones de clase, mis certificados de ser el primero ó el segundo en traduccion, y, al mismo tiempo, hacia gala de abrir algunos periódicos de color subido, como la *Voz del Pueblo* ó *El Excomulgado*.

Mi madre no veía más que mis triunfos como alumno, y se llenaba de gozo. Mi padre, por su parte, no veía más que el abismo en que me hundía, y los gemidos le anudaban la garganta.

Si intentaba hacerme alguna observacion, yo levantaba el dedo y señalaba un inmenso cartel que habia colocado en el muro de mi cuarto.

En este gran cartel blanco, se leía una sola palabra escrita con colosales caracteres negros orlados de rojo: METTRAY.

Y para todo escribía ese nombre fatal; por todas partes se encontraban con él los humedos ojos de mi padre.

En la mesa me servía de réplica y de respuesta á todo. ¡Mettray! ¡Mettray!... resonaba como un fúnebre toque de agonía; el de mi alma perdida y el de mi corazón hecho pedazos.

En el mes de Marzo de ese mismo año, un padre Jesuita de la mision de Francia, director del Circulo Religioso, á que pertenecía mi padre, tuvo oportunidad de ir á Roma.

Mi padre le suplicó que llevara una carta al Soberano Pontífice. No siguiendo ya más que su propia inspiracion, mi pobre y querido papá habia recurrido á la plegaria, la verdadera y poderosa arma contra Satanás.

Hé aquí su carta:

*A nuestro Padre Santo, el Papa Pio IX.*

Santo y muy amado Padre:

Tened piedad de mí, porque tengo dos hijos muy pervertidos. Los encomiendo á vuestras santas oraciones. Dos jóvenes de 16 (1) y de 19 años, que no creen ya en Dios ni en la inmortalidad del alma.

*Uno de vuestros adictos hijos que os ama.*

*Miembro del Circulo Religioso.*

MARIO JOGAND.

(1) Mi padre cometió un ligero error respecto de mí; tenia yo entonces 15 años.

Marsella, 30 de Marzo de 1869.

Al dar cuenta de su cometido, el religioso que había sido mensajero de mi padre, le dijo, poniéndole en las manos la contestación:

—Tened fé, Dios no os abandonará. El Padre Santo participa de vuestra aficción. Su Santidad se ha dignado dar una prueba muy consoladora de su bondad paternal, escribiendo de su puño y letra los sentimientos que abriga su corazón para con vuestros desgraciados hijos. Tened fé.

En efecto, después de haber leído la súplica, Pio IX levantó sus ojos al cielo, por un momento; en seguida, tomando una pluma, escribió en el márgen de la carta estas palabras, que el porvenir debía convertir en una profecía:

*Dominus te benedicat, et illuminet filios tuos ut videant et amplectentur veritatem.*

PIUS. N.

¡Cuán misteriosos son los designios de Dios!  
Cuán inescrutables sus caminos!

¿No está ya fuera de duda que Pio IX el Santo, ha sido en el mundo, lo mismo que en el cielo uno

de los mejores abogados ante el tribunal de la divina misericordia?

Hasta últimamente fué cuando mi padre me dió noticia de su carta al Soberano Pontífice, y de la contestación que recibió. Después de mi conversión fué cuando me refirió la providencia que había tomado, y me remitió el autógrafo mil veces precioso.

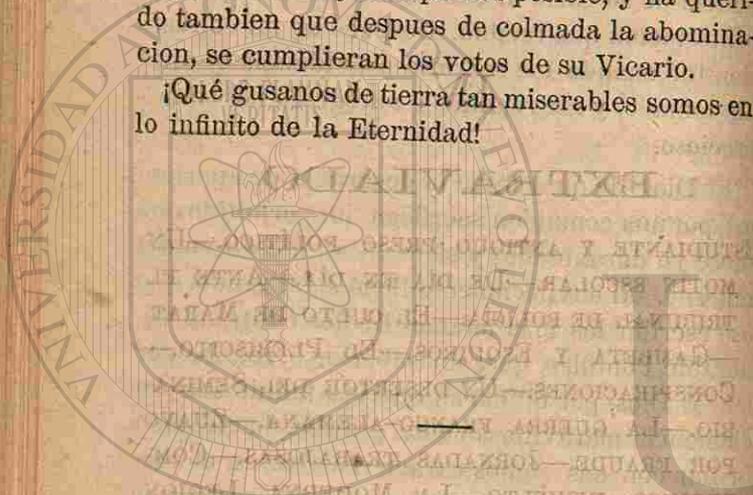
El Dios de quien tuve la desgracia de apartarme por una comunión sacrilega, ha permitido que fuese yo durante diez y siete años un esclavo del infierno. Mi envilecimiento llegó á tal grado, que osé escribir los más infames libelos contra el venerable Pontífice, que, sin saberlo yo, rogaba por mí. Y Dios, por último ha querido manifestar su clemencia maravillosamente grande, haciéndola brillar con sus signos característicos: en el momento en que agotaba todos mis esfuerzos por vilipendiar más que nunca la memoria de Pio IX, en ese momento, digo, fué cuando la luz de la gracia me iluminó.

Pio IX, escribiendo á mi padre, le decía:

*El Señor te bendiga é ilumine á tus hijos, de tal manera que vean y abracen la verdad.*

Los votos del Pontífice en 1865, se cumplieron en 1885. Dios, en sus sublimes planes que no podemos comprender, ha permitido que un hombre llegara á la mayor impiedad posible, y ha querido tambien que despues de colmada la abominacion, se cumplieran los votos de su Vicario.

¡Qué gusanos de tierra tan miserables somos en lo infinito de la Eternidad!



## IV.

## EXTRAVIADO.

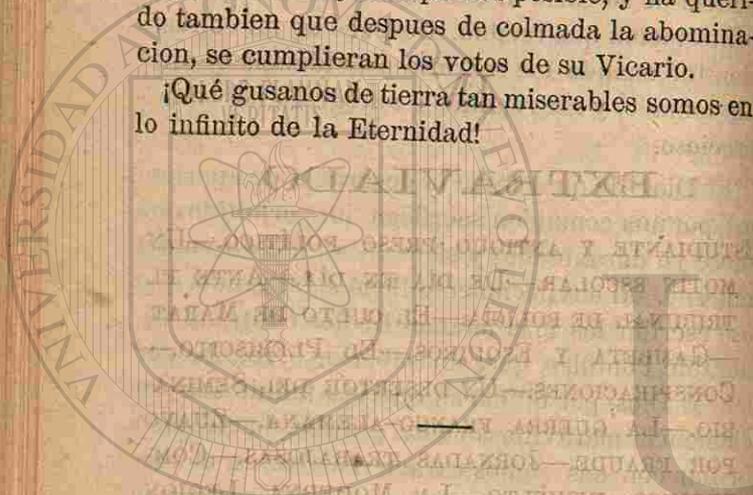
ESTUDIANTE Y ANTIGUO PRESO POLÍTICO.—UN MOTIN ESCOLAR.—DE DÍA EN DÍA.—ANTE EL TRIBUNAL DE POLICÍA.—EL CULTO DE MARAT.—GAMBETA Y ESQUIROS.—EL PLEBISCITO.—CONSPIRACIONES.—UN DESERTOR DEL SEMINARIO.—LA GUERRA FRANCO-ALEMANA.—ZUAVO POR FRAUDE.—JORNADAS TRABAJOSAS.—COMPROMISO DISUELTO.—LA MODERNA LEGION URBANA.—GARIBALDI.—LA GUARDIA CIVIL.—TRES PREFECTOS PARA UNA PREFECTURA.—LA COMEDIA DE LAS CORTES MARCIALES.—GENT Y LA BALA PERDIDA.—LOS CLUBS.—LEO TAXIL.

Héme ya en el Liceo de Marsella. Todos mis compañeros conocían poco más ó ménos mi historia, porque un diario liberal, *El Pueblo*, de Gustavo Naquet, la había referido.

Parece que en el caso mió, se dió á la ley una

Los votos del Pontífice en 1865, se cumplieron en 1885. Dios, en sus sublimes planes que no podemos comprender, ha permitido que un hombre llegara á la mayor impiedad posible, y ha querido tambien que despues de colmada la abominacion, se cumplieran los votos de su Vicario.

¡Qué gusanos de tierra tan miserables somos en lo infinito de la Eternidad!



## IV.

## EXTRAVIADO.

ESTUDIANTE Y ANTIGUO PRESO POLÍTICO.—UN MOTIN ESCOLAR.—DE DÍA EN DÍA.—ANTE EL TRIBUNAL DE POLICÍA.—EL CULTO DE MARAT.—GAMBETA Y ESQUIROS.—EL PLEBISCITO.—CONSPIRACIONES.—UN DESERTOR DEL SEMINARIO.—LA GUERRA FRANCO-ALEMANA.—ZUAVO POR FRAUDE.—JORNADAS TRABAJOSAS.—COMPROMISO DISUELTO.—LA MODERNA LEGION URBANA.—GARIBALDI.—LA GUARDIA CIVIL.—TRES PREFECTOS PARA UNA PREFECTURA.—LA COMEDIA DE LAS CORTES MARCIALES.—GENT Y LA BALA PERDIDA.—LOS CLUBS.—LEO TAXIL.

Héme ya en el Liceo de Marsella. Todos mis compañeros conocían poco más ó ménos mi historia, porque un diario liberal, *El Pueblo*, de Gustavo Naquet, la había referido.

Parece que en el caso mió, se dió á la ley una

interpretacion ligeramente torcida, pues cuando me encerraron en Mettray, no tenía la edad que marca el Código. Así es que un abogado republicano, M. Chappuis, escribió un ruidoso artículo con motivo de mi prision, que declaró ilegal; en él acusaba al presidente del tribunal civil y al procurador imperial.

En una palabra; por mi parte estaba yo encantado con esas recriminaciones. Me juzgaba yo un personaje y mis condiscipulos me veían con curiosidad, á lo menos; efectivamente, no habiendo en las clases un solo alumno que hubiera sufrido prision por causas semejantes á las que me habian conducido á Mettray; á los ojos de los estudiantes yo era en toda forma un *antiguo preso político*. Esto era más que suficiente para que me tuviera yo por un personaje.

Por otra parte, y en virtud de esta circunstancia especial, no era visto con buenos ojos por los superiores del colegio, particularmenté por el provisor. Yo estaba al frente de todos los pequeños motines escolares.

No era posible que permaneciera mucho tiempo en el Liceo, bajo estas condiciones.

Á fines del año de 1865, se trató de suprimir las vacaciones de Noche Buena. Los alumnos se indignaron. Los *grandes* se reunieron y acordaron protestar. Cinco ó seis, entre los que yo figuraba,

tuvieron plenos poderes para dirigir el movimiento áquel.

Tomamos la resolucion de que, mientras el provisor no derogase su disposicion, las recreaciones se verificarían *en boucan*; esto es, que en vez de jugar, los alumnos se reunirían en grupos en los corredores para arrojar gritos en todos los tonos posibles; en una palabra, para ejecutar una verdadera cencerrada.

El programa se cumplió al pié de la letra. No bien terminaban las clases, cuando todos, externos é internos, nos diseminábamos en grupos y arrojábamos interminables ahullidos. Era una algaravía de que no es fácil formarse una idea. Los vecinos se preguntaban mutuamente si el Liceo se habia pronunciado, si estábamos en los momentos de extrangular á los profesores y poner fuego al edificio.

Los infelices maestros de estudio, acorralados y despreciados, no sabían qué partido tomar.

Ademas, yo habia escrito un virulento artículo contra el provisor; y el *Pueblo* le dió hospitalidad en sus columnas. Recortamos el artículo y lo fijamos en cada clase y todas las salas de estudio; estaba firmado con todas sus letras, por este nombre: *Gabriel Jogand-Pagés*.

La cencerrada duró tres días. Á fin de poner término á ésta, el provisor re-

solvió complacer á los alumnos, viendo que el motin estaba perfectamente organizado—pues todo el Liceo tomaba parte en él—y que si sostenia su disposicion no le quedaba otro medio que cerrar el establecimiento. Sin embargo, á fin de conjurar la repeticion de semejante escándalo, ordenó la expulsion de los autores de éste. No hay para qué decir que yo fui el primer expulsado.

Los padres se quejaron y multiplicaron sus influencias. La administracion, que no era testaruda cedió tambien, y los alumnos expulsados fueron recibidos de nuevo, excepto yo. Era preciso un ejemplar. Mi artículo no podia ser perdonado; habia yo exaltado mucho el espíritu de insubordinación; así pues, pagué, en calidad de jefe del motin, por todos los revolucionarios.

Con esto colmé la medida á mi padre.

Por supuesto, que, aunque no me faltaba más que un año para concluir mi carrera, no quise ya oír hablar de colegio. Tuve el atrevimiento de pretender que me vastaba á mí mismo.

Desde luego me fui á la casa de mi abuelo; en seguida me aboné en un hotel. Desde entonces se determinó una absoluta separacion entre mi familia y yo.

Sabe Dios cómo viví al principio. Conseguia noticias para los periódicos, que en resumen de cuentas nada me pagaban. Al fin y al cabo, mi

padre era quien tenía que pagar mi abono. Entiendo que los únicos resultados pecuniarios que me dió mi pluma por aquel entónces, fueron los de algunas canciones que compuse para los cafés cantantes de la ciudad.

Yo estaba extraviado.

En las noches, por un resto de amor á la instruccion, asistia á la cátedra de física de la Facultad.

Por lo demás, me conducia como un verdadero pilluelo.

Por ejemplo: una noche al volver de la clase, tuve la hermosa idea de ir á romper las vidrieras de M. Lambert, comisario de la demarcacion. Otra vez fui á hacer lo mismo con los vidrios de la casa que habitaba el abate Daspres, vicario de la parroquia; solo que me cogió en *fraganti* delito un vecino del abate. Entregado á la policia, obtuve como recompensa de semejante hazaña tres dias de prision, no obstante los afanes de mi abogado el Sr. Bruto Bouchet, á la sazón consejero general, y despues diputado.

No creo que se pueda hallar un pícaro peor que yo, en aquella época.

Se acercó el fin del Imperio.

No siendo yo elector, me puse al servicio de todos los comités revolucionarios, para repartir sus programas, circulares y boletines electorales; por

cierto que desplegué en esta comision un celo de lo más ardiente.

El año anterior, la campaña política había sido muy reñida, en las elecciones generales. En las *Bocas del Ródano*, los principales candidatos habían sido Gambetta y Esquiros. Me pareció frío Gambetta y ofrecí mis servicios al comité de Esquiros. Los dos fueron electos por distintos distritos; pero solo Esquiros me inspiraba confianza. Á mi modo de ver, Gambetta había cometido el error imperdonable de hablar mal de Marat, en su proclama á los electores.

Tomé esta proclama muy por lo sério, y recuerdo sus párrafos principales. Puedo citar textualmente y de memoria aquel que me dió en cara. Hélo aquí:

«La democracia sincera, legal, decía Gambetta á los electores marseleses, es la única enemiga de la demagogia, el único freno, el único valladar de los demagogos de toda especie. Hay dos clases de demagogos: se llaman César ó Marat. Ya sea por manos de uno solo, ó por las de una faccion, quieren por medio de la fuerza satisfacer sus ambiciones y sus apetitos. Esas dos demagogias son, en mi concepto, igualmente odiosas y funestas.»

Marat era para mí un Dios. Sentía una profunda veneracion por su memoria. Se vendían en-

tónces en las papelerias retratos fotográficos de los principales hombres de la Revolucion. Yo traía siempre el retrato de Marat en el bolsillo.

¡Y hé aquí que Gambetta, de quien se hablaba como de un *bueno*, como de un *puro*, osaba pronunciar el nombre de Marat con palabras injuriosas! En su paralelo, el candidato lo colocaba abajo de un tirano; segun él, César tenía ambiciones, mientras que Marat no tenía mas que apetitos.

Indignado fui á buscar á M. Leballeur-Villiers.

—¿Sabeis lo que pasa? exclamé. ¡Hermoso está el candidato que nos han enviado los comités de Paris! Se publica en estos momentos una proclama, en la cual el candidato trata á los revolucionarios de demagogos.

Le recité el párrafo.

—¿Qué opinais de este señor, Leballeur?

Para mí Gambetta nos traiciona. Á pesar de sus apariencias de republicano, le veo toda la traza de un clerical.

M. Leballeur-Villiers me calmó. ¡Y no era que aceptara á Gambetta, oh, no! Pero en cierto sentido, el candidato era impuesto por las circunstancias: el proceso Baudin lo había convertido en adversario neto del Imperio. Es verdad que era un republicano moderado, un simple girondino;

pero era preciso sostener su candidatura, aunque fuera con repugnancia.

Esto no era para mí. M. Leballeur Villiers me manifestó que Gambetta era un zorro; que teniendo un rival tan temible como M. de Lesseps, candidato oficial, guardaba ciertas apariencias para atraerse á los legitimistas y orleanistas. La alusión contra Marat tenía por objeto adular á los nobles y agradar á la clase media.—Pero bien ¿y el pueblo? le repliqué, ¿acaso no lo toma en cuenta? ¿Qué significa este candidato dos caras, que deseando adular á los aristócratas y á la clase media, no teme desagradar al pueblo?... Por lo que á mi toca, no distribuiré una sola boleta de este tartufo.

En cambio, aunque únicamente en el Liceo, secundé con todas mis fuerzas al comité de Esquiros. ¡Ese era mi tipo, Esquiros! Había escrito la *Historia de los Montañeses*; no trataba á los revolucionarios de demagogos. Así es que por las noches, al volver del colegio, recorría las calles de la demarcación y echaba boletas de Esquiros en los buzones de todas las casas.

En 1870, fui aun más exaltado. Era independiente en los momentos del plebiscito. Vivíase separado de mi familia, y no tenía ya á quien dar cuenta de aquello en que empleaba el tiempo.

Luchaban todos los republicanos para lograr

que se votara, *no*. Emprendieron una propaganda de todos los diablos.

Entre las distribuciones de boletas que debían hacerse, había una difícil, y para la cual los comités tenían necesidad de entusiastas diestros á la vez que resueltos; la distribución al ejército.

Me ofrecí para ejecutarla al comité revolucionario cuyo presidente era Gaston Cremieux, un joven abogado que publicaba poesías muy violentas en el periódico de los Sres. Levalleur-Villers y Rollannez.

Cremieux meditó en que un joven de diez y seis años no inspiraría sospechas, y me encargó de una parte de la distribución en los cuarteles. Me trasladaba, pues á todas partes en que había tropa; me acercaba á los soldados y les daba proclamas anti-plebiscistas, y boletas con el *no*. Un día, con habilidad logré entrar á un hospital militar; tanto así era mi deseo de justificar la confianza que puso en mí Gaston Cremieux.

Fueron numerosos en Marsella los votos contra el Imperio. Me sentía orgulloso de su resultado, como si hubiera sido un triunfo personal.

Se conspiraba entonces por todas partes. Yo vivía en la conspiración como un pez en el agua.

Entre varios lugares secretos, había uno que frecuentaba yo mucho: estaba situado en el cuar-

tel del *Vieux-Port*, en una oscura callejuela que descendía del *boulevard* de la *Corderie* (jarciería) hácia la Nueva-Rivera; la sala servía también algunas veces para Lógia de franc-masones; los muros tenían vestigios de sus emblemas. Ahi se excitaba á la rebelión, se entusiasmaban mutuamente los conspiradores, y cada quien se mostraba impaciente por empuñar las armas.

Cierta noche, un jóven de diez y nueve años, de cara picada de viruelas, y cabellera en desórden, nos recitó unos versos contra *el déspota*, que produjeron en nosotros un gran entusiasmo; este jóven era nuevo en la reunion. Había venido de *Vaucluse*. Dotado de un temperamento muy ardiente, quiso en un principio ser sacerdote y pasó su juventud en el seminario. Despues, no sintiendo la vocacion del sacerdocio, colgó los hábitos, y á instancias de su compatriota Raspail, vino á lanzarse en la tormenta revolucionaria. Esta conducta, esta semejanza de antecedentes me llenaron de admiracion por él. Al concluir la sesion fui á darle un fuerte apretón de manos, diciéndole.

—¡Bravo, ciudadano! yo tambien fui educado en el error, y, como vos me he convertido á la verdad. ¿Queréis que seamos amigos para siempre?

—¡Toda la vida, hasta la muerte! me contestó con su fogosidad meridional.

—Nos abrazamos.

M. Royaméz ó alguno otro le habia dicho quien era yo. Él á su vez me dijo su nombre; se llamaba Clovis Hugues.

De esta manera pasaba el tiempo, arrastrando una existencia sin objeto, frecuentando los clubs, borroneando papel, tomando parte en todas las manifestaciones populares.

Sin embargo, cuando estalló la guerra, no me incorporé con la multitud. La inmensa mayoría gritaba: ¡A Berlin! Todos creían que íbamos á devorar de un bocado á nuestros enemigos los prusianos; los amigos y los enemigos del gobierno estaban conformes en ese punto. Solo que los republicanos aseguraban que ello serviría para que el Imperio se consolidara.

El comité revolucionario presidido por Gaston Cremieux decidió que debía organizarse una gran manifestacion en favor de la paz.

Y se verificó en los primeros dias de Agosto.

Logramos formar una reunion bastante numerosa, y con bandera en mano recorrimos las principales calles de la ciudad.

Como la manifestacion heria el sentimiento público, no estuvo escasa de accidentes. Nos silbaron de lo liudo, y nos cambiamos algunos bofetones. Un zapatero que era el abanderado, se condao como un héroe de los tiempos antiguos, defendiendo con valor el estandarte contra la mal-

titud que gritaba: «Mueran los prusianos.» En la plaza de la alcaidía el tumulto se puso sério. La gendarmería cargó sobre nosotros; se hicieron algunas aprehensiones.

Cuando fué disuelta la procesion, me volví triste á mi casa, reflexionando con amargura sobre las inconsecuencias de la multitud. Siendo republicano el pueblo de Marsella, no podía yo comprender que aprobara una guerra que debía beneficiar al Imperio.

Verdad es que en aquellos momentos todos soñaban en victorias; el pueblo Marsellez, olvidándose del Imperio anhelaba el triunfo de la Francia.

En los cafés-cantantes se cantaba la *Marsellesa*. La escaramuza de Sarrebruck había parecido una gran batalla. Después, la heroica jornada de Wissembourg, era un combate cuyo resultado había sido malamente expuesto por la prensa. El 9 de Agosto circularon en toda la ciudad los telegramas más absurdos. Se decía que Mac-Mahon había destrozado el ejército del Príncipe real de Prusia, que era ya nuestro prisionero con 25,000 alemanes, y quedábamos dueños de Landan.

Así pues, los manifestantes en favor de la paz estaban de capa caída.

Pero la loca embriaguez de la multitud no podía durar. Cuando supo á que atenerse respecto á las operaciones militares de las orillas del Rhin;

cuando se conocieron con toda su terrible realidad los hechos de Reischoffen y Forback sobrevino un desengaño espantoso. Entónces la exaltacion pública cambió de aspecto. No se gritaba ya: ¡A Berlin!, sino: «¡Salvemos la Francia!»

Me había sobreexcitado extraordinariamente la noticia de nuestros desastres. En semejantes circunstancias hice causa común con la multitud, y me separé de mis amigos pertenecientes á los clubs revolucionarios, cuya opinion era que se debía «dejar al Imperio destruirse solo»

—Ah, decían, si no estuviera al frente de Francia un emperador, la cosa sería muy distinta. Que se proclame la república, y entónces tomaremos las armas para defender el territorio nacional.

La suerte de la patria les era indiferente, desde el momento que no tenía el gobierno que deseaban.

Estaba yo indignado contra semejante actitud; y hoy me pregunto: «¿cómo esta conducta de los revolucionarios no me abrió los ojos?» Ante las hostilidades estaba por la paz, pero obté por la guerra desde el momento en que el sol francés fué eclipsado.

El 16 de Agosto resolví darme de alta. Solo que para ser admitido como voluntario en el ejér-

eito, era preciso, segun la ley tener diez y ocho años, y yo no contaba más que diez y seis.

¿Cómo vencer esta dificultad?

Me trasladé al registro-civil, é hice que me dieran una copia de mi fé de bautismo. Esta decía que nací el 21 de Marzo de 1854. Raspé el 4 y escribí 2. De este modo, el extracto del registro civil me daba los diez y ocho años reglamentarios. Nada podía ya oponerse á mi enganche en el ejército. Había yo cometido un delito; pero confieso que ese crimen no me ha causado el menor remordimiento.

Tenia yo además otro impedimento; soy extremadamente miope. Pero como es muy fácil disimular este defecto, logré ocultarlo sin trabajo al comparecer ante el *tribunal de revision*. Experimenté un gran júbilo cuando el mayor, despues de examinarme en ménos de un minuto, pronunció las palabras de ordenanza: „Bueno para el servicio.“

El 3.º de zuavos fué el regimiento en que senté plaza. (17 de Agosto).

La mayor parte de los nuevos soldados creían que iban á ser enviados al teatro de la guerra. No fué así. Enviaban por de pronto á los voluntarios á la ciudad en que se hallaba la guarnicion de su regimiento en tiempo de paz; de manera que aquellos que, como yo, habian querido ser zuavos pa-

ra ir inmediatamente al fuego, eran despachados á Algeria.

Protestamos,—tanto cuánto es posible protestar en el ejército—cuando estando ya en el cuartel, se nos dijo que partiriamos con destino á Toulon para embarcarnos. A fin de calmar nuestras patrióticas inquietudes, se nos manifestó que era indispensable ejercitarnos un poco en el manejo de las armas, y que esto no podía verificarse sino en el depósito del regimiento. Un soldado no se pertenece: nos vimos, pues obligados á ocultar nuestro mal humor; nos parecía que no habia necesidad de enviarnos tan léjos para enseñarnos el manejo del sable.

El 18 de Agosto en la noche llegamos á Toulon. Eramos muchos miles de voluntarios destinados á embarcarnos. El 19 en la mañana nos trasladaron á varios navíos. Yo pasé á bordo del *Intrépido*.

El 21 anclamos en Alger. Desembarcaron los soldados del 1.º de Zuavos, y el navío siguió adelante, llevando á los del 3.º á Philippeville. ®

Sthora se llama el puerto en que el *Intrépido* echó anclas el día 23. Es una pequeña poblacion que está á algunos kilómetros de Philippeville. Despues de tres dias que permanecemos en Stora, tomamos el tren de Constantina, ferrocarril re-

cientemente construido, y el 27 llegamos al depósito.

Fuí incorporado á la 7.<sup>a</sup> compañía del 1.<sup>er</sup> Batallón. Nuestra compañía no tenía capitán; el oficial que hacía sus veces, era el subteniente Larguillé.

Para ejercitarnos nos llevaba á la region montañosa de que Constantina es uno de los puntos culminantes; es decir, al Atlas. La montaña en que acampábamos es la Djeb-el-Ouach. Es un país muy hermoso; pero horriblemente salvaje; de noche las hienas y los chacales merodeaban á nuestro derredor, para devorar los desechos de nuestro alimento, y nos daban conciertos que nada tenían de melodiosos.

El Campamento permaneció en Djeb-el-Ouach hasta el 7 de Setiembre.

Este día, muy de madrugada nos dieron la orden de «mochilas á la espalda» y nos pusimos en camino, á través de las montañas, sin saber á donde íbamos.

Muy pocas veces he visto un país tan bello, tan pintoresco como aquel que atravesamos, en esa caminata por montes y valles.

La primera jornada, del 7 de Setiembre tenía por término á Smendou que, á vuelo de pájaro dista 27 kilómetros de Djeb-el-Ouach; esto es, más de 30 kilómetros por el camino carretero. Pero,

¡que aprisa caminamos! Todo mi equipo de zuaivo no me pesaba una onza.

¡Qué placer experimentábamos en ir siguiendo al rio Oued-el-Kébir, que desciende de los altos riscos de donde partimos, que blanco y espumoso corre con estruendo, serpeando graciosamente, precipitándose en seguida por rocas abruptas, lanzándose en desfiladeros grandiosos, en abismos profundos y salvajes, y acompañándonos alegre con su música de torrente impetuoso que salta de cascada en cascada.

En ese día nos pareció muy corto el camino.

A otro día, la segunda jornada. De Smendou á El-Arrouch hay 33 kilómetros. Este camino fué tambien agradable. Atravesamos El-Kantour sin detenernos en él, y á la hora del crepúsculo llegamos al término de la jornada. Había sido día de mercado en El-Arrouch, y la pasamos bien. Más por otra parte, el mercado atrajo á los alrededores ciertos huéspedes de las selvas, nada cómodos por cierto. Toda la noche nuestra columna estuvo atizando luminarias para alejar á las bestias feroces. Por lo demás, nos fué imposible cerrar los ojos, tan estridentes así eran los bramidos de aquellas fieras. A otro día por la mañana, á la hora de marchar, los vecinos nos contaron que las panteras del país habian tenido una campaña.

Á los primeros rayos del sol, emprendimos el camino. Esta tercera jornada debía ser más larga; tenía cuarenta y cuatro kilómetros, pero des-cansaríamos un día entero en Semmapes.

En esta vez la jornada no fué alegre. Comenzábamos á cansarnos. De El Arrouch á San Carlos, por Gastonville el camino fué monótono. Además, para trasladarnos de San Carlos á Semmapes, había que pasar por montañas escarpadas, y estos ascensos y descensos que nos habían encantado al principio del viaje, no cuadraba mucho que digamos á nuestras piernas rendidas.

En esta parte de nuestra peregrinacion tuvimos, no diré el placer, pero sí la particularidad de encontrar un soberbio leon que, muy tranquilamente instalado sobre un peñasco, á cierta distancia del camino, nos vió pasar sin hacernos la menor amenaza. Se cerraron las filas; los que cantaban, guardaron silencio; nos limitamos á ponernos en guardia para un caso de ataque y, absteniéndonos de hacer cualquiera provocacion, seguimos gentilmente nuestro camino.

Creo que el señor leon y nosotros nos vimos mutuamente con simple curiosidad. Cuando dejamos atrás al magestuoso personaje, algunos *vallientes* criticaron el que no hubiéramos hecho uso de nuestros rifles, pero les dejamos hablar.

En Semmapes, á donde llegamos muy tarde en

la noche del 9 de Setiembre, supimos que acababa de ser proclamada la República en Francia. Los numerosos proscritos del golpe de Estado nos hicieron una recepcion calurosa. Por nuestra parte, pedimos á una voz regresar á Philippeville.

Probablemente habían teleografiado al comandante del batallon dándole órdenes nuevas, pues á otro día nos participó que no tendría lugar el descanso prometido, ántes bien, nos pondríamos en marcha para el puerto en que debíamos embarcarnos. Había que desandar parte de la jornada anterior y que hacer otra de treinta y ocho kilómetros. Muchos habían alardeado de sus fuerzas; yo entre ellos. Tenía la mejor voluntad del mundo, pero á los diez y seis años no es posible resistir semejantes jornadas, y estaba extenuado.

En la mañana, pude aún caminar; pero al medio día mis piernas se negaron resueltamente á llevarme. Desesperado me senté á la orilla del camino, y dije "adios" á mis compañeros.

Hacia un calor sofocante. El sol abrasaba aquellas montañas de Algeria; tenía yo la boca seca, y no había una gota de cualquier líquido con que saciar mi sed. Me arrastré como pude hácia un barranco; distinguí en el fondo un pequeño charco de agua; á toda costa me era preciso llegar ahí. Con mil trabajos llegué arrastrándome de rodillas. ¡Horrible espectáculo! Aquel charco que

apenas tendría un metro de diámetro, estaba lleno de zapos. Sin embargo, acerqué mis labios á esta agua malsana y asquerosa, y bebí. Pero no pudiendo vencer mi asco, vomité en el acto la infecta bebida.

¿Qué iba á ser de mí, solo, abandonado en aquel lugar desierto?

Debo decirlo, no pensé en rezar. Pero en cambio, otros allá en la patria rogaban por mí.

¿Sería yo presa de alguna fiera?

Me acordé del leon que habíamos visto en el camino, en las panteras que pululaban en los alrededores de Philippeville. No me sentía con fuerzas ni para defender mi vida.

Cuando la desesperación se apoderó de mí, perdí el conocimiento.

Después de algun tiempo cuya duracion ignoro, recobré el sentido. Dos hombres de rostro bronceado estaban junto á mí. Uno de ellos me dió á beber un licor refrigerante.

No pudiendo explicarme, les dije:

—¡Philippeville! ¡Philippeville! Me comprendieron, y tomaron uno por los subraquios, el otro por los piés, y terminé mi viaje llevado de esta manera.

Tenia algun dinero en el bolsillo, se los ofrecí, pero no quisieron recibir nada. Aquellas bue-

nas gentes se sentian muy felices por haber salvado la vida á un "pequeño zuavo."

Con su ayuda pude llegar al cuartel. Me reuní á mi compañía y dormí con un sueño de plomo. En cuatro dias habiamos andado 145 kilómetros por un camino pésimo.

A otro dia, 11 de Setiembre nos dieron órden de marchar á Stora. En atencion á mi estado de cansancio, fui autorizado para caminar sobre la cureña de un cañon. Nos embarcamos en el *Jura*, el 14 llegamos á Taulon y el 15 á Montpellier, ciudad que acababa de ser designada para depósito del 3.º de zuavos durante la guerra.

Ahí se nos debía repartir en nuevas compañías, en atencion á que éramos muchos. Así es que, en virtud de la superabundancia de altas, nuestra compañía, la 7.ª del primer batallon se componia de 600 plazas. Había necesidad de poner término á ese desórden antes de enviarnos al combate.

Pero estaba escrito que yo no debía ir al teatro de la guerra. Desde mi salida de Marsella, mi madre habia tomado sus providencias. Sabiendo que nadie puede darse de alta ántes de cumplir los 18 años, y provista de una copia certificada de mi fé de bautismo, calló como una bomba el dia 16 de Setiembre en casa del general Messiat,

que era comandante militar de Montpellier. Acababa yo de llegar.

El general me mandó llamar y me preguntó, cómo es que había yo sido aceptado. No tuve otra contestación que confesar la trampa que había hecho. Me reprendió rudamente y rompió mi despacho como nulo en su parte principal.

De una manera fradulenta había sido zuavo durante un mes cabal.

Habiendo sido traído por mi madre á Marsella, volví al seno de mi familia. Sin embargo, envalentonado por la proclamación de la República, y valido del estado de turbación general, hacía en la casa mi real gana.

El prefecto de las Bocas-del-Ródano, nombrado por el gobierno era justamente Esquiros, por cuya elección había trabajado tanto.

Esquiros tenía un hijo de mi edad, William. Nos hicimos amigos, y en unión de Clovis Hugues, que había vuelto á encontrar en Marsella, organizamos un cuerpo de adolescentes que se llamó la *Jóven Legion Urbana*.

Adoptamos un uniforme parecido al de los franco-tiradores. Esquiros nos distribuyó carabinas de dragones. Todo el día jugábamos á soldados.

El gobierno trataba á la sazón de hechar una leva general, en masa.

Se decía que iban á partir todas las guardias

nacionales. Marsella quedaría al cuidado de la Jóven Legion Urbana. Idos, los prusianos se cuidarán mucho de acercarse á las orillas del Duránee. Y petulantes y fogosos estábamos perfectamente convencidos de que sin nosotros las Bocas del Ródano no resistirían la invasión; por fortuna nosotros estábamos ahí.

¡Vaya si trabajábamos! Es preciso hacernos justicia; si es verdad que no hicimos grandes hazañas, también es cierto que nos dimos mucho á la pena. De sol á sol ejercitábamos las maniobras y evoluciones militares en el llano de San Miguel. Ibamos, veníamos y ejecutábamos mil movimientos. En mi calidad de "*antiguo zuavo*"—entendedlo bien!—yo mandaba el ejercicio. Sin embargo, estaban al frente de nuestro cuerpo, dos individuos que tomaban su papel por lo sério: Girand, jefe del batallón, y el capitán Henry.

¡Y el estado mayor! Lo que había que ver era el Estado Mayor. Por supuesto que yo formaba parte de él. El prefecto nos había cedido un local en la *Cannebière* misma, en el centro de la ciudad. Habíamos revestido los balcones de tantos escudos y banderas, que no podía penetrar la luz; á las dos de la tarde era preciso encender velas.

Cuando Garibaldi llegó de Caprera, desembarcando en Marsella, la Jóven Legion Urbana le

sirvió de escolta de honor, desde la *Joliette* hasta el palacio de la prefectura.

El entusiasmo de los marseleses por el general italiano rayaba en el delirio. Las sencillas mujeres del mercado querían arrojarse á sus brazos. No sabíamos ya que hacer para impedir que el coche las atropellara.

Me acuerdo de una de esas mujeres que había logrado atravesar nuestras filas, y que, levantando por lo alto un niño y mostrándolo á Garibaldi, gritaba:

—*Batiza lou! batiza lou!* Garibaldi preguntó lo que esta mujer quería.

—Desea que bauticeis á su hijo, le contestamos.

El general sonrió y tendiendo su mano hácia el niño, le dijo:

—Yo te bautizo, republicano.

Contestó una explosion de bravos; el tránsito de Garibaldi por las calles de Marsella fué un triunfo.

Por lo demás, las marselesas, dieron durante la guerra mil pruebas de su excelente corazón. Cuando llegaba tropa de Africa, rodeaban á los soldados, los llenaban de provisiones de tablillas de chocolate, naranjas y pasteles. Turcos y zuavos marchaban á la frontera más cargados de comestibles que de cartuchos. Cuando llegaba un comboy de heridos que venían del teatro

de la guerra, las marselesas no sabían que hacer para manifestar su afecto á los pobres soldados. Organizaban colectas. Portamonedas, adornos, alhajas, todo era para ellos. ¡Y cuántas atenciones! Se multiplicaban, pues, las buenas mujeres.

Esto no era para ellas un asunto de partido. Habían pedido su bendición á Garibaldi y en cambio hubieran besado los pies á Charrette.

Por lo demás, en las elecciones de 1871, Marsella estaba dispuesta á elegir para diputados lo mismo á los realistas Charrete y Cathelineau, que á los radicales Esquiros y Ledru-Rollin. Cualquiera que, á los ojos de las poblaciones de la Provenza representara la idea de la guerra á todo trance, sería aclamado y puesto por las nubes.

Se ha hecho demasiada burla á mis compatriotas con motivo de aquella terrible campaña de 1870 á 1871. No se nos ha escatimado el ridículo. No hay duda de que nos prestamos á él con nuestras legiones Urbanas, y nuestros Franco-Tiradores de la Muerte; sin duda que hemos tenido móviles, imposibles de realizar. Lo sé, y las primeras críticas han salido de los Marseleses.

Pero lo que también es preciso saber, es que los marseleses reuñentes para ir á la guerra se hicieron muy notables, precisamente, porque al iniciarse las hostilidades fueron muy numerosos

los hombres de corazon que partieron al combate.

Que se tomen el trabajo de consultar los archivos del ejército, y se verá el formidable movimiento de altas voluntarias que se verificó en el Sur, al momento en que se recibió la noticia de nuestros primeros desastres. En los navios que nos trasladaron á los depósitos de los regimientos, en los trenes que nos trasportaron, estábamos en gran mayoría. No esperamos el 4 de Setiembre para escribir nuestro nombre en el altar de la patria.

En cuanto á la exuberancia de sentimientos que nos es proverbial, era bastante, lo confieso, para entregarnos despues de la guerra, á los epigramas de la prensa; no importa, los meridionales, cumplieron con su deber, tanto como los demás.

Hecha esta salvedad, puedo tambien reirme un poco de la parte grotesca del patriotismo marseilles. Se me perdonará la ironía, tanto más, cuanto que soy yo uno de los primeros á quien se dirige. Examinando los acontecimientos á la distancia de diez y seis años ¿qué podría hallar de más cómico, que nuestra guardia cívica, cuyas proezas merecian ser celebradas en los grabados de Epinal? Los guardias cívicos, eran los pretorianos de la Prefectura. Se les puede juzgar por la siguiente anécdota, rigurosamente histórica.

El comandante de la guardia era un corredor de número, llamado Matheron, y el capitán un tintorero, de nombre Gavard.

Un día, jugando su partido de dominó, el corredor dijo al tintorero:

—¿Sabes capitán que hay en los alrededores de Marsella un alcalde de pueblo, de quien me han asegurado que ejerció una presión formidable para que se votara "sí" en el plebiscito?

—Es muy posible comandante; todos esos alcaldes de pueblo eran partidarios del infame Imperio. ¿Quién es el funcionario municipal de que hablas?

—Es el alcalde de Septèmes.

—Muy bien, contestó el tintorero Gavard, yo me encargo de esto.

Al día siguiente, á primera hora, el capitán de la Guardia Cívica partió para Septèmes, montado en su caballo que se llamaba Robespierre.

Septèmes es una aldea de 1,500 habitantes, situada á 12 kilómetros de Marsella, camino de Aix.

Al ver llegar á las nueve de la mañana un ginece de sombrero adornado con largas plumas de colores chillantes, que llevaba carabina y la cintura cargada de pistolas y revolvers de todos calibres, los vecinos se agruparon llenos de admiración.

Sin apearse del caballo cubierto de espuma, el capitán tintorero preguntó:

—¿En dónde está el alcalde? ¡Conducidme á la casa del ciudadano alcalde de esta aldea!

Los vecinos obedecieron.

Y hé aquí que el magistrado de pueblo compareció ante Gavard. El infortunado alcalde era un buen labriego, sencillo, ocupado en esos momentos en podar los arbustos de su jardín.

—¡Vamos á ver! dijo el capitán de la Cívica, sin más preámbulo: ciudadano alcalde, la opinión nacional te acusa de conspirar con los prusianos para impedir la guerra.

—Pero, Señor! . . .

—¡Nada de Señor! aquí no hay más que ciudadanos, ¿lo oyes cómplice del imperio? . . . Y el ciudadano que te ha hecho el honor de acusarte tiene además el de ser tu capitán. ¡Vamos, llámame: ciudadano capitán!

—Ciudadano mi capitán, no comprendo lo que significa esta acusación, yo soy un hombre de campo que . . .

—¡No tienes tú que comprender, cómplice del Imperio! . . . Te repito que estás acusado ante el tribunal de la justicia popular, representado aquí por mi persona, de haber ultrajado el sentimiento nacional en el plebiscito, haciendo que estos pueblos votaran así é inculcándoles la abomina-

ble mentira de que el Imperio es la paz. Hé aquí porque ahora te manifiestas opuesto á la guerra, á la guerra á sangre y fuego que yo represento con igual título y en las mismas condiciones. Por consiguiente, es indudable que estás en inteligencias con Prusia, es decir con el extranjero . . . A nombre de la opinión nacional de que soy delegado, revestido con plenos poderes, te declaro suspenso en tus funciones, jurisdicción municipal, &c, sin perjuicio de lo demás . . . Y, como en virtud de esta merecida destitución quedas fuera de la ley y justamente despojado de tu inviolabilidad parlamentaria, estás desde luego arrestado.

El infeliz alcalde estaba literalmente aturdido é incapaz para oponer la menor resistencia. Gavard se atusaba el bigote con un aire feroz. Las gentes de Septèmes no se daban cuenta de aquello.

No conocían á los cívicos más que de nombre, pero su reputación era tal, que nadie osaba respirar.

Para terminar, el capitán tintorero agregó:

—¡Vamos, pues! . . . Sube en ancas, ciudadano alcalde, voy á llevarte á la prefectura. Ahí darás tus razones al ciudadano procónsul. Si tu conciencia está tranquila y tu patriotismo sin mancha, nada tienes que temer; pero hazme el favor de obedecer un poco apriesa. Yo no tran-

sijo con las exigencias del servicio; soy el ejecutor de altas órdenes de la opinión nacional.

Mas muerto que vivo montó el alcalde de Septèmes al mismo caballo de Gavard. Su mujer lloraba; los lugareños estaban aterrados.

—¡A la prefectura! dijo el capitán de la Cívica. . . Ciudadano ex-alcalde, agárrate bien, abraza de mí para no caer, y sobre todo, ten cuidado de no ir á disparar mis pistolas! Vamos, Robespierre!

Y le hincó las espuelas.

Para volver de Septèmes á Marsella, había que pasar por muchos pueblos. Uno de los primeros está situado en un desfiladero salvaje, entre la cadena del *Estaque* y la de la Estrella. Ese lugarejo perdido en medio de imponentes montañas, se llama *Assassin*.

El alcalde de Septèmes, casi seguro de su muerte, daba diente con diente y se afianzaba al capitán; el pobre creía que había llegado su última hora, é iba miedoso como un pollo.

Por su parte, Gavard tenía sed, y tiró de la rienda á Robespierre frente á la taberna de *Assassin*.

—¡Alto, cinco minutos, dijo saltando á tierra, y llevando consigo á su prisionero. . . Aquí se brinda. . . Ciudadano ex-alcalde, y hoy prisionero del pueblo soberano, vas á beber con el

capitán Gavard, á la salud de la nación. . . Procura estar á la altura de esta honra que se te concede; la República, ¿lo oyes? es quien te paga la copa.

Poco deseoso el infortunado cautivo de contrariar al representante de la justicia popular, no quiso rehusar.

Sirvieron un vaso de *champoreau* de Africa; una mezcla atroz de café, *cognac* y *curaçao*; era la bebida favorita del oficial del penacho.

En seguida se pusieron en camino.

Al llegar á *Viste*, otra parada, otro *champoreau*, y otra arenga patriótica. Esta vez la salud del ciudadano procónsul fué el asunto del brindis que obligó á hacer el capitán tintorero á su preso.

Los pueblos de San Luis y de *Crottes*, así como el barrio de Arene fueron otras tantas estaciones. El alcalde de Septèmes, no podía más, pero ¿cómo resistir las instancias de su terrible gendarme? Para salvar su vida, que creía amenazada muy seriamente, engullía todos los brevajes que Gavard le presentaba; de modo que sucesivamente fué brindando por la *Comuna* de Marsella, por la Internacional y por Robespierre.

A cada vaso, el capitán no olvidaba decir: — Sabe ex-alcalde, que estás siendo más honrado de lo que mereces; la República es quien te paga la copa!

Por fin, el ejecutor de las órdenes de la opinion nacional y el reo de la justicia popular, encañados sobre Robespierre, que iba sofocado, despiado, hecho pedazos, entraron majestuosamente á la ciudad.

Los transeuntes los miraban alelalados. Siendo Gavard conocido en todo Marsella, se preguntaban todos, qué significaba aquel nuevo equipo del tintorero é improvisado capitán.

Gavard y su prisionero se detuvieron ante el palacio de la prefectura; un cívico que estaba de servicio llevó el caballo á la cuadra, y el capitán condujo al pobre alcalde ante el prefecto Esquiros. Éste no sabía lo que pasaba.

Por casualidad, nuestro héroe no tuteaba al prefecto.

—Ciudadano procónsul de la República, le dijo, pongo en vuestras íntegras manos al ex-alcalde de Septèmes, que se intitula campesino, pero que en realidad es un agente del Imperio y un espía de la Prusia. Ha sido sorprendido infraganti delito de conspiración pacífica, habiendo intentado oponerse á la guerra que tanto desean nuestros corazones de patriotas. Á las nueve de la mañana de hoy se le ha suspendido su inviolabilidad parlamentaria; el grito de la conciencia pública de sus súbditos le ha arrancado la banda municipal, de que se hizo indigno por sus hechos; Sep-

têmes me lo entregó, y á mi vez os lo entrego, para que en el término de veinticuatro horas sufra el castigo de sus crímenes. Debo, no obstante, asegurar en su favor que, desde el momento de su aprehension, ha dado pruebas de sumision ejemplar, y hasta se ha mostrado buen patriota bebiendo á vuestra salud, sin contar otros brindis. Á vos, ciudadano procónsul de la República toca juzgar si esa fiel sumision debe ser considerada como circunstancia atenuante de este prisionero.

Esquiros, acostumbrado ya á esas aventuras, mandó llamar en el acto al comandante-curtidor Matheron, á fin de descifrar el enigma; porque el alcalde de Septèmes, además de estar muy afectado por su situacion, no entendía palabra de aquello.

Matheron vino y dió explicaciones.

Esquiros, dando á todos los diablos al capitán de la guardia, lo reprendió duramente y le dió orden de poner su prisionero en libertad.

—Muy bien, ciudadano procónsul, respondió Gavard, desde el momento en que el culpable es inocente, será restituido á su atribulada familia. La República es magnánima. Es justa ante todo, y protege al ignorante y al huérfano.

¡Viva la República!

En seguida, Gavard abrazó al alcalde de Septèmes, le juró que vería siempre con desprecio la

negra baba de la sangrienta calumnia; mandó ensillar otro caballo, y echando á nancas á su prisionero, lo condujo triunfalmente á Septêmes.

Esta vez, en lugar de beber en el camino, comieron en San Antonio, cerca de Viste. Los dos viajeros tenían apetito. El alcalde fué quien pagó la comida.

Cuando llegaron al término de esta épica peregrinacion, el capitán Gavard sin bajarse de su cabalgadura, dirigió á los aldeanos que estaban cada vez más azorados, la siguiente proclama:

—“¡Habitantes de Septêmes! Vuelvo á conducir á vuestro lado al virtuoso magistrado que es la honra de este pueblo trabajador. Acusado de crímenes horribles, ha patentizado victoriosamente la inocencia patriótica de su corazón republicano. . . . ¡Ciudadanos, que este misterioso ejemplo sirva de lección! Francia, luchando con el extranjero, fija en vosotros sus miradas. No burleis la confianza de la República, que para vosotros es una madre. Repetid sin cesar á vuestros hijos y á vuestros sobrinos, que la Guardia Cívica de Marsella, tiene en una mano la espada del deber y en la otra la balanza de la justicia. . . . Recibid á vuestro estimado alcalde, de manos de esa Guardia sin miedo y sin mancha; haced á este magistrado modelo los honores debidos, inserbiendo en letras de oro su nombre venerado, sobre la fa-

chada del palacio municipal de Septêmes, á fin de que su memoria pase esplendente y brillante á la más remota posteridad. ¡Viva la República!”

No garantizo la rigurosa exactitud del texto de los discursos del capitán Gavard; pero si alguna diferencia existe entre el tenor de ellos y la reproducción que hago, es en todo caso insignificante. En cuanto á la aventura, aseguro que es perfectamente auténtica, siéndolo también los detalles de la aprehension y sus fantásticos motivos, el doble viaje del tintorero cívico llevando á la grupa á su cautivo, y las copas de. . . .

Ya por éste episodio podrá formarse un juicio acerca de la guardia pretoriana del procónsul Esquiros. Y siquiera el incidente del alcalde de Septêmes no pasó de ser simplemente una Odisea heroico-cómica; pero no siempre sucedía lo mismo. Los cívicos tienen en su contra una serie de atentados de otra especie, que les valieron ser objeto de unánime reprobacion en Marsella.

Cuando la capitulacion de Metz, se produjo en el Mediodía, como en toda Francia, un movimiento de indignacion general, del que supieron aprovecharse los revolucionarios.

Esquiros habia organizado una Liga en las comarcas meridionales. Cluseret, que mas tarde debia figurar como ministro de guerra de la Comuna de Paris, fué llamado para tomar el mando del

ejército de la Liga. Una parte de la guardia nacional fué la única que se negó á reconocer su autoridad, por lo cual vinieron á las manos. Los civicos que hasta entónces habian sido ante todo ridículos, sin que por eso dejara de temérseles, se hicieron odiosos en el más alto grado á consecuencia de una escaramuza habida en las calzadas de Meilhan; la sangre corrió y hubo algunos muertos; Gambetta, en vista de que los acontecimientos tomaban un carácter trágico, se apresuró á enviar á Marsella un nuevo prefecto.

El desórden habia llegado á su colmo.

Los partidarios de la Liga del Mediodía cubrian todas las paredes de la ciudad con gigantescos cartelones, en los que solo se leian estas palabras impresas en caracteres enormes.

QUEREMOS QUE ESQUIROS SIGA EN  
SU PUESTO.

Llegó el ciudadano Marc Dufraisse, nuevo administrador del departamento; entró en la Prefectura, examinó la situacion, y comprendiendo que no podría sostenerla, se marchó bonitamente sin hacer ruido; por vía de consuelo le dieron la Prefectura de los Alpes Marítimos que era más fácil de desempeñar.

Gambetta creia tener la clave del enigma en este asunto. Hizo que Alfonso Gent se decidiese

á sustituir á Esquiros en nombre del gobierno de Tours. Tratábase por parte de Gent, de ocupar el lugar de dos prefectos, no de uno; pues se me habia olvidado decir, que en Marsella teniamos á la vez dos jefes del departamento: uno de ellos, Esquiros, con el titulo de Administrador de las Bocas del Ródano, y el otro, Delpech, con el de Prefecto. No menciono á Mauricio Rouvier, á quien el gobierno de Tours habia ofrecido tambien la misma prefectura en el intervalo trascurrido entre la renuncia de Marc Dufraisse y la aceptacion de Alfonso Gent, porque Rouvier, que era un pícaro y en su calidad de secretario general habia adquirido la certeza de que en la Administracion de las Bocas del Ródano eran más las espinas que las rosas, respondió: "Gracias, ofreced, el puesto á otro."

El nombramiento de Gent fué acogido con exclamaciones de ira por parte de los partidarios de Esquiros y Delpech. Yo era de estos últimos. Deciamonos que Francia estaba perdida si el nuevo Administrador tomaba posesion de la prefectura. En rigor, podia sacrificarse á las exigencias de Gambetta el prefecto núm. 2 Delpech; pero el prefecto núm. 1, es decir, Esquiros, nunca!

En la Jóven Legion Urbana, unos apoyaban al gobierno de Tours y los otros á la Liga del Mediodía. Los *Girondinos*, tal era el nombre con que

designábamos á los legionarios que defendían á Gent, fueron mas diestros que los *Montañeses*, y dieron un golpe de Estado. Una noche se apoderaron de todas las carabinas con que ejecutábamos nuestras maniobras en el llano de San Miguel, y las entregaron á los batallones de guardia nacional que sostenían al nuevo prefecto.

Esto era una "traicion execrable."

Hice un llamamiento á los legionarios que permanecían fieles á Esquiros. Constituimos un consejo de guerra al que se dió el nombre de Corte Marcial de la Joven Legion Urbana, y nos impusimos el deber de juzgar á los traidores.

Por supuesto que, como era natural, ninguno de ellos se dignó comparecer ante la Corte Marcial; pero eso poco importaba, y á pesar de ello les formábamos causa.

Me acuerdo que yo desempeñaba las funciones de fiscal. El defensor de oficio de los acusados ausentes era Elie Devèze, condiscípulo mio y miembro del Estado Mayor de la Legion.

Llamábase por tres veces y con toda gravedad á los legionarios *girondinos*.

—¡Tistin Capefigue!... ¡Tistin Capefigue!

¡Tistin Capefigue!

Nadie respondía.

Entonces yo tomaba la palabra.

—No respondiendo al llamamiento el acusado

Tistin Capefigue, pero siendo evidente su traicion, pido á la Corte Marcial se le juzgue, por más que esté ausente.

—Acordado, murmuraba el presidente.

Elie Devèze, poniendose en pié, decía:

—¿Cuál es el motivo de la acusacion presentada en contra de mi cliente Tistin Capefigue?

—Se le habian confiado, replicaba yo, las llaves de los almacenes donde habíamos depositado las carabinas de la Legion, y Tistin Capefigue entregó esas llaves al enemigo. Es una traicion en tiempo de guerra. En consecuencia, pido que Tistin Capefigue sea sentenciado á muerte.

El presidente invitaba al defensor de oficio á que formulase sus descargos.

—Ciudadanos miembros de la Corte Marcial, decía Elie Devèze, penosa es mi mision, atenuar el crimen de que se ha hecho culpable el pèrfido que lleva el nombre de Tistin Capefigue, es una tarea superior á mis fuerzas. Sin embargo, no puedo sustraerme á la obligacion de defenderle, por que vuestra sabiduria me ha impuesto esa dura mision. No encuentro disculpa alguna para la conducta de mi cliente, pues de noche y abusando de nuestra confianza es como ha entregado al enemigo las llaves de los depósitos de nuestro Estado Mayor. Me asocio á las conclusiones del honorable órgano del Ministerio Público; empero

como defensor de Tistin Capefigue, pido que por consideracion á su respetable familia, no se le imponga pena alguna pública que pueda infamar su nombre.

La Corte Marcial entraba en deliberacion, y Tistin Capefigue era condenado á ser pasado por las armas, tan pronto como las circunstancias permitiesen apoderarse de su persona.

Del mismo modo sentenciamos á ser fusilados en la primera oportunidad, á todos los legionarios que pertenecian al partido de Gent. Exasperábanos nada más el no poder ejecutar nuestra sentencia, pues que ya no teniamos fusiles.

Por su parte los *girondinos* no se andaban en contemplaciones con los *montañeses*. Tambien ellos habian instituido su Corte Marcial de la Joven Legion Urbana, y nos juzgaban igualmente en ausencia. No obstante, fueron más clementes que nosotros, á pesar de que calificaban de "lesa-patria" el hecho de defender la permanencia de Esquiros. Nosotros llevamos la crueldad de condenarlos á todos á muerte, ellos tuvieron la indulgencia de no condenarnos más que á trabajos forzados á perpetuidad.

Mientras que nuestras Cortes Marciales deliberaban y Claseret veia que todos los batallones de guardia nacional, con raras excepciones, rehusaban reconocer su autoridad, Al-

fonso Gent llegaba á Marsella por el tren de Avignon.

Creia ingénuamente que no tenía más que presentarse en la Prefectura para ser aclamado por todos los habitantes de las Rocas del Ródano; Gambetta, al firmar su nombramiento le había dorado la pildora.

¡Ah! muy pronto la experiencia iba á mostrar al desdichado el reverso de su medalla de prefecto.

La noche de su llegada reunió en su derredor á todos sus empleados; tenía preparado un discurso patriótico, muy coqueto y pulido, que debía atraerle á todos los disidentes. Hizo un ademán y todos callaron. Abre la boca, comienza su arenga..... ¡Paf! déjase oír una detonacion..... ¿Qué es esto?..... ¿acaso un cohete que acaban de tirar en honor del nuevo administrador?..... No, no es eso. Gent se lleva la mano á la cintura, la apoya contra el bolsillo de su chaleco y exclama:

—¡Me han asesinado!... muerto soy!...

Este es un verdadero golpe teatral. Todos se precipitan hácia el prefecto núm 3. Se transportan á los bastidores.... me equivoco, quiero decir, al gabinete vecino, y un consejero de subprefectura, que es veterinario, dice:

—Eso me concierne á mí.

Alfonso Gent se desnuda. No tenía absolutamente nada.

Sin embargo, había sido disparado un tiro de pistola; todos los allí presentes lo habían oído.

Vuelven al salón de recepciones, apartan los muebles y buscan las balas. No hay tal bala, ni rastro de ella en los lambrequines.

—Hijos míos, murmura Gent con trémulo acento, perdono á mi asesino.

Esta grandeza de alma conmueve á los espectadores. Delpech, el prefecto núm. 2, se confiesa vencido por tanta generosidad y da su dimisión.

No tardan en esparcirse por la ciudad el rumor del atentado y la noticia de la ejemplar clemencia de este nuevo Augusto.

Los pocos batallones de guardia nacional que aún vacilaban, gritan:

—¡Viva Gent!

Solamente la guardia civil persiste en aclamar al prefecto núm. 1.

—¡Viva Esquiros!

El hecho es que jamás se ha sabido á qué atenderse respecto de ese famoso tiro de pistola.

Unos pretenden que realmente fué disparado y que Gent debió la vida á una moneda de plata, de á cinco francos, que tenía en el bolsillo y que representaba toda su fortuna de antiguo proscrito. Otros aseguran que el enviado de Gambetta,

ménos cándido de lo que se le creía, había representado una comedia y que un compadre había disparado un arma cargada sin bala.

Sea lo que fuere, cierta ó falsa, esta tentativa de asesinato tornóse en ventaja para el prefecto núm. 3.

Entre tanto, una catástrofe trae el luto á Esquiros. Su hijo William, enfermo hacia algunos días, muere al fin. Agobiado por el dolor, el presidente de la Liga del Mediodía abandona á su competidor la Prefectura y se retira á la vida privada.

La Guardia Civil y la joven Legion Urbana fueron disueltas por medio de un decreto. En cuanto á Claseret, apenas tuvo el tiempo preciso para desaparecer. Había sido llamado por los organizadores de la Liga, y cuando ésta fué desbaratada, á él se le imputaba todo el mal causado. Habiendo sido extraño á esos sucesos, se le cargaba con las responsabilidades de los demás. Hasta creo que Gambetta dió la orden de aprehenderle y fusilarle. Era necesario dejar bien vengado el asesinato del pobre Alfonso Gent.

No pudiendo desplegar su celo los revolucionarios aprehendiendo á cuantos les estorbaban, tomaron revancha en los clubs.

Habia entonces dos clubs muy concurridos: la Alhambra y el Eldorado. El primero se reunía

en el local de un café cantante, que había querido: entraba todo el que quería.

Todas las noches se fusilaba en efígie á un general.

El presidente de la sesión daba lectura á los telegramas recibidos durante el día.

—Ciudadanos, hé aquí lo que pasa en los Vosgos: el general Cambriels acaba de entregar el mando al general Michel.

Muchas voces.

¡Cambriels es traidor. . . .! ¡Muera! ¡Muera!

El presidente agita la campanilla.

—Aquellos que opinan que el general Cambriels debe ser fusilado levanten la mano.

Todas las manos se levantan.

La cosa no podía ser más obvia.

Dos días después era fusilado el general Michel, por no haber pasado por las armas al general Cambriels.

Sin embargo, una noche no se fusiló á nadie.

No sé qué majadero subió á la tribuna y dijo:

—Ciudadanos del club de la Alhambra, estais sobre un volcán. La Monarquía se apresta á echar abajo á la República. Desde ayer se halla el conde de Chambord en Marsella. Está alojado en casa de su amigo el marqués de Foroste. Ha pasado el día de hoy distribuyendo oro entre la

tropa, y en este mismo instante está aquí, en la sala.

Estas palabras produjeron un tumulto indescriptible. Toda la concurrencia arrojaba gritos. Cada quien acusaba á su vecino de ser el conde de Chambord. Muchos se vieron obligados á subir á la tribuna para demostrar su identidad. En una palabra, salimos de ahí sin haber acordado nada.

Yo era uno de los oradores favoritos de la Alhambra. Un domingo, por iniciativa mia, fué fusilado el obispo de Marsella.

Habia yo descubierto en la biblioteca de la ciudad un documento de 1753 que contenía una sentencia dada por el tribunal criminal revolucionario del departamento de las Bocas del Ródano. Esa sentencia aplicaba la guillotina al llamado Juan Joaquin Gall, de cincuenta años, vicario de salón, ex-canónigo, acusado del crimen de *contra-revolucion.*

Muy satisfecho con mi hallazgo, llevé á la tribuna del club la copia de la sentencia y le di lectura. En seguida lei varios extractos de una pastoral que el obispo de Marsella habia dirigido á sus diocesanos recomendándoles el que no hicieran causa común con los enemigos de la religión.

—¿Qué opinais sobre esto, ciudadanos? pregun-

té á guisa de comentario. ¿No os parece que el obispo Place es mil veces más contra-revolucionario que el canónigo Gall?

—Sí, sí, respondió la multitud.

—Pues bien, el canónigo Gall sufrió la pena de su crimen ¡mientras que el obispo Place vive aún!

—¡Fusilémoslo! ¡fusilémoslo!

—Eso es justamente lo que iba á tener el honor de proponeros.

Se votó, pues, levantando las manos, que el obispo de Marsella sería fusilado en primera oportunidad.

De esta manera se excitaban las malas pasiones de la multitud. Exaltado yo hasta el más alto grado, no comprendía el mal que hacía.

En otro día propuse, y fué votada, la instalación permanente de una guillotina en la plaza de Bourse. Era preciso, decía yo, causar terror al clericalismo. Y recuerdo que me escuchaban y aplaudían, á mí, ¡un muchacho de diez y seis años...! Cuando vuelvo los ojos hácia este triste pasado siento vergüenza por mí y por el pueblo.

Tenía yo entonces una frase favorita que hacía gran fortuna en los clubs.

—Fundemos la República para siempre, y si al reaccion osa levantar la cabeza, nosotros estaremos ahí para degollarla.

Esta sanguinaria figura de retórica era causa de una ovacion espléndida.

Francamente, yo debía estar loco, lo mismo que todos los concurrentes á nuestros Clubs de Marsella.

Un hombre se hallaba desolado por todas estas locuras incalificables: mi padre. La ciudad entera sabía que su hijo era el jóven orador de la Alhambra. Mis iniciativas de canibal aparecían en algunos periódicos con esta firma, Gabriel Jo-gand Pagés.

—Estás deshonrando el nombre de tu familia, me repetía mi padre, afligido.

Cansado de escuchar estas querellas, pensé que lo mejor sería adoptar un seudónimo, á fin de no exponerme á semejantes recriminaciones.

Mi abuelo materno y padrino, se llamaba Leonidas. Suprimí las dos últimas sílabas de su nombre, y me quedé con *Leo*. Además, en el colegio, me llamó la atención el nombre de un rey indio llamado Taxilo que hizo alianzas con Alejandro el Grande, conquistador por el cual sentía yo una viva simpatía; quité pues la ó final de ese nombre del antiguo monarca. El conjunto, *Leo Taxil*, me pareció eufónico, y de esta manera compuse el seudónimo que conservé mucho tiempo, y por el cual soy conocido.

Tales fueron las razones que me obligaron á dejar mi nombre de familia.

Yo quería proseguir mi vida, mi perversa vida, pero no quería molestar á mis padres, empleando su nombre en firmar actas ó escritos que repro-  
baban.



## V.

## LA COMUNA.

EL REINADO DE LOS PERIODISTAS.—GENT Y LAS ELECCIONES GENERALES.—UNA FALSA ALEGRÍA DE SPULLER.—PROGRAMA OFICIAL EJECUTADO AL REVÉS.—LAS DESGRACIAS DE ENRIQUE FOUQUIER.—UN GOBIERNO IMPROVISADO.—MARSELLA ENTERA VOLARÁ.—EL BATURRILLO DE LA INSURRECCION.—ÉL 4 DE ABRIL.—FIN DE LA COMUNA REVOLUCIONARIA.

Si exceptuamos el ruido de los clubs durante la administración de Gent, los Marsellese permanecían bastante tranquilos.

El sucesor de Esquiros, para granjear á la prensa, se rodeó de periodistas de todos los colores. No se veía más que periodistas en la prefectura: los salones, gabinetes, divisiones y despachos, estaban llenos de aquellos. Se les veía hasta en los corredores y en el cuarto del conserje.

Tales fueron las razones que me obligaron á dejar mi nombre de familia.

Yo quería proseguir mi vida, mi perversa vida, pero no quería molestar á mis padres, empleando su nombre en firmar actas ó escritos que repro-  
baban.



## V.

## LA COMUNA.

EL REINADO DE LOS PERIODISTAS.—GENT Y LAS ELECCIONES GENERALES.—UNA FALSA ALEGRÍA DE SPULLER.—PROGRAMA OFICIAL EJECUTADO AL REVÉS.—LAS DESGRACIAS DE ENRIQUE FOUQUIER.—UN GOBIERNO IMPROVISADO.—MARSELLA ENTERA VOLARÁ.—EL BATURRILLO DE LA INSURRECCION.—ÉL 4 DE ABRIL.—FIN DE LA COMUNA REVOLUCIONARIA.

Si exceptuamos el ruido de los clubs durante la administración de Gent, los Marsellese permanecían bastante tranquilos.

El sucesor de Esquiros, para granjear á la prensa, se rodeó de periodistas de todos los colores. No se veía más que periodistas en la prefectura: los salones, gabinetes, divisiones y despachos, estaban llenos de aquellos. Se les veía hasta en los corredores y en el cuarto del conserje.

Si se llamaba á una puerta y entraba uno para pedir un rebajo de contribuciones, ó hacer registrar una patente, ¡sás! se hallaba uno frente á frente de un cronista de los periódicos de la ciudad. Si se presentaba uno en la casa de los niños expósitos, en las casas consistoriales, en las agencias de inhumaciones ó en las casas de locos, allí topaba con folletinistas, secretarios de redacción ó cronistas de los teatros. En cuanto al servicio de las antecámaras, lo hacían reporters sin trabajo.

El jefe del gabinete del prefecto era tambien un periodista, Augusto Cabrol, liberal recalci-trante, alegre vividor que fumaba una pipa colosal, y que al terminar sus audiencias daba cariñosos golpes en el vientre á sus amigos.

Tampoco el secretario general tenía mucho prestigio. Era un jóven cronista marsellés, de veintidos años, que despues hizo algun papel. No era liberal en manera alguna. Habia escrito unos artículos en el *Figaro*, al fin del Imperio. Un mercader de paños de Marsella, que Gambetta había nombrado prefecto, le colocó el 4 de Setiembre al frente de un diario intitulado *La Verdadera República*, que se fundó con el objeto de unificar las opiniones.

Veremos á continuacion el éxito que esta gaceta alcanzó en el país de la Cannebièr; el comer-

ciante de paños consumió una parte de su capital y abandonó la prefectura á la llegada de Esquiros y Delpech; á lo que se agregó que, como *La Verdadera República* se obstinaba en no cubrir sus gustos, á pesar de todo el talento de su redactor, no alimentando ya el comerciante de paños la esperanza de volver á ser prefecto, puso á nuestro redactor á racion de hambre, entre tanto que llegaba el momento de suprimir el diario, á todas luces inútil.

Felizmente, en esta época Gent se acababa de instalar, y ofreció la Secretaría General de la Prefectura al buen jóven, quien aceptó: se llama Enrique Pouquier, actualmente colaborador del *Figaro*.

Los marselleses por su parte, muy dados á la familiaridad, le llamaban el Señor Enrique, ó Enrique á secas; lo que no dejaba de molestarle, sea dicho entre nos, pues estaba prendado de sí mismo, muy al contrario de Augusto Cabrol. Pero el Secretario general por mucho que se mordiese los labios y tomase un aire solemne, nadie en la antigua ciudad podia llegar á creer que se hubiera convertido de la noche á la mañana en una notabilidad, y le trataban con la misma llaneza que el jefe del Gabinete.

Esto duró hasta la capitulacion de Paris. Las elecciones *generales* se hicieron en Francia

con la precipitación que todo el mundo conoce, pero particularmente en las Bocas del Ródano los representantes de la autoridad cometían mayores abusos que en ninguna otra parte.

La amnistía, como es sabido, se firmó el 28 de Enero de 1871. Al día siguiente, 29, el Gobierno expidió un decreto convocando á los electores para el miércoles 9 de Febrero, decreto que fué enviado por telégrafo á todos los prefectos.

¿Quereis saber lo que hizo Alfonso Gent, prefecto de Marsella? Simplemente guardarse el telegrama en el bolsillo; pero lo más bonito del caso fué, que mientras los electores, sin ser convocados, preguntaban en qué fecha tendría lugar el escrutinio, Gent se proponía como candidato en el departamento inmediato, en Vaucluse.

En la Prefectura se verificaba este juego magnífico, mientras se trabajaba en la confección de la lista oficial, pensando de esta manera coger de improviso á los conservadores. Se frotaban las manos de gozo todos los secretarios y sub-secretarios de Gent.

Por lo demás, el alto personal administrativo de la casa tenía con que divertirse, pues las solicitudes llovían hasta convertirse en una avalancha de telegramas y un monton de amigos y hermanos que suplicaban á Gent los incluyese en la lista de la Prefectura.

Steenakers entre otros, que nadie conocía en el Mediodía, escribía el 31 de Enero á nuestro incomparable prefecto: "Sabeis lo que yo valgo; si teneis necesidad de un nombre en vuestra lista, tomad el mio." (*Textual*). No le tomaron y este pobre *Steenakers* no salió electo en parte alguna.

En fin, cuando la Prefectura se creyó segura del triunfo, publicó la convocatoria de los electores, con fecha de 3 de Febrero, en la noche (fecha exacta). Los marseleses supieron el 4 por la mañana que se les convocaba á elecciones para el día 8. El ciudadano Alfonso Gent existe aún y lo desafío á que me desmienta. En los pueblos y fincas de campo el decreto del Gobernador no se publicó sino dos dias ántes del escrutinio.

Una aventura en extremo célebre es aquella en que *Spuler*, fiel Acates de Gambeta, fué el héroe.

El 5 de Febrero, Gent recibía el mensaje siguiente que copio sin cambiarle una coma:

"Burdeos 5 de Fbro. de 1871.—A las cinco de la tarde núm. 7842.—*Spuler* á Gent Prefecto de Marsella.

"Leo en nuestro mensaje de ayer dirigido á nuestro ministro este sencillo renglon: Ciudadano os recomiendo á *Spuler*." ¿Quiere esto decir que os complacería el que Marsella me eligiese?

"Quiero creerlo, y manifestaros tambien, queri-

do amigo mio, el profundo reconocimiento que os conservo por este testimonio de vuestra estimacion.

“Me veré recompensado en más de lo que merezco si por precio de los servicios que he podido prestar á Francia y á la República al lado de Gambetta desde el 4 de Setiembre, una tan importante y republicana ciudad como Marsella me eligiese para su representante.

No me atrevo á esperar tan distinguido favor; pero á vos que habeis tenido la idea de semejante eleccion en favor mio, os diré en el secreto de la amistad, que mi vida entera no agotaría mi gratitud, y que si tal honor me fuese concedido mi mejor recompensa á Marsella sería sacrificar á su magnífico y rico porvenir y á la democracia viva é inteligente que forma su poblacion, todo lo que tengo de inteligencia y de abnegacion sin limites con el más inviolable afecto. Os ruego que me escribais al considerar la emocion de que estoy poseido desde ayer.”

Se vé que el mensaje estaba cargado á los gastos del Estado, pues el amigo Spuler, léjos de economizar las palabras, las prodigaba.

Pero no fué esto lo bueno.

Cuando se recibía en la Prefectura de Marsella este sáfico telegrama, Gent, Fouquier y los otros se rieron á mandíbulas batientes.

Jamás había teleografiado á Gambetta para impetrar su recomendacion en favor de Spuler; nadie había pensado en la candidatura de Spuler en las *Bocas del Ródano*.

Hé aquí lo que había pasado:

Gambetta había participado á Gent sus dificultades con Julio Simon, y había declarado á su amigo que estando en jaque por sus colegas del Gobierno se retiraba.

Gent, en estilo familiar había contestado á Gambetta “Estais enfermo; ya os recomiendo con Spuler.”

El empleado del telégrafo había olvidado una palabra del mensaje: La preposicion, *con*; de aquí provino la interpretacion que había causado una falsa alegría al compañero del ministro.

Cuando el séquito de Gent terminó sus burlas, enviaron á Spuler, para calmar sus trasportes el telegrama siguiente:

“Marsella, 5 de Fbro. de 1871. A las 8, 25 m, de la noche” El Prefecto á Spuler.”

“Burdeos” ——— (Confidencial)

Escribí á Gambetta. “Estais enfermo; os recomiendo con Spuler.”

“¿Por qué no me habeis escrito ántes? En el estado actual de los espíritus de partido, y de las

pretensiones hubiera sido difícil, pero acaso no imposible. Jamás me perdonaré el no haber pensado en vos oportunamente.

#### A. GENT.

A pesar de la sorpresa de los electores, á pesar de la presión formidable de los agentes del poder, á pesar de todas las precauciones y las ilegalidades de la Prefectura, el sufragio universal no dió en las Bocas del Ródano los resultados esperados por Gent, pues los Marsellese tuvieron una diputación de las más abigarradas.

En cuanto á Gent, salió electo en Vauclus, y al presentar inmediatamente su dimisión de Prefecto fué reemplazado por el almirante Cosnier. El nuevo jefe de la prefectura de Marsella, conservó á Enrique Fouquier como secretario general.

Hémos aquí en el período más turbulento de la Comuna.

En las provincias los ultra liberales comenzaban á dormirse; los despertó el 18 de Marzo. Los marsellese no fueron los últimos en salir de su sopor.

Paris tiene una Comuna revolucionaria, decían: ¿Por qué Marsella no ha de tener la suya? Y ciertamente, sin quererlo la prefectura, proporcionó á los impacientes la ocasión que esperaban.

Cosnier Fouquier, el alcalde Bori y todas las eminencias del partido republicano moderado se

habían reunido en consejo, para determinar lo que se debía hacer en circunstancias tan extraordinariamente difíciles. Decidieron que el 23 de Marzo se convocarían todos los batallones de la Guardia Nacional, y que al mando de un Coronel llamado Jeanjean recorrerían la ciudad gritando: "*¡Viva Versalles!*"

Esta idea pareció maravillosa á las gentes entendidas que la concibieron, pues Fouquier, en su calidad de Marselles aseguraba conocer mejor que nadie los sentimientos de sus compatriotas; en cuanto al coronel dos veces Jean, estaba seguro de sus batallones, y Versalles iba á ser aclamado contra Paris por unanimidad de todos sus habitantes.

Los Guardias Nacionales convocados debidamente, se reunieron y siguieron el itinerario fijado para este paseo oficial. Sólo que un artículo de programa se ejecutó al revés. Todos los batallones, con excepción de dos, gritaron: "*Viva Paris.*" De modo que la fiestecita tuvo un desenlace que Cosnier, Fouquier, Bori y Jeanjean no habían previsto, pues al fin del paseo los patriotas tomaron por asalto la prefectura.

No hay para que decir que la parte turbulenta de la población se había unido á los guardias nacionales tomando parte en su demostración, que los

antiguos cívicos eran tambien de la partida, y que nosotros los jóvenes de la Legion Urbana estábamos con ellos.

¡Con qué alegría invadimos la prefectura! Fué un empuje irresistible.

El secretario general Fouquier, entre otros, que no aguardaba semejante acontecimiento, hizo el pobre un deplorable papel.

Había sido á la caída de Esquiros uno de los más resueltos partidarios de la supresion de la *Guardia Cívica*, y de la *Jóven Legion Urbana*. Así es que Cívicos y Legionarios no le tenían entre las telas de su corazón.

Yo no fui sin embargo del número de aquellos que, en la toma de la prefectura dieron al infortunado Fouquier el humillante tratamiento de que todo Marsella habló y se rió; pues estaba ocupado en este momento con mi colegionario y amigo Elías Devéze, preparando una bandera roja que queríamos enarbolar en la gran puerta de entrada. Algunos cívicos furiosos contra el secretario general le persiguieron gritando;— ¡A la cubeta! ¡A la cubeta!

Y el desgraciado, cogido por aquellos furiosos, fué arrojado de cabeza en los lugares comunes del palacio, de donde salió con infinitos trabajos.

Esta aventura, que fué el incidente cómico del motín, excitó en la víctima una irritación y un

despecho tal, que yo, aunque inocente, á menudo he experimentado sus efectos. Enrique Fouquier jamás perdonó tal injuria á los que juzgó que eran sus autores, y aunque éstos fueron cosa de cinco, acompañados de muchos jóvenes de la Legion Urbana, mi calidad de Legionario me señalaba á su resentimiento, y desde entonces, en todos los diarios que ha escrito el rencoroso ex-secretario de Gent, jamás ha perdido ocasion de lanzar contra mí sus malévolas y emponzoñadas críticas.

Pero lo repito, el despecho de Enrique Fouquier en lo que me concierne ha sido gratuito, pues yo no fui del número de sus bañeros; habiendo sabido hasta el dia siguiente por la voz pública la historia de esta sucia venganza de mis camaradas de la Legion.

La Comuna revolucionaria quedó constituida el dia 24. Á su cabeza estaba Gaston Grémieux, el jóven presidente del antiguo comité antiplebiscita. Los otros miembros fueron tomados del Consejo departamental, y entre los oradores más exaltados de los clubs.

No reconociendo el ejército regular la dicha Comuna, que había monopolizado todos los poderes, se retiró de Marsella. El Consejo municipal, compuesto de republicanos moderados, ya no dió señales de vida, siendo el alcalde el primero que emprendió la fuga. En cuanto al prefecto Cos-

nier, estaba preso en la prefectura, en rehenes de los insurrectos; y por lo que hace á Enrique Fouquier, escaldado de aquel baño, se había puesto prudentemente al abrigo de otro.

Durante once días, la ciudad fué entregada á la más completa anarquía.

Los jefes del gobierno improvisado, eran incapaces de hacer frente á la situación. Ninguno de mis compatriotas me desmentirá, cuando diga que la Comuna de Versalles fué absolutamente grotesca, pues se contaban en el número de sus jefes á un peluquero y á un zapatero, y para afirmar el principio internacional, se había colocado también á un negro entre los gobernadores, y un vendedor de agua fresca fué nombrado general en jefe de los insurrectos.

Á decir verdad, los revolucionarios no hacían más que seguir el ejemplo de los liberales. Delpech, el 4 de Setiembre, era un modesto tenedor de libros, en una casa de comercio. El 6 había sido ya nombrado subprefecto de Aix, y diez y seis días despues prefecto de las Bocas del Ródano; así es que en diez y ocho días había recorrido todos los grados administrativos, pues que Marsella es una prefectura de primera clase. Más todavía: cuando Esquiros y él fueron remplazados por Gent, Delpech, que en su vida había empuñado mas que la pluma y el raspador, fué nom-

brado general comandante de la segunda brigada del ejército de los Vosges (¡pobre Francia!). No son, ciertamente, los liberales los que pueden echar en cara á los revolucionarios su desfachatez al instalarse en los más altos puestos militares y administrativos.

La Comuna, sin embargo, esperaba que la atacase la tropa de línea; pensó en prepararse á la defensa, y el comandante de la *Jóven Legion Urbana*, fué quien recibió la mision de crear un arsenal para los insurrectos, puesto que los fuertes de la ciudad se negaban á reconocer á Gaston Cremieux y á sus colegas. Al efecto, consiguieron, no sé cómo ni en dónde, algunos cañones y balas, colocándolos en el patio de la prefectura. ¡Ah! debíamos hacer maravillas. Pasábamos todo el día en acarrear balas, y había algunas bien pesadas por cierto. Cuando las descargábamos del carro que las traía, las colocábamos en bellas pirámides, sudando de lo lindo; pero por la noche, una vez terminada la tarea, teníamos la satisfacción del deber cumplido. ¡Cuidado con los de Versalles, decíamos, pues si vienen, quedarán contentos de la recepcion....! ¡Y nuestro jefe de la Legion Urbana, nuestro bravo comandante Giran....! Éste sí que lo tomaba por lo serio. Nada más curioso que verle agitarse en su oficina,

situada en el primer piso á la izquierda, del lado de los salones.

La pieza que se había reservado en la prefectura, estaba llena de materias explosivas. Apenas entraba uno á su habitacion, cuando brincaba de su sillón. ¡Cuidado, cuidado! exclamaba, no toqueis nada, porque hay material suficiente para hacer volar á Marsella. Si teniais la desgracia de moveros, de cojer una silla ó de dirigiros hácia una chambrana, tomaba un aspecto espantado y misterioso, obligándolo á uno á la más completa inmovilidad. Parecía que mil bombas iban á partir de todos los rincones, al menor movimiento. ¡No os movais! repetía, pues no sabeis la espantosa responsabilidad que asumo en mi encargo.

A fuerza de oírle, se le daba suma importancia, y había acabado por creerse que en la prefectura se poseían toda especie de aparatos destructores á cuales más terribles. Por todas partes reinaba un desórden de que es imposible formarse idea.

La Comuna de Paris nos había enviado tres delegados, Mègy, Amoroux y Landeck; todos tenían las mismas pretensiones de mandar, tratándose mutuamente de traidores; hablaban con más frecuencia de fusilarse, que de organizarse, y á veces se daban repentinamente consignas perfectamente inútiles.

Por ejemplo, un dia, no sé quien intimó á los

centinelas la órden de no dejar salir á nadie sin el debido *pase*.

El primero que se presentó para salir, ignorando absolutamente la consigna, era uno de los oradores habituales de la Alhambra, llamado Pancin. El cívico que estaba de centinela lo detiene.

—No se pasa.

—Yo soy el C. Pancin.

—Bien lo sé, solo que tengo la órden de no dejar salir á nadie sin pasaporte.

Pancin sube al primer escritorio que encuentra, toma una hoja de papel cualquiera y escribe estas palabras:

PASA EL CIUDADANO PANCIN.

Firmado: *Pancin*.

Despues, desciende gravamente y entrega su papel al centinela. El Cívico lo lee.

—Muy bien, Ciudadano, estais en vuestro derecho.

Y le permitió salir.

Esta sencilla anécdota, auténtica, aunque inverosímil, bastará para dar una idea del desórden en que estaba la Comuna. El 4 de Abril por la mañana todo el mundo quedó sorprendido al ver la tropa acampada sobre muchos puntos de la ciudad.

Para apoderarse de la prefectura, el ejército regular no tenía más que hacer que presentarse á las puertas y entrar.

Ignoro qué informes se darian al Gral. Espivent; pero lo cierto es que si estos informes presentaban á los insurrectos dueños de recursos formidables, eran falsos.

No me meteré en el relato de esta jornada que ha sido ya numerosas veces descrita, sino que me limitaré á algunos recuerdos personales. Cuando comenzó el tiroteo, recurrimos al comandante Giraud que habia prometido tan formalmente hacer polvo al enemigo. El comandante confesó, que si habia hablado en esos términos, era para imponer respeto á la Comuna. Se abren las alacenas de su oficina, estas famosas alacenas que contenian tantas bombas, y que en realidad no contenian ni una sola.

Bajamos á la prefectura, alistamos un cañon para la defensa, y nos propusimos cargarlo; pues bien, no encontramos una sola bala que cupiese en su boca, pues el diámetro de todas aquellas que tantos trabajos nos habia costado acarrear, era mayor que el calibre de los cañones. Nadie habia pensado jamas en examinar si los proyectiles eran adecuados á las piezas; aquello era para reirse, pero de dientes para adentro. ¿Qué partido tomar? Los que tenian deseos de batirse, no

tenian más arbitrio que ir á disparar sus armas en las calles tras de las dos ó tres barricadas que habia en la ciudad, y habiéndose resuelto á esto, la prefectura, en lugar de ser Ciudadela se convirtió en un hospital al cual se condujeron los heridos de ambos partidos.

Llovian las granadas del cerro de la Guarda y del puente de San Nicolás.

En lo alto del mirabel del reloj de la prefectura, mi compañero Elías Devèze y el ciudadano Pancin, tuvieron la constancia de mantener hasta las cuatro de la tarde una bandera blanca en señal de amnistía, sin que por esto cesase el bombardeo, hasta la puesta del sol.

Despues de haber almorzado al mediodía en la casa, me dirigi por un momento á la prefectura, á donde entraba uno de su cuenta y riesgo, pues tenia que atravesar la plaza bajo una granizada de balas que caía de las casas vecinas, ocupadas por la tropa.

Los partidarios de la Comuna no eran los más numerosos. Algunos antiguos civicos custodiaban al almirante prefecto, á quien se habia juntado, en calidad de rehenes el hijo del alcalde. Los salones estaban trasformados en ambulancia; un joven y un cirujano, que no pertenecian á ningun partido, curaban á los insurrectos, así como á los soldados heridos. En muchas oficinas que el gobierno revolucionario habia convertido en alma-

denes de equipo, habia trages de franco-tiradores y de garibaldinos, en prendas por pago.

En compañía de tres legionarios me planté un pantalon de tela y una blusa azul y nos fuimos á tirar algunos balazos á la barricada que estaba en el ángulo de la calle Mont-Grand y de la plaza Saint-Terréol. Desde allí apuntábamos bien ó mal á los Guardias Nacionales del partido del orden, quienes desde las Graderias del Palacio de Justicia, hasta la extremidad de la calle nos enviaban sus balas. Por fin, estos instalaron un cañon dirigiéndonos nuevos cumplimientos en forma de metrallass, de las cuales una fué á atravesar una casa de enfrente. Juzgando entónces que la partida no era igual, abandonamos la barricada y volviendo á la prefectura, nos aseamos, des- embarazándonos de nuestros prestados vestidos. Hacia las cinco, salté de la guardia para darme cuenta del tiro de nuestros adversarios. Habia ahí algunos curiosos á quienes no dejaron estacionar los soldados. Por último, al caer la noche los marinos de la Fragata de la Corona, que acampados en la Lonja aguardaban el momento favorable, llegaron al Palacio de la Prefectura, lugar abandonado por los insurectos, y escalaron las ventanas, no encontrando más que las personas en rehenes á quienes nadie habia tocado.

La Comuna de Marsella habia concluido.

## VI. DE MARSELLA Á PARIS.

LA "LOCURA" Y LA IGUALDAD.—EN LOS TRIBUNALES Á LOS DIEZ Y OCHO AÑOS.—LA JÓVEN REPÚBLICA.—LA LUCHA CONTRA EL ESTADO DE SITIO.—"EL HURÓN Y LA HONDA."—TRES DUELOS.—ACUMULACION DE PROCESOS.—DESTERRADO Á GÉNOVA.—LA AMNISTÍA Á LOS CULPABLES DE DELITOS DE IMPRENTA.—MONTPELLIER Y EL DE "OPOSICIONISTA."—FRATERNIDAD REPUBLICANA.—LA EXPOSICION DE PARIS.

La Comuna trajo á Marsella el estado de sitio. Entónces fué cuando me hice periodista en toda forma.

Durante los primeros meses que sucedieron á mi separacion del regimiento, además de perorar en los clubs, colaboré en diversos periódicos revolu-

denes de equipo, habia trages de franco-tiradores y de garibaldinos, en prendas por pago.

En compañía de tres legionarios me planté un pantalon de tela y una blusa azul y nos fuimos á tirar algunos balazos á la barricada que estaba en el ángulo de la calle Mont-Grand y de la plaza Saint-Terréol. Desde allí apuntábamos bien ó mal á los Guardias Nacionales del partido del orden, quienes desde las Graderias del Palacio de Justicia, hasta la extremidad de la calle nos enviaban sus balas. Por fin, estos instalaron un cañon dirigiéndonos nuevos cumplimientos en forma de metrallass, de las cuales una fué á atravesar una casa de enfrente. Juzgando entónces que la partida no era igual, abandonamos la barricada y volviendo á la prefectura, nos aseamos, des- embarazándonos de nuestros prestados vestidos. Hacia las cinco, salté de la guardia para darme cuenta del tiro de nuestros adversarios. Habia ahí algunos curiosos á quienes no dejaron estacionar los soldados. Por último, al caer la noche los marinos de la Fragata de la Corona, que acampados en la Lonja aguardaban el momento favorable, llegaron al Palacio de la Prefectura, lugar abandonado por los insurrectos, y escalaron las ventanas, no encontrando más que las personas en rehenes á quienes nadie habia tocado.

La Comuna de Marsella habia concluido.

## VI. DE MARSELLA Á PARIS.

LA "LOCURA" Y LA IGUALDAD.—EN LOS TRIBUNALES Á LOS DIEZ Y OCHO AÑOS.—LA JÓVEN REPÚBLICA.—LA LUCHA CONTRA EL ESTADO DE SITI- O.—"EL HURÓN Y LA HONDA."—TRES DUE- LOS.—ACUMULACION DE PROCESOS.—DESTERRA- DO Á GÉNOVA.—LA AMNISTIA Á LOS CULPABLES DE DELITOS DE IMPRENTA.—MONTPELLIER Y EL DE "OPOSICIONISTA."—FRATERNIDAD REPUBLI- CANA.—LA EXPOSICION DE PARIS.

La Comuna trajo á Marsella el estado de sitio. Entónces fué cuando me hice periodista en toda forma.

Durante los primeros meses que sucedieron á mi separacion del regimiento, además de perorar en los clubs, colaboré en diversos periódicos revolu-

cionarios; pero ese trabajo no me producía un céntimo.

Por fin, el 1.º de Enero de 1871, ingresé á la redaccion de *La Igualdad*, diario fundado por Mauricio Rouvier y Delpech, y cuyo redactor en jefe era á la sazón un profesor de los Bajos Alpes, M. Gilli la Palud. *La Igualdad* fué el primer periódico en que tuve sueldo.

Habíamos dos redactores encargados por turno de escribir diariamente la biografía de un hombre célebre. Esta serie de biografías, se intitulaba: *Efemérides Republicanas*; los personajes cuya vida relatábamos, y cuyas obras debíamos analizar, caso de tratarse de algun literato, eran seguidos desde la fecha de su nacimiento.

Ese trabajo nos quitaba mucho el tiempo. Era preciso trabajar durante cuatro ó cinco horas en la Biblioteca de la ciudad para reunir los datos de una biografía.

Mi compañero tenía á su cargo las de las celebridades artísticas y literarias, y yo las de los hombres políticos.

La administracion nos pagaba esas biografías á razon de diez francos (dos pesos) cada mes á los dos. Me explicaré bien; ganábamos mi compañero y yo, cinco francos (un peso) al mes cada uno. No podrá negarse que hice gran negocio con mis primeros trabajos en la prensa.

Después de la Comuna mi compañero fué aprehendido. Quedó, pues exclusivamente sobre mi la carga de las efemérides; sin embargo, le enviaba cada mes la parte de sueldo que le debía tocar, por más que yo redactara solo las biografías; esto era justo, supuesto que, muy á pesar suyo estaba imposibilitado para colaborar en un trabajo que habíamos emprendido juntos.

Pero cinco francos cada mes, no podían bastar para cubrir mis necesidades. Lo mismo que ántes de la guerra, me había alojado en un hotel, y mi familia pagaba. Pero tenia urgencia de no deber nada á mis padres, de quienes me alejaba cada día más.

Resolví, pues, fundar un periódico en union de siete ú ocho compañeros. Apareció á otro día de la Comuna, con el titulo de *la Marotte* (la Locura) y vivió dos años. Era una hoja semanaria y satírica, cargada de sal, y que atacaba furiosamente á los conservadores, especialmente al comandante general del Estado de sitio.

Al cabo de algunos números, no quedamos más que tres redactores.

Con el pretexto de las gracejadas atacábamos á los hombres del poder, de un modo verdaderamente rabioso.

Perseguido y suspendido á cada paso el periódico, desaparecía constantemente para volver á

aparecer con otro título. La Marotte se llamó sucesivamente la *Marmotte, le Sans—Culotte, le Bouffon*; pero, aunque con distinto nombre, era siempre la Marotte que se presentaba agitando de nuevo sus cascabeles.

El impresor y el gerente—no siendo mayor de edad, tuve que buscar un gerente—pagaron mis locuras con prision de más de un mes en los calabozos del fuerte de San Nicolás.

No hablaré de las denuncias hechas por particulares.

Llegó un momento, en que, en virtud de aquel diluvio de multas, no pude encontrar en Marsella un impresor, y el periódico se vió obligado á recurrir á las prensas de los correligionarios polificos en Ciotat y despues en Tolon.

Á fines del año de 1872 fui citado á comparecer ante el tribunal de las Bocas del Ródano, por ultrages á la Religion. Tenia yo diez y ocho años.

El periódico, á pesar de las continuas persecuciones de que era objeto, y quizá á causa de ellas alcanzaba éxito. Se tiraban hasta 15,000 ejemplares, lo cual es mucho para una hoja semanaria y de provincia á 10 céntimos. Los productos de la venta nos ayudaban á mis compañeros y á mí para ir viviendo.

En cuanto á las efemérides de la *Igualdad*, me había visto precisado á suspenderlas.

La biografía de Robespierre espantó á los directores del periódico, con todo y que eran liberales. La de Marat fué desechada por muy comprometora. Contenia pedazos del siguiente estilo:

“Me dirijó á la clase plebeya, á esa clase tan injustamente oprimida por la aristocracia orgullosa. . . . No debo ocultarlo; amo á esos hombres que invadieron la Convencion para proclamar la inocencia de Marat, y á esas mujeres valerosas que, á ejemplo de Theroigne de Mericout, fueron hasta Versalles á buscar al déspota Capeto. Amo á esa multitud que, inflamada por la elocuencia de Desmoulin, ceñía su frente de verdes guirnaldas y derrivaba el monumento de la tiranía. Amo á ese pueblo activo que, ora agrupado bajo la bandera de la patria corría á rechazar al extranjero cantando la Marsellesa; ora se agrupaba al derredor de un cadalso para ver correr la sangre de los nobles y de los clérigos al son del *Ça òrol!*”

El redactor en jefe, M. Gilly la Palud, prefirió suprimir por completo las efemérides, á exponerse á que se deslizaran el dia ménos pensado y por descuido del administrador, renglones parecidos á los que acabo de copiar.

Sin embargo, como necesitaba de mi colaboracion, me dió el puesto de cronista suplente con un sueldo de treinta francos al mes. Limitado á noticias de los buques que llegaban y á la relacion de las historias de los perros machucados,

me era ya imposible dar pávulo á mis furoros revolucionarios en las columnas del periódico.

En esta época, á la vez que colaboraba en la *Igualdad*, era el principal redactor de la *Marotte*. Había roto toda clase de relaciones con mis padres y mis amigos de la infancia. No ganaba mucho que digamos; pero en fin, subvenía á mis necesidades. Había realizado mi sueño de oro: no depender de nadie.

El 10 de Enero de 1873, los propietarios de la *Igualdad* me propusieron sustituir la *Marotte* con otra hoja satírica también, pero de un lenguaje menos grosero, me ofrecieron un sueldo y la redacción fué más numerosa. Bajo tales auspicios fué fundada la *Jeune République*, que vivió un año; sufrió desde luego una suspensión de tres meses, y después la prohibición absoluta de su venta.

Consagré los años de 1874 y 1875, á la redacción del *Furet* (Huron), pequeña hoja inspirada en la *Marotte*.

El proceso más importante que hubo, fué aquel en cuya virtud hube de comparecer ante la *cour de assises* (\*).

(\*) Tribunal francés desconocido tanto en España como en América. Es un jurado compuesto de jueces letrados, que no tiene denominación en nuestra lengua.—(N. del T.)

El jurado, atendiendo á mi edad, me absolvió. Fué mi defensor M. Moglione, después alcalde de Marsella.

Otro proceso intentado contra mí en 1873 por un sacerdote que calumnié, hizo algún ruido en el Mediodía.

El quejoso no era otro que el anciano superior del colegio de San Luis, el abate Magnan.

La *Marotte* y la *Jeune République*, se propusieron como regla de conducta arrojar constantemente el insulto y el ridículo sobre los escritores católicos.

De manera que el abate Magnan, colaborador de un periódico conservador, el *Ciudadano*, servía más que ningún otro de blanco á nuestras burlas, impregnadas de un gusto dudoso.

Un día, el abate Magnan cansado ya, y queriendo poner término á esos ataques de una violencia inusitada, me denunció y conmigo al gerente. Habíamos traspasado todo límite. Se publicó una poesía escrita en dialecto provenzано, dirigida al venerable eclesiástico, y que contenía una de esas palabras groserísimas de que es tan rico el dialecto de la Cannebiere.

La poesía no era hecha por mí; pero venía á continuación de una serie de mis artículos, serie que duró más de un mes. La procaz poesía, de-

terminó la persecucion, y la série de mis artículos, así como los de los otros redactores fué denunciada por el abate. Por lo demás, todos esos ataques eran de la misma indole.

La causa llegó al tribunal de casacion que falló á favor de nuestro adversario.

Finalmente, la sentencia de la Côte de Aix, que habia juzgado á fondo el asunto, fué confirmada y el periódico tuvo que pagar al abate Magnan, dos mil francos por indemnizacion de daños y perjuicios.

Mi antiguo superior recibió, según entiendo, seiscientos francos, que empleó en la construcción de un altar dedicado á la Santísima Virgen en la iglesia de su ciudad natal, é hizo espontáneamente renuncia del resto de la cantidad.

En 1878, y en lo particular, le manifesté mi pesar por esos villanos ataques, y me siento feliz con poder repetir aqui lo mismo.

Además de los procesos, mis periódicos de aquella época me acarrearón disgustos de otro género.

En 1872 tuve un duelo con uno de mis compañeros de colegio, Horacio Martín, de más edad que yo. Ninguno de los dos poseíamos los primeros rudimentos de la esgrima. No obstante, nos batimos como dos rabiosos. El combate fué á espada y tuvo tres asaltos.

En el tercero me atravesó el brazo derecho

de parte á parte; pero mi agilidad en el terreno era tal, que no advirtiéndome mi herida los testigos, á mi vez y al momento traspasé á mi adversario la mano izquierda.

Se suspendió el duelo. Yo perdía mucha sangre. El médico me atendió violentamente, pues una gruesa arteria del brazo habia sido cortada.

Después atendió á mi adversario, con quien me reconcilié.

Durante algun tiempo no pude escribir. Por fin sané, y no me quedó más que una doble cicatriz como recuerdo de aquella aventura.

Me he equivocado. Con motivo de esta, contraí amistad con un hombre de corazón, uno de los testigos de Horacio Martín. M. Mercier, el cual, aunque de opiniones contrarias á las mías, compadecido de mi locura, me cobró afecto; me reprendía frecuentemente con motivo de mis excesos, y nunca perdió la esperanza de verme volver al bien.

En 1873, crucé de nuevo mi espada; pero esta vez con un republicano, Eduardo Chevret. Como un justo castigo del pasado, ese correligionario me hizo la misma injuria que la *Jeune République* habia hecho al abate Magnan.

En el terreno propiné una fuerte herida al pobre Chevret, artista más diestro en manejar los pinceles, que la arma blanca.

En 1874, tuve el tercer duelo. Mi adversario fué un jóven cronista marsellés, Emilio Rastignac; uno de sus testigos fué Leopoldo Peyron, que es actualmente secretario redactor del Senado. Nos batimos á pistola en Monaco. Disparamos dos balas á veinticinco pasos, y salimos ileños.

Tres veces puse en grave peligro mi anti-cristiana existencia. Si hubiera muerto en semejantes circunstancias, habria sufrido eternamente el castigo de mis crímenes. Y Dios no lo quiso así. ¡Cuán misericordioso es el Señor!

Casi al terminar el estado de sitio, en los primeros días de 1876 me hice cargo de la direccion de un periódico satirico, intitulado *La Fronde*.

En este, como en la *Marotte*, era completamente libre al escribir; de manera que no tenía superior alguno que templara mi fogosidad. El impresor, mi sócio, era el primero en reir de mi frenesí literario. Por mi parte tambien tomé la cosa por su lado cómico.

Además, yo era enteramente responsable de mis artículos. Desde el mismo día en que fui mayor de edad, me declaré gerente de mi periódico. En caso de denuncia yo era el único responsable.

Muy pronto el impresor de la *Fronde*, se ausentó de Marsella, porque asuntos de mayor importancia lo llamaban á Montpellier para la creacion del *Petit Meridional*. Me dejó como único

propietario de la hoja satirica. Desde entónces, no conocí limites.

En unas cuantas semanas sufrí trece procesos.

Las sentencias de todos ellos acumuladas arrojaban el respetable total de ocho años de prision.

Como no tenía la menor voluntad de convertirme en prisionero del gobierno, me apresuré á tomar el tren de Génova.

No me hacía ilusiones, preveía la negra miseria que me esperaba en Suiza: No importa, prefería la miseria á la pérdida de la libertad.

En mi calidad de proscrito recibí de la autoridad cantonal un permiso de residencia, el cual debía ser renovado cada tres meses.

Bajo estas condiciones pasé en Génova los años de 1876 y 77.

Vivia del producto de mi pluma. *La Fronde*, trasportada á Montpellier habia continuado con el nombre del *Frondeur*. Además, las correspondencias para algunos periódicos franceses me ayudaban á subsistir.

La situacion no tenía nada de risueño. Un periodista desterrado gana poco en el extranjero; además, se hace muy difícil tener de que ganar.

Vi ahí proscritos de quienes se creía que llevaban una vida dispendiosa y lujosa, y que, por el contrario, estaban pobres como un Job.

Cluseret, era uno de ellos.

En Francia se decía que pasaba alegremente su destierro en un magnífico castillo; según los cronistas, paseaba en Génova en un soberbio caballo tordillo.

Estuve á verlo en su castillo. Era este una humildísima casucha, cuya renta anual sería de unos 150 á 200 francos. Se componía de un pequeño huerto en el cual cultivaba coles que salía á vender, así como los huevos de sus gallinas, y la leche de una cabra en el mercado de Carouge. En cuanto á su caballo, siempre fué invisible é impalpable. En materia de irracionales amigos no le conocí más que un fiel perro, que se llamaba Porthos.

Cluseret, á quien las gacetas francesas presentaban como un millonario, vivía en la pobreza más absoluta.

Si por casualidad este libro llegara á sus manos, es seguro que no le agradarían los sentimientos cristianos que me animan. No soy ya el joven impío que conoció; pero verá que rinde homenaje á su probidad, aunque deplorando su ceguera, un convertido, un católico que se complace en decir la verdad.

Los saltimbanquis desterrados nunca me simpatizaron.

Viví tranquilo, ocultando mi miseria, sin tomar

parte en las reuniones de los farsantes, para quienes es oro molido el título de proscritos.

Disimulaba tanto que ninguno, de los pocos amigos políticos que visitaba tuvo la menor sospecha de mi angustiosa situación.

En un libro como el presente no debo hablar más que de mi vida pública, y el lector se disgustaría de que me pusiera á informarlo de hechos sin interés, como los referentes á mi hogar.

No obstante, aunque sin acopio de pormenores, me parece útil decir que en Ginebra no vivía solo. Tenía familia: una mujer y dos hijos; mi amada esposa, que se alejó de Dios por culpa mía, los niños educados sin religión.

Eramos, pues, cuatro los que arrastrábamos las pesadas cadenas del destierro; cuatro los que sufríamos y muchas veces ayunábamos.

Se dió el caso de que viviéramos un mes entero sin comer más que pan. Aún éste llegó á faltarnos; dimos á los niños lo poco que nos quedaba y pasamos, mi esposa y yo, tres días enteros sin comer.

Llegó á tal grado nuestra miseria, que desesperado quise arrojarme al Ródano, mi mujer impidió que ejecutara tan bárbaro propósito.

Un amigo que no pertenecía á ningún partido, advirtió nuestra deplorable situación. Nos socorrió con singular delicadeza. Debo decir su nom-

bre, Julio Klein el compositor de música. Klein no estaba desterrado, vivía en Ginebra por gusto.

En tales circunstancias, con el estómago vacío, pero siempre vestido con aseo, iba á visitar algunas veces á mis jefes revolucionarios, Couvert, Razona, Cluseret y Rochefort.

Apreciaba especialmente á este último. Era indeleble la impresion que su *Lanterne* me habia causado en otro tiempo.

Tengo la conviccion de que le era yo de todo punto indiferente, pero esto no me importaba; tal era el ascendiente que su antiguo prestigio ejercia en mí.

Pero si mi miseria pasaba inadvertida á los ojos de los republicanos, y si en Ginebra solo un hombre extraño á la política se habia dado cuenta de ella, en cambio la descubrió desde léjos un amigo de la infancia, que, aunque católico me queria hasta el grado de comprometerse por mí. La amistad que teníamos le causó disgustos con personas de su familia.

Esto pasaba durante el gobierno del 16 de Mayo. Mi amigo H.\*\*\* que es hoy uno de los médicos más distinguidos de Marsella, me escribió demostrándome lo absurdo de mi obstinacion en defender una causa que, ya en sí misma, ya por parte de sus afiliados no me ofre-

cía más que ingratitud y desengaños. Hizo uso de toda su elocuencia para persuadirme.

A la sazón iba á fundarse un periódico de orden en el Sur de Francia. H\*\*\* me ofreció en él un empleo con seis mil pesetas al año, y los directores me aseguraban que lograrían el que todas las sociedades religiosas que me habian llevado á los tribunales renunciaran á la ejecucion de las sentencias pronunciadas contra mí.

Dí las gracias á mi amigo y le contesté que prefería "*morir de hambre en el destierro á abandonar la causa de la República.*"

En las elecciones del 14 de Octubre, mi partido triunfó, y yo no aspiré á otra cosa que á volver á mi amada patria. Una fraudulenta manobra de la nueva cámara me abrió las puertas de mi país.

Durante el ministerio de los señores de Droglie y de Fourton varios periódicos republicanos tuvieron que habérselas con los tribunales.

La cámara, con el fin de acentuar su triunfo decretó la amnistía en favor de los desterrados por delitos de imprenta, "cometidos desde el 16 de Mayo hasta el 14 de Octubre de 1877." Lo cual significaba que durante ese periodo de tiempo los tribunales habian pronunciado sentencias injustas. El senado sancionó la amnistía; pero suprimiendo las fechas que con toda intencion habia

fijado el proyecto de ley. De manera que la Alta Cámara consentía en borrar los delitos de imprenta; pero no quería circunscribirse á sentencias pronunciadas en determinado tiempo, fuera el que fuese.

Corregida en estos términos la ley de amnistía, era favorable á los periodistas proscritos que, como yo habian sido desterrados ántes del 16 de Mayo. Solo seis estábamos en ese caso. Faltaba saber si por hacer favor á seis republicanos y no ponerse en contradicción con el Senado, se decidiría la cámara á desistir de su proyecto, y consentiría en suprimir las fechas que ella misma habia escrito al principio con el expresado propósito de no solo indultar á los desterrados, sino especialmente de echar un borron sobre el gobierno, durante el cual habian sido sentenciados.

Por fortuna, entre los que salían beneficiados con la amnistía del Senado, estaba un hijo de Raspail. Por fin, la cámara adoptó la ley corregida, de manera que todos los desterrados por delitos de imprenta pudimos volver á Francia. ¡Ah, con qué afán nos apresurábamos á dejar el país del destierro, luego que nos era posible hacerlo!

Uno de nosotros, Justino Alaviail, periodista de Perpignan, se apresuró demasiado. Antes que la cámara ratificara la ley del Senado, nuestro compañero salió de Ginebra.

Fué detenido en la frontera; pero el gobierno dió por telégrafo la orden de dejarlo en libertad, y de permitir la entrada en Francia á todos los desterrados por delitos de imprenta.

Esta sábia disposicion del gabinete Dufaure, abrió las puertas á todos los proscritos. Bajo el punto de vista de la conciliacion, Dufaure deseaba que la cámara no se opusiera al Senado. Al abrimos las puertas de la patria, desde la primera votacion, comprometia á los diputados. Estos no podian ya limitar la amnistía á los sentenciados desde el 16 de Mayo, y obligar de este modo á los republicanos á emprender de nuevo el camino del desterrado.

Al volver á Francia (27 de Febrero de 1878), me dirigí inmediatamente á Montpellier, donde se imprimía mi periódico *El Frondeur*, el cual, despues de haberse suspendido durante el ministerio Broglie Fourtou, habia vuelto á aparecer con el gabinete Dufaure.

La amnistía no absolvía de las sentencias dadas en juicios promovidos por particulares. Sobre mí pesaban algunas de éstas.

M. Mercier, de quien he hablado ántes con motivo de mi primer duelo, tuvo la bondad de interesarse por mí ante las personas á quienes mis escritos habian atacado, y solicitar su indulgen-

cia para con un culpable que ya había sufrido bastante.

Con exceso de bondad, todas esas personas que pertenecían al mundo católico firmaron un escrito desistiendo de sus acusaciones.

Permaneci cerca de un año en Montpellier. Durante mi permanencia en esta ciudad, dos incidentes me mostraron una vez más las bellezas de la fraternidad republicana.

Dió lugar al primero, el abogado general Jouvion.

Este magistrado era liberal. Acusado de una infamia por sus enemigos, se suicidó. La investigación que siguió á su muerte probó que había sido calumniado. No obstante, fué abandonado el infeliz por sus mejores amigos, quienes no procuraron en lo más mínimo defender su memoria. Para los oportunistas era un triunfo el verse desbarazados de un liberal, y los liberales no volvieron á acordarse de aquel infortunado desde el momento en que murió.

Únicamente siete fuimos los que acompañamos sus despojos mortales al panteón.

Esta ingratitud de mis correligionarios, me disgustó de una manera profunda.

El segundo incidente fué ocasionado por una polémica con el alcalde de *Cette*.

El partido republicano en *Cette*, como en todas

partes, estaba dividido en dos campos; el de los oportunistas y el de los liberales, los cuales se detestaban mútua y cordialmente. No hay para qué decir que yo era rival de los oportunistas. El alcalde Espitalier, jefe de éstos, tenía un periódico, el *Petit Cettois*, que luchaba con el *Frondeur*.

Solo que la polémica no tenía el mismo carácter en los dos periódicos. El *Frondeur* criticaba los actos políticos y administrativos del alcalde Espitalier, mientras que el *Petit Cettois* contestaba atacándome en mi vida privada. Todos mis actos personales, los menores hechos que nada tenían que ver con el público, eran tergiversados con la más odiosa mala fé. Para decirlo todo (y esto no deberá ser una sorpresa), conviene saber que el alcalde Espitalier era franc-mason y Venerable de una logia de *Cette*; entre los francmasones la mentira está juzgada como una virtud.

El *Petit Cettois* llegó á decir que estando yo nado en dinero, dejaba á mi madre morir de hambre; de esta manera los oportunistas presentaban al público la historia de mi separacion de mi familia. Todo ello era falso. Ganaba yo entonces 300 francos cada mes, y tenía mi madre tan poca necesidad de mis socorros, que el mismo día en que se publicó el artículo de Espitalier, ella compraba en Marsella una casa por valor de 70,000 francos al contado.

Esos artículos eran redactados por varios insultadores de oficio. Uno de estos amables oportunistas había sido sentenciado á diez años de trabajos forzados por una quiebra fraudulenta.

Pero no paró ahí la cosa.

Sucedió, pues, que Espitalier se disgustó con su redactor en jefe. Éste, al separarse de su patron, hizo revelaciones sobre la polémica entre el *Petit Cettois* y el *Frondeur*; revelaciones que edificaron al público meridional.

Deseo recordar una de ellas, aunque no sea más que para dar á conocer á mis lectores las amables costumbres del partido republicano.

Un día, hallándome en la poblacion en que reinaba Espitalier, me dirigí á la redaccion del *Petit Cettois*, con el objeto de pedir al redactor en jefe una esplicacion acerca de un artículo que contra mí se había publicado.

Á otro día, Espitalier, al tener noticia de mi visita, se encolerizó rabiosamente contra su compañero.

—¡Cómo! decía, Leo Taxil ha estado aquí, solo con vos, ¿y no le habeis metido una bala en la cabeza?

—Pero, respondió el redactor, no he tenido para qué defenderme; no ha venido en son de guerra; se ha conducido con mucha urbanidad. Me preguntó únicamente, y de una manera muy co-

medida, el nombre del autor de un artículo publicado contra él.

—¿Y qué importa? replicó Espitalier. Lo teniais en vuestro poder, estaba en vuestra casa, no había testigo alguno. Os digo que era preciso haberle metido una bala en el cráneo.

Una vez que vuestro hombre hubiera muerto, declarariais que había venido á agrediros y que os habiais hallado en el caso de legitima defensa. Sin discusion os habría absuelto el jurado.

En la noche, el alcalde franc-mason envió á su redactor en gefe un pequeño bulto que contenía un revolver cargado y una carta.

Esta decía lo siguiente:

La primera vez que Taxil vuelva á vuestra casa, ROMPEDLE EL ALMA. (Textual)

La República ha nombrado al gentil Espitalier receptor principal de rentas en *Saint-Affrique* (Aveyron) donde se haya actualmente; es tambien en esa ciudad, Venerable de la Lógia *Intima Union*, del Gran Oriente de Francia.

¿No es verdad que es hermosa la fraternidad republicana?

¡Qué noble, qué grande, qué generosa es la democracia!

¡Y yo permanecí diez y siete años en ese presidio!

Hoy me parece que acabo de despertar de una inmundada pesadilla.

La Exposición de 1878 me proporcionó la oportunidad de ir á Paris, en el mes de Setiembre. Esta fué la primera vez que pisé la capital. Me agradó tanto, que decidí radicarme en ella. Los propietarios del *Frondeur* me dieron su consentimiento, y desde el 1.º de Enero de 1879 el periódico tuvo en Paris un centro para su venta.

## VII.

### GUERRA Á DIOS.

PLAN DE ATAQUE.—ORÍGEN DE MIS FOLLETOS IMPÍOS.—EL ANTI-CLERICAL Y LA VANGUARDIA.—¡ABAJO LOS BONETES!—M. PABLO DE CASSAGNAC.—SEGUNDA COMPARECENCIA ANTE EL TRIBUNAL SUPERIOR.—LAS FINEZAS DE LE ROYER.—MONSEÑOR QUIBERT.—LA LIBRERÍA ANTICLERICAL.—NUEVOS PROCESOS.—LOS BUENOS COFRADES.—CANDIDATURA EN NARBONA.—LA FRANC-MASONERÍA.—PRIMER CONGRESO PARISIENSE DE LIBRES PENSADORES.

La grande y sacrilega lucha iba á comenzar. Ya estaba en Paris. Hasta ahí no había yo hecho más que simples escaramuzas contra la religion. Era preciso emprender una campaña decisiva.

Mi plan era este:

Crear á costa del *Frondeur* un periódico exclu-

Hoy me parece que acabo de despertar de una inmundada pesadilla.

La Exposición de 1878 me proporcionó la oportunidad de ir á Paris, en el mes de Setiembre. Esta fué la primera vez que pisé la capital. Me agradó tanto, que decidí radicarme en ella. Los propietarios del *Frondeur* me dieron su consentimiento, y desde el 1.º de Enero de 1879 el periódico tuvo en Paris un centro para su venta.

## VII.

### GUERRA Á DIOS.

PLAN DE ATAQUE.—ORÍGEN DE MIS FOLLETOS IMPÍOS.—EL ANTI-CLERICAL Y LA VANGUARDIA.—¡ABAJO LOS BONETES!—M. PABLO DE CASSAGNAC.—SEGUNDA COMPARECENCIA ANTE EL TRIBUNAL SUPERIOR.—LAS FINEZAS DE LE ROYER.—MONSEÑOR QUIBERT.—LA LIBRERÍA ANTICLERICAL.—NUEVOS PROCESOS.—LOS BUENOS COFRADES.—CANDIDATURA EN NARBONA.—LA FRANC-MASONERÍA.—PRIMER CONGRESO PARISIENSE DE LIBRES PENSADORES.

La grande y sacrilega lucha iba á comenzar. Ya estaba en Paris. Hasta ahí no había yo hecho más que simples escaramuzas contra la religion. Era preciso emprender una campaña decisiva.

Mi plan era este:

Crear á costa del *Frondeur* un periódico exclu-

sivamente destinado á atacar á la Iglesia en sus dogmas, su culto y sus ministros. Con el producto de este periódico, imprimiría y distribuiría entre el pueblo folletos para vulgarizar las ideas anticlericales; una vez hecho esto, procuraría en toda Francia la fundacion de numerosas sociedades libre pensadoras, las ligaría entre sí; en una palabra organizaría á los anticlericales en un partido militante.

Durante mi permanencia en Suiza habia estado en relaciones con Garibaldi, que conservaba un grato recuerdo de su acogida triunfal en Marsella, escoltado por la *Jóven Legion Urbana*.

Le participé mi plan, lo aprobó con aplauso, advirtiéndome que iba á tropezar con innumerables dificultades.

Pero los obstáculos no me espantaban.

Para poner en ejecucion mi proyecto, comencé por renunciar á toda preferencia en materia de pandillas republicanas. Ni intransigente, ni oportunista, sino anticlerical. Tal fué mi divisa. La guerra al catolicismo era, en mi concepto el terreno sobre el que debía efectuarse la union de todos los demócratas de accion.

Gambetta acababa de pronunciar en Romans estas palabras que tuvieron una resonancia muy grande: "El clericalismo; he aquí al enemigo." Estas palabras encerraban todo un programa.

Conocía yo bien que Gambetta no habia lanzado este grito, que me llenara de júbilo, sino para atraerse á los radicales recelosos\* de su popularidad; pero ya fuese ó no por una astucia de política, las hostilidades aún no se habian declarado. En cuanto á mí, adopté sinceramente el programa de Romans.

La primera dificultad con que tropecé vino de los propietarios del *Frondeur*.

A mi juicio este periódico debía continuar. Era un órgano precioso para tratar por medio de la sátira las cuestiones puramente políticas; de gran tamaño y con valor de 15 céntimos, se consumían 30,000 ejemplares; más iba á degenerar en secundario al lado del otro que se llamaría *El Anti-clerical*, título que no daba lugar á equivocacion alguna.

Los propietarios del *Frondeur* se equivocaron respecto á mis intenciones; no vieron sino el lado lucrativo del asunto, y se imaginaron que si el *Anti-clerical* llegaba á aparecer, descuidaría yo el otro periódico ó bien lo abandonaría. Teniendo una hoja que goza de tan buena aceptacion y está tan bien redactada; ¿á qué arriesgar (pensaban ellos) la fundacion de una nueva? Finalmente no tenían acaso gran confianza en el éxito del *Anti-clerical*.

Me contestaron, pues, que no aceptaban. Como

yo insistiese, me colocaron en la disyuntiva de renunciar á mi proyecto ó de separarme del *Frondeur*.

La situacion era para mí muy crítica. El *Frondeur* me aseguraba el sustento diario y yo acababa apenas de establecerme en París. Rehusar mi empleo en él, era quedarme en la calle de una manera torpe.

Después de haberlo meditado bien, me resolví á sacrificar mi colocacion.

En este momento un folleto que acababa de publicar comenzaba á producir cierto escándalo. Hé aquí cual era el origen de este folleto.

Cuando me encontraba en Montpellier, combatiendo por los radicales contra los oportunistas, estos hallaron medio de vengarse de mí.

No todas mis antiguas sentencias, cuyo conjunto me había obligado en 1876 á tomar el tren de Génova habían sido comprendidas en la amnistia; en efecto, la ley exceptuó el delito de difamacion contra los particulares, y el de ultraje á la moral pública y religiosa. Este último delito debía ser más tarde abolido por las Cámaras; pero en 1878 existía aún.

Ahora bien: el 19 de Marzo de 1876, había yo dado á luz en Marsella, un número de la *Fronde* consagrado enteramente á vituperar de la manera más impía y grosera la fiesta de San José. Per-

seguido por esta causa, había sido absuelto por el tribunal de primera instancia, más el procurador apeló de este acto y el tribunal de Aix me había sentenciado á ocho dias de prision.

Esta sentencia no había sido levantada por la amnistia. Sin embargo, como era muy pequeña, el tribunal de Montpellier me había declarado que sin una orden especial del Guarda-sellos, no me obligaría á extinguir la. Reconocia esta declaracion dos razones: la primera, que el juicio era de fecha muy atrasada, y la segunda, que se ventilaba en ese momento la formacion de un código para los delitos de imprenta y, conforme á él, el ultraje á la moral religiosa debía dejar de ser considerado como delito.

Pero no contaba yo con mis buenos amigos los oportunistas. Mi polémica con el alcalde de Cotte los había exasperado; solicitaron del Guarda-sellos la orden especial de hacerme sufrir aquellos olvidados ocho dias de prision.

Fui aprehendido; pero la conducta de mis adversarios fué conceptuada por todo el mundo como una venganza ruin.

El Sr. Emilio de Girardin en la *France* se propuso hacer resaltar cuánto era ridícula y odiosa esta ejecucion de un juicio viejo, de más de ocho años, cuando los católicos por sí me habían per-

donado generosamente, renunciando á las sentencias pronunciadas en mi contra.

Durante los ocho dias de mi encierro emplee mis ocios en reunir en un folleto algunos de mis artículos del *Frondeur*, y el conjunto apareció á mi salida de la prision, bajo el título de *Almanaque anti-clerical para 1879*.

Este almanaque tuvo una regular aceptacion. Concebí desde entónces la idea de hacer cada tres meses una recopilacion de mis artículos y publicarlos bajo un título general.

El primer folleto de este género editado en Paris tuvo por título: *¡Abajo los bonetes!*

Este folleto fué el que acababa de aparecer en el momento en que por mi desavenencia con los propietarios del *Frondeur*, dejaba este periódico.

Los impresores del Almanaque me ofrecieron entonces su cooperacion. La mayor parte de mis colaboradores me siguieron, y así fueron fundados el *Anti-Clerical*, periódico de ún género especial y enteramente nuevo, y la *Avant Garde*, redactado como lo estaba el *Frondeur*.

No me había equivocado en mis previsiones. El *Anti-Clerical* desde su aparicion fué muy buscado por la masa popular, tan ávida de escándalos.

Al cabo de diez meses, el periódico que era semanario al principio, llegó á ser bisemanal, y mis

colaboradores y yo tuvimos que suprimir la *Avant Garde*, para consagrarnos enteramente á la hoja que alcanzaba los mayores favores del público republicano. El *Anti-Clerical* llegó á hacer tiro hasta de 60,000 ejemplares.

En cuanto al folleto *Abajo los bonetes*, logró un tiro de más de 130,000 ejemplares.

Cito estas cifras de las que en la actualidad estoy avergonzado, para que mis lectores se hagan cargo de la extension de los perjuicios que mis impiedades han causado; para que tengan siempre el derecho de reprocharme el mal inmenso de que he sido culpable, y en fin, para que todos sepan que soy deudor de una reparacion sin límites.

Muchos católicos comprendieron desde luego el peligro de estas publicaciones dirigidas al pueblo; uno de ellos, Pablo de Cassagnac fué el primero que las denunció en la tribuna de la cámara.

Por mi parte, el 15 de Mayo envié al redactor del *Pays* una carta llena de insultos, de los que tuvo el buen juicio de no hacer caso alguno. El Sr. de Cassagnac, sin preocuparse de mi cólera, continuó manifestando en su periódico, su manera de pensar, respecto á este género de propaganda salvaje, que yo acababa de inaugurar en Paris.

Entonces rogué á dos de mis amigos, diputados, el uno de las Bocas del Ródano y el otro del Var,

se acercaran á su colega conservador y le pidieran en mi nombre una reparacion por medio de las armas.

Habría querido un duelo con el Sr. de Cassagnac; mi orgullo hubiera quedado satisfecho, más no pude obtener esta satisfaccion. El diputado del Gers mostró á mis testigos mi carta del 15 de Mayo, diciéndoles simplemente esto: "No comprendo por qué el Sr. Leo Taxil me pide satisfaccion de una ofensa, cuando hace diez días que él mismo me ha enviado esta carta llena de insultos."

Mis amigos se vieron obligados á retirarse confundidos.

El haberse frustrado este duelo me causó un verdadero despecho.

En cambio, un proceso intentado por el tribunal con motivo de mi folleto, iba á colmarme de gozo.

Puesto en el caso de perseguir este libelo de libre pensador epiléptico, el Guarda-sellos no pudo sustraerse á su deber.

Comparecí el 29 de Mayo ante el Tribunal Superior del Sena; tenía por defensor á un joven abogado de gran talento, el Sr. Alberto Faivre, secretario de Floquet.

Sin embargo, presenté por mi mismo una defensa; tuve el aplomo de declarar á los jurados, que atacaba, no á Dios ni á la Religion, sino al

culto y sus ministros. De tal manera se desfiguraban los hechos en nuestro siglo de mentiras, que hay gentes que admiten sutilezas semejantes. El jurado parisiense tragó saliva.

Además, mi abogado, limitándose á tratar la cuestion de derecho, tuvo un argumento que causó impresion. Insistió sobre el hecho de que el folleto se componía exclusivamente de artículos ya publicados en mis diversos periódicos, y cuyos artículos nunca habian sido perseguidos. Por otra parte; no habian podido pasar inadvertidos, puesto que yo habia tenido otro proceso por estos mismos periódicos; lo que probaba que mis escritos eran leídos por señores del tribunal. Resultando de esto ser cierto, decía el Sr. Faivre, que habia yo considerado de muy buena fé estos artículos, si no como inofensivos, al ménos como comprendidos en los límites de la discusion permitida.

Por otra parte, mi actitud en la audiencia, me conceptuó la simpatía del jurado.

No era yo el único acusado; á mi lado estaba sentado el librero vendedor principal del folleto. Su abogado para hacerlo absolver, faltó á la generosidad hácia mí; en lugar de defender á su cliente pura y simplemente, me criminó casi tanto como el Ministerio Público. Por el contrario, en el discurso que dirigi á los jurados, reivindicaba

ba resueltamente la responsabilidad de mis escritos, declaraba que si alguno era culpable, lo era yo y no el librero, y que yo solo debía ser condenado.

Decía yo además:

“Donde la libertad de la prensa debe existir completa, cualquiera que tiene una pluma, tiene el derecho de expresar sus opiniones aún interpretando irrisoriamente las ideas de sus adversarios, y entonces soy inocente y debéis absolverme; ó al contrario, una opinion debe prevalecer sobre todas las demás, debiendo cada uno inclinarse ante ella y respetarla. En este caso, como yo he atacado las creencias católicas combatiendo violentamente el culto, soy un gran culpable, no merezco ninguna piedad, nada podría excusar mi crimen; pero no arrepintiéndome de una línea, de una palabra de mis artículos, rehusó las circunstancias atenuantes.

En fin, si debe creerse lo que me contó despues uno de los jurados, hé aquí una consideracion que motivó mi absolucion: En mi alocucion al jurado había pronunciado palabras muy fuertes, me había mostrado anticlerical obstinado. El presidente y los miembros del Tribunal al hacerme varias reprensiones, no habían podido dominar su indignacion.

Ahora, una vez en la sala de deliberaciones, los jurados se habían dicho:

Es verdad que los artículos de este jóven son vituperables y punibles; pero se trata de un exaltado y será suficiente poder darle una buena leccion. Si por ejemplo estuviésemos seguros que su folleto iba á costarle tres ó seis meses de prision, le declararíamos culpable; pero el Ministerio Público nos pide la aplicacion de un artículo que impone al delincuente hasta cinco años de prision. No somos los jurados quienes fijamos la pena, nuestro papel consiste solamente en declarar si el acusado es culpable ó inocente; á la Corte toca aplicar la ley en la proporcion que juzgue necesaria en consecuencia de nuestro veredicto. Ahora bien; por lo que hemos podido ver, la Corte está en malas disposiciones respecto de este jóven, y si le declaramos culpable, no dejará de aplicarle tres ó cuatro años, cuando ménos, de prision, lo cual seria mucho.

Tal fué la razon de que el jurado, aunque en su mayoría convencido de mi culpabilidad, pronunció á mi favor un veredicto absolutorio.

Este suceso fué pues un triunfo para mi impiedad, y los libres pensadores parisienses no me economizaron sus ovaciones.

Además, importa manifestar que mi proceso no había sido sino una intriga gubernativa.

En esta época los republicanos acababan de llegar definitivamente al poder. Grévy había sido elegido Presidente al principio del año. El Guarda-sellos que había ordenado las persecuciones, era Le Royer, hoy presidente del Senado; no fué pues por respeto á la Religión, que le interesaba poco, por lo que el Ministro de Justicia se conformó con la sentencia del Tribunal Superior.

El objeto era este:

En ese instante el gobierno tenía necesidad de obtener una sentencia contra Pablo de Cassagnac que, á la cabeza de la prensa conservadora se distinguía por su ardor en atacar á la República. El diputado periodista debía comparecer ante el mismo jurado que yo, durante la misma sesion, algunos dias despues de mí. El Guarda-sellos creyó ejecutar un acto de habilidad designando á un libelista, hasta entónces desconocido, y esto á consecuencia de la denuncia pública del director del Pays. Era yo sacrificado. Luego que una severa sentencia hubiera sido pronunciada contra mí, el representante del Guarda-sellos, hubiera dicho á los jurados. "Habeis herido á un rabioso de nuestro partido; no podeis ménos que hacer lo mismo y herir á su turno á un conservador cuyos ataques sufre hace tiempo el gobierno.

El veredicto del jurado del Sena destruyó los planes ministeriales. Las intrigas de Le Royer

se volvieron contra él. Habiendo absuelto á Leo Taxil, los jurados, con mayor razon debian absolver á Pablo de Cassagnac.

Fué lo que sucedió.

Réstame aún decir una palabra con motivo de este folleto *¡Abajo los bonetes!*

Su prefacio habla sido bastante notable.

El abogado general le dió lectura en el Tribunal Superior; era un trozo sentimental.

Recordaba yo á Mettray; sacaba á la escena á Monseñor Guibert, que en 1868 era arzobispo de Tours.

Efectivamente, en esta época fui visitado en mi celda por un eclesiástico, perteneciente á la administracion de esta diócesis ¿más quién era él? Apenas conservo recuerdo. Puede ser que fuese un gran personaje, ó, lo que es más probable, un simple cura; la escena relatada por mí era exacta; pero en todo caso estoy seguro de que mi interlocutor no fué Monseñor Guibert. No le había hecho figurar en mi diálogo sino para hacer más ofensivo el relato.

Habiendo cometido por vanidad esta sustitucion de persona, considero hoy como un deber y honor el humillarme restableciendo la verdad del hecho.

Monseñor Guibert ha muerto sin haber nunca pensado protestar contra mi mala fé de libre pen-

sador; esta es una circunstancia más para que, habiendo vuelto á ser cristiano haga yo una retractacion y me incline ante la veneranda memoria del difunto cardenal arzobispo de Paris.

El infame folleto que me había conducido por segunda vez ante el Tribunal Superior fué seguido muy pronto de otros varios, teniendo todos ellos títulos escandalosos.

Con el género de literatura que había adoptado, era de todo punto imposible pensar en tener un editor. La venta de mis publicaciones se hacía exclusivamente por mis impresores y por algunos vendedores al por mayor.

Entonces fué cuando mi mujer, que se había dejado seducir por mis ideas de la manera más completa, concibió el proyecto que llegó á realizar, de ser ella el editor y el principal vendedor de mis obras.

En los primeros días del mes de Junio de 1880 hizo al Ministerio del Interior la declaracion que exijia entonces la ley para la apertura de una librería. Así se estableció la librería *Anticlerical*.

No se ha olvidado aún esta casa de la Calle de las Escuelas, de donde salían diariamente por millares para repartirse en Francia y el extranjero, volúmenes, opúsculos, imágenes, canciones, entregas populares, en una palabra; todo lo que tendía

á excitar el ódio del pueblo contra la religion y el clero.

El mal que ha hecho esta casa de ediciones satánicas es inconmensurable; pero ante Dios declaro que soy yo el único responsable de todo él.

Soy tambien responsable de la mayor parte de las sociedades de libre pensamiento que se han fundado de 1880 á 1885 en Francia y en Algeria.

Mis publicaciones irreligiosas no eran para mí sino un medio de accion.

Inmediatamente que por el registro de los suscritores al *Anti-Clerical* se observaba en una comarca la presencia de cinco ó seis personas notables por su impiedad, me esforzaba en ponerlas en relacion unas con otras y constituir las en grupo militante. Cada grupo se empleaba desde entonces en reclutar adictos, y pronto se creaban por este medio nuevas sociedades de libre pensadores.

Mientras que procedía yo á estas organizaciones era molestado por las reclamaciones de los eclesiásticos á quienes el *Anti-Clerical* atacaba sin cesar, reclamaciones que frecuentemente se desenlazaban en un citatorio del juzgado.

Los principales juicios que durante este periodo se siguieron contra mí, fueron los siguientes.

Tribunal Correccional de Auch, 15 de Noviembre 1879; por difamacion al abate Duc, director

de la *Semana Religiosa* de Auch. 50 francos de multa; 500 francos por daños y perjuicios, y 350 francos por las inserciones del juicio en los periódicos.

Tribunal de apelacion de Angers.— 3 de Mayo de 1880; por difamacion á los *Hermanos de las Escuelas Cristianas* de esta Ciudad, 300 francos de multa, 3,000 francos por daños y perjuicios y 800 francos por inserciones.

Tribunal Civil de Montpellier, 29 de Diciembre de 1881; por difamacion á la memoria de Pio IX, proceso seguido por el Conde Gerónimo Mastai, sobrino del difunto Soberano Pontífice, 60,000 francos por daños y perjuicios y 5,000 francos por inserciones del juicio en 60 periódicos.

Tribunal civil de Paris: 13 de Abril de 1883, por difamacion contra seis *congregaciones religiosas é instructoras*; 12,000 francos por daños y perjuicios.

Varias de estas multas y daños y perjuicios fueron pagados por la caja del *Anti-clerical*. Fueron pagados especialmente por ella, cerca de 1,000 francos en el negocio de Auch, 200 en un negocio pequeño seguido por un cura ecónomo del Var, el asunto de Angers con todos los gastos que ocasionó, costó al periódico más de 5,000 francos.

Pero el proceso que causó mayor sensacion, fué

el promovido por el sobrino de Pio IX. Sin embargo, el periódico solo tuvo que satisfacer en este asunto los gastos y honorarios de abogados y publicacion, los cuales excedieron de 4,000 francos.

En 1881, se fulminó tambien una sentencia de 4,000 francos de daños y perjuicios por ataques reiterados contra el *Seminario de Dinan*; hubo, sin embargo, transaccion en este asunto, y solo costó al periódico 2,000 francos.

La sentencia del 29 de Diciembre de 1881 había sido pronunciada contra los impresores y contra mí.

Apelamos de la sentencia con dos objetos: primero, ganar tiempo, y segundo obtener una disminucion en los daños y perjuicios.

De manera que cuando comparecimos ante el Tribunal Civil de Montpellier para principiar el proceso verdadero, comenzamos por alegar la incompetencia de dicho Tribunal.

El 13 de Mayo de 1882, los jueces se declararon competentes. Entonces apelamos. La Corte declarando sobre la cuestion de derecho, nos envió al tribunal civil de Montpellier para tratar á fondo el asunto.

Segun la ley, el conde Gerónimo Mastai tenia un plazo para notificarnos el decreto de la Corte.

Cansado tal vez, y previendo que debido á mil artificios en el procedimiento, el proceso estaba destinado á perpetuarse, abandonó la persecución y el decreto que declaraba la competencia del tribunal nunca nos fué notificado.

Así fué como este asunto, después de haber hecho mucho ruido cayó en el olvido.

Pero las consecuencias probables de un proceso semejante, me hicieron entrar en reflexión. El *Anti-Clerical* que había sido fundado un año antes que la librería de propaganda, había llegado á ser mi propiedad particular; había yo poco á poco adquirido las acciones de mis co-asociados. Era, sin embargo, imposible continuar su publicación; independientemente del proceso de Mastal, tenía entonces la persecución de las seis Congregaciones religiosas de enseñanza. El *Anti-Clerical* estaba destinado á desaparecer; no podía ménos que sucumbir á las sentencias en un porvenir más ó ménos próximo. Suprimí pues esta hoja cuya existencia se hallaba tan amenazada y la reemplacé inmediatamente con otra que se parecía á aquella como una gota de agua á otra gota. El órgano nuevo se llamó *la República Anti-Clerical* y fué propiedad de la librería; sin embargo, y á fin de evitar las denuncias judiciales se tuvo en lo sucesivo mayor circunspección en los ataques contra las personas, aumentando el núme-

ro de blasfemias y disminuyendo el de difamaciones.

En cuanto á los antiguos procesos (del conde Mastal y de los Hermanos) me inquietaban muy poco, puesto que habiendo sido suprimido el *Anti-Clerical* no tenía ya ninguna propiedad particular que garantizara á mis adversarios el pago de los daños y perjuicios á que hubiera podido ser condenado ulteriormente.

Entonces no me causaba vergüenza alguna esta manera de obrar; tales procedimientos me parecían ser de buena lid, tanto más, cuánto que eran aprobados por todos mis amigos. En la sociedad que yo frecuentaba era estimada mi ingenuidad por no haber usado nunca de subterfugios. Difamar á los católicos, arrojar el lodo á manos llenas sobre la memoria de un Papa, era encantador; pero para llegar á ser perfecto hubiera sido necesario prodigar los ultrajes después de haber asegurado una completa impunidad.

Durante este periodo y después de algunas meditaciones me fué dado conocer y comprobar que tanto en Paris como en provincia, la fraternidad republicana es una vil mentira.

El éxito obtenido por mis publicaciones, me conquistó algunos envidiosos. La mayor parte de nuestros escritores de la prensa liberal sobre todo, veían con desagrado á este jóven meridional

que sin apoyo alguno había logrado en unos cuantos días hacerse leer del público. Las más rastroas envidias de la bohemia literaria permanecían ocultas desde mi absolución en el Tribunal Superior; estallaron con motivo de un proceso puramente civil del que ya hice relación muy extensamente en el primer capítulo de los *Hermanos Tres Puntos*.

Pasaré á hablar del asunto Roussel de Méry. Una semejanza absoluta de nombres había hecho creer á los periodistas libre pensadores, que uno de los principales redactores del *Universo* era un tráfuga del Anti-clericalismo. Esta opinión era general en la sociedad en que yo vivía. Un comerciante republicano de quien no tenía motivo alguno para sospechar me llevó una colección de poesías atribuidas al Sr. Augusto Roussel, aconsejándome reimprimiera la obra; lo cuál debía ser, según se creía, la burla más villana que pudiera hacerse al colaborador del Sr. Luis Veuillot.

La librería de la calle de las Escuelas, verificó la venta de la colección en uno de los remates á más bajo precio que hacía cada trimestre y cuyo conjunto llevaba por título *Biblioteca Anticlerical*.

Era yo el gerente de esta negociacion periódica. La realización de que se trata fué ejecutada el 29 de Junio de 1880, es decir, el mismo día de la expulsión de los Padres Jesuitas.

Algun tiempo despues, un Augusto Roussel, que no era el redactor del *Universo*, pero que sí era el verdadero autor de las poesías, intervino y reclamó; hombre ya de edad, murió poco despues y su reclamacion fué continuada por sus herederos, bajo la forma de proceso mercantil.

No carecía yo absolutamente de razon; la maldad que había querido hacer á un escritor católico, se volvía contra mí; pero en fin, no era la prensa liberal, con la que había yo compartido el error, ni tampoco los *buenos hermanos* que hasta entónces habían creído conmigo en un solo Augusto Roussel, los que debieran reprocharme el haber sido víctima de una confusion de personas.

El Tribunal me sentenció á pagar daños y perjuicios; no podía ser de otra manera. Tuve la desgracia de tener por Juez á un magistrado republicano, el Sr. Cartier, el mismo que al presentarse como candidato al Senado declaró que "la propiedad, la familia y la religion no eran más que necesidades. El Sr. Cartier, á quien sin duda era yo antipático, no se contentó con juzgarme y condenarme, sino que envió el expediente del juicio á algunos periódicos amigos. Los «*buenos hermanos*» se apresuraron á reproducirlo, aumentándolo con mil reflexiones maliciosas contra mí. Sin embargo, todos ellos sabían cual había sido mi error, causa principal de esta mala aventura; en la au-

diencia habían oído la declaración del comerciante libre pensador que me había entregado las poesías, asegurándome que su autor lo era el colaborador del Sr. Luis Veillot, y que bajo la fé del juramento ratificaba haberlo creído así.

Uno de los periódicos que en esta circunstancia se portó más inflexible para conmigo fué el *Intransigente*, no obstante que su Secretario el Sr. Roberto Charlie, había incurrido en el mismo *quid pro quo*, publicando sin resultado una parte de las mismas poesías que atribuyó también al Augusto Roussel del *Universo*.

Finalmente; el proceso terminó á mi favor. Ante el Tribunal de Casacion se presentó el desistimiento. Mi adversario reconoció que, con respecto á su difunto amigo había yo obrado de la mejor buena fé; concluyó la persecucion y fué autorizada la librería anti-clerical por el procurador de los herederos Roussel (de Méry), para imprimir nuevamente la coleccion de poesías que habían sido objeto del proceso. Esta segunda edición apareció entonces con todas las explicaciones necesarias.

Y bien, ¿creéis que los *buenos hermanos*, que tanto se habían gozado en anunciar mi sentencia, publicaron en seguida una rectificacion cualquiera? ¿Creéis que informaron á sus lectores del resultado de este asunto? No, ninguno rectificó; na-

die pronunció una palabra respecto al desistimiento que diera lugar á su conclusion.

En la actualidad, cuando pienso en estas villanías, creo tener la culpa de ellas. En efecto, había yo roto los lazos de sinceras y cordiales amistades, había menospreciado el amor de mis padres, por reunirme con aquellos hombres cuyo corazon está lleno tan solo de veneno. Así pues, no coseché sino lo que había sembrado.

Fué necesario que estuviera ciego para no haber visto claro en este desenfreno de ódios tan ruines.

En lugar de comprender que había emprendido un mal camino, que había tomado un mal sendero, me obstinaba, sobrellevaba mis sufrimientos y continuaba, aunque con pena, mi obra impia.

Pensaba poder acallar las rivalidades mezquinas, los rencores venenosos, y, por otra parte, para estar en disposicion de luchar más eficazmente aún contra el catolicismo, abrigué la fatuidad de pensar por un momento en una diputacion.

Estábamos entonces en 1881. Cuando nadie lo esperaba, se declaró que la Cámara había terminado su período, y el gobierno, á fin de ganarse las elecciones, publicó violentamente el 31 de Julio el decreto de convocacion, fijando para el voto el 21 de Agosto.

La candidatura me fué ofrecida por cuatro distritos, decidiéndome á aceptar la de Narbona. El tiempo era precioso. Salí de París el 12 de Agosto, tenía ocho dias apenas para mis trabajos. Hé aqui cuál fué mi programa electoral:

COMITÉ CENTRAL DE LA ALIANZA LIBERAL  
DEL DISTRITO DE NARBONA.  
PROGRAMA DEL CIUDADANO LEO TAXIL.  
POLÍTICA Y ADMINISTRACION.

- Supresion del Senado.
- Supresion de la Presidencia de la República; la promulgacion y ejecucion de las leyes, serán confiadas al Presidente del Consejo de Ministros; los Ministros serán nombrados por la Cámara.
- Reforma de la Constitucion en el sentido más democrático.
- Separacion del Estado y de la Iglesia; supresion de la embajada cerca del Papa; abolicion de los fueros del clero; abolicion del Concordato.
- Descentralizacion gubernamental y departamental; independenciam administrativa de las municipalidades.
- Instruccion primaria y secundaria gratuita, laica y obligatoria; instruccion superior dada por el Estado á los alumnos más aprovechados en la anterior, segun exámen.

En caso de complicaciones diplomáticas, derecho exclusivo de la nacion para decidir la guerra; previa consulta ocho dias ántes, y en caso afirmativo, el mismo derecho para decidir de la paz durante el amnistio.

Servicio militar obligatorio por tres años para todos los hombres sanos, sin excepcion alguna.

Participacion del pueblo en la formacion y arreglo de la Constitucion y de las leyes constitucionales, por medio de cuadernos redactados por las demarcaciones; derecho de peticion asegurado á todos los ciudadanos, y obligacion por parte del gobierno de someter las leyes al voto público (como se practica en Suiza), y que las peticiones sean convenientemente legalizadas por la mayoría de los votantes.

Supresion de la inamovilidad de la magistratura; aplicacion del sistema de jurados (por sorteo), en todos los negocios civiles, criminales y correccionales; jurado para la instruccion de los negocios; eleccion por el libre sufragio, y con limitacion de autoridad, de los jueces encargados de dirigir los debates y de aplicar la ley, segun el veredicto de los jurados.

Disolucion de todas las Congregaciones católicas; expulsion del territorio francés de todos los extranjeros que actualmente pertenezcan á cualesquiera de estas congregaciones.

Entera libertad de reunion para todos los ciudadanos, con excepcion de aquellas que tengan por objeto la conspiracion contra la República ó los intereses nacionales, las que serán castigadas severamente.

Absoluta libertad de imprenta: única restriccion, la calumnia contra los funcionarios y particulares, que será severamente castigada; en tal virtud, deberá el escritor probar suficientemente los hechos imputados por él, para la debida apreciacion del jurado.

Responsabilidad de los agentes y funcionarios.

Destitucion de todos los funcionarios hostiles á la República, cualquiera que sea el empleo que gozen y el ramo de la administracion en que se encuentren sirviendo.

#### TESORO PÚBLICO.

Supresion del presupuesto para el culto, y de todas las subvenciones, cualesquiera que sean, concedidas al clero por el Estado, los Departamentos y Ayuntamientos; pago por aquel de la localidad ó localidades de que haga uso por hallarse destinadas al culto.

Supresion de los grandes sueldos y de la acumulacion de poderes en los Ministros, los cuales además de su sueldo de diputados, percibirán

una indemnizacion para cubrir sus gastos de representacion.

Remuneracion por todos los cargos de eleccion popular.

Abolicion de todas las contribuciones y su sustitucion por el impuesto proporcional sobre capitales.

#### SOCIALISMO PRÁCTICO.

Obligacion de trabajar impuesta á los hombres y mujeres sanos; derecho de alimentos para los inválidos, ancianos y niños.

Abolicion de los monopolios y del trabajo en las prisiones, cuando fuere puesto en competencia con el de obreros particulares; abolicion de los talleres católicos, llamados *obradores*.

Prohibicion de la competencia establecida por los especuladores entre el trabajo de la mujer y el del hombre; debiendo trabajar cada sexo conforme á sus aptitudes respectivas; aumento de salario á la mujer.

Libertad completa de asociacion, es decir el derecho que tienen los individuos de reunirse para tratar sus intereses particulares (políticos ó comerciales) y darles mayor impulso por medio de la asociacion.

No debe confundirse *asociacion* con *congregacion*, pues que ésta es la que forman los indivi-

duos que renuncian á su voluntad é intereses en favor de uno solo que reconocen por Jefe, frecuentemente extranjero, y al que dan por este medio una fuerza que se emplea siempre en perjuicio de la nacion.

Reconocimiento de la personalidad civil en las cámaras sindicales; supresion de la intervencion de los patrones en la administracion de las cajas de obreros; revision de la ley sobre los hombres ilustres; admision de los obreros en los remates de los trabajos públicos.

Restablecimiento del divorcio. Aplicacion inmediata de las leyes emanadas de la gran Revolucion; desamortizacion de los bienes eclesiásticos; trasformacion de los conventos en establecimientos de utilidad pública; destinacion del producto de las otras propiedades de congregaciones á la creacion de escuelas de enseñanza y pensiones para los ancianos é inutilizados en el trabajo.

#### SISTEMA DE ELECCIONES.

Siendo el pueblo el único soberano, es á él solo á quien corresponde decidir de la manera con que debe ser consultado. Por otra parte, no podría establecerse un método de escrutinio definitivo, puesto que los electores de hoy no tienen el derecho de imponerlo á los de mañana. En consecuencia, lo más acertado es convocar al pueblo á los comi-

cios, seis meses ántes del término de cada legislatura, á fin de que allí manifieste su voluntad sobre el método electivo que le conviene adoptar para la renovacion de sus representantes.

#### DEBERES DE LOS DIPUTADOS.

Mandato imperativo. Prohibicion de figurar en esta categoria y bajo este titulo en los Consejos de Administracion de las sociedades rentísticas.

Entregarse al estudio de las necesidades sociales, con obligacion, por parte de la Cámara de consagrar á ellas una sesion especial por año.

Tendrán obligacion de dar cuenta de su cometido cuatro veces cada año, y de volver á presentar los proyectos de reforma rechazados por la Cámara, siempre que el reglamento lo permita.

Consultarán á los electores sobre los asuntos de interés local, en cada una de las veces en que se presenten á ellos á rendir cuenta de su conducta; teniendo en consecuencia obligacion de presentar en la Cámara y sostener, ya como miembros de las comisiones, ya en la tribuna, aquellas cuestiones locales en favor de las cuales hayan votado la mayoría de sus electores respectivos.

He querido reproducir este documento, para manifestar cuales eran mis ideas trece años despues de Mettray. Era tan solo la venganza lo que me animaba siempre.

Tres éramos los candidatos republicanos que estábamos en la palestra, no habiéndose presentado ninguno por parte de los conservadores.

Tenia yo la desventaja de ser extraño al país, y de haber llegado á última hora, cuando ya mis contrincantes habían tenido tiempo para preparar su candidatura.

El candidato oficial patrocinado por la Francmasonería era el Sr. Malric, alcalde de una de las cabeceras del Distrito y consejero general oportunista. El otro competidor, colectivista ó anarquista era el ciudadano Digeon, antiguo presidente de la comuna revolucionaria de Narbona; trabajaba en esos momentos, en union de Luisa Michel en el periódico *la Revolución Social*, que segun las revelaciones posteriores del Sr. Andrieux estaba subvencionado por la Prefectura de Policía.

Durante mis ocho dias de candidatura, no pude visitar más que catorce municipalidades de las setenta y una que cuenta el Distrito.

Apénas era yo conocido en el lugar, habiéndome tan solo precedido en él, el ruido que hicieron mis recientes procesos. Además, la mayor parte de esos honrados campesinos habían oído hablar vagamente de mis cuestiones con los tribunales, sin darse cuenta muchos de ellos de lo que pudiera ser el delito de difamacion.

Mis contrincantes sacaron partido de la ignorancia de los electores, haciendo fijar la misma mañana del voto, y en todo el Distrito, los siguientes pasquines:

“AVISO A LOS ELECTORES. Es inútil votar por el candidato Leo Taxil. Los sufragios á su nombre no podrán ser computados, atendiendo á que el Sr. Leo Taxil no tiene derecho á ser electo por haber sufrido numerosas sentencias, siendo por robo la mayor parte de ellas.”

No obstante estas intrigas, muy dignas de mi querido partido democrático, obtuve 2,279 votos, lo que ocasionó un empate. No sostuve ya mi candidatura en el segundo escrutinio: estaba profundamente disgustado. Declaro con toda sinceridad, que estaba ménos contrariado por mi desgracia, que por la repugnancia que me inspiraban las costumbres republicanas.

Nunca se siente la injusticia tanto, como cuando nos hiere personalmente. Hasta entonces había yo considerado que todo era permitido contra la religion; más aprendí en cabeza propia que la calumnia es el acto más innoble y despreciable del mundo.

Mis amables contrincantes no habían omitido hacer uso de la violencia para lograr su objeto. Así pues, en una reunion electoral que convoqué la víspera del voto, en el teatro de Narbona, se ve-

rificaron escenas salvajes, siendo una de ellas la pretension que tuvieron los colectivistas de producir un incendio, cortando y arrancando varios tubos del gas.

El distrito de Narbona, en el que habia ya intentado enarbolar el estandarte del anticlericalismo, es la cuna de un santo que pertenece á mi familia, San Francisco de Régis, que nació en Fontcouverte, cerca de Narbona.

En este año de 1881, pertenecía á la Francmasonería, y al declararme rival del H.: Malric, candidato postulado por el Gran Oriente, este acto de independencia me atrajo un odio implacable en el seno de la secta.

Anteriormente he relatado las desavenencias de que fui objeto por parte de mis colegas en las Lógiás.

Cuando fui afiliado en la asociacion secreta, conocia de antemano la comedia de las diferentes pruebas. Estaba al corriente de muchas cosas de que se hace gran misterio; pero no sabia que el iniciado se compromete á llevar una cadena tan pesada. La secta me habia seducido por su odio irreligioso; si hubiese yo podido tener la menor idea de la esclavitud á la cual se entregan los adictos, nunca hubiera aceptado la iniciacion.

Así es que desde el momento en que manifesté mi voluntad de ser libre, emprendimos una ver-

dadera lucha el Gran Oriente y yo. En el primer volumen de los *Hermanos Tres Puntos*, se encontrará la relacion de esta contienda, en la que se hizo intervenir á Victor Hugo y Luis Blanc; estos dos famosos personajes negaban haber escrito ciertas cartas (véanse en el capítulo siguiente); más la verdad es que su avanzada edad les habia hecho olvidarlo. Fué necesario reproducir sus autógrafos, para demostrar al público que Victor Hugo y Luis Blanc, habian incurrido en el delito de falta de memoria.

Esta afrenta hecha á los dos campeones de la democracia acabó de perderme en el espíritu de los jefes de la Francmasonería, y salí por fin de la intolerante secta en Octubre de 1881.

Un mes ántes acababa de inaugurarse en Paris el primer Congreso general de Libre-Pensadores.

Asistí á este Congreso, como representante de seis sociedades del Libre Pensamiento. En esta Asamblea se hizo mucho escándalo y nada práctico. Se votó la destruccion del catolicismo en breve plazo; la expulsion de Dios de los hospitales y de las escuelas, la abolicion del Concordato, la supresion del presupuesto del culto, etc., se trató de mantener en el país una grande agitacion anti-clerical, con el fin de inducir poco á poco á

los poderes públicos á realizar los votos del Congreso.

En fin, se decidió que para el año siguiente se establecería en Roma un gran Congreso Internacional anti-clerical, en presencia del Papado, y como suprema declaración del libre pensamiento y del socialismo ante el Vaticano. Una comisión de quince miembros, fué nombrada para organizar el citado Congreso de Roma.

Había en esta Asamblea un regular número de personas muy honradas y de irreprochable conducta en su vida privada, pero desgraciadamente extraviadas por el partido ciego que habían tomado. Más al lado de estos exaltados sinceros, se encontraban charlatanes desvergonzados y personas de una moralidad muy dudosa, siendo éstas las más hábiles en halagar las pasiones irreligiosas de la multitud.

Las sesiones fueron públicas.

Recuerdo á uno de mis cofrades en el periodismo y en libre pensamiento, intransigente entonces y hoy oportunista, que fué uno de los oradores más aplaudidos en este Congreso parisiense. Se había hecho acompañar de su mujer; y mientras que él declamaba en la tribuna, ella coqueteaba con los delegados de provincia; esto es lo más inno- ble y vergonzoso que pueda imaginarse.

Como es justo dejar á cada uno la responsabi-

lidad que le incumbe, me apresuro á manifestar que esta triste pareja no pertenecía á los grupos de la Federación conocida más tarde con el nombre de *Liga Anti-clerical*. El marido pertenecía á la sociedad de la *Fé Laica*.

Además, por entonces la Liga Anti-clerical acababa de nacer; estaba aún en la cuna; más tarde consagraré un capítulo entero á esta Liga que ha hecho un papel muy importante, con especialidad en el libre pensamiento francés.

Desde este instante no seguiré más el orden cronológico. El lector conoce el plan de campaña emprendido contra Dios, la Religión y sus ministros; ha visto cómo fui conducido á afiliarme entre los soldados de esta guerra insensata; sabe por qué encadenamiento de circunstancias llegué á ser uno de los abanderados de la impiedad. Ahora, para la inteligencia de este relato, será muy útil referir, sin distincion de épocas, los hechos acerca de los cuales me falta aún hacer mis confesiones. Terminaré su exposicion manifestando finalmente cómo salí de aquel abismo de perdicion.

## LAS MENTIRAS.

EL PRINCIPIO VOLTERIANO.—LA LEYENDA DEL CURA MESLIER.—CÓMO Y POR QUÉ FUÉ CALUMNIADA LA MEMORIA DE PÍO IX.—LOS DISCURSOS SOBRE LA INQUISICION.—UNA RELIQUIA DEL LIBRE PENSAMIENTO.—RENOVACION DE CUENTOS ANTIGUOS.—TRADUCCIONES HECHAS DE MALA FÉ.—UN DOCUMENTO APÓCRIFO.—UNA BURLA.—ACUERDO SISTEMÁTICO DE LOS ESCRITORES ANTI-CATÓLICOS PARA LA DIFUSION DE LAS CALUMNIAS.

El principio fundamental de todo aquel que combate á la Iglesia, sea por la prensa ó por la palabra, es el siguiente:

“Cualquiera arma es buena contra la Religion y sus ministros. El clericalismo es un enemigo del que es necesario desembarazarse, sin fijarse en los medios. Dios es el mal, por consiguiente, todo lo que tiende á separar de Dios á los hombres, es

esencialmente bueno, sin que esto pueda ser considerado como un delito irreligioso. Hé aquí por qué la mentira, desde el momento en que tiene por objeto perjudicar á la Religion y á los eclesiásticos, es perfectamente lícita.”

Voltaire, ántes que otro alguno, ha hecho uso de esta arma desleal; puede decirse que la elevó á la categoría de una institucion. Él fué el primero que con gran cinismo, formuló esta abominable teoria, que copio textualmente:

“La mentira no es un vicio sino cuando nos causa mal; pero es una gran virtud cuando nos favorece. Sed, pues, *más virtuosos que nunca.*”

“Es necesario mentir como un diablo, no con timidez, no solo durante algun tiempo, sino ardientemente y siempre. Mentid, amigos míos, mentid.” (Carta de Voltaire á su amigo Fhiériot, de 21 de Octubre de 1735. *Obras completas de Voltaire*, edicion Garnier hermanos, 2.º volúmen de la correspondencia, página 153).

Así, pues (colocándose en el punto de vista de los enemigos de la Religion), dado que el mayor bien que se puede desear consiste en la destruccion total de la fé cristiana, mentir contra la Iglesia es practicar la virtud.

El escritor anti-clerical y el orador impio, están obligados á inventar todo lo que juzguen conve-

niente para el descrédito del dogma y el culto católico; la calumnia viene, pues, á ser un sacerdocio.

Diariamente se pone en práctica esta teoría en la prensa republicana y en la tribuna de los clubs, estando confiada su enseñanza á las Lógias de la Franc-masonería.

Cuando se verifica la iniciación masónica en el grado de Aprendiz, primer grado de ésta, el Venerable, dirigiéndose al recipiendario se expresa de la manera siguiente:

“La mentira es el relato de un hecho contrario á la verdad; pero decir mentiras es contarlas, no es mentir.” (*Ritual del Aprendiz Mason*, por el H.: Ragon, Venerable de la Lógia “Los Trinosophes” de Paris, segunda edición adoptada por el Gran Oriente de Francia, página 37).

Así pues, cuando se descubre que un relato es falso, si tiene por objeto causar el desprestigio de los hombres y cosas de la Iglesia, se debe referirlo, reeditarlo y propagarlo; no es esta la mentira vituperable, no es lo que generalmente se llama mentir.

Lo mejor y aun más exacto es amplificar las mentiras que ya han sido contadas por otros.

Uno de mis antiguos amigos Leon Bienvenu, muy conocido en la prensa parisiense, ha escrito en el curso de una obra en que empleó todos sus

exfuerzos para hacer ridículo y odioso el Papado, el párrafo siguiente:

“Nunca podrán llegarse á conocer con exactitud todos los crímenes cometidos por los Papas; la relación más exagerada que pueda hacerse de los que se conocen, estará siempre muy lejos de la verdad.”

Esta confesión está despojada de todo artificio, como se vé fácilmente. Este autor la dejó salir de su pluma con tono burlesco; no importa, ella conserva su valor porque es muy característica. Lo que Leon Bienvenu ha escrito en son de burla, lo hacen diariamente, aunque sin decirlo, todos mis ex-cofrades.

¡Oh! si cada cual viniese, como yo ahora, á confesar su parte de responsabilidad en las mentiras acreditadas cerca del pueblo ignorante, no quedaría nada de las calumniosas leyendas imaginadas por unos y amplificadas por otros.

Para reparar, en la medida posible, el mal de que he sido, ya autor, ya cómplice, estoy en el deber de confesar todas las mentiras que he escrito, creyendo, miserable insensato, hacer una buena obra conforme á la máxima de Voltaire y de la Masonería.

Una de las más atrevidas mentiras de los tiempos modernos es, sin duda la creación de ese extravagante personaje, el pretendido cura Juan

Meslier, quien segun decían, al morir habia renegado de la religion de que fué ministro.

La leyenda es á propósito para engañar á las personas incautas; por eso los anticlericales la explotan que es una maravilla.

Yo mismo me apresuré á editar en la librería de la calle de las Escuelas las obras del cura Meslier y 30,000 volúmenes lo ménos circularon entre el público.

Sin embargo, cuando pensaba en la reimpression de aquellas obras, ignoraba que la leyenda del cura incrédulo fuese una impostura. Las primeras dudas acerca de la autenticidad de la obra me vinieron al corregir las pruebas del primer tomo.

Una contradicción flagrante me llamó la atención, consulté y en seguida descubri la verdad. Pero ya la edicion estaba en prensa, y bien pensado, me dije que era de muy buen efecto engañar al público del siglo diez y nueve, siguiendo el ejemplo de Voltaire que engañó al público del siglo diez y ocho.

El cura Meslier, es pues, una invencion de Voltaire, ó, por lo ménos Voltaire la puso en voga. La primera idea fué del amigo Thiériot.

Thiériot comprendió que la religion recibiría un terrible golpe, si se publicaba una obra impía dándole como autor un cura de aldea. Tratábase pa-

ra salir bien, de presentar la obra como póstuma, no habiéndose atrevido el escritor sacerdote á causar semejante escándalo durante su vida.

A Voltaire agradó mucho la idea de Thiériot; sin embargo, hubiera querido poner en escena, no un cura vulgar, sino un obispo.

“¿Quién es ese cura de aldea de quien me hablais? escribia Voltaire á su cómplice, el 30 de Noviembre de 1735. ¡Es preciso hacerle Obispo de la diócesis de Saint-Vrain! (Obras completas de Voltaire, 2.º tomo de la correspondencia, página 555).

Thiériot juzgó sin duda, que si se atribuía la obra á un Obispo, la superchería sería en seguida descubierta. Así es que el filósofo impostor renunció á exagerar el escándalo; concluyó por contentarse con un modesto cura de aldea, lo más desconocido posible, á fin de que fuera más difícil descubrir la mentira.

Hallóse un pueblo casi inaccesible á los investigadores. Etrépigny, aldea perdida en el fondo de la Champagne. Se inventó que un sacerdote, de nombre Juan Meslier, habia sido cura de Etrépigny, el cual, muerto en 1733 habia dejado un testamento muy curioso, en el que pedía perdon á sus feligreses de haberles inducido en error, enseñándoles la religion durante su vida. El testamento lleva el título: *Extractos de los Sentimientos de Juan*

*Meslier, dirigidos á sus feligreses*, y fué escrito desde la primera línea hasta la última por Voltaire, cuyo estilo puede fácilmente reconocerse.

La primera edición se publicó en 1762; pero Voltaire tuvo el cuidado de ponerle fecha de veinte años atrás. El impresor escribió á la cabeza de la obra la fecha de 1742, y los lectores se imaginaron tener en las manos un opúsculo puesto en circulación de repente; y como el tiro se hizo en papel viejo, cada cual creía haber hecho un hallazgo.

Y Voltaire, al final del apócrifo documento, escribía con su habitual desfachatez:

“Hé aquí el resumen exacto del *Testamento de Juan Meslier*.”

“Júzguese de qué peso puede ser el testimonio de un sacerdote moribundo que pide perdón á Dios.”

Para mejor engañar al público, Voltaire no presentó á su cura imaginario como un ateo; era un deísta *sui generis*, que reconocía un sér supremo cualquiera; pero que consideraba al catolicismo como religión falsa. La impostura tuvo admirable éxito. Los filósofos enciclopedistas hallaron excelente la invención de Voltaire. Uno de ellos, el baron d'Holbach, se encargó de completar la obra del maestro en el arte de mentir: tomó uno de sus propios libros, obra materialista intitulada

el sistema de la Naturaleza, hé hizo de él *El Buen Sentido del Cura Meslier*, que se añadió al testamento.

Más,—sea dicho entre nosotros—es preciso que la necesidad popular no tenga límites; pues no es necesaria una lectura muy atenta para descubrir la superchería de los inventores de Juan Meslier. Aquella obra, tan extendida entre las clases populares, se divide en dos partes: el *Testamento* del pretendido cura, y su exposición doctrinal, *El Sentido Comun*. La primera parte es anticristiana; pero reconoce la existencia de un Dios; en una palabra, es deísta, al estilo voltariano; la segunda parte, por el contrario es descaradamente materialista y atea.

Esta fué la contradicción que me chocó al corregir las pruebas de la reimpression hecha por la Librería Anti-clerical. Me apresuré á desglosar el Testamento y lo reservé para un segundo tomo, con el fin de que la contradicción entre los dos colaboradores en impostura no se notase demasiado. Y de esta manera el Testamento fué reunido por mí á otra obra del baron d'Holbach, la cual formaba una se-diciente historia del clero, con el título de *Los Sacerdotes Sin Máscara*; el conjunto atribuido siempre al cura Meslier se publicó en un tomo escandaloso con este título. *Lo que son los Curas*.

Finalmente, un tercer tomo de d'Holbach, *La Moral Universal*, fué intitulado *La Religion natural* y completó la pretendida obra del cura de la *Champagne*.

Había yo amplificado la mentira de Voltaire.

En verdad, no sé como entre los 30,000 lectores de la edicion de la calle de las Escuelas nadie conoció la supercheria.

La prensa republicana, que no la ignoraba, prodigó en aquella ocasion mil alabanzas á la libreria anti-clerical y ponderó la utilidad de la reimpression de las *obras de Juan Meslier*. Es verdad que nuestra casa de propaganda era muy considerada por los administradores de los periódicos demócratas: pagaba muy bien los *reclamos*; podría citar una agencia de estos que por tan amables inserciones en los periódicos correligionarios, cobraba entonces á nuestra caja sumas que variaban entre cuatro y seis mil pesetas al mes.

Puesto que con motivo de mis confesiones he tenido que hablar del seudo-cura de Etrépigny, no puedo ménos de contar la aventura ridícula acontecida á la Convencion, á propósito del imaginario sacerdote.

El 17 de Noviembre de 1793, un convencional, Anacharsis Clootz, aquel pobre loco que tomaba por lo sério las fábulas más absurdas y las más extravagantes utopias de la revolucion, aquel D.

Quijote de la filosofia naturalista, subió á la tribuna y propuso levantar una estatua á Juan Meslier, *el primer sacerdote, decia, que tuvo el valor y la buena fé de abjurar los errores religiosos*.

La proposicion se mandó pasar al comité de Instruccion Pública, el cual procedió á una informacion. Solo que fué imposible seguir el *admirable* proyecto; pues la comision descubrió sin pena que el cura apóstata no habia existido jamás. Sin embargo, como reconocer la verdad hubiera sido perjudicar al libre pensamiento y equivaldría á confesar la impostura de Voltaire y de d'Holbach, dejaron que el asunto cayese en el más completo olvido, y el Comité de Instruccion Pública no dió curso al informe.

Poniendo igualmente en práctica la máxima volteriana y masónica, participé en la organizacion de una de las mentiras más odiosas que han sido inventadas contra el papado. Me refiero á las infamias con las que se ha querido manchar la memoria de Pio IX.

Hacia ya algun tiempo que dos diputados del parlamento italiano, Petrucelli della Gatina y el conde Luigi Pianciani, se habian permitido hacer insinuaciones ponsosias acerca de la juventud del venerado pontifice.

Una calumnia se recoge siempre con avidez por los difamadores de profesion. Estos se apo-

deran del cuento más vulgar y lo arreglan y aumentan á su placer. La rana se vuelve en poco tiempo un buey. Algunos folletinistas oscuros tomaron como texto ciertas palabrillas maliciosas hechas á volar con dañada intencion, y de ellas formaron algunos infames libelos.

Esta clase de librejos se imprimen ordinariamente en Suiza y en Bélgica. Durante mi permanencia en Ginebra, conseguí algunos y los guardé como oro melido.

Un día, pues, se presentó ocasion de servirme de ellos.

Fué la siguiente:

Los impresores de Montpellier, que me habían ayudado en la publicacion de mis primeros folletos y en la creacion del *Anti-clerical*, se encontraban, en 1881 metidos en un negocio del que no sacaron más que desengaños.

Un rico propietario de Languedóc, M. de L\*\*\*, consejero general de la provincia habla sacrificado doscientas mil pesetas en la fundacion de un periódico diario, liberal, á cinco céntimos, intitulado *Le Petit Eclairneur*. MM. Firmin y Cabirou, encargados de la impresion, compraron, al efecto, dos prensas mecánicas y *clichés*, es decir, hicieron un gasto de 30,000 francos, poco más ó menos. El negocio, en que estaban interesados, montóse en grande. Solamente la especulacion no sa-

lió bien. A vuelta de algunos meses, el órgano del liberalismo languedocense tiraba apenas cuatro ó cinco mil ejemplares y había derrochado cerca de ochenta mil pesetas del capital invertido.

MM. Firmin y Cabirou no sabian que camino tomar. No veian en el horizonte ninguna esperanza de éxito; habian contraído para la organizacion material del *Petit Eclairneur*, compromisos que estaban sobre sus débiles fuerzas; en una palabra, preguntábase cómo podrian sacar partido aunque fuera bajo otras condiciones, de aquel negocio, para cuyo fomento tenian aún considerables fondos.

En su calidad de impresores, conocian la excelente situacion del *Anti-Clerical*.

Sabian, por otra parte, que mis escritos estaban muy extendidos, sobre todo entre mis compatriotas los meridionales. Formaron pues el proyecto de ponerme al frente de *Le Petit Eclairneur*.

Recibí su visita en Paris.

Aquellos señores me hicieron las más brillantes proposiciones. Ofreciéronme la redaccion en jefe del periódico con muy buen sueldo; todo el personal de colaboradores sería renovado á medida de mi deseo; veinte mil pesetas de capital en caja debían servir para lanzar de nuevo el periódico, y las cien mil pesetas restantes serían mi propiedad al cabo de un año, si el periódico tenía éxi-

to. La ganga no podía ser mayor. Además, yo no contraía la obligación de consagrarme exclusivamente al *Petit Eclairneur*, podía continuar dirigiendo el *Anti-Clerical* y escribir folletos y libros para la librería de la calle de las Escuelas.

Accepté, é inmediatamente firmamos el tratado. M. de L\*\*\* lo aprobó y me remitió los cien mil francos en acciones, representando la mitad del capital del periódico. A fin de que mis acciones pudieran ser convertidas en dinero, era preciso hacer que el periódico saliese avante de cualquier modo.

Comenzé por dar al periódico un título que caracterizaba su línea política: *Le Midi Republicain*. En seguida marché á Montpellier, llevando tres de mis colaboradores.

Uno de ellos se encargó del folletín, que debía ser inedito y escandaloso.

Entónces me vino la idea de utilizar los oscuros libelos recogidos en Suiza y que calumniaban la memoria de Pio IX. Yo fui quien dió la idea, y no la redaccion, de la execrable novela, cuyo título me avergüenzo hoy de haber escrito.

Siendo la moralidad la virtud soberana de un Papa, era preciso representar al pontífice difunto como un hombre encenegado en los vicios. Hé ahí porque la novela difamatoria fué intitulada: *Los Amores Secretos de Pio IX.*

Además: tratábase de inventar un cura Meslier cualquiera; á fin de hacer más salada la burla inventamos un camarero secreto del Papa, á quien dimos el nombre de Carlos Sebastian Volpi, y la novela se publicó con esta apócrifa firma. A mayor abundamiento, escribí yo una carta del pretendido camarero, la cual se publicó á manera de prefacio y contribuyó á engañar más al público. En esto consistió toda mi colaboracion. Se ve, pues, que si no fui yo el autor de la novela, debo no obstante reasumir la mayor responsabilidad antela pública opinion infamemente engañada.

No tengo excusa alguna: la idea madre fue mia, todo el cieno de mentirosas anécdotas que el autor diluyó inventando personajes y aventuras, fué recogido y dado por mí.

Había logrado mis fines. El escándalo del folletín llamó la atencion del periódico. Yo sostenía la circulacion que éste había adquirido, con mis otros colaboradores, publicando mil artículos, todos famosos por su extremada violencia. Organicé un servicio telegráfico de primer orden, y *Le Midi Republicain* alcanzó rápidamente el primer lugar entre los periódicos de provincia mejor informados. Quince dias despues de su aparicion vendíanse de veinte y seis á veintisiete mil ejemplares.

El periódico fué saludado por dos jefes de la democracia francesa.

Victor Hugo escribió lo siguiente á la redacción:

París, 20 de Abril de 1881.

Estoy con vosotros, queridos compañeros.  
Estoy con todos aquellos que llevan la juventud hácia la luz, y Francia hácia la libertad.

“VICTOR HUGO.”

Luis Blanc me dirigió la siguiente carta:

París, 18 de Abril de 1881.

Mi querido compañero:

He sabido con gusto que piensa V. fundar en Montpellier, con el título del *Midi Republicain*, un periódico que tiene por objeto la union de los republicanos contra el clericalismo, y el estudio de los problemas sociales.

Toda mi simpatía está de parte de una obra tan bien definida.

Ánimo, pues.

Recibid la seguridad de mi fraternal afecto.

“LUIS BLANC.”

En una palabra, el éxito sobrepujo á todas las esperanzas de los propietarios del periódico. Los impresores estaban llenos de júbilo; el que dió los fondos comenzaba á recobrar las sumas que el *Petit Eclairneur* le había hecho perder.

Por lo que toca á los católicos del Languedoc, inútil es decir cuál fué su indignación. Però es justo que alabe su conducta en aquellas circunstancias: su actitud fué muy resuelta. Las personas piadosas del Herault particularmente, levantáronse indignadas; cada cual se sintió herido con las abominables calumnias dirigidas contra una memoria digna de ser venerada. En ménos de tres semanas una protesta de las señoras de la diócesis de Montpellier fué firmada con más de dos mil nombres.

En resumidas cuentas; MM. Firmin y Cabiron no eran más que comerciantes y no se ocupaban en otra cosa que en la parte material del periódico. Ningun ódio personal los animaba contra la Iglesia.

Quando vieron las protestas que ocasionó la novela, me rogaron que la suprimiese. El *Midi Republicain* habia ya adquirido gran circulación, muchos lo apreciaban como hoja de noticias y sus artículos eran muy leídos.

Estoy en el deber de hacer esta declaración en favor de los propietarios del periódico. Cuando

MM. Firmin y Cabiron y M. de L\*\*\* me pidieron con instancia que no publicase el folletin difamatorio obedecian á la presion de la opinion pública indignada. Pero yo estaba ciego. Mi rabia contra la Religion era tal, que preferi sacrificar mis intereses. Por no desagradar á aquellos señores interrumpí la novela; la publiqué en el *Anti-Clerical*, del cual era yo amo absoluto, y presenté mi dimision de director de *Le Midi Republicain*.

Al recibir, roto en cuatro pedazos, el documento legal que me aseguraba una ganancia de cien mil pesetas en algunos meses, MM. Firmin y Cabiron se quedaron llenos de espanto. Sabían que estaba lleno de inaudito furor contra el Papado; pero no podían figurarse que fuese hasta el punto de hacerme renunciar á ventajas pecuniarias absolutamente excepcionales.

Como mi colaboracion habia contribuido mucho al éxito del periódico, me suplicaron que no lo abandonase; me llamaron la atencion sobre que, teniendo mucha venta en la provincia el *Midi Republicain*, estaba seguro de un porvenir magnífico; me manifestaron cuán posible era redactarlo sin caer en aquellos excesos, y emplearon todos sus esfuerzos para no dejarme separar. No quise revocar mi decision y me volví para siempre á Paris.

Hacia á mediados de Mayo fué cuando el *Midi*

*Republicain* interrumpió la novela contra Pío IX. Dos meses y medio más tarde, el 30 de Julio, MM. Firmin y Cabiron eran acusados conmigo por el sobrino del Soberano Pontífice.

Declararon ante el tribunal que solo habían prestado sus prensas para la publicacion; al afirmar esto, decían la pura verdad. El verdadero culpable en aquel asunto, vuelvo á repetirlo, fui yo.

Además, utilicé por mi cuenta los libelos que habia recogido en Suiza. Despues de la novela escrita por un amigo con la máscara del llamado camarero Volpi, di al público tres tomos intitulados *Pío IX ante la Historia*; en esta obra me encarnicé sobre todo contra el Padre Santo en su calidad de Jefe de la Religion y de hombre político; las calumnias relativas á la cuestion de costumbres estaban condensadas en algunas páginas.

Se me ha pedido muchas veces que publique el nombre del autor de los *Amores Secretos de Pío IX*. Siempre me he negado á hacerlo, porque el autor me suplicó que jamás publicara su nombre. Hoy aquel hombre se ha declarado mi enemigo: habiendo mi conversion causado la clausura de la Librería *Anti-Clerical*, se puso furioso contra mí; no me perdonó ser indirectamente la causa de la supresion de una casa que en cuatro años le habia hecho ganar cerca de sesenta mil

pesetas. Pero esta enemistad no justificaría una indiscrecion que, en suma no es de ninguna utilidad. La obra es en sí misma mala, y ésta es la que debo desenmascarar. Por lo demás, ¿qué importa á las gentes honradas el nombre de su redactor?

Además, en el mundo de las letras, todos saben lo que pasa. El año anterior, mi antiguo cómplice declaró ser autor de la infame novela, delante de un cercano pariente de M. Henri Fouquier; y el *XIX Siècle*, no creyéndose obligado á guardar el secreto nombró al escritor, dando acerca de él los más minuciosos pormenores.

Pero doblemos la hoja de asunto tan abominable.

Pasó súbitamente á otra série de mentiras; después de las calumnias escritas, paso á las calumnias de viva voz.

Las sociedades de libre-pensamiento me pidieron muchas veces que diera conferencias públicas en sus respectivas ciudades; estas manifestaciones ponian de relieve á los grupos anti-clericales y les daban ocasion de entregarse á su activa propaganda.

Aceptaba cada vez que podía sin gran molestia.

Mi tema favorito de declamacion irreligiosa era el siguiente: *Los Crímenes de la Inquisicion*. Compuse sobre este tema un largo discurso, que, alar-

gándose ó encogiéndose á mi voluntad, duraba de cuarenta y cinco minutos á dos horas, segun las disposiciones del auditorio.

Puse á contribucion á todos los libelistas protestantes de los dos últimos siglos, quienes, como es sabido, echan la culpa de mil crímenes imposibles á la órden de Santo Domingo.

Está probado—por no citar más que un hecho—que Galileo no recibió jamás un papirote. Sin embargo, porque su famoso descubrimiento de la redondez de la tierra fué discutido, los enemigos de la Iglesia han sacado por consecuencia que el sábio fué torturado.

¡Con qué apresuramiento recogí yo esta mentira! ¡Con qué lujo de indignadas frases me hice su apóstoll!

Pero mi héroe era Giordano Bruno, el monge apóstata del siglo décimo sexto.

Sacada de varios diccionarios enciclopédicos, hice la relacion de todos los procedimientos de tortura empleados por la barbarie de la Edad Media, y pinté el martirio de Giordano Bruno, diciendo que habia sufrido todas y cada una de las torturas usadas en los antiguos tiempos. Multiplicaba de este modo las descripciones; el auditorio lanzaba gritos de horror, sin reflexionar que uno solo de aquellos suplicios, á los cuales, segun mi

relato, había sido sometido Giordano Bruno, hubiera sido suficiente para matarlo diez veces.

Me cuidaba mucho en mis relatos exagerados de decir que las pocas crueldades cometidas eran propias, no de la Religión, sino de la época, y que los verdugos de la Edad Media estaban al servicio, no del Papa ni de los obispos sino de los Magistrados seculares.

Si hubiese continuado el camino en que me había lanzado, creo que habría terminado por hacer de Cartouche un héroe libre-pensador, víctima de los curas, y por decir que el clero le hizo sufrir el suplicio de los borceguies y de la rueda.

¡Quién sabe...! Vendrá un día en que algún orador anti-clerical pintará los horrores de la Jaquería, y afirmará con la mayor seriedad que los campesinos socialistas del siglo XIV no eran sino capuchinos ébrios de sangre y desencadenados sobre Francia. El orador que cuente la historia de aquel caballero de Veauvoisis, cuya esposa é hijos fueron obligados á devorar las carnes ensangrentadas del esposo y del padre, tendrá un auditorio que lo aplauda, si cuida de imputar esa atrocidad republicana á algun célebre prelado ó á algun fundador de orden religiosa.

Durante una feria, vi á uno de esos hombres que enseñan curiosidades y cuya especialidad son los instrumentos de tortura. Entre otros objetos,

presentaba al público una especie de doble garfio, que había comprado en una ciudad del Norte y que provenia (según él), de la herencia de un antiguo verdugo. Aquel horrible aparato servía, á lo que parece, en los tiempos bárbaros para arrancar los pechos á los criminales impudicos. Pedí prestado ese aparato é hice que mi herrero me fabricara uno parecido.

En mis conferencias hacía yo circular el instrumento por toda la sala.

La primera vez dije:

“Ciudadanos y ciudadanas: este instrumento de suplicio, llamado *Araña*, ó *arranca pechos*, es semejante al que tenía el verdugo de Abbeville, cuando de orden de los curas martirizaban al jóven libre-pensador Le Febre de la Barre,

*La Araña* produjo verdadero horror.

Animado por semejante éxito, insinué en la conferencia siguiente, que el instrumento comprado en el departamento del *Somme*, podía ser el mismo que había servido, etc.

En la tercera conferencia, la *Araña* era una reliquia del libre-pensamiento. Ignoro lo que habrá sido de tal aparato. Quizás lo haya recogido algun grupo anti-clerical que le conserve como un tesoro. Si así fuere, me apresuro á manifestar á los interesados, que al jóven de La Barre jamás le arrancaron los pechos (el honor de

semejante mentira es debido á un redactor de *Le Mot d'Ordre*; Edmundo Lepelletier,) y que la *Araña* en cuestión fué fabricada, hace cinco años por M. Mazet, herrero de la calle de Bievre, por la cantidad de cincuenta pesetas. Debo también añadir que M. Mazet ignoraba á que había de ser destinado el objeto fabricado por él y si algun día lee este libro, se admirará al saber que el extravagante instrumento salido de su frágua se ha convertido en reliquia anti-clerical.

Tales son las principales mentiras en que tomé parte directa.

Recordaré además algunas viejas leyendas inventadas por los libelistas protestantes, y que yo reimprimi dándoles el picante de nueva salsa; tales son: *Juana la papisa*, *La Question de Catalina Cadière*, las calumnias imaginadas contra Leon X, &c. &c.

Los libros eclesiásticos acerca de los casos de conciencia también me prestaron materia para la calumnia. Estos libros están en latin; desde luego me fué sumamente fácil publicar una traducción hecha con la mayor mala fé. No hay nada más sencillo que torturar los textos, exagerar el pensamiento de los teólogos, y de intento herir el pudor del público empleando palabras groseras que el lector atribuye al clero. De este modo se puede desfigurar y hacer absolutamente abominable

cualquier tratado de medicina: Aquellas inmunidades las intitulaba: *Los libros secretos de los Seminarios*. Pablo Bert me había dado el ejemplo; seguile alegremente, feliz con emponzoñar las almas y perderlas engañándolas.

Con semejantes intenciones di varias conferencias sobre la *Confesion*. Mis aseveraciones eran la última palabra de la exageracion. Segun yo no había más que ministros infames; todos los apóstoles eran unos Júdas.

Y sin embargo, mejor que nadie, hubiera podido testificar que el secreto de la confesion no se descubre nunca.

Pero, en aquellas horas de locura, olvidaba á mi confesor de San Luis, aquel buen sacerdote, que viéndome hacer una comunión sacrilega, se vió á la muerte y no abrió la boca para revelar la misteriosa causa de su mal.

¡Ah! ¿podré, me pregunto muchas veces, reparar la multitud de mis crímenes?

Una de mis mentiras se convirtió una vez en realidad.

Tuve la imprudencia de enviar al Soberano Pontífice, Nuestro Santísimo Padre Leon XIII, una de mis novelas impías. Hablando de semejante obsequio con uno de mis amigos, me ocurrió hacer circular el rumor de que había sido excomulgado; mi amigo no lo platicaba aún,

cuando un periódico católico de Roma anunciaba la condenación de mi libro. La noticia publicada por vanidad, resultaba verdadera.

En seguida pensé en ridiculizar al papado, publicando una bula apócrifa de excomunión. Todos los periodistas republicanos reprodujeron la bula, burlándose, á cual más del Vaticano. Pues bien, en honor de la verdad, el documento aquel no venía de ahí. Abrid, queridos compañeros, abrid la obra de alta fantasía que se llama *Tristan Shandy*, por Sterne; y en ella encontrareis mi excomunión, en el capítulo LXXVII. Es como si se publicara, en calidad de pieza auténtica, una receta del baron de Crac.

Sin embargo, me apresuro á declarar que me creo á mis compañeros republicanos tan ignorantes que no sospecharan el origen de mi bula. La mayor parte de ellos conocen el origen de esta; pero estimaron excelente la mentira y les faltó tiempo para hacerse cómplices en la nueva superchería.

Una mentira más ó menos en el partido llamada de la verdad, ¿qué importa?

En fin, terminaré mis declaraciones con el relato de una serie de *cuentos azules* como siempre á cargo del clero, y para la que invoco las circunstancias atenuantes. Tratábase, pues, de una falsificación. Un periódico ultra-socialista de Pa-

ris, *La Bataille*, la emprendió contra mí, porque en un proceso revolucionario no había mostrado gran admiración por ciertos acusados que me parecían exhalar un olor algo fuerte á Prefectura de Policía. *La Bataille* me atacaba, diciendo que prestaba demasiado ligeramente oídos á las calumnias lanzadas contra los reos y que era muy culpable por no refutarlas.

Entonces quise tener el placer de engañar al periódico socialista.

Escribí al director, M. Lissagaray, una carta concebida en los siguientes términos.

“Muy Señor mío:

Soy uno de los secretarios particulares del Arzobispo de París. Por razones que no puedo daros á conocer detesto cordialmente á mis superiores.

¿Me permitiría V. colaborar en su estimable periódico? Os descubriré todas las intrigas que se tramán en el palacio Arzobispal, sin pedirlos por ello retribución alguna.

Si me aceptáis como vuestro colaborador, dignaos dirigirme una palabra en la pequeña correspondencia.

Por supuesto mi nombre quedará en la oscuridad.

Firmado: JUAN PEDRO.

Al día siguiente leía en *La Bataille* estas sen-

cillas palabras; "A M. Juan Pedro. Aceptamos muy gustosos."

Comencé luego mis crónicas. Mandé á *La Bataille* las más formidables extravagancias, y esta las insertó íntegras sin pestañear.

Contaba yo, entre otras lindesas que Julio Ferry y Julio Simon habían ido á entenderse secretamente con Monseñor Gibert á fin de asegurar á Monseñor Richard la sucesion del Cardenalato. Era un cuento absurdo. Dió, no obstante, la vuelta á la prensa republicana.

Otra vez declaraba que los canónigos de Nuestra Señora se reunían en subterráneos, limpiaban viejos instrumentos de suplicio, y se disponían á servirse de ellos en la próxima restauracion de la monarquía legítima.

Todas las noticias que daba á *La Bataille* eran poco más ó menos del mismo calibre. ¡Y el periódico las publicaba! Otros periódicos parisenses las reproducían.

Solo el "*Tiempo*" dijo que los colaboradores de M. Lissagaray estaban locos. Aquellas insensatas crónicas duraron un mes, aproximadamente. En la redaccion del *Anti-Clerical* reventaban de risa siempre que yo ponía en el correo una carta firmada por "Juan Pedro." Estaban seguros de verla al día siguiente en *La Bataille*. Al fin

me cansé, y Juan Pedro cesó de descubrir las intrigas del Palacio Arzobispal.

Esta aventura prueba con que facilidad se acoge la calumnia en la prensa republicana, desde el momento en que aquella va dirigida contra el clero.

No debe ponerse en duda el acuerdo instintivo que hay entre los escritores libre-pensadores, para esas cosas.

La más insignificante mentira, encendida en el más oscuro periódico, en un abrir y cerrar de ojos se inflama en toda Francia; es como un reguero de pólvora al que se pone fuego.

El día en que los periódicos católicos se apresten con la misma union y la misma prontitud á defenderse de los calumniadores, estos no sacaran la mejor parte.

De todas maneras, habiendo practicado la teoria de Voltaire, debo confesar hoy mis mentiras, para atenuar su efecto si aún es tiempo todavía.

Pero despues de estas confesiones, cuando en la balanza de las responsabilidades el platillo de mis imposturas está tan terriblemente cargado, que el público honrado me permita echar en el platillo contrario una verdad á la cual fui siempre fiel; es la única buena accion que tengo el derecho de invocar en mi favor, en medio de todas mis debilidades.

Hay una orden de santas mujeres que siempre me infundió respeto. Léanse mis horribles folletos y mis malos periódicos; en ninguno de ellos se encontrará un solo ataque contra las hermanas de San Vicente de Paul. ¿Por qué me obligó la virtud de las hermanas de la Caridad á tan íntima admiración? Lo ignoro, no me lo explico, puesto que entonces me hallaba en completa aberración de conciencia. Lo cierto es que esta admiración me dominó y fué más fuerte que todos mis vergonzosos instintos de libre-pensador furibundo.

¡Que mi sincera conversión á la verdad me valga para reconquistar la estimación de las gentes honradas!

¡Y que no se tenga compasión de mí! Que nadie se figure que esta pública confesión me ha sido costosa!

No, al contrario, me siento aliviado de una carga pesadísima, desde que he escrito estas líneas.

Me siento feliz por haber roto mis cadenas, y compadezco á mis antiguos cómplices de infamia, aquellos desgraciados, que arrastran todavía el grillete de sus imposturas y no tienen valor para libertarse de él.

## IX.

## LA PROPAGANDA DEL MAL.

ORGANIZACION DE LA PROPAGANDA.—LA LANTERNE.—LA PEQUEÑA REPÚBLICA FRANCESA.—DOS VERDUGOS DE NIÑOS.—LOS OBREROS DEL MAL.—LOS DESENFRAILADOS.—LOS BURLONES.—LOS EXALTADOS.—ABNEGACION.—EL COLEGIO ANTI-CLERICAL DE MONTREUIL-SOUS-BOIS.

Puesto que he sido uno de los más ardientes en la difusión del mal, tengo el deber de dar á conocer la organización de su propaganda.

Desde el principio de mi campaña contra la religión, comprendí que era indispensable hacer circular mis escritos en los pueblos y aldeas.

Para poner mi proyecto en ejecución, resolví servirme de los corresponsales de los periódicos de más circulación en Paris y en provincias, dándoles un fuerte interés en la empresa.

Hay una orden de santas mujeres que siempre me infundió respeto. Léanse mis horribles folletos y mis malos periódicos; en ninguno de ellos se encontrará un solo ataque contra las hermanas de San Vicente de Paul. ¿Por qué me obligó la virtud de las hermanas de la Caridad á tan íntima admiración? Lo ignoro, no me lo explico, puesto que entonces me hallaba en completa aberración de conciencia. Lo cierto es que esta admiración me dominó y fué más fuerte que todos mis vergonzosos instintos de libre-pensador furibundo.

¡Que mi sincera conversión á la verdad me valga para reconquistar la estimación de las gentes honradas!

¡Y que no se tenga compasión de mí! Que nadie se figure que esta pública confesión me ha sido costosa!

No, al contrario, me siento aliviado de una carga pesadísima, desde que he escrito estas líneas.

Me siento feliz por haber roto mis cadenas, y compadezco á mis antiguos cómplices de infamia, aquellos desgraciados, que arrastran todavía el grillete de sus imposturas y no tienen valor para libertarse de él.

## IX.

## LA PROPAGANDA DEL MAL.

ORGANIZACION DE LA PROPAGANDA.—LA LANTERNE.—LA PEQUEÑA REPÚBLICA FRANCESA.—DOS VERDUGOS DE NIÑOS.—LOS OBREROS DEL MAL.—LOS DESENFRAILADOS.—LOS BURLONES.—LOS EXALTADOS.—ABNEGACION.—EL COLEGIO ANTI-CLERICAL DE MONTREUIL-SOUS-BOIS.

Puesto que he sido uno de los más ardientes en la difusión del mal, tengo el deber de dar á conocer la organización de su propaganda.

Desde el principio de mi campaña contra la religión, comprendí que era indispensable hacer circular mis escritos en los pueblos y aldeas.

Para poner mi proyecto en ejecución, resolví servirme de los corresponsales de los periódicos de más circulación en Paris y en provincias, dándoles un fuerte interés en la empresa.

Fui á ver desde luego al director de *La Lanterne*, M. Eugenio Mayer, y le hice la siguiente proposición:

Tienen vds. en provincias trescientos ó cuatrocientos corresponsales á quienes mandan los periódicos en grandes cantidades. En virtud de las tarifas de los caminos de hierro, tienen vds. derecho á un número fijo de kilogramos en cada emisión, número que raras veces completan. Pues bien, tengo folletos que los corresponsales de vds. podrian tomar en comision, ¿por qué no habian de servir para completar el peso de los paquetes de periódicos? De esta manera pueden enviarlos á los corresponsales. Estos devolverán del mismo modo los que no vendieren. Esta combinación sería muy ventajosa para ambos, puesto que se suprimen los gastos de franqueo.

M. Mayer aceptó, y desde entónces envió á sus corresponsales no solamente el periódico, si no tambien los folletos de la Biblioteca Anticlerical. La Libreria de la calle de las Escuelas le entregó, volúmenes, entregas, publicaciones que editaba, y los paquetes de *La Lanterne* se trasformaron pronto en verdaderas valijas.

De esta suerte, la administracion del periódico se convirtió en comisionista para la venta de libros.

A fin de comprender bien las ventajas de la combinacion, bueno será poner al lector al corriente de ciertos detalles del oficio de librero en las provincias.

El pequeño librero de provincias rara vez se dirige directamente á los libreros de la capital. La razon es muy óbvia: en general, los editores conceden á los vendedores de segundo orden un descuento bastante pequeño, el 30 por ciento, muchas el 25 ó 20 solamente, considerando que la importancia de descuento está en relacion con la importancia del pedido. Como que la venta de cada uno de los clientes, en particular, es sumamente modesta, resulta que si los vendedores se dirigiesen directamente al editor, los gastos de franqueo absorverian todo el beneficio.

Tienen, pues, que hacer los diversos pedidos á un comisionista de París, el que en la casa de los diferentes editores compra los volúmenes pedidos por su cliente y se los manda en paquetes, lo cual reduce los gastos de porte á una cantidad insignificante.

Por otra parte, en virtud de que el comisionista compra en casa del mismo editor para todos los clientes de provincias á la vez, y de que las compras de este género se hacen al contado, obtiene una rebaja mucho más considerable que la que hubiese obtenido cada cliente en particular.

Librero de provincias y comisionista de París, son dos hombres indispensables el uno para el otro.

Los dos obtienen beneficio de esta especie de alianza.

Había yo estudiado muy bien el asunto y mi combinacion perfeccionaba más aún el sistema de la comision ordinaria; pues suprimía completamente los gastos de trasporte.

Además, esto ofrecía ventajas considerables á los pequeños librerros de los departamentos: 1.º teniendo cuenta con el periódico, no tenían que pagar ántes los volúmenes y folletos; 2.º no exponían nada, puesto que el periódico, depósito central de las publicaciones del editor, aceptaba la devolucion de las obras no vendidas, salvo el caso de remitirlas libres de gastos á otros librerros.

Con este procedimiento de venta al por mayor, nadie perdía y cada cual lograba ganancia.

Los más insignificantes tenderos de aldea, papeleros, estanqueros, etc., que hasta entónces tenían el periódico en calidad de suplentes, improvisábanse vendedores de folletos, volúmenes y entregas ilustradas, como los librerros de la Capital. La ausencia de pérdidas y el acrecentamiento de ganancias, apegábales más y más á los periódicos que tan lucrativo les hacían el oficio.

Por su parte subía el periódico, merced el celo siempre creciente de sus corresponsales y el mismo hacia gran recoleccion de billetes de banco. Al efecto la rebaja concedida por la Librería Anti-clerical á *La Lanterne*, por la venta general á sus corresponsales, era de una importancia hasta entónces desconocida entre los editores: 40 por 100.

Finalmente, el editor hacia una remision de publicaciones, que hubiera sido diez veces menor sin esta combinacion.

*La Lanterne*, órgano liberal no fué el único periódico republicano que juzgó ingenioso el sistema, y extendió con profusion mis obras y las de mis cómplices. *La Petite République Française*, órgano oportunista, imitó su ejemplo y, á su vez, quedó satisfecha de los resultados pecuniarios de la operacion.

En el terreno irreligioso, intransigentes y moderados siempre están de acuerdo.

Además, ¿por qué no he de decirlo? el lado de la especulacion tenía sus encantos para *La Lanterne* y *la Petite République*.

Son incalculables los beneficios que la Librería Anti-clerical les hizo.

*La Lanterne* ganó en aquel negocio de 3,000 á 4,000 pesetas al mes, sin contar las ganancias particulares de sus vendedores corresponsales. *La*

*Petite Republique* ganó, poco más ó ménos, lo mismo.

Por otra parte, la misma combinacion fué adoptada por los periódicos republicanos más extendidos en las provincias. Los católicos se han preguntado muchas veces, como es que las publicaciones de la librería de la calle de las Escuelas penetraban hasta en las más oscuras aldeas. Hoy les revelo el secreto de aquella propaganda sin precedente.

Un periódico que se publicaba en una ciudad de 50,000 habitantes, ganaba con aquellas impiedades, de 30,000 á 35,000 pesetas anuales.

Los periódicos de las grandes ciudades alcanzaban ganancias prodigiosas con la Librería Anti-clerical.

Por eso, cuando la noticia de mi conversion, estallando como el rayo, dió un golpe mortal á la casa editorial, las maldiciones de la prensa republicana de Paris y de provincias formaron un concierto tan unánime como ruidoso. Había yo matado la gallina de los huevos de oro. Los crímenes de esta naturaleza no se perdonan jamás.

Entre los periódicos que me atacaron, se distinguió *La Lanterne* por su encarnizamiento y violencia. Su extremada cólera estaba en relacion exacta con el dinero que yo habia hecho entrar en su caja.

Por lo que toca á la *Petite Republique*, su director M. de Roussen no olvidó dar orden á sus criados de pluma para que me arrastrasen algun tanto por el cieno. Esas gentes no tienen á lo ménos la gratitud del porta monedas.

Tan mezquino rencor dió buen resultado á M. de Roussen. Habia comprado la isla de Porquerolles, y una parte de las ganancias adquiridas sirvió probablemente para esta adquisicion. Uno de sus colaboradores, M. Quentin, hoy director de la *Asistencia Pública*, le consiguió numerosos niños abandonados para la colonizacion de su isla. M. de Roussen hizo de la colonia un verdadero presidio, donde se aplicaba la tortura á aquellas pobres criaturas, indignamente explotadas, hasta tal punto, que la justicia tuvo que intervenir y arrancar las interesantes víctimas á sus odiosos verdugos.

¿Quién lo creyera? La directora de aquel infierno era una mujer, Madame Lapeyrère. Esta señora, autora de algunas novelas anti-clericales, publicadas con el nombre de *Pierre Nidous* simpatizó con el director de la *Petite Republique*, quien se mostró galante con ella y la encargó de escribir algunos folletines.

Separóse de su marido y se convirtió en Señora de Roussen, á la moda republicana. Es una pareja delicada que ha cometido los crímenes

más vergonzosos y que toda la prensa, sin distincion de partido, ha reprobado llamándoles: "Los escándalos de Porquerolles."

Madame Lapeyrère,—ó Mme. de Roussen,—como se quiera llamarla, decia, hace ya algun tiempo, que para estar segura de escribir novelas interesantes, tenia cuidado de estudiar el asunto en la vida real. En virtud de este principio, se puede creer, que si ha ayudado á M. de Roussen en su obra de tortura en Porquerolles, será porque tenia intencion de escribir una nueva novela. Su titulo está indicado de antemano: *Los Verdugos de los Niños*.

No quiero insistir sobre esta parte material de propaganda impla. Sin embargo, era preciso presentar algunos guarismos y dar ciertos detalles. Sería muy de desear que la prensa católica se organizase lo mismo para la propaganda del bien. Hoy en el campo libre-pensador es general la organizacion que he dado á conocer. Pero, ¡ay! está escrito, que los hijos de las tinieblas son más hábiles que los hijos de la luz.

¡Ah! ¡quién sacudirá la apatia de los católicos! Si el pueblo se haya saturado de malsanas publicaciones, es porque los corruptores saben desplegar admirable actividad en todas sus empresas. Los católicos descansan demasiado sobre la bon-

dad de su causa. Olvidan el antiguo proverbio: "Ayúdate que yo te ayudaré."

Terminaré con algunas palabras acerca de los obreros de la impiedad.

Pueden dividirse en tres clases: los sacerdotes apóstatas, desasonados por los remordimientos de su apostasia; los burlones escépticos, para quienes la blasfemia es una diversion, y viven inventando los más inverosímiles cuentos; los exaltados que se llenan la cabeza de viento y acaban por creer de buena fé las invenciones de su propia imaginacion.

Los *desenfrailados*, llámase así á los sacerdotes apóstatas, en el mundo republicano,—se distinguen por cierto ardor sistemático; están por decirlo así, decididos á hacer profesion de violencia. Quien quiera que los visite comprende al momento sus luchas interiores. Yo he conocido algunos de estos extraviados del sacerdocio. Hesido el confidente de sus sufrimientos y sus amarguras. Hay que tenerles compasion grandísima. Los fieles, instintivamente los rechazan, y los impíos no los aceptan.

Son los más desgraciados entre los hombres. Si en vez de ser el último de los pecadores fuese yo un Vicente de Paul, crearia una institucion con el fin de facilitar la vuelta al redil á esos infortunados culpables. La empresa sería más fá-

cil de lo que se cree ordinariamente; es imposible figurarse lo que los desenfrailados sufren en medio de su extraviada existencia. Estoy persuadido de que si se estudiase la cuestion seriamente, se les atraería casi á todos. Además no son muy numerosos.

Los burlones se cuentan á centenares. Nuestro siglo está roido por la lepra del escepticismo. Se miente por gusto y á esto se llama: *ser divertido y gracioso*.

Burlándose del público, para quien escriben, era como mis colaboradores urdían aquellas mentiras sin pudor, intituladas: *El Secreto de Tropmann*. *Marat ó los Héros de la Revolución*. *Los Amores Secretos de Pio IX*. *Historia escandalosa de los Orleans*, etc.

¿Qué vamos á contar al pueblo bonachon en nuestra próxima entrega? preguntábanse todos los días.

Y entónces se imaginaban las más extraordinarias aventuras.

“El secreto de Tropmann consistía en que el mismo Napoleon III había cooperado al asesinato de la familia Kinck en el campo de Langlois (Pantin). El crimen envolvía terribles misterios políticos, y Tropmann ajusticiado en la apariencia, no había sido guillotinado.

Todas estas ideas estúpidas eran acogidas con

grandes carcajadas, en el momento en que se trataba de burlarse del sencillo lector.

Yo he asistido al nacimiento de “novelas históricas,” cuyos autores no podían tenerse de risa cuando estaban escribiendo el borrador.

Cuando se trazó el plan de *Marat ó los Héros de la revolución*, desafiarnos, mis colaboradores y yo á la credulidad pública. Llegamos hasta presentar á Marat como el padre de Théroigne de Méricourt.

*La Historia escandalosa de los Orleans*, en la que yo no me mezclé, aunque seguí todos los incidentes de su fabricacion, es el colmo de la burla extravagante.

La primera idea de esta lucubracion ultra-imaginaria es de uno de mis amigos de aquel tiempo, hoy diputado de Paris. El principal redactor fué un poetastro callejero, de moda en los teatros de Boulevard.

Literalmente reventábamos de risa cuando inventábamos alguna bufa extravagancia y nos preguntábamos, como podría el público tomarla por lo serio.

De esta manera cargamos á la familia de Orleans de los crímenes más atroces, con gran alegría de los autores, quienes comentando el entusiasmo del público por su obra, se decían riendo: ¡Vamos! ¡la humana necedad no tiene límites!

Pero al lado de estos artistas de la mentira hay, —permítaseme unir dos palabras que protestarán de verse juntas,—hay, digo, *los embusteros sinceros*.

Sí, yo he conocido algunos de esos típicos autores que acaban por convencerse de la verdad de sus propias invenciones. Estos son exaltados en grado superlativo. Con admirable seriedad afirman las cosas más absurdas, cosas que jamás han existido más que en sus cerebros; pero las creen verdaderas, y de muy buena fé.

Estos exaltados merecen ser clasificados aparte. En general son hombres que han sufrido en los combates de la vida; en ellos hay algo de demencia. Algunos los creen perversos; no es así, son los mejores hombres del mundo, de bondad excesiva en sus relaciones privadas, sensibles al menor favor y á la más pequeña muestra de amistad.

Uno de esos extraviados de la política escribía entregas para la Librería Anti-Clerical. Había representado un papel en la *Commune*, sus opiniones violentas tuvieron como causa principal la miseria; pero de extrema probidad, no fué de aquellos á quienes la insurreccion dió una fortuna. Siempre ha sido pobre.

Venia á verme á la calle de las Escuelas y me entregaba sus manuscritos.

Cierto día, en una de sus "novelas históricas," figuraba el príncipe Napoleon Bonaparte, algun tiempo ántes del golpe de Estado. Representaba al Presidente conspirando contra la República y pasando alegre vida.

Un episodio de la narracion estaba concebido en los siguientes términos:

—“Y en aquella tarde, el príncipe Presidente, para dar una tregua á los cuidados de la política, fué á cenar en casa de Celina Montalaud.”

—¿Está V. seguro de lo que dice? pregunté al autor.

—Perfectamente.

Sin embargo, me parece que en 1851 Celina Montalaud era demasiado jóven para recibir en su casa á Luis Napoleon.

Abrimos el *Diccionario de Contemporáneos*. Celina Montalaud figuraba en él con la fecha de nacimiento: Agosto de 1843. Tenia, pues, en 1851 ocho años.

Sin pestañear, mi hombre tomó una pluma, borró en su manuscrito el nombre de la actriz y lo substituyó con el de otra que tenia diez años más de edad: Susana Lagier.

Algunos días despues, pregunté riéndome al autor: Qué tal, ¿Susana Lagier continúa en vuestra novela comiendo con el príncipe Napoleon Bonaparte?

Me miró con extrañeza.

“Y me dijo esto con cierto estilo chocarrero: ¿Dudais acaso de las íntimas relaciones que existieron entre Susana Lagier y el príncipe, en la época del golpe de Estado? ¡Pero amigo mío, si no hay nada más auténtico! Esto es público; y por lo que á mi se refiere, estoy segurísimo de ello.”

Yo no insistí. Mi hombre se había identificado con su invencion, y estaba íntimamente convencido de su verdad.

Sin embargo, será conveniente decir que los temperamentos de esta especie son muy raros.

Mis colaboradores eran, en su mayoría, profundos escépticos. La propaganda del mal no es para todos los que á ella se dedican, un asunto de especulacion. Por mi parte, diré que si he combatido á la Religion, ha sido siempre con el mayor desinterés.

Las sociedades del libre-pensamiento saben que jamás tenía un céntimo de las sumas recaudadas en mis conferencias; mientras que la mayor parte de nuestros oradores anti-clericales hacen dinero con su elocuencia.

Muchas veces, por perorar en provecho de una obra impía, he ido á ciudades distantes de París de quinientos á ochocientos kilómetros, sin hacerme pagar los gastos del viaje.

Esta manera de obrar contribuyó mucho á crearme bastantes enemigos entre las gentes en-

copetadas del partido libre-pensador. Por eso repetían en todas partes que yo no tenía mérito alguno en obrar de aquel modo, porque ganaba mucho y tenía de 25 á 30,000 pesetas de renta.

Nada hay más falso que semejante presuncion. Jamás poseí un céntimo. Las ganancias de la Librería Anti-Clerical—bastante considerables, en verdad—se acumularon en los almacenes en forma de libros, clichés, etc. El dinero líquido no sirvió más que para enriquecer á los que hoy gritan tanto contra mí; la caja de la casa editorial estuvo siempre á disposicion de las obras de propaganda, y algunos que hoy me injurian, antes vivieron con el dinero de mi propio bolsillo.

Por ejemplo: un periódico, que debiera tener el pudor de no insultarme, es *La France*. Cuando su director, M. Camilo Farey, presentó su candidatura liberal en el V distrito, la Librería de la calle de las Escuelas contribuyó á los gastos de las elecciones con dos mil pesetas, poco más ó menos. El secretario de la redaccion aprovechó la oportunidad para sacarme 600 pesetas que aun me debe. Esto se sabe en *La France*, y este periódico es uno de los que constantemente me arrastran por el cieno.

Y este ejemplo no es el único. Forman una legion aquellos que entre los *politiqueros* del partido republicano, fueron favorecidos por mi.

Me repugna entrar en semejantes explicaciones; y no obstante, es preciso que las cosas se sepan, no por mí que estoy avergonzado de ellas al mismo tiempo que arrepentido, sino para que se conozca á mis detractores. Sin embargo, no tengo pretension de ser el único desinteresado en la lucha emprendida contra la Religión.

Hoy que mis ojos se han abierto, tengo la obligación de decir á los católicos: "Si muchos os combaten por interés personal, hay algunos que son anti-clericales abnegados. Es preciso rogar mucho por esos extraviados á quienes ningun instinto de interés les mueve."

Jesucristo nos manda amar á nuestros enemigos. Pues bien, estos son los primeros á quienes debemos amar.

Nadie hay en Francia que no haya oído hablar del colegio de Montreuil-sous-Bois, á las puertas de Paris, donde se enseña el ateísmo á los niños.

Van á asombrarse mis lectores cuando les diga, que la directora de aquel establecimiento es la abnegacion personificada. Conozco pocas personas que tengan tan buen corazon. Es ceguedad por lo que esta señora se entrega á la propaganda anti-religiosa. Si Dios le concediese la gracia de iluminarla, marcharia al par de nuestras admirables Hermanas de la Caridad. Es una ver-

dadera desgracia que persona de iguales prendas emplee sus talentos en una obra impía en extremo.

La recomiendo, con instancia, á las oraciones de las almas fervorosas.

Luchemos contra el mal, más orando con ardor por nuestros adversarios. Á fuerza de oraciones triunfaremos de la propaganda anti-clerical; y vuestras súplicas harán descender del cielo la luz de la verdad sobre nuestros enemigos.

## GARIBALDI.

SU AMISTAD. — EL GENERAL CANZIO. — LA CONMEMORACION DEL CIRCO DE INVIERNO. — HIPOCRESIÁ DE NUESTROS ORADORES Y DIPUTADOS REPUBLICANOS. — EL CONSEJO MUNICIPAL DE PARIS Y LA ESPADA DE LA TOUR D'AUBERGUE. — ZORRILLA. — GARIBALDI EN SU VIDA PRIVADA Y EN SUS RELACIONES CON LOS HOMBRES DE SU PARTIDO. — LA VERDAD ACERCA DEL DESINTERÉS DE GARIBALDI DURANTE LA GUERRA DE 1870-71. — EL ÁNGEL MALO DEL GENERAL. — PROCESO COMPLETO Y AUTÉNTICO DE BORDONE. — UN TESTIMONIO ATERRADOR. — LA MASONERÍA IMPONIENDO A BORDONE A LOS REPUBLICANOS.

He dicho ya que Garibaldi en 1870, viniendo de Caprera desembarcó en Marsella.

El viejo patriota italiano conservó siempre gran recuerdo del recibimiento entusiasta que se le hizo en mi ciudad natal; gustaba recordar par-

ticularmente nuestra *Jóven Legion Urbana* que le sirvió de escolta desde el puerto de la Joliette hasta el palacio de la prefectura. Y como yo había sido, en union del hijo de Esquiros, uno de los organizadores de la Legion, su recuerdo se fijó en mí especialmente.

Le había llamado la atención mi juventud y precocidad. Se interesó en mis luchas de periodista y en mis sufrimientos de proscrito. En una palabra, me profesó sincera amistad.

La correspondi centuplicada. Para mí, Garibaldi estaba por encima de todos los demás hombres. Lo amaba, como se ama a una madre, como un creyente ama a Dios. Era yo para él todo corazón.

Y véase cuán grande es el poder del afecto. Aún ahora me es grata la memoria de Garibaldi; su amistad me será siempre halagadora. Olvido al personaje político para no acordarme más que del personaje privado. Veo en él dos individuos: el enemigo del Papado, por quien lloro, habiendo profesado sus mismos errores; y el padre de familia, de corazón de oro, con el alma llena de ternura, para quien mi amor es indeleble.

En efecto, Garibaldi apareció ante mi bajo dos aspectos; me confió algunos de sus proyectos anti clericales, y otras veces me participó de sus íntimas alegrías. Por mi parte, lo tenía al corriente

de los más ligeros incidentes de mi campaña irreligiosa, y conocía él también los pequeños goces de mi hogar.

Cuando, algunos años antes de su muerte, se casó con Francesca Armosino, no mandó á Paris más que dos telegramas para anunciar su boda, de la que se alegraba mucho y celebraba modestamente en su desierta isla. Un pescador de Cáprera atravesó en una barca el brazo de mar que separa el islote de la Cerdeña y puso los dos telegramas en la oficina del puerto de la Magdalena. Uno de esos telegramas iba dirigido á M. Augusto Vaquerié y el otro á mí.

Garibaldi me decía:

“Me caso hoy con Francesca Armosino. Pensad en nosotros y brindad por nuestra ventura con el buen vino de la amistad.”

Cuando pienso en aquel afecto que me profesó el general libre-pensador, no puedo menos de compararlo al que unió hace cien años á Voltaire y La Harpe, y que sobrevivió á la conversión de éste último.

La historia de La Harpe es poco más ó menos la mía, con la diferencia de que duró cuarenta años en el error, y de que el impulso que lo sacó del abismo fué más violento que el que yo experimenté. Ardiente republicano, impío furibundo, se vió colmado de ultrajes por los demócratas irreligiosos,

sus cómplices en los días de extravío. Yo he sido también atacado del modo más infame por los míos, sin haber por eso bebido un cáliz tan amargo como el de La Harpe. Todos saben que el discípulo de Voltaire se convirtió en la cárcel del Luxemburgo, donde había sido encerrado por sus amigos los revolucionarios durante el Terror. Fué necesaria la persecución, llevada á sus últimos límites, para que comprendiese que durante cuarenta años se había extraviado en el partido de los más atroces odios, entre unos hombres peores que los lobos, porque según el proverbio, los lobos no se devoran entre sí.

Y La Harpe, convertido, no permaneció menos fiel á sus antiguos afectos. “Fué constantemente el admirador del talento y el amigo personal de Voltaire, aun después que su conversión, inspirándole nuevas ideas, le hizo apreciar en su justo valor las obras salidas de la fecunda pluma de aquel hombre célebre, y condenar sin piedad el deplorable abuso que había hecho de su talento contra la Religión y las buenas costumbres.” (\*)

En aquellos horribles tiempos en que los republicanos, ébrios de sangre se guillotinaban unos á otros, y en los cuales Voltaire, si hubiera vivi-

(\*) Prefacio del Salterio de La Harpe, edición de Perrisse hermanos, libreros de Paris.

do, habría sido llevado al cadalso por Robespierre y Fouquier Tienville, el convertido La Harpe fué uno de los pocos amigos que defendieron la memoria del filósofo de Ferney, como hombre privado.

Por mi parte, mucho ántes de abrir mis ojos á la luz, he manifestado que son muy pocos los hombres políticos del partido republicano francés que aman sinceramente á Garibaldi. Salvas raras excepciones, todos los personajes notables de mi antiguo partido profesaban poco amor al huésped de Caprera. ¡Cuántos farsantes he visto, cuyo único ideal era figurar, y para quienes el nombre de Garibaldi solo servía para atraer á la multitud.

Un año despues de la muerte del general, Canzio, su yerno, vino á Paris á fin de entregar, en nombre de la familia, al Consejo Municipal la espada de honor de La Tour d'Auvergne, que había sido propiedad del viejo patriota italiano. Con este motivo organizó una fiesta conmemorativa en el Circo de Invierno para celebrar la memoria de Garibaldi.

Pues bien—puedo decirlo hoy—si aquella ceremonia obtuvo gran éxito, no fué debido al concurso de nuestros senadores y diputados republicanos. Los organizadores tropezaron en todas partes con una hostilidad sorda, con una mala voluntad general, de que es imposible formarse una idea.

Solo los Sres. Delattre y de Douville Maibefeu mostraron en aquella ocasion verdadera simpatía por Garibaldi.

Naturalmente cuidaron mucho de no revelar al público aquel conjunto de hipócritas malevolencias. Era preciso no desacreditar á los ojos del pueblo á aquellos elegidos, que el sufragio universal creía sinceros.

El éxito de la fiesta fué debida á la poblacion parisiense. Jamás olvidaré la triste figura de aquellos diputados y senadores de la izquierda, que iban y venían febriles y cripados, escondiendo en las cuadras del circo su cólera y despecho; pues literalmente rabiaban viendo tan inmensa multitud aclamar un nombre que no era el suyo, y estaban furiosos de no poder ausentarse y de verse obligados á subir al estrado. Lochrey, con los labios cárdenos y temblorosos, dió con notable fastidio la bienvenida á los *hermanos italianos*; Clemenceau retorció su bigote y variaba todos los colores del arco iris. Todos á una rechinaban los dientes de coraje.

Allí arriba, en los palcos y tribunas, el buen pueblo, poco iniciado en los pequeños misterios de bastidores, se figuraba que sus representantes estaban llenos de júbilo.

Distinta cosa sucedió en el Consejo Municipal. Los consejeros deliberaron en secreto si habían

de aceptar ó no la espada de La Tour d'Auvergne que el general Canzio Garibaldi regalaba en nombre de su familia, á la capital de Francia.

Para fastidiar al yerno del héroe republicano, y como creían que no podía permanecer en Paris indefinidamente, aplazaban todos los dias, sin decir si ó no, la sesion en la cual el Consejo habia de recibir la espada de honor.

Tratábase de una arma legendaria, de una reliquia nacional, de la espada regalada por el gobierno de la Revolucion á aquel que nuestros abuelos en 1792 llamaban *el primer granadero de la República*. La energia de Canzio—no tengo derecho á decir más—triunfó de todas las perfidias. Nuestros ediles decidieron al fin, bajo la presion de algunos periódicos de vanguardia, á recibir la espada de La Tour d'Auvergne y de Garibaldi.

Durante su estancia en Paris, el general tuvo á bien vivir en mi casa. Él sabe con qué profundo afecto por el hombre de Caprera cerré los oídos á todos los ódios republicanos que me asaltaban entonces, y hasta qué punto, sacrificándome por la obra comun, desaparecí para no dar pretexto alguno de ataque á los enemigos ocultos de la conmemoración garibaldina.

En aquellas circunstancias fué cuando travé relaciones con Ruiz Zorrilla, el célebre revolucio-

nario español. Quizás será útil que diga algo de este hombre público.

El jefe de los liberales del otro lado de los Pirineos es un hombre de alta estatura, casi un Hércules. Todo en él revela la audacia; pero tambien la grande ambicion. Se cree llamado á representar un gran papel en su país.

Hablamos largamente un día que vino á hacer una visita á Canzio. De nuestra conversacion saqué el convencimiento de que Zorrilla es un republicano *sui generis*, y si mis amigos de aquel tiempo hubiesen podido oírlo expresarse como yo le oí, creo que muchos dejarían de considerarlo como el Bayard de la democracia española.

Habiéndome sorprendido mucho su plan de campaña, no pude ménos de decirle para terminar nuestra conversacion:

Pero, en fin, ciudadano Zorrilla, ¿cuál es en resúmen vuestro programa particular en política?

Zorrilla, con una expresion de fisionomía que no es posible describir, contestó: *Revolucionario ante los conservadores, y conservador ante los revolucionarios!*

Refero exactamente su declaracion de principios, y me limito á calificarla de extravagante. Si no la hubiera oído con mis propias orejas, no creería que un hombre político fuese jamás capaz de formularla.

Más volvamos á Garibaldi. No es éste en verdad, quien tenía semejantes máximas en su programa. El Papado tiene derecho de considerar al jefe de los Mil, como un enemigo encarnizado; pero hay algun reproche que la Historia no hará nunca al general italiano, es haber sido hombre de dos caras.

No quiero hablar del anti-clerical. No soy yo quien debe juzgar á Garibaldi bajo ese punto de vista, pues sus actos públicos son conocidos de todo el mundo. Este libro es un *mea culpa* personal. Yo lloro sobre mí y sobre todos aquellos que han participado de mi extravío; pero no debo hacerme el acusador de faltas ajenas y sobre todo, de aquel á quien tanto afecto profesé.

¿No es más natural, por el contrario, que invoque las circunstancias atenuantes?

Garibaldi fué en su vida privada el mejor de los hombres; era muy sensible á toda buena acción: las lágrimas asomaban á sus ojos cuando se refería delante de él una miseria: su corazón de esposo y de padre, era un inagotable tesoro de bondad.

En sus relaciones con los correligionarios reinaba la fraternidad. No comprendo cómo pudo vivir y morir en un partido en el cual existe en estado latente el odio más salvaje. Garibaldi llevaba hasta la exageración el afecto de fraterni-

dad para con los suyos; por eso fué muchas veces víctima de los indignos. Cuando oía á un republicano hablar mal de otro republicano, inmediatamente se hacia él defensor del acusado. La calumnia lo tenía sin cuidado. Cuando algun miserable le engañaba, sus mejores amigos, sus mismos hijos no podían hacérselo creer: el que lo había engañado era un republicano; luego era sagrado.

En la vida política fué Garibaldi un exaltado. Pero hay que hacerle justicia; era la personificación del desinterés.

Acerca de esto tengo el deber de hacer una revelacion que sin duda extrañará tanto á los católicos como á los libre-pensadores; revelacion que no será desmentida:

Hay el convencimiento entre los republicanos de que Garibaldi, sus hijos y su yerno, en 1870, prestaron á Francia su gratuito concurso, y de que se batieron contra el ejército prusiano del Este, sin que el gobierno de la Defensa Nacional les diese un solo céntimo de sueldo durante toda la campaña.

Entre los católicos, por el contrario, se cree que los jefes italianos se impusieron al pueblo, que su generosidad era una generosidad mentida, y que el Estado francés les pagaba abundantemente.

¿Quién tiene razon?—Ninguno de los dos. Unos y otros se engañan. De las dos opuestas opiniones, una y otra pueden sostenerse, hay algo de verdad en las dos; pero cada una contiene un error.

Hé aquí la verdad;

Garibaldi, sus hijos, su yerno y aun algunos oficiales italianos de sus más intimos amigos, hicieron la campaña del Este con el desinterés más absoluto; no cobraron ni un céntimo de sueldo. Pero... este sueldo fué no obstante pagado por el Estado francés y embolsado á nombre de Garibaldi por cierto personaje que se lo apropió.

El tal personaje, un buen demócrata, existe aún; y es redactor de *La République Française*, Garibaldi tenia en él una confianza ilimitada. El descubrimiento, algo tardío del robo lo desengañó; pero su demasiada bondad para con los suyos le impidió acusar al culpable.

Cuando tocó con el dedo la infamia del miserable, era ya demasiado tarde.

Fué mucho tiempo despues de la guerra. El huésped de Caprera acababa de ser elegido diputado por Roma. Entónces hubo una especie de reconciliacion entre el hijo de Víctor Manuel y él. Garibaldi asistió á varias recepciones de la alta sociedad italiana.

En una de aquellas recepciones, se habló del

famoso incidente de la asamblea del Burdeos y del desinterés del patriota italiano mal recompensado por los franceses. Uno de nuestros diplomáticos, presente en la conversacion, repelió la acusacion de ingratitud lanzada contra nuestro país y pronunció palabras un poco vivas.

“Hago justicia á Garibaldi, pues fué para nosotros un amigo. Más es preciso desmentir esa leyenda; si vino hácia nosotros como amigo, tambien fué pagado como General.”

Garibaldi saltó de su butaca, y hubo algunas explicaciones. Y como no quisiera conceder que su sueldo habia sido pagado por el gobierno de la Defensa Nacional, fué preciso probárselo con documentos justificativos.

El miserable que así habia abusado de su confianza y firmado en su nombre, era uno de sus más intimos amigos, un hombre por quien varias veces habia reñido con sus hijos y con su familia.

Era él... el jefe de Estado Mayor, Bordone.

Si algun hombre ha tenido influencia funesta en Garibaldi, es ese Bordone, y á él incumbe la responsabilidad de todas las fechorias atribuidas al general durante la campaña.

¿Quién es Bordone?—El pobre pueblo lo ignora. Los republicanos y libre-pensadores no veian en él más que un anti-clerical. Yo voy pues á edificarlos.

En primer lugar, el gobierno de la Defensa Nacional conocía este individuo.

Aquí me veo obligado á ocuparme en algunas personalidades prominentes en la República; pero como la mayor parte de esos personajes existen, su silencio,— pues toda negacion es imposible.— será elocuente.

Bordone era un boticario de Aviñon. Luego diré porque se hizo amigo de Garibaldi. En 1870, se logró que la Liga del Mediodía le diera la mision de ir á buscar á Caprera al viejo general italiano. El gobierno de Tours nombró á Bordone coronel de Estado Mayor. Gambetta, sin embargo, se opuso al nombramiento. El 5 de Noviembre confiaba el cargo de jefe de Estado Mayor del cuerpo de Garibaldi al coronel Frappoli, italiano.

Hé aquí la orden de Gambetta, de la cual no se hizo caso, ¡tan grande era entonces la confusion en los poderes públicos!

Tours, 15 de Noviembre de 1870.

“El miembro del gobierno de la Defensa Nacional, ministro del interior y de la guerra, confirma nuevamente al Sr. Coronel Frappoli en el cargo de jefe de Estado Mayor del general Garibaldi; cargo que había sido ya determinado por decision del gobierno.

“Solo á él reconozco ese título y los poderes que lleva consigo.

“Inmediatamente irá á tomar posesion de su cargo cerca del general Garibaldi y procederá á la eliminacion del Sr. Bordone, cuyos antecedentes judiciales y conducta no pueden conciliarse con el carácter de representante del gobierno francés.”

“Firmado. LEON GAMBETTA.”

M. Frappoli conservó la mencionada orden, y yo he podido sacar copia auténtica.—¿Cuáles eran los antecedentes judiciales de Bordone de que habla Gambetta?

No habiendo querido dejarse eliminar el Boticario de Aviñon, el gobierno procuró tomar informes acerca del personaje en la fuente más directa.

El ministro de justicia escribió al fiscal ó procurador de la República de Aviñon pidiéndole informes judiciales acerca de Bordone.

Hé aquí el telegrama del procurador fiscal del gobierno.

Aviñon, 23 de Noviembre de 1870.

(núm. 5,357, desp. cifrado.)

*Procurador de la República, Aviñon, al Ministro,  
Justicia, Tours.*

Copia del informe judicial de Bordone:  
“2 de Julio de 1858, tribunal correccional de Lachá-

tre; fingió la pérdida de objetos embargados: 50 pesetas de multa.

"24 de Julio de 1860; tribunal de París; estafa; 2 meses de prision. 50 pesetas de multa."

Ya veremos luego como el informe judicial de Bordone transmitido al Ministerio de la Justicia por el procurador de Aviñon era incompleto.

Pero Bordone se reía de su destitucion, aunque esta fuese oficial.

Tenia motivos para quedarse con Garibaldi, y se quedó á pesar del ministro, la familia y los amigos del general.

Creó y mantuvo el desorden para desacreditar á los voluntarios italianos, y perjudicar la defensa.

Un despacho telegráfico lo demuestra.

"Lion, 5 de Diciembre de 1870."

*Prefecto del Ródano al Ministro Interior y Guerra,  
Tours.*

"La conducta de Bordone en Autun es objeto de las quejas de todos, motivo de desaliento, y un peligro gravísimo. Merece un Consejo de Guerra. Vos debéis saber sobre el asunto más que yo; pero me veo obligado á decir que la permanencia de semejante jefe de Estado Mayor es un escándalo. Garibaldi está ciego; vos no podeis estarlo. ¿No hay algun medio de alejar á Bordone sin ofender á Garibaldi? En todo caso, todo debe ceder al interés público."

"Firmado: CHALLEMEL LACOUR."

Otro telegrama acerca de Bordone:

Chaumont, 4 de Diciembre de 1870.

*Prefecto, Alto-Marne, al Director, de Seguridad  
General, Tours.*

Sabeis que Gambetta me ha encargado decir al general Garibaldi que vería con gusto la separacion del coronel Bordone. Por otro lado, habeis dicho que tenais la certeza de una sentencia infamante contra la persona del coronel Bordone. El general Garibaldi me encarga decir, que quiere acceder á los deseos de Gambetta; pero antes de privarse de un hombre útil, es preciso que tenga la prueba de la sentencia y la seguridad de que no ha sido anulada por decision judicial de un orden superior. Espera vuestra contestacion para resolverse.

*Firmado: SPULLER. (1)*

En Tours todos sabían cual era la reputacion moral de Bordone, ó á lo ménos conocían parte del informe judicial.

¿Comunicó el gobierno todos los informes á Garibaldi? Lo ignoro. Lo que sé decir es que á la sazón un republicano francés, llamado Gaukler, improvisado coronel, intervino en favor de Bordone, y la Defensa Nacional se resignó á sufrir al boticario estafador.

(1) Es el hermano de Spuller, el alter ego de Gambetta, y telegrafía á Ranc.

He aquí un telegrama de Gambetta á su delegado en Burdeos, ó sea á M. de Freycinet.

Lion, 24 de Diciembre de 1870.

*Ministro Interior á delegado Guerra, Burdeos.*

Desde hace algunos dias, leo un gran número de telegramas firmados por Bordone. Este hombre, lo sabeis, es el jefe de estado mayor de Garibaldi: no ignorais lo que se dice, y es preciso ser muy prudente en tratándose de él; él es quien manda, hace y deshace al lado de Garibaldi.

En primer lugar haré notar que sus telegramas son escritos en una forma y de una manera inaceptables. Nadie habla y escribe como él. Diríase verdaderamente que es omnipotente. Comunica órdenes á los prefectos, toma providencias, ordena arrestos. El, en una palabra, se mete en todo, en su casa y fuera de ella.

Os repito, que debeis poner os en guardia contra semejantes pretensiones que no podemos aceptar. . . . Ponedlas pues un dique, no ignoro que la situacion es un poco delicada; más *tenemos un medio* de poner en cintura á M. Bordone, y os ruego, que con vuestra acostumbrada habilidad, lo pongais en seguida en práctica.

*Firmado: Leon Gambetta.*

En aquella época, el prefecto de las Bocas del Ródano era Alfonso Gent, voclusiano como Bordone. Gambetta telegrafió tambien á Gent con motivo de su compatriota aviñonés:

Lion, 25 de Diciembre de 1870.

“Sabeis, sin duda, que Garibaldi tiene como jefe de estado mayor á Bordone, quien es, á lo que parece, de carácter difícil, pues ha sido causa de numerosas dimisiones en la division de Garibaldi, provocadas por sus procedimientos, sus maneras omnipotentes, su orgullo insoportable, sin contar otras muchas causas que aquí no quiero indicar.

“Si pudiérais usar con él de vuestra influencia, nos hariais un gran favor.”

Firmado: LEON GAMBETTA.

Es indudable que Bordone trabajaba en hacer á Garibaldi imposible y al mismo tiempo en desorganizarlo todo. Su objeto era tambien, alejar por medio de la calumnia á les italianos que se conducian bien.

En aquella obra de desórden y de difamacion, era ayudado por su acólito, el coronel Gauckler, que no se avergonzó de echar cieno sobre el bravo Canzio, cuya conducta, en aquella campaña, fué de un heroísmo reconocido por todos.

Gauckler presentaba á Bordone como el único capaz de salvar la situacion.

Telegrama.

Autun, 6 de Enero de 1871.

*Coronel Gauckler al Delegado Guerra,  
Bordeaux.*

“Garibaldi no puede continuar; sus facultades parecen ya agotadas; su iniciativa desaparece; se encuentra entregado por completo á su camarilla italiana, la cual vale muy poco, sobre todo su yerno, y un tal Lobbía segundo jefe de estado mayor, desventajosamente conocido.”

“Cuando Bordone está ausente, comete la camarilla, en nombre de Garibaldi desaciertos y torpezas que desorganizan y desmoralizan al ejército.”

“Parece que se han propuesto no hacer nada: gracias á las firmas en blanco y comisiones dadas por Lobbía, hácese nombramientos y trapisondas que escandalizan al público.”

“Los franceses quisieran combatir y se ven humillados teniendo jefes italianos, ineptos y sin probidad. Bordone no sabe que hacer para impedir las dimisiones en masa y difícilmente salvará el nombre de Garibaldi de una mancha que recaerá sobre la República.”

Demasiado largo citar hechos. Si lo deseais, os

dirigiré un informe. Preferiría comision de informe.

*Mejor será que Garibaldi renuncie á un cargo que su estado de salud no le permite desempeñar y que un comisario, con poderes suficientes, venga á limpiar el ejército y hacer guardar el orden.*

*Firmado: CORONEL GAUCKLER.*

¿Qué hizo M. de Freycinet?

Nombró General al hombre que Gambetta despreciaba, que Ranc habia declarado infame, que todo el mundo conocia perdido.

Hé aquí el texto de aquel inconcebible nombramiento:

Burdeos, 13 de Enero de 1871.

(11 noche núm. 7253—)

El gobierno acaba de nombraros general de brigada, jefe de estado mayor del ejército de los Vosgos.

Al conferiros este grado, hemos querido aumentar vuestra autoridad, recompensar vuestros servicios militares y facilitar otros mayores que la República espera de vos.

*Firmado C. DE FREYCINET.*

Es para preguntarse si verdaderamente no está uno soñando... ¡Pobre Francia!

Seis dias más tarde, el mismo M. de Freycinet telegrafaba al nuevo general.

Burdeos, 19 de Enero de 1871.

*Guerra al general Bordone. Dijon.*

“No comprendo las incesantes preguntas que me haceis para saber quien manda, como tampoco las dificultades que siempre os salen al paso cuando vais á hacer alguna cosa. Vos sois el único que invoca tales dificultades y conflictos, sin duda, para justificar vuestra inaccion.”

No os oculto que el gobierno está poco satisfecho de lo que acaba de suceder.

“No habeis prestado apoyo alguno al ejército de Bourbaki, y vuestra presencia en Dijon ha sido sin resultado en la marcha del enemigo del Oeste al Este.”

“En resumidas cuentas, ménos explicaciones y más trabajo. Esto es lo que os pedimos.”

*Firmado: C. DE FREYCINET.*

Y al dia siguiente:

Burdeos, 21 de Enero de 1871.

*Guerra al general Bordone, Dijon.*

Si esto ha de continuar, desde ahora declino ante el gobierno toda responsabilidad por vuestra cooperacion, y este mismo gobierno sabrá lo que ha de hacer.

“Confieso que esperaba de vos otra conducta

en esta campaña y siento haber tomado con tanto calor vuestra defensa, con la esperanza que tenia de que os decidiriais á observar una conducta patriótica que *hubiera hecho olvidarlo todo.*”

*Firmado: C. DE FREYCINET.*

¿Se comprenderá, ahora, que Bordone fué el ángel malo de Garibaldi, demasiado bueno y digámoslo de una vez, demasiado débil?

Y aun no he dado á conocer todo lo que hay acerca de aquel infame bribon, cuya conducta es más que sospechosa.

Durante mi estancia en Ginebra, en 1876, tuve, muchas veces, ocasion de ver á Cluseret,—verdadero general,—que había sido delegado de la guerra, durante la *Commune*.

Hablamos un dia de Bordone. Cluseret me informó sobre su conducta.

Había, en sus notas, un verdadero proceso acerca del personaje, y me autorizó para copiar un resumen entero, escrito de su mano, con el fin de servirme de él cuando quisiese.

Este resumen, si mi memoria no me es infiel, forma parte de las *Memorias* acerca de los acontecimientos y hombres de aquel tiempo, las cuales *memorias* había redactado Cluseret en sus ratos de ocio.

Sea como fuere, hé aquí el significativo documento:

"Tengo el deber de decir con documentos en la mano, lo que es M. Bordone, el ex-farmacéutico de Aviñon; porque el papel que está representando desde hace quince años por cuenta de los gobiernos francés é italiano, interesa á todo el mundo."

"Desde el 22 de Marzo, fecha de mi llegada á Paris, hasta el 3 de Abril de 1871, habité en la Prefectura de Policía. No teniendo que hacer, pasaba el tiempo en leer, y muchas veces en copiar los procesos secretos."

"Entre algunos de los que tomé copia, se encontraba el de M. Bordone, y hé aquí lo que contenía:"

"Tres condenaciones, dos de ellas por estafa. La primera, pronunciada por el Tribunal de Lachâtre no expresaba los motivos, ni pormenorizaba la pena."

"(Es la condenación á 50 pesetas de multa por sustracción de objetos embargados, que figura en el informe judicial trasmitido por el juzgado de Aviñon al ministro de Justicia del Gobierno de Tours.)"

"La segunda, á dos meses de cárcel, pronunciada por el tribunal de Paris."

"La tercera, á tres años, por el Tribunal de Cher-burgo."

"Como se ve, la política no tiene nada, absolutamente nada, que ver en el asunto."

"No se condena, en tres ciudades distintas y por tres tribunales diferentes al mismo individuo, y por el mismo delito, repetido tres veces, en tres épocas, y en tres lugares distintos, únicamente por hacer desaparecer de la escena política á un hombre que ocupaba tan insignificante lugar, como el boticario de Aviñon."

"Léjos de mi el pensamiento de erigirme en defensor de la imparcialidad política de los tribunales imperiales de Francia; pero me veo obligado á hacer constar que hombres que han representado un papel más importante que M. Bordone, desencadenando otros odios, sublevando pasiones, no han tenido jamás necesidad de huir ante una acusación de estafa."

"Ni Gambon, ni Delescluze, ni Vermorel, ni Flourens, ni Varlin, ni, puedo hoy decirlo, ninguno de los hombres notables de la democracia, han tenido necesidad de defenderse ante un tribunal cualquiera del delito de estafa."

"No puedo aceptar, y nadie aceptará como causa del delito imputado por la justicia francesa á M. Bordone, el miedo que este inspiraba al gobierno francés."

"Pero no es esto lo más grave, y, si no tuviera que habérmelas más que con un estafador, no me ocuparía en quitarle la máscara; porque esto es cuestion de policía, ó de las personas que pueden tener relaciones de interés con él."

"El estafador se ha convertido en espía internacional, por escapar al castigo que le esperaba, y desde hace quince años ha sido enviado por los gobiernos de Francia y de Italia para espiar á Garibaldi."

"Esto es lo grave y lo que interesa á todo el mundo, y hé ahí porque escribo estas líneas."

"El proceso Bordone constaba de dos partes."

"La primera contenía lo que se refería al procedimiento."

"La segunda contenía la correspondencia cambiada entre el caballero Nigra, Ministro de Italia; y el ministro de negocios extranjeros de Francia, acerca del envío del proceso á Victor Manuel."

"En la primera parte, se seguían paso á paso las diferentes delaciones de diversos juzgados para apresar al contumaz Bordone."

"En la segunda, se trazaba el camino que había seguido el proceso de Paris en la corte de Victor Manuel, desde Italia hasta el ministerio de negocios extranjeros de Francia, quien lo devolvió al juzgado con la siguiente anotacion: "De

órden superior, suspéndanse las persecuciones."

"Desde este instante el espía internacional Bordone era libre para ir y venir de Francia á Italia. Obraba á su antojo."

"De aquel proceso hice tres copias. Envié una á M. Pablo Meurice, del *Rappel*, y la otra á un periódico republicano de Lyon. Ni el uno ni el otro la publicaron."

"Habiendo averiguado más tarde el motivo, me contestaron: *¡La publicacion alegraría demasiado á los curas!*"

"Confieso que no lo entiendo."

"Lo que, sobre todo, no entiendo, es que el deber, el deber primordial de todo hombre honrado de informar á sus semejantes acerca del peligro que corren, no tiene nada que ver con la política. Somos hombres ántes que políticos."

"La tercera copia se haya en \*\*\* con otros papeles. Mas aunque esta desapareciese no sería muy difícil hacer el proceso de Bordone en los archivos de los juzgados de Lachatre, Paris y Cherburgo, por un lado, y los del ministerio de negocios extranjeros por otro."

"En 1861 Bordone y yo estábamos en Nápoles en el ejército meridional. Como corrian rumores bastantes desagradables acerca de su probidad, los franceses nos reunimos y me nombraron, en compañía de otro oficial, para tomar informés en

Paris. Si mi memoria no me es infiel, nos dirigimos á M. Planat de la Falle y Enrique Martin para adquirir los deseados informes. Estos fueron malos; mas no categóricos. Ni querían ni podían comunicarnos documentos precisos y exactos."

"El asunto se quedó en tal estado."

"¿Por qué medios supo Bordone hacerse indispensable á Garibaldi? No es de mi incumbencia averiguarlo. Pero ello es que sordo á las advertencias de sus más antiguos y fieles amigos, sostuvo á los ojos del mundo á un hombre completamente corrompido."

"Quizás pensó que un perverso conocido es más útil que peligroso."

"Por lo que toca á los servicios prestados por Bordone en cambio de su libertad, sería muy largo referirlos."

"Me limito á hablar de la última campaña. Sus servicios se resumen en dos palabras: aisló y comprometió á Garibaldi."

"Lo aisló, impidiendo que el coronel Frappoli ocupase el puesto de Jefe de Estado Mayor que le había sido designado; disgustando y desanimando á numerosos republicanos valientes que hubieran servido á las órdenes de Garibaldi."

"Lo comprometió, dando á las poblaciones escandalizadas el espectáculo de los vicios llevados

á la orgia, cuando Francia agonizaba y el estado mayor italiano de Garibaldi, como su jefe, daban al mundo el ejemplo de las virtudes y austeridad republicanas."

"Lo aisló, por la escision profunda, hecha con tales costumbres, y por ejemplos semejantes entre los antiguos compañeros de Garibaldi y la moderna camarilla de Bordone."

"Lo comprometió, por su profunda ineptitud militar llevada hasta la traicion."

"No quiero citar más que un ejemplo, el de Autun."

"El ejército de los Vosgos, perseguido por los prusianos, despues de su infructuoso ataque á Dijon, había podido llegar á Autun. Bordone y su Estado Mayor estaban de broma, cuando vinieron á avisarle que los prusianos estaban á algunos kilómetros de allí."

"M. Theuriet, probado patriota y alcalde de Saint Denis, aldea situada á cuatro kilómetros de Autun, y que estaba en diarias relaciones con Bordone, vino á prevenirle que los prusianos ocupaban ya su propio jardin."

"Mi policía es mejor que la de todos los generales, contestó aquel con cierta zorna, nadie me ha enseñado hasta ahora dónde se encuentra el enemigo. Vamos, ¡una copa!"

“En vano los campesinos corrían asustados gritando que los prusianos los seguían.”

—“El miedo abulta los objetos, contestaba Bordone.”

“Y burlándose de ellos, continuaba bebiendo.”

“Una granada estalló en el patio de la subprefectura, donde Bordone estaba embriagándose.”

“Es una granada prusiana, le dijeron.”

“Bordone se encogió de hombros. Finalmente, un segundo proyectil estalló en el cuarto contiguo al comedor.”

“Esta vez, Bordone se levantó de la mesa.”

“Pero la traición estaba consumada. Los prusianos habían tenido tiempo de colocar sus baterías en frente de Saint Denis. El pánico no tardó en apoderarse del ejército de los Vosgos, y sin la oportuna maniobra de Cremer y la energía de la guardia mandada por el subprefecto Marais, Garibaldi sorprendido en Autun, gracias á Bordone, podía haber dejado allí su libertad y acaso su vida.”

“¿Era ésta la misión conferida al republicano Bordone?”

“He retratado á Bordone y esto me basta. Muerto para el honor, este hombre no debe existir para las gentes honradas.”

“GENERAL G. CLUSERET”

“Hé aquí un documento exacto y un testimonio, que los demócratas más intransigentes no podrán negar.”

El año pasado estaba yo aún en relaciones con Cluseret. Hallábase entonces en Constantinopla. Había sabido por mi periódico que, disgustado, me retiraba del libre-pensamiento y que rompía mi pluma anti-clerical. Sin embargo, en aquel momento (Mayo de 1885), no había tomado aún todas mis resoluciones.

No obstante, preveía que tendría que ocuparme un día del vil personaje que ejerció tan funesta influencia en el ánimo de Garibaldi, y le pedí algunos apuntes referentes á Bordone.

Me contestó Cluseret, con fecha 27 de Junio.

Garibaldi no murió sin haber recibido una copia del proceso de Bordone. Pantaleo fué quien se la remitió.

“Garibaldi, me escribía Cluseret, recibió mal la cosa; y como no le conocíais perfectamente, no podeis comprender ciertas debilidades conocidas de nosotros, su familia militar. Sus hijos le obligaron á que se decidiese ó por ellos ó por Bordone, y á los hijos se habían unido algunos antiguos compañeros de armas del Brasil y de 1849. Los echó á todos á la calle. De aquí mi frialdad para con Garibaldi.”

"Bordone es un estafador con ribetes de espía, y la desvergüenza de los dos reunida."

"Y lo firmo yo:

"CLUSERET."

El general Cluseret, vuelto á Francia en Marzo de 1886, y retirado de la vida militar, vive en las cercanías de Tolón. Que me perdone si no he usado antes de sus informes, acerca de Bordone; pero estoy seguro, conociéndole como hombre de honor ante todo, que los confirmará, ante quien quiera que se dirija á él.

Fué pues preciso, para que Garibaldi abriera los ojos, la estupefacta revelacion relativa á su sueldo de campaña, que generosamente habia cedido á Francia y que Bordone cobró en su nombre.

El espía internacional se embolsó tambien la paga de sus hijos, de su yerno y de varios oficiales italianos de Garibaldi—particularmente la del mayor Gattorno, quien me confirmó el hecho de viva voz.

¡Y la mayor parte de aquellas infamias, no las ignoraban en *La République Française*, cuando confió á Bordone el puesto de cronista parlamentario!

Ved aquí al individuo que representa en el palacio Borbon, al maestro oficial del oportunismo.

¿Quieren saber los lectores cómo logró Bordo-

ne logró el favor de Gambetta, Challemel-Lacour, Ranc y Spuller?

Esto fué en la época de la fusion intentada en 1873, para hacer la restauracion de la monarquía en Francia.

Mientras que la mayoría monárquica de la Asamblea nacional preparaba los caminos legales para la vuelta del rey, las Lógiás masónicas organizaban en sus antros una insurreccion.

Bordone, muy estimado en la Masonería, fué designado como general en jefe del ejército conspirador, por los diputados republicanos del Mediodía.

Las Lógiás urdieron admirablemente el complot. El ejército insurrecto era numeroso. Además de los hombres afiliados en el Comité Central de Lyon, el cual tenía como consigna marchar al primer aviso á un punto dado de su departamento para reorganizar la guardia nacional, la Masonería disponía de todo el ejército territorial, dispuesto á agruparse en cada ciudad, y tambien de una parte del ejército activo, estacionado en varias guarniciones de las orillas del Ródano.

Se habia cohechado á muchos oficiales de infantería del 11.º, 15.º, 16.º y 17.º cuerpos de ejército residentes en Lyon, Nimes, Marsella y Montpellier; en cambio no habian podido sobornar ni á

la caballería ni á los ingenieros. Además, no les faltaban fusiles. Un hacendista, amigo de Gambetta, habia adelantado fondos considerables para la adquisicion de armas y municiones, que entraban clandestinamente por la frontera de los Vosgos; y para recompensar por esto al banquero republicano, se hizo más tarde la expedicion de Tunes: nadie ignora que aquella campaña tuvo como objeto principal una especulacion financiera de la deuda tunecina consolidada por Francia con motivo del protectorado.

En una palabra, la conspiracion de 1873 era gigantesca, y si no estalló, fué porque el conde de Chambord prefirió renunciar al trono ántes que hacer ciertas concesiones.

La Masonería fué quien, con motivo del complot reconcilió á Bordone con los oportunistas.

Desde entonces el estafador, el espía internacional, el denunciante metido en casa de Garibaldi, el fullero que se apropió la paga olvidada por el viejo patriota y por su familia, en una palabra, Bordone, es recibido con los brazos abiertos en los salones parlamentarios de la izquierda. Los diputados y senadores republicanos han pasado la esponja sobre sus antecedentes judiciales y otros.

Se le festeja, se le mima, tanto por los moderados como por los radicales; pues la Masonería

les impone á todos. Lockroy lo abraza, Spuller le aprieta la mano, y Clemenceau le llama su "querido amigo."

Yo mismo, cuando pertenezco á ese partido, hacia lo mismo que los demás, soportaba á Bordone. Imitando á Pablo Menrice, del *Rappel*, no publiqué el proceso copiado por Cluseret.

Tambien yo me decía: "Esto llenaría de gozo á los curas."

¡Cuán pesado es el yugo republicano! Por motivo de política, se acepta en ese mundo de ciegos al último de los miserables.

Jamás olvidaré lo que sufrí cuando tuvo lugar la conmemoracion garibaldina del Circo de Invierno; ¡verme obligado á estar en contacto con aquel tunante, de quien yo sabia que era espía y ladrón!

Y Canzio, ¡tan leal y tan bravo...! Estaba atormentado, enrojecía de cólera y de vergüenza. Amaba tanto á Garibaldi, que por no turbar la fiesta en memoria del general, sufrió aquella suprema afrenta de tener por comensal al infame Bordone en dos banquetes ofrecidos á los delegados italianos.

Uno solo, el mayor Gattorno, representante de las sociedades democráticas de Génova, no pudo contener su indignacion, y despues de la sesion en que el Consejo Municipal de Paris, recibió la

espada de la Tour de Auvergne, trató á Bordone como lo merecía. Pero las personas que presenciaron la reyerta, no entendieron una palabra porque Bordone fué llamado ladron, en italiano, (*ladro*).

Poco faltó para que yo tratase á Bordone como le trató Gattorno. Fué en una comida que Mayer, director de *La Lanterne*, dió en honor de Canzio y de sus amigos italianos, el conde Piacini diputado de Roma, Monseñor Bosdari, diputado de Ancona, y los organizadores de la fiesta. Yo era uno de ellos.

En la mesa, el amo de la casa, puso á Bordone entre Delattre, diputado del Sena, y yo.

Ya podrán comprender mis lectores si estaría yo á gusto con semejante vecindad. Bordone se mostró audaz. Había sido uno de los encargados de destruir la obra del Comité franco-italiano, y osaba aún levantar la voz.

Yo no pude menos de ponerle en su lugar. Cambiamos algunas palabras. Finalmente, dije á Bordone: "Vamos, basta ya; por la honra del partido republicano, no me hagais hablar."

Bordone, que sabía que yo estaba al corriente de sus antecedentes, se calló."

Esta breve disputa pasó inadvertida en medio de la alegría del banquete. En el mismo momento, en el otro extremo de la mesa, Aureliano Schol,

Ivo Guyot y el conde Douville-Maillefeu llamaban la atención con sus picantes y alegres sátiras. Solo M. Delattre se dió cuenta del incidente, y estoy seguro de que no lo ha olvidado. Si lee este libro, verá cuáles eran los motivos de la repulsion que me inspiraba Bordone, y quizá observará que en todas las fiestas Garibaldinas mostré bastante abnegacion, mientras que para conmigo la malevolencia de los *hermanos* y *amigos* no tuvo límites. Verdad es que Bordone era el protegido de las Lógias y que yo sufría una manifiesta hostilidad de los jefes del Gran Oriente de Francia.

Voy á terminar. Es evidente, para todo aquel que ha conocido á Garibaldi, que su buen corazón llegaba hasta la debilidad.

Debe de tenerse en cuenta este defecto moral. El anciano general italiano no ha de ser responsable de todos sus actos. Su ángel malo, ya lo he dicho y lo he probado, fué Bordone.

Finalmente, Garibaldi era de una sencillez admirable. No es él quien hubiera soportado jamás—como lo toleró gustoso Victor Hugo, aquel loco de orgullo—que un hombre se hubiera arrodillado á sus piés en actitud de adoracion.

## XI.

## EL LIBRE PENSAMIENTO MILITANTE.

MASONERÍA Y LIBRE-PENSAMIENTO.—LA LIGA ANTI-CLERICAL.—SU FUNDACION.—SUS PRINCIPIOS.—SU ORGANIZACION.—SU MARCHA.—LOS TESTAMENTOS PARA LOS ENTIERROS CIVILES.—LOS GRUPOS FRANCESES DE LA LIGA.—LAS SOCIEDADES AFILIADAS.

Se confunde algunas veces, entre los católicos, la sociedad de los libre-pensadores con la de los masones.

Hay sin embargo, entre unas y otras, diferencia notable.

Entre los masones, apenas la décima parte de los adeptos conoce el fin secreto de la secta; al contrario en las sociedades de libre-pensamiento,

todos sus miembros saben de qué se trata, cuando se afilian, y aun ántes.

Además, el resultado final que la Masonería se propone, es diferente del objeto final del libre-pensamiento moderno. Las dos están de acuerdo, es verdad, en destruir el catolicismo, pero hasta aquí llega la unidad de tendencias. El libre-pensamiento moderno, quiere suprimir con el catolicismo las demás religiones, sin poner nada en su lugar. La Masonería acepta el concurso del judaismo y del protestantismo, para luchar contra la Religión Católica Romana; finalmente, la Masonería tiene un dogma, una creencia, un rito; en una palabra, es una religion secreta con un culto misterioso.

Segun el dogma masónico, cuya progresiva revelacion se dá á los iniciados desde el grado de Maestro, existe un Dios, organizador (y no creador) del mundo, quien merece los homenajes de la humanidad; más ese Dios no es el que adoran los cristianos. En sus Capítulos y Areópagos, ó Lógiás de altos grados, la Masonería enseña que la Biblia ha invertido los papeles sobrenaturales, y hé ahí por qué la secta pretende restablecer la verdad. Si se la creyera, el Dios de los católicos no es más que un principio ó génio malo, envidioso, bárbaro; un tirano inmaterial, enemigo de la felicidad de los hombres. Lucifer, su antagonis-

ta, por el contrario, es el genio del bien, el principio virtuoso y sábio, el espíritu de la libertad, el amigo de la raza humana; él es el verdadero Dios. Por eso en las Tras-Lógias, Lucifer, á lo que parece, padre de Caín, de Canaan y de un cierto Hiram, es adorado por los masones con los diversos títulos de Sér Supremo, Dios Naturaleza, y Gran Arquitecto del Universo.

En resumidas cuentas, el libre-pensamiento moderno es ateo, aceptando también á los escépticos, quienes si no niegan á Dios, por lo menos no se ocupan en Él. La Masonería es esencialmente demoniólatra.

Para disimular el juego, los masones declaran algunas veces que los títulos adoptados por ellos, de Sér Supremo, Dios, Naturaleza y Gran Arquitecto, son únicamente fórmulas generales, imaginadas con motivo de tolerancia para permitir á la asociacion reunir en su derredor á hombres de religiones diferentes.

La verdad es, que la secta acoge en la primera iniciación á creyentes y no creyentes; pero, por otro lado, deja en las Lógias de grados inferiores á los escépticos y á los cristianos que no están dispuestos á aceptar su disfrazado dogma.

Por lo que toca á los ateos, si alguno de entre ellos se permite, aún fuera de las Lógias, atacar

al Gran Arquitecto, se le excluye inmediatamente de la asociacion.

No se ha de inferir de esto que la masonería es indiferente á la accion de las sociedades libre-pensadoras. No, no es así. Considéralas como auxiliares en su lucha contra el catolicismo; pero nada más.

Es bastante hábil para deslizar algunos de sus adeptos en las sociedades de este género; esto le permite utilizar su celo anti-clerical y aun dirigirlo sin que nadie lo advierta, principalmente en las circunstancias en que tiene necesidad de obrar sin comprometerse. Solo que cuida con particular atencion de que las sociedades del libre-pensamiento queden aisladas unas de otras: á sus ojos, toda federacion de cuerpos colegiados es una potencia rival, y emplea en la oscuridad sus más persistentes esfuerzos para desgregarla. ¡Cuántas revelaciones podría yo hacer con este motivo, si no fuesen de un interés muy secundario!

Ahora que el lector se ha dado cuenta exacta de la diferencia que existe entre la Masonería y lo que en nuestros días se llama el Libre-Pensamiento, voy á hablar de la vasta asociacion de ateos y de escépticos, conocida con el nombre genérico de Liga Anti-Clerical.

En 1881, el 13 de Julio,—nadie lo ha olvidado,

se verificó un motín en Roma con motivo de la traslación de los restos mortales de Pio IX. Las Logias romanas habían excitado á algunos obreros de los barrios bajos, quienes levantándose por instigación suya, quisieron echar al Tiber la caja que contenía el cuerpo del Soberano Pontífice. La fuerza armada, en virtud de la ley de garantías, no pudo ménos que intervenir, y la sacrilega tentativa de los revoltosos se frustró completamente.

Pero al experimentar el ardor de aquellos pobres extraviados de la clase obrera, la Masonería Italiana comprendió que el concurso de los fanáticos violentos podía ser utilizado en otras ocasiones, y se decidió que se organizaran algunos grupos militantes con el nombre de círculos Anti-Clericales; los grupos se compondrían sobre todo, de libre-pensadores, á quienes la secta, con motivo de su posición social inferior, no admite en sus Lógias; y algunos iniciados, sirviendo de inspiradores secretos, se deslizarian entre ellos.

El proyecto fué puesto en ejecución.

En muy poco tiempo se crearon diez círculos en Roma, y la asociación se extendió por toda Italia.

Garibaldi me dió noticia de la formación de aquellos grupos, y sin que me fuese conocido el carácter masónico de los organizadores, resolvi

á mi vez promover en Francia la creación de sociedades militantes parecidas á aquellas.

Mi iniciativa fué aprobada por los jefes del partido anti-clerical italiano, con quienes estaba yo en correspondencia.

Puse manos á la obra en la época del Congreso parisiense del Libre-pensamiento, del cual he hablado ya en los precedentes capítulos.

Pero advertí desde luego que había comprendido mal el sentido de las instrucciones recibidas. En efecto, mientras que en Italia se organizaban grupos anti-clericales bajo la secreta dirección del Gran Oriente y teniéndoles aislados los unos de los otros, la organización francesa, de la que era yo promotor, fué hecha sin la ingerencia de la Masonería y en forma de federación independiente.

Garibaldi, que era entonces Gran Oriente de la Masonería Italiana, aprobó, sin embargo, la liga francesa. Por el contrario, el Gran Oriente de Francia la vió con malos ojos y fui víctima de sus vejaciones; en Octubre me separé de la secta masónica.

Algunos extrañarán que, dadas semejantes condiciones, Garibaldi continuase en correspondencia conmigo. Tengo que decir, para aclarar este punto, que Garibaldi era una especie de mason honorario, cuyo nombre servía de bandera á sus co-

legas del gran Oriente de Italia; el verdadero jefe era M. Adrian Lemmi, quien hoy es Gran Oriente, y presidente del Comité Central Anti-Clerical de Roma. Este se enfadó conmigo, desde que tuve disgustos con el Gran Oriente de Francia.

No importa, rebelde á toda dominacion oculta, trabajé con más ardor que nunca en crear grupos, empleé todos mis afanes en tenerlos en una independencia absoluta, y logré al fin unirlos sin la intervencion masónica.

Al cabo de siete meses, veinte y tres grupos franceses quedaron establecidos. En Febrero de 1883, eran en número de ciento dos. Finalmente, en la época de mi conversion, la federacion francesa constaba de ciento treinta y ocho sociedades unidas directamente entre sí, sin contar ciento cuarenta y tres grupos adictos y en correspondencia; las sociedades directamente ligadas y que forman *La union de Francia* representaban un total de diez y siete mil individuos poco más ó ménos. La Comision Central tenía su asiento en París.

El 15 de Agosto de 1882 se formó una liga española tomando como modelo la federacion francesa, con residencia en Barcelona.

En estos últimos tiempos se ha formado una

cuarta liga en la América del Sur, cuyo comité central está en Guatemala.

Todas estas ligas,—Union de Italia, Union de Francia, Union de España y Union de Sur-América,—se corresponden entre sí, no obstante la diversidad de organizacion. Tienen un signo secreto, que se cambia todos los años, con el cual se reconocen todos los coligados de diferentes países, cuando la casualidad ó las relaciones hacen que se encuentren. Esta palabra secreta es el único misterio de la asociacion.

Al revés de la Masonería, los grupos del libre-pensamiento militante obran á la luz del día; entre estos, en vez de disimular, se hace alarde de audacia. La lucha de los coligados contra la religion es evidentemente abominable; más no es hipócrita. Los coligados son los hijos perdidos del anti-clericalismo; devorados por un odio ciego, se lanzan, con la frente descubierta al asalto de la Iglesia, sin contar los golpes que dan ni los que reciben, extravagantes á fuerza de ceguera, fanáticos de impiedad.

Júzguese de la Liga Anti-Clerical por los ocho primeros artículos de su Constitucion. ®

## PRINCIPIOS FUNDAMENTALES.

DE

## LA LIGA ANTI-CLERICAL

(Union de Francia)

## ARTÍCULO PRIMERO.

La Liga Anti-Clerical, institucion esencialmente socialista, proclama la necesidad urgente de mejorar la suerte de las clases laboriosas, bajo todos los puntos de vista.

Reconoce que una poderosa fuerza, el clericalismo, ha logrado hasta ahora absorber los intereses de los trabajadores, y que esta fuerza es el obstáculo principal de todo progreso social.

En su consecuencia, la Liga Anti-Clerical está constituida con el fin de combatir, sin descanso y con toda la energía posible, las ideas supersticiosas de cualquier naturaleza que sean, y á sus propagadores.

## ARTÍCULO 2.º

La Liga Anti-Clerical no admite dogma alguno ni culto, ni rito. Rechaza toda creencia en cualquiera divinidad, y proscribete toda designacion de un sér sobrenatural.

## ARTÍCULO 3.º

La Liga Anti-Clerical recibe en su seno á todos los demócratas socialistas, sin distincion de escuelas, ni sistemas; bástale que sus adeptos trabajen por la emancipacion del pueblo.

Hé ahí porque la Liga Anti-Clerical no se pronuncia en favor de ninguna escuela ni sistema socialistas.

## ARTÍCULO 4.º

Pueden adherirse á la Liga Anti-Clerical los miembros de las sociedades de libre-pensamiento, y en general los miembros de toda asociacion que rechace la creencia en un Dios criador ó regulador del universo.

## ARTÍCULO 5.º

La divisa de la Liga Anti-clerical es: *Obro como pienso.*

En consecuencia, la Liga Anti-clerical exige que cada uno de sus miembros tenga el valor de su opinion, porque nadie puede decirse honrado si no pone su vida en conformidad con sus principios; despreciar sus actos es despreciarse á sí mismo.

## ARTÍCULO 6.º

La Liga Anti-clerical considera, además, que el bien no puede ser independiente de la verdad, la cual solo se dá por medio de la ciencia: que la moral progresiva y científica debe estar definitivamente separada de dogmas antienuevados que la razon condena: que las doctrinas religiosas son por esencia nulas, visto que para dirigir al hombre ponen en obra los más indignos móviles, la codicia y el miedo; que la comunione de ideas entre el hombre y la

mujer solo puede fundar la familia: que dar al niño una ciencia y una fé que se rechazan la una y la otra, es oponer el corazon á la razon, extraviar el talento, turbar la conciencia, aniquilar la voluntad: que el triunfo de las nuevas sociedades está asegurado con la condicion espresa de que los defensores del porvenir no concederán á los defensores del pasado, sus mujeres, sus hijos y sus propias personas; que varios ciudadanos proclaman éstas verdades; más que por no asegurarse firmemente en sus convicciones y hacerles regla inviolable de su conducta, dan sin cesar con sus actos un mentís á sus palabras; que esta debilidad tiene como consecuencia el decaimiento de caracteres y la oscuridad de las conciencias: que de concesion en concesion se llega á perder toda nocion de justicia, á trasformar su vida en una perpetua mentira y caer en una vergonzosa indiferencia, dispuesto á todas las apostasías y á todas las bajezas: que la comunidad de accion, dando á todos ejemplo, sostenimiento y fuerza, puede hacer fácil la lucha de una vida racional contra las preocupaciones, la costumbre y el egoísmo.

Por estas causas, la Liga Anti-clerical impone á todos sus miembros el deber de romper con todas las doctrinas que en principio no admiten, y la obligacion de no recibir ningun sacramento de ninguna religion ni secta; ni iniciacion religiosa en el nacimiento, ni ceremonia religiosa en el matrimonio, ni sacerdote en la agonía.

La Liga Anti-clerical constituye una agrupacion de fuerzas libre-pensadoras y socialistas, teniendo como ley la ciencia, como condicion la solidaridad, y como objeto la justicia.

## ARTÍCULO 7.º

La Liga Anti-clerical se ocupa en proteger la juventud contra las supersticiones y sus adeptos.

Los miembros de la Liga deben, por todos los medios que estén á su alcance, ayudar á la colocacion é instruccion de los hijos de las familias obreras.

## ARTÍCULO 8.º

No acepta la Liga Anti-clerical ninguna preeminencia de clase; recomienda á sus miembros la más estrecha union contra el clericalismo y contra toda potencia política ó social, que oprima al pueblo.

Este es el programa del libre-pensamiento francamente militante.

Por lo que se refiere á la organizacion de la Liga, esta no es complicada. La Liga se compone de adeptos de los dos sexos; su número es ilimitado.

Los adeptos se dividen en diferentes grupos. Pueden existir varios grupos en una misma ciudad.

Cada grupo se administra por sí mismo. Su autonomia es completa y absoluta.

El conjunto de grupos que funcionan en Francia y en Argelia, constituyen la Union de Francia. El Comité central de la Union de Francia reside en Paris.

La Union de Francia es administrada por una Comision central de diez miembros, en cuya eleccion toman parte todos los grupos franceses y argelinos.

Esta Comision central de diez miembros, se renueva todos los años; sus poderes terminan el 29 de Julio; sus miembros pueden ser reelegidos. Así fui yo elegido constantemente miembro y secretario general de la Comision central de la Liga, desde su principio hasta mi conversion.

Esta Comision central es la que organiza los nuevos grupos, los que están en relaciones con las Uniones de otros países, quien cuida de que las actas de las sociedades confederadas, reciban una publicidad regular y suficiente, y quien finalmente, emplea todos sus esfuerzos en asegurar la buena armonia entre todos los grupos—cosa que no es muy cómoda.

Para ser recibido miembro de la Liga Anticlerical, es preciso:

1.º Ser de edad de veintiun años cumplidos, ó menor autorizado por su padre ó su tutor.

2.º Residir en el Departamento donde se encuentre el grupo á que se desea pertenecer, ó á una distancia á lo más de cien kilómetros.

3.º Tener buenas costumbres, y vivir del producto de su trabajo.

4.º Ser admitido por el grupo ante el cual es

uno presentado, y por la Comision central Administrativa.

Tener buenas costumbres, en el lenguaje del libre pensamiento, no implica el deber de haber contraido matrimonio. La Union libre es considerada como union moral desde el momento que dura algunos años. Sin embargo, preciso es hacer justicia á la liga: esta no admite en su seno, como lo hace la masoneria, á los *galeotos*.

Por lo que toca á “vivir del producto de su trabajo” esto no supone la obligacion de una existencia sostenida por un trabajo cotidiano. El propietario es tambien recibido como miembro; pero es preciso que haya adquirido el capital con su trabajo ó industria.

Cada grupo de la Liga tiene distinto nombre y reglamento particular. El grupo parisiense de que formaba yo parte se llamaba el *Grupo Garibaldi*. El 17 de Noviembre de 1884 se componia de 10 miembros de honor, 1 donador, 165 miembros activos que habitaban en Paris, 558 miembros corresponsales; ó sea, 734 miembros.

Las formalidades de admision varian segun los reglamentos particulares de los diferentes grupos; pero son siempre sencillas. En general, cuando un libre-pensador desea afiliarse en la Liga, asiste primero á una ó dos secciones de un grupo, para ver si la sociedad le conviene; des-

pues de esto se hace presentar por un coligado; sufre un interrogatorio, presenta su informe judicial, declara sus hechos de libre-pensador (tales como no haber bautizado á sus hijos, haber obligado á su mujer á que no vaya á la Iglesia, haber organizado entierros civiles, conferencias anti-clericales en su distrito etc.); finalmente despues que una Comision ha comprobado la exactitud de estas declaraciones, el grupo vota la admision del candidato, quien no es presentado con los ojos vendados, como en la Masonería, ni sometido á pruebas. Sin embargo, creo que hay dos grupos; uno en Calvados y otro en el Norte, que imponen una prueba á los recipiendarios (obligacion de pisar un crucifijo;) mas esto en la Liga es un hecho aislado.

Por regla general, en ninguna parte los coligados hacen misterio de su impiedad; siempre admiten en sus sesiones á los extraños que desean asistir.

Los grupos tienen entre sí relaciones muy frecuentes, ora por correspondencia, ora por reciproca invitacion con motivo de sus fiestas. Los miembros se visitan en sus viajes.

Además, en la Liga se ayudan mutuamente en caso de indigencia. El artículo 41 del Reglamento General está concebido del modo siguiente: "Cuando un grupo es impotente para socorrer

la desgracia de uno de los suyos, el secretario deberá informar á todos los demás grupos sin excepcion. Cada grupo entónces tiene el deber de dar algo, segun sus medios. Por poco que un grupo dé, es mucho en el momento que cada grupo de la Liga da testimonio de su solidaridad para con el hermano desgraciado." Así, yo he visto familias de obreros, asaltados bruscamente por la miseria, recibir en ménos de un mes, de ciento cincuenta á doscientos francos de socorro. Ya he contado las exageraciones de los coligados; debo tambien hacer ver sus buenas cualidades. Si en el libre pensamiento hay más violencia que entre los sectarios de las Lógias, á lo ménos no se hallan corroidos por el egoismo seco que es el signo característico del mason. Por ejemplo, el gran cuidado de la Liga Anti-Clerical consiste en la multiplicidad de entierros civiles.

Cada miembro está obligado, el dia de su admision, á firmar un testamento cuyo texto es el siguiente:

"Yo, el infrascrito, miembro activo de la *Liga Anti-clerical*, hallándome en perfecta salud y gozando de la plenitud, de mis facultades, declaro, sin reserva que los principios Anti-Clericales de la Liga son absolutamente los míos. En su consecuencia, viviendo como librepensador, deseo ser enterrado lo mismo, es decir, sin el concurso de

ningun ministro de ningun culto. Mi voluntad en este asunto es expresa; los testamentos posteriores que yo pudiese hacer y que no contengan más que las cláusulas relativas á la disposicion de mi haber, no anularán el presente.

“En el caso de que álguien de mi familia se opusiera á la ejecucion de mi voluntad Anti-clerical, lo declaro por este solo hecho, y desde este instante privado de herencia, sin apelacion.

“Ruego á mis amigos y colegas de la Liga, y particularmente á los ciudadanos (aquí los nombres de tres ó cuatro ciudadanos del grupo á que pertenece,) que cuiden se ponga en ejecucion la presente acta, y les nombro mis ejecutores testamentarios, con mision especial de hacer que se ejecute fielmente por todos los medios que el derecho concede.”

“Finalmente, considerando que el carácter puramente civil de mis funerales hará que se realice una economía de . . . (indicacion de la cantidad economizada por los gastos de la Iglesia,) deseo que esta cantidad vaya á la caja de (indicacion, ya sea de una obra laica, ya de una sociedad republicana anticlerical), á quien la lego.”

Esta última cláusula fué introducida en los testamentos de la liga para darles un valor legal, puesto que un testamento que no contenga

ninguna disposicion pecuniaria podrá ser considerado como acto sin importancia por los tribunales civiles. Cuando yo abri los ojos á la luz, despues de diez y siete años de ceguera, los grupos de la Liga Anti-clerical eran los siguientes no nombraré á ninguno de sus miembros, pues no quiero ocuparme en esta obra en las personas.

### Sociedades directamente ligadas

- Argel*, Argelia.—El libre-Pensamiento de Argel.  
*Amboise*, Indre y Loira.—La solidaridad, union fraterna del canton de Amboise.  
*Albi*, Taan.—La Nueva-Era.  
*Amiens*, Somme.—La Democracia Anti-Clerical.  
*Arles*, Bocas del Ródano.—Grupo heterodoxo.  
*Albertville*, Saboya.—El Libre-Pensamiento de Albertville.  
*Ambérieu*, Ain.—Grupo Julio Pellaudin.  
*Ain-Touta*, Argelia.—El Libre-Pensamiento de Ain-Touta.  
*Annecy*, Alta-Saboya.—El Libre-Pensamiento de Annecy.  
*Angers*, Maine-y-Loire.—La descentralizacion.  
*Ain-el-Hadjar*, Argelia.—El Porvenir.

- Batna*, Argelia.—El Porvenir del Pueblo.
- Burdeos*, Gironde.—El Libre-Pensamiento de Burdeos.
- Burdeos*, Gironde.—Justicia y Solidaridad.
- Burgo*, Ain.—Grupo Edgardo Quinet.
- Beauripaire*, Isère.—Los Enemigos de la Impostura.
- Belfort*, Alto Rin.—Los defensores de la libertad.
- Boudes*, Puy-de-Dôme.—El Campesino Anti-Clerical.
- Brouvelieres*, Vosgos. Los asiduos al Trabajo.
- Besançon*, Doubs.—El Libre-Pensamiento de Besançon.
- Beauvais*, Oise.—Los Ateos de Beauvais.
- Bonny*, Loyret.—El Libre-Pensamiento de Bonny sobre el Loire.
- Béziers*, Hérault.—Los Irreconciliables.
- Bézièrs*, Hérault.—El Libre-Pensamiento de Bézièrs.
- Chambéry*, Saboya. La conciencia Emancipada.
- Carouge*. Suiza francesa (Canton de Ginebra).—El Libre-Pensamiento de Carouge.
- Cherburgo*, Mancha.—La emancipacion Cherburguense.
- Constantina*, Argelia.—Grupo Demóstenes.
- Claudon*. Vosgos.—Grupo Chaumette.
- Djidjelli*, Argelia.—La Instrucción Laica.

- Digne*, Bajos-Alpes.—La Federacion Progresista.
- Druillat*, Ain.—La Union de los Cultivadores.
- Denain*, Norte.—El Libre-Pensamiento Denaciano.
- Etampes*, Sena y Oise.—El Libre-Pensamiento de Etampes y de sus cercanías.
- Flesselles*, Somme.—El Libre-Pensamiento Militar.
- Garéoult*, Var.—Los terribles.
- Gommecourt*, Sena y Oise.—Los ribereños del Epte y del Sena.
- Gien*, Loiret.—El Libre Pensamiento de Gien.
- Hautmont*, Norte.—Grupo Marat.
- Homps*, Aude. Grupo Barbes-Igualdad.
- Hellemmes*, Norte.—La Filosofia de Hellemesa.
- Jollense*, Ardèche.—El Libre-Pensamiento de Joyense.
- Kouba*, Argelia.—Defenrt-Rochereau.
- Lyon*, Ródano.—Ni Dios ni sacerdotes, grupo racionalista de la Moral Positiva.
- Lyon*, Ródano.—La Verdad Materialista.
- Lyon*, Ródano.—El Porvenir Socialista.
- La Seyne* Var.—El Libre-Pensamiento de la Seyne.
- La Ferté-sous-Jouarre*, Sena y Marne. El Libre-Pensamiento de la Ferté-bajo-Jouarre.
- Liancourt*, Oise. Los hijos del noventa y tres.

*La Grand Combe*, Gard.—El Porvenir de los Proletarios.

*Lila*, Norte. La Filosofía Lilense.

*Lila*, Norte.—Los solidarios.

*La couture Boussey*, Eure.—Grupo Industrial.

*La Tour-du-Pin*, Isère.—Grupo Baudin.

*Lisieux*, Galvados.—Grupo Voltaire.

*Lempire*, Aisne.—Grupo Gambetta.

*L'Esclère*, Altos-Alpes.—La aurora de los Alpes.

*Lunel*, Hérault. La Vanguardia Republicana.

*Lodève*, Hérault.—Grupo Barra.

*La Bourine*, Bocas del Ródano.—La Venganza.

*L'Isle-sur-Sorgue*, Vaucluse.—Ni Dios ni Amo.

*Les Lias*, Sena.—El Libre—Pensamiento de Lilas.

*Les Issers*, Argelia.—El Libre-Pensamiento de Issers.

*La Ferté-Loupière*, Yonne. La Union anti-Clerical de la Ferté-Loupière.

*La Nouvelle*, Aude.—El Libre-pensamiento de la Nouvelle.

*Lésignan*, Aude.—Grupo Camilo Desmoulins.

*Laugres*, Alto Marae.—El Libre-pensamiento de Laugres.

*Lognes*, Vaucluse.—Grupo Raspail.

*Laigle*, Orne.—Los Guerrilleros de la Libertad.

*Le Mans*, Sarthe.—El Libre-pensamiento de Mans.

*Marsella*, Bocas del Ródano.—El Pensamiento libre.

*Mirabeau-Torelle*, Bajos Alpes.—Grupo *¡Ça ira!*  
*Malailleurs*, Alto-Saona.—Los Admiradores de Voltaire.

*Mour*, Aude.—Grupo Victor Hugo.

*Neung sobre el Loira*, Loiret.—Grupo de la *Com-mune*.

*Mostagenem*, Argelia.—Los Verdaderos Pensadores.

*Mesnil*, Marne.—El Sostenimiento de la Verdad.

*Mouy*, Oise.—El Pensamiento Libre de Mouy.

*Monceau les-Leups*, Aisne.—Grupo Bouget de l'Isle.

*Mauris*, Cantal.—El Libre-pensamiento de Mauris.

*Mougins*, Alpes Marítimos.—Grupo d'Alembert.

*Montpellier*, Hérault.—Grupo Saint Just.

*Mezériat*, Ain.—Los Vengadores de Baudin.

*Montataire*, Oise.—El Libre Pensamiento de Montataire.

*Mirepoix*, Ariège.—El Libre Pensamiento de Mirepoix.

*Méru*, Oise.—Grupo Juan Meslier.

*Nantes*, Loire Inferior.—Grupo Guépin.

*Nantes*, Loire Inferior.—El Centinela del Porvenir.

*Nimes*, Gard.—El Estandarte Revolucionario.

*Nogent*, Alto-Marne.—Los Émulos de Diderot.

- Neuville-sobre-Ain*, Ain.—Ni Dios ni Diablo.
- Oran*, Argelia.—La Jóven Francia.
- Oran*, Argelia.—El Libre Pensamiento Oranés.
- Orléansville*, Argelia.—Grupo Marceau.
- Paris*, Sena.—Grupo Garibaldi.
- Paris*, Sena.—Grupo Diderot.
- Paris*, Sena.—La Union de trabajadores.
- Paris*, Sena.—Grupo de Ateos.
- Panissière*, Loire.—¡Siempre Libres!
- Philippeville*, Argelia.—El Libre-Pensamiento de Philippeville (antes grupo Robespierre).
- Poitiers*, Vienne.—Grupo Galileo.
- Palaiseau*, Sena y Oise.—El Libre-Pensamiento de Palaiseau.
- Pautin*, Sena.—El Libre-Pensamiento de Pautin.
- Pereau*, Sena y Oise.—Grupo Delescluze.
- Rouen*, Sena Inferior.—¡Guerra á la Superstición!
- Reims*, Marne.—Grupo Materialista.
- Rivesaltes*, Pirineos Orientales.—El Libre-Pensamiento de Rivesaltes.
- Roquevaire*, Bocas del Ródano.—La Venganza Radical.
- Romilly*, Sobre el Sena.—El Libre Pensamiento de Romilly.
- Roanue*, Loire.—El Libre-Pensamiento de Roanue.
- Souk-Arrhas*, Argelia.—La Verdadera Justicia.

- Sauzé-Vaussoir*, Deux-Sèvres.—¡Haz lo que debes!
- Samois*, Sena y Marne.—La Union de los Pueblos.
- Saxy-en-Brie*, Sena y Oise.—La Union Fraternal.
- Sipeaux*, Joune.—¡Hágase la Luz!
- Songéons*, Oise.—Los Francos Picardos.
- Souillac*, Lot.—El Libre-Pensamiento de Souillac.
- Saint-Désir-de-Lisieux*, Calvados.—Los Hijos de la Libertad.
- Saint-Martin-de-Sinozau*, Saona y Loire.—Los Pueblos Libres.
- Saint-Etienne*, Loire.—El Libre-Pensamiento de Saint Etienne.
- Saint-Nazaire*, Aude.—Grupo Michelet.
- Saint-Quentin*, Aisue.—El Libre-Pensamiento de Saint-Quentin.
- Saint-Leu-Teverny*, Sena y Oise.—Grupo Labarre.
- Toulon*, Var.—La Union Anti-clerical de Toulon.
- Toulon*, Var.—Grupo Blanqui.
- Thouars*, Deux-Sèvres.—Los Defensores de la Juventud.
- Tolosa*, Alta Garona.—Grupo Luis Blanc.
- Trévoux*, Ain.—El Libre-Pensamiento de Trévoux.

- Torvieu*, Ain.—Grupo Roselli Mollet.  
*Uriménil*, Vosgos.—El Porvenir de los Vosgos.  
*Villeneuve sur Jonne*, Jonne.—La Solidaridad.  
*Villefranche sur Saône*, Ródano.—Moral y Solidaridad.  
*Venteuil*, Marne.—Los Amigos del Progreso.  
*Villeneuve les Béziers*, Hérault.—Grupo Molière.  
*Varandou*, Ain.—Los Destruyores de las Preocupaciones.  
*Valenciennes*, Norte.—Los Hijos de Voltaire.  
*Valence*, Drôme.—El Libre Pensamiento de Valence.  
*Versalles*, Sena y Oise.—El Libre Pensamiento de Versalles.  
*Wacquemoulin*, Oise.—Grupo Arnaldo de Brescia.

#### SOCIEDADES SIMPLEMENTE AFILIADAS.

Las sociedades simplemente afiliadas, tienen en general, el nombre del pueblo donde se encuentra el Comité central: es raro que tengan otro nombre distinto.

Me limitaré, pues, á indicar los pueblos donde residen las Sociedades de esta especie, á salvo de señalar entre paréntesis, las que tienen su título particular.

*Asnières*, Sena.—*Arzeu*, Argelia.—*Argenteuil*,

Sena y Oise.—*Auserre*, Yonne.—*Aubervilliers*, Sena.—*Arles*,—Bocas del Ródano.—*Avignon*, Vaucluse.—*Anguleme*, Charente.—*Aix*, Bocas del Ródano.—*Appoigny*, Yonne.—*Arbois*, Jura.

*Bona*, Argelia.—*Burdeos*, Gironde (Liga Girondina de Propaganda Anti-clerical).—*Briar*, Loiret.—*Bonneville*, Alta Saboya.—*Beauvais*, Oise.—*Brienon*, Yonne.—*Boulogne*, Sena.—*Brie Comte Robert*, Sena y Marne.—*Bonfarik*, Argelia.—*Bli-dah*, Argelia.—*Ben N'Choud*, Argelia.

*Cette*, Hérault.—*Cette*, Hérault.—(La Independencia).—*Clermont Ferrand*, Puy de Dôme.—*Charbuy*, Yonne.—*Chálon sur Saône*, Saona y Loire.—*Château Thierry*, Aisne.—*Courbevoie*, Sena, (La Anti-religiosa).—*Carcès*, Var (La Unión Republicana).—*Cannes*, Alpes Marítimos.—*Creil*, Oise.—*Cazouls les Béziers*, Hérault.—*Corbeil*, Sena y Oise.—*Condé*, Norte.—*Cnateau-neuf*, Charente.—*Crau d'Hyères*, Var.—*Cognac*, Charente.—*Chablis*, Yonne.—*Chorleville*, Ardennes.—*Castiglione*, Argelia.—*Charleville*, Ardennes (La Propaganda Anti-clerical).—*Chérapos*, Argelia.—*Cheny*, Yonne.—*Chálons sur Marne*, Marne.

*Dunquerque*, Norte.—*Dragnignan*, Var.—*Evouen*, Sena y Oise.—*Ervy*, Aube.—*Atourvy*, Aube.—*Elvee*, Pirineos Orientales.—*Epernay*, Marne.—*Fire en Tarlenoiz*, Aisne.—*Fareau*, Bocas del Ródano (E( Progreso).—*Fleury*, Yonne.

*Guerchy*, Yonne.—*Guillon*, Eure.—*Guise*, Aisne.—*Guillac*, Tarn.—*Graulhet*, Tarn.—*Garaacières*, Eure.—*Guyotville Staouili*, Argelia (La Solidaridad).—*Gassin*, Var (Los Libre-Pensadores del Golfo).

*Hinim Liétard*, Paso de Calais.

*Irry*, Sena.

*Le Havre*, Sena Inferior.—*Loches*, Indre y Loire.—*Lésignan*, Aude.—*La Madeleine-lès-Lille*, Norte.—*Lila*, Norte (La Igualdad).—*Lila*, Norte (Los Libre-Pensadores).—*Je Creuzot*, Saona y Loire.—*La Seyne*, Var (Los Moniañeses).—*Levallois-Perret*, Sena.—*Lagny*, Sena y Marne.—*Limoges*, Alto-Viena (La Union democrática de trabajadores).—*Limoges*, Alto-Viena (Aa Union Federativa Obrera).—*La Chapelle-Viville-Forêt*, Yonne.

*Marsella*, Bocas del Ródano.—*Mâcon*, Saona y Loire.—*Mantes*, Sena y Oise.—*Montargis*, Loire.—*Mirefleurs*, Puy de Dôme.—*Morey*, Loire y Cher.—*Moisons Laffite*, Sena y Oise (La Union Democrática de Libre-Pensadores).—*Mallemort*, Bocas del Ródano.—*Méze*, Hérault.—*Meaux*, Sena y Marne.—*Moutrieux*, Loire y Cher.—*Mer*, Loire y Cher.—*Montrésor*, Indre y Loire.—*Montchanin-les-Mines*, Saona y Loire.—*Nantes*, Loire Inferior.—*Neuilly sobre el Sena*, Sena.—*Niza*, Alpes-Marítimos.—*Nimes Gard* (Círculo de la Bolsa).—*Nalay*, Cote d'Or.—*Nouzon*, Ardennes.—*Nogent-le-*

*Rotrou*, Eure y Loire.—*Orléans*, Loiret.—*Paris*, Sena (La Igualdad).—*Puteaux*, Sena.—*Parc Saint Maur*, Sena.—*Pauthau*, Hérault.—*Parc Marly*, Sena y Oise.—*Poigny*, Jura.—*Pontoise*, Sena y Oise.—*Paissy*, Sena y Oise.—*Guillan*, Aude.—*Reims*, Marne.—*Rouen*, Sena Inferior.—*Roubaix*, Norte.—*Rire de Gier*, Loire, (La Union Democrática).—*Raeil*, Sena y Oise.

*Saumur*, Maine y Loire.—*Sèvres*, Sena y Oise.—*Saint Aubin sur Gaillou*, Eure.—*Saint Junien*, Alto Viena.—*Saint Denis*, Sena (Los Amigos del Progreso).—*Saint Denis*, Sena (La Union Democrática italiana).—*Saint Onen*, Sena.—*Sens*, Yonne.—*Saint Germain en Layr*, Sena y Oise (La Anti-religiosa).—*Saint Pierre lès Calais*, Paso de Calais.—*Saint Amand*, Cher.—*Saint Julien*, Alta Saboya.—*Sedan*, Ardennes.—*Saint Florentin*, Yonne.—*Sointes*, Charente Inferior.—*Saint Amant de Baire*, Charente.—*Saint Vallier*, Drôme.

*Tolosa*, Alta Garona.—*Tulle*, Corrèze.—*Tolon*, Var (Los Trabajadores).—*Toulouges*, Pirineos Orientales (Círculo Victor Hugo).—*Tours*, Indre y Loire.—*Tangy*, Yonne.—*Trets*, Bocas del Ródano.—*Toney*, Yonne.

*Urzy*, Nièvre.

*Villefranche sur Saône*, Ródano.—*Vincennes*, Sena.—*Valençe*, Drôme (La Union Fraternal Lai-

ca).—*Vernon*, Indre y Loire.—*Villecien*, Yonne.—*Vauves*, Sena.—*Vendôme*, Loire y Cher.

Ignoro completamente si desde mi conversion acá, el contingente de la Liga Anti-Clerical, ha aumentado ó disminuido. Confieso que la situacion de esta vasta Sociedad me ha sido y me es absolutamente indiferente.

Sin embargo, debo hacer aquí una breve observacion: Segun costumbre, la Liga tenia todos los años un Congreso general obligatorio. En 1884 tuvo lugar en Lyon; en 1885 en Roma, y en 1886 debia haberse celebrado en Barcelona. Este año ha pasado sin que haya yo oido hablar del tal Congreso; y como estas reuniones no se hacen á puerta cerrada, sino al contrario, con gran publicidad, he sacado por consecuencia, que mis antiguos colegas franceses no han ido ni á España, como lo habian anunciado, ni á otra parte.

Si mi conversion tiene ó ha tenido parte en esta derrota, doy por ella muchas gracias á Dios. Esto será la señal de que la impia sociedad, de que he sido uno de los culpables fundadores, se ha debilitado algo con mi conversion.

## DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## XII.

### MI CONVERSION.

UN SACRIFICIO.—PROYECTO DE UN LIBRO ACERCA DE JUANA DE ARCO.—MI OBRA Y LOS AUTOS DEL PROCESO DE ROUEN.—LOS CARTELES CONTRA PÍO IX.—MI ÚLTIMA CONDENA.—EL BAILE DEL VIERNES SANTO.—EL 23 DE ABRIL DE 1885.—LA LUZ DE LA FÉ.—UNA NOCHE EN ORACION.—MI PRIMERA CARTA DE CONVERTIDO.—EL VICARIO DE SAINT MERRI.—MI RENUNCIA DE MIEMBRO DE LA LIGA Y DE REDACTOR EN JEFE DE LA "REPUBLICA ANTI-CLERICAL."—ME DECIDO Á SOLO RETRACTARME DE MIS ESCRITOS Y PERMANECER NEUTRAL.—LIQUIDACION DEL CONGRESO DE ROMA.—ATAQUES VIOLENTOS DE LA PRENSA REPUBLICANA.—CONVERSION COMPLETA.—MI EXPULSION DE LA LIGA.—VISITA AL NUNCIO DE SU SANTIDAD.—EJERCICIOS ESPIRITUALES: ME CONFIESO.—RENUEVO MI PRIMERA COMUNION.—CONCLUSION.

Sin embargo; mientras que yo multiplicaba mis escándalos y hacia grandes esfuerzos por arrebatar las almas á la Iglesia, una mujer oraba.

ca).—*Vernon*, Indre y Loire.—*Villecien*, Yonne.—*Vauves*, Sena.—*Vendôme*, Loire y Cher.

Ignoro completamente si desde mi conversion acá, el contingente de la Liga Anti-Clerical, ha aumentado ó disminuido. Confieso que la situacion de esta vasta Sociedad me ha sido y me es absolutamente indiferente.

Sin embargo, debo hacer aquí una breve observacion: Segun costumbre, la Liga tenia todos los años un Congreso general obligatorio. En 1884 tuvo lugar en Lyon; en 1885 en Roma, y en 1886 debia haberse celebrado en Barcelona. Este año ha pasado sin que haya yo oido hablar del tal Congreso; y como estas reuniones no se hacen á puerta cerrada, sino al contrario, con gran publicidad, he sacado por consecuencia, que mis antiguos colegas franceses no han ido ni á España, como lo habian anunciado, ni á otra parte.

Si mi conversion tiene ó ha tenido parte en esta derrota, doy por ella muchas gracias á Dios. Esto será la señal de que la impia sociedad, de que he sido uno de los culpables fundadores, se ha debilitado algo con mi conversion.

**DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS**

XII.

## MI CONVERSION.

UN SACRIFICIO.—PROYECTO DE UN LIBRO ACERCA DE JUANA DE ARCO.—MI OBRA Y LOS AUTOS DEL PROCESO DE ROUEN.—LOS CARTELES CONTRA PÍO IX.—MI ÚLTIMA CONDENA.—EL BAILE DEL VIERNES SANTO.—EL 23 DE ABRIL DE 1885.—LA LUZ DE LA FÉ.—UNA NOCHE EN ORACION.—MI PRIMERA CARTA DE CONVERTIDO.—EL VICARIO DE SAINT MERRI.—MI RENUNCIA DE MIEMBRO DE LA LIGA Y DE REDACTOR EN JEFE DE LA "REPUBLICA ANTI-CLERICAL."—ME DECIDO Á SOLO RETRACTARME DE MIS ESCRITOS Y PERMANECER NEUTRAL.—LIQUIDACION DEL CONGRESO DE ROMA.—ATAQUES VIOLENTOS DE LA PRENSA REPUBLICANA.—CONVERSION COMPLETA.—MI EXPULSION DE LA LIGA.—VISITA AL NUNCIO DE SU SANTIDAD.—EJERCICIOS ESPIRITUALES: ME CONFIESO.—RENUEVO MI PRIMERA COMUNION.—CONCLUSION.

Sin embargo; mientras que yo multiplicaba mis escándalos y hacia grandes esfuerzos por arrebatar las almas á la Iglesia, una mujer oraba.

Josefina Jogand, hermana de mi padre, fué mi madrina. Me amaba como si hubiera sido mi verdadera madre. Había recibido de ella todas las caricias cuando niño, colmándome de los más afectuosos cuidados.

Cuando me encerraron en Mettray, con motivo de la fuga ya referida, lo sintió muchísimo. ¡Ah! es verdad que no se creyó con el derecho de juzgar á aquellos que habian aconsejado á mi padre; pero en el fondo de su alma deploraba la medida que habian tomado contra mí. Decía para sí, que los hijos pródigos no vuelven al buen camino si no es por la gracia de Dios, y que la gracia se alcanza con la oracion.

Lloraba pues, y oraba.

Cuando salí, excitado por el odio, cuando me lancé en aquella guerra incensata, cuyos asaltos eran dirigidos contra el mismo Dios, su corazón se llenó de amargura, y continuó orando.

Su pensamiento no me dejó un instante. Me siguió en medio de mis locas luchas, al través de mis peligros, sin desanimarse con mis blasfemias. Estaba escrito que mi impiedad no causaría espanto á su fé, ni fatigaría su esperanza, ni apagaría su caridad. Oraba, y oraba sin cesar.

Sin embargo, llegó un día en que se colmó la medida.

Acababa yo de emprender la calumniadora

campaña contra la memoria venerable de Pío IX.

No contento con mentir yo mismo, hacía mentir á los demás. Ébrio de extravagante rabia, reclutaba cómplices y los lanzaba contra el Papado.

Mi madrina tomó una heroica resolución.

—Puesto que mis oraciones no bastan, dijo, me sacrificaré por completo.

Sola ella en mi familia, poseía una fortuna regular, fruto de su trabajo y de sus economías.

Muchas ocasiones socorrió á los desgraciados. Esta vez se despojó de todo.

Distribuyó sus bienes á los pobres con el heroísmo de una cristiana, que se sacrifica para obligar la misericordia de Dios.

Su sacrificio fué tan grande, que no me es dado exponerlo en todo su esplendor, mientras ella viva. Tengo que contar con la humildad de esa santa mujer, quien sentiria sobremanera, que yo divulgase hoy las delicadezas de su abnegacion.

En una palabra, se retiró del mundo, no se reservó un céntimo, y entró en una orden religiosa. Personas amigas suyas tuvieron que cotizarse para regalarle un equipaje decente.

Se dedicó á la oracion hasta el último instante. El convento donde se encerró, es el de Ntra. Señora de la Reparacion, en Lyon. El nombre

que adoptó, es el de Sor María de los Siete Dolores.

¡Ah! ¡Sed mil veces bendita, vos que os habeis ofrecido en holocausto al Señor por la expiación de mis crímenes!

Dios, á quien yo desafiaba, no debía permanecer sordo á tan sublime llamamiento.

Este sacrificio era ignorado por mí. Hacía mucho tiempo que habia interrumpido mis relaciones con la familia. Jamás me habia dirigido mi querida madrina el menor reproche. Oraba por mí, en silencio, sin hacerme saber qué oraba.

No tuve conocimiento de cosas tan admirables, sino hasta el día siguiente á mi conversion.

Así pues, nada podia hacerme sospechar que un piadoso heroísmo se habia puesto en la balanza de la celestial justicia, para servir de contrapeso á mis infamias, y obtener luz y gracia para mí.

Continuaba yo mi triste carrera, sembrando en todas partes la cizaña, soplando á todos vientos el ódio contra Cristo, y desafiando todos los días la paciencia de Dios.

En Agosto de 1884, formé el propósito de escribir la historia de Juana de Arco, juzgándola exclusivamente bajo el punto de vista irreligioso. Habiendo sido dirigido el proceso de la gloriosa doncella por el obispo Couchou, me dije, sería fá-

cil sacar partido de esa circunstancia para acriminar á la Iglesia.

La idea me fué sugerida por M. Pedro Vésinier, que fué uno de los secretarios de Eugenio Sué.

—Eugenio Sué, me dijo un día M. Vésinier, ha tratado de un modo incompleto la historia de la libertadora de Orleans. Pasó en silencio ciertos detalles que figuran en diversas declaraciones hechas durante el curso del informe acerca del cautiverio de Juana de Arco en Roan. El legajo de este informe existe. Búsquelo Vd., y con él podrá hacer una arma terrible contra el clero. Me pareció bueno el consejo.

Busqué á un hombre competente, experto en las investigaciones de esa especie, acostumbrado á las bibliotecas de Paris, rebuscador de viejos archivos, en una palabra, uno de esos especialistas para quienes no tienen secretos los más antiguos pergaminos.

—¿Sabe Vd., le pregunté, si el legajo del proceso de Juana de Arco, hecho por el obispo Couchou existe aún, y dónde está?

—Perfectamente, me contestó. Couchou mandó hacer cinco copias del legajo. Una fué destinada al rey de Inglaterra, y se encuentra en la Biblioteca del palacio Borbon. La segunda, que se mandó al Papa, debe estar en los archivos del Vaticano. La tercera copia, conservada en la Ofi-

cialia de Roan, es la que se destruyó por sentencia cuando tuvo lugar la rehabilitacion de Juana de Arco. Las dos últimas copias que Couchou mandó sacar, una para sí y la otra para uno de sus cómplices llamado Juan Lemaistre, han sido halladas y están las dos en la Biblioteca Nacional. . . . Además, Julio Quicherat, antiguo director de la Escuela de Chartres, ha traducido los manuscritos latinos y los ha publicado en la colección de la *Sociedad de Historia de Francia*, colección que está también en la Biblioteca Nacional.

—Muy bien. Vea Vd. esos documentos y cópieme todo lo que pueda servir contra el clero. No se ocupe Vd. para nada de los legos que se hubiesen mezclado en el proceso de Juana de Arco; cópieme Vd. lo que hace referencia á los clérigos. ¿Ha comprendido Vd?

—Comprendido. No era la primera vez que el hombre á quien yo hablaba de este modo, se entregaba enviado por mí á aquel género de investigaciones. Sabía muy bien, que no habría sido bien pagado si me hubiera traído un trabajo imparcial.

Le dije además: —Düruy, en su *Historia Popular de Francia*, cuenta que Juana, en el fondo de su calabozo de Roan, se vió expuesta á los ultrajes de sus car-

celereros y de un Lord inglés. . . . ¿No habría medio de demostrar que los verdugos de la virgen lorenesa, no solo la quemaron viva sino que la arrojaron á la hoguera despues de haberla deshonrado? Vd. comprende qué importancia doy yo á un hecho semejante. Quiero hacer recaer la responsabilidad del asesinato de Juana de Arco sobre el clero en general y sobre la Iglesia. Por consiguiente, quiero presentar este crimen al público, como un crimen cometido en circunstancias atroces.

Ya investigaré, me contestó M. R\*\*\*; más sobre ese punto será muy difícil encontrar documentos. No podeis aventuraros más que á ciertas suposiciones. La Santa Sede, no lo ignorais, hizo revisar, en 1456, el proceso de la Doncella, y pronunció la rehabilitacion de la Víctima de Cauchon. No es, por consiguiente, probable que los testigos del proceso de revision hayan declarado acerca de la cuestion especial que os interesa. En fin, yo buscaré.

Algunos días más tarde recibí la tarjeta de M. R\*\*\*. No había encontrado nada que probara que Juana de Arco había sido deshonrada; pero tres testigos del proceso de revision, Isambart de la Pierre, Martin Ladvenu y Guillermo Manchon, habían declarado que en 27 de Mayo de 1431 la cautiva debió tomar de nuevo el traje masculino

que había dejado, "para defenderse contra los ultrajes de sus carceleros." Los tres testimonios no dicen nada más. No importa; yo me contentaba con esto. Presentándolos hábilmente, comentándoles, podía darles una significacion que no tenían.

M. R.\*\*\* me remitió algunos extractos del proceso dirigido por Cauchon y varios estudios médicos acerca de los casos de alucinamiento.

Pertrechando con aquel bagage marché al campo para escribir, con toda tranquilidad, mi proyectado libro acerca de *Juana de Arco, víctima de los curas*.

Habiendo perdido la fé, no veía yo en Juana más que una heroína francesa á quien el ardor de su patriotismo había vuelto el juicio. Admirábala como patriota, la compadecía como víctima de Cauchon y de los ingleses; más no veía, en su caso, ninguna mision sobrenatural.

Escribí, pues, el libro.

Para mí, la virgen lorenesa, sobreexcitada por los horrores de la invasion, había creído oír lo que ella llamaba revelaciones,—yo no dudaba de su buena fé, había tomado sus deseos como realidades. Era, segun mi parecer, nada más que un alucinamiento, se había batido valerosamente, y bajo este punto de vista mi admiracion por la Doncella no tenía límites.

Vendida, fué entregada á los ingleses. Su pro-

ceso había sido instruido por ecleslásticos vendidos al enemigo invasor. Haciendo punto omiso del verdadero clero de Francia, quien no manchó sus manos con tan abominable crimen, puesto que pidió la rehabilitacion ordenada por la Santa Sede, como un acto de diplomacia, lanzaba á la faz de la Iglesia entera la infamia personal de Bauchon y de sus cómplices. Además, hacia yo á los verdugos de Juana más odiosos que lo que en realidad eran, trasformando sus ultrajes de soldados groseros en violencias inmorales.

Sobre este tema escribí doce capítulos; mi manuscrito daba materia para un pequeño tomo en 18.º de 200 á 250 páginas.

Mi intencion era extender entre el pueblo un libro de fácil propaganda, que debía, gracias á la simpatía con que contaba mi estilo satirico, atizar el odio contra el clero.

Circunstancias independientes de mi voluntad impidieron que pusiese mi primer proyecto en ejecucion. La Librería Anti-Clerical había tenido un éxito bastante grande con ciertas obras en entregas ilustradas. Mi mujer me aconsejó adoptase para Juana de Arco este importante método de publicacion.

Le hice observar que el asunto no requería mucha extension: mi manuscrito no podía hacer de

16 á 17 entregas. Verdaderamente esto no merecía la pena en gastar para tan poca cosa.

Mi mujer insistió. Los clientes de la Librería pedían en aquel entonces se publicase alguna obra ilustrada. Después de haberlo pensado bastante, dije un día á mi mujer:

Hé aquí lo que es posible, relativamente á mi obra acerca de Juana de Arco: para poder publicarla en entregas, publicaremos mi manuscrito tal cual está y en seguida la relación *in extenso* del proceso de Ruan; para esto no tengo más que el legajo latino que se encuentra en la Biblioteca Nacional. El proceso daría poco más ó menos de 30 á 35 entregas. Así tendremos una obra voluminosa llena de ilustraciones.

Tal fué el proyecto definitivo de la publicación.

Las primeras entregas fueron, pues, completadas con los doce capítulos destinados á formar un tomo de propaganda popular, es decir con los capítulos redactados por mí y algunas páginas de los extractos de M. R.\*\*\* Después, cuando concluyó el manuscrito, me puse á traducir el legajo latino descifrado por Guicherat, era el proceso auténtico y completo de Juana de Arco.

No me fué preciso mucho tiempo para convenirme de que había cometido muchos errores, basando mis apreciaciones en pasajes truncos. Algunas veces el *in extenso* contradecía á mi par-

cial disertación. Al publicar á continuación de los capítulos escritos por mí la traducción fiel y completa de los documentos latinos, iba á pasar por imbécil á los ojos de mis lectores. Por eso, con la mayor frescura cortaba todo lo que podía serme desfavorable.

No obstante, me entristecía obrar de aquel modo, y si no se hubiera comenzado la publicación no habría mutilado el legajo. Pero mis capítulos estaban ya publicados, el público esperaba la continuación, y yo no podía volverme atrás. Traducirlo todo con exactitud, era confesar la mala fe de mi disertación y ponerla en evidencia. Vendí, pues, á mis lectores una obra perversa y trunca da con toda intención.

En aquel mismo momento la Librería Anticlerical anunciaba de nuevo, con gran abundancia de carteles ilustrados, la absurda novela de los pretendidos desórdenes de Pio IX. Aquellas estampas causaron gran sensación, y la prensa católica prorrumpió en indignados artículos.

¿Qué representaban aquellas estampas? Una serie de medallones, la cabeza de Pio IX y las de numerosas mujeres.

El dibujo no tenía en sí nada de indecente, según el criterio de los librepensadores, á los ojos de quienes el Papa es un hombre como todos los demás; pero los cristianos tenían derecho á ha-

llos francamente inmorales; puesto que ultrajaban al Soberano Pontífice en su virtud de célibe, virtud sagrada bajo cierto punto de vista.

Finalmente, con aquellos carteles la Librería Anti-Clerical atacaba á la Santa Sede, que tiene un Nuncio en Paris, y cerca de la cual tiene Francia un embajador. Obligado el Gobierno á obrar, mandó arrancar los carteles. El consejo de ministros deliberó sobre el particular, y segun el periódico *Le Temps* se trató de llevarme á los tribunales.

Lo que entonces pasó en la prensa republicana fué inaudito. Cada periódico declaró que los famosos carteles eran absolutamente inofensivos, y que el ministro del Interior al mandarles rasgar, cometía un acto arbitrario. Solo que los escritores masonicos, salvo raras excepciones, añadían como si en esto hubiesen obedecido á una orden, que sentían mucho verse obligados á defender en aquella ocasion la causa de un personaje infame. Todas las antiguas calumnias fueron entonces repetidas; en una palabra, hubo un desencadenamiento general.

Confieso que yo no esperaba aquel golpe. La masoneria, que no me perdonaba mi independencia, había maniobrado admirablemente.

Se apoderó de mí una desesperacion profunda.

Encontraba como muy natural la explosion de

cólera por parte de los católicos: al fin eran adversarios; en éstos toda recriminacion era legitima. Pero verme victima de los ataques de los míos, y esto por milésima vez, ¡oh! aquello me descorazonaba, me desanimaba y me aniquilaba.

Sin embargo, luché aún contra el desaliento de que estaba poseido. El juéves, 23 de Abril escribí para mi periódico un artículo, en contestacion á varias calumnias de mis compañeros republicanos. Decía en él que el proceso de que estaba amenazado y que había sido provocado por las difamaciones incesantes de la bohemia literaria, no me desanimaría. Terminaba mi artículo en los siguientes términos:

“¡Vamos, que se cometa esta monstruosidad! Jamás he vuelto atrás en la lucha emprendida. Lo juro, la condenacion tan deseada por mis enemigos, redoblará mis esfuerzos.”

Habiendo decidido de mi porvenir la jornada del 23 de Abril, importa, para que el lector comprenda todas mis emociones, que eche yo aquí una mirada sobre mi vida pasada.

Hacia largo tiempo que estaba fatigado, del ódio que pesaba sobre mí en mi propio partido. Algunos meses ántes tuve que comparecer ante el tribunal correccional con motivo de unos dibujos de que no era yo el autor; pero el juzgado me cargó con la culpa, sólo porque se habían inter-

calado en uno de mis libros. El Tribunal, presidido por un consejero general radical del Sena, me habia condenado, sin querer oirme, á quince dias de cárcel y dos mil pesetas de multa. En apelacion encontré, por el contrario, jueces imparciales deseosos de enterarse del asunto; me escucharon; el presidente, mal dispuesto en un principio, me permitió dar todas las explicaciones que quise, y se tomó el trabajo de leer la obra, en que se incluian los dibujos acriminados. En una palabra, reconoció que el libro, en sí, no tenia nada de delincuente, y el Tribunal, al reducir mi responsabilidad á la publicacion de los grabados, disminuyó la multa en una mitad, y suprimió los considerandos de la sentencia de primera instancia, los cuales fueron reconocidos *manifiestamente exagerados*. El Tribunal se componia de magistrados católicos. Aquella deferencia de conducta para conmigo me impresionó muchísimo. Siempre me habian tratado con vinagre; me sorprendí cuando por vez primera se me aplicó el tratamiento de la miel.

Por otra parte, mi situacion de secretario general de la Liga Anti-Clerical me permitia ser testigo de numerosas defecciones. Yo lo veía: gran número de nuestros librepensadores iban á la Iglesia en las grandes circunstancias de la vida. Su anti-clericalismo era puramente exterior.

Yo era el confidente de mis colegas, me decian que por este motivo ó por el de más allá se veían obligados á casarse por la Iglesia, ó á bautizar á sus hijos, ó á que hicieran la primera comunión, y me suplicaban guardase el más absoluto silencio. No era yo capaz de hacer traicion á aquellas pobres gentes que me confiaban sus secretos y á quienes compadecía de todo corazón; pero confesiones tan repetidas me hicieron reflexionar. Muchas veces, eran jefes de grupos quienes iban á la iglesia á escondidas; y hasta se verificó un matrimonio religioso con una persona de la Comision Central de la Liga, matrimonio del cual solo yo tuve conocimiento, y por cierto que me contrarió bastante.

—¡Ah! me decía yo, ¡muy fuerte tiene que ser esa antigua creencia para que los más firmes apoyos del libre pensamiento le sacrifiquen nuestros estatutos en los momentos solemnes!

Y con el fin de aturdir aquellos *pensamientos*, llevaba mi impiedad hasta el extremo.

Así, por ejemplo organicé con mis amigos del *Grupo Garibaldi* un baile Anti-Clerical para el 3 de Abril, que era el Viérnes Santo. Para ridiculizar las creencias católicas me disfracé de san Nicolás, llevando una aureola en la cabeza, y el

tradicional salero con los tres niños resucitados. Aquel fué mi último sacrilegio.

Tal era el estado de mi alma cuando iba á recibir el golpe de la gracia: aficcion por lo que yo llamaba las debilidades de mis colegas librepensadores; exaltacion hasta el paroxismo; violenta tristeza motivada por la incesante exhibicion de cobardes odios que dividian á mi partido; y, sobre todo, profundo asco de los republicanos y de mí mismo.

No creyendo en nada, no tenía que hacer más que una cosa, en mi calidad de esceptico incrédulo, para terminar con todas mis tristezas: suicidarme. Esto habría estado de conformidad con la lógica librepensadora.

¿En qué crisis suprema iba á recobrar la fé? Cada semana consagraba dos dias á la traduccion del proceso de Juana de Arco. Semejante trabajo me era en extremo penoso: ponía sin cesar ante mis ojos mi parcialidad, la cual al agravarse con la supresion de los pasajes que no me eran favorables acababa por convertirse en la más insigne mala fé.

No podía resolverme á presentar al público los documentos tales como estaban; la reproduccion fiel y completa hubiera sido, ya lo he dicho, la condenacion de lo que ántes había escrito, cuando aun no poseía el legajo *in extenso*. Pero al co-

meter esta deslealtad decíame á solas con mi conciencia:

—Esto que estoy haciendo no es digno de un hombre honrado.

Además, es preciso declararlo, me sentía tanto más avergonzado, cuánto más admiraba el carácter sublime de Juana de Arco.

Los pasajes que corté del proceso fueron los que se relacionaban con sus visiones. Pero mantenía intacto todo lo que hacía resplandecer el patriotismo de la virgen lorenense; al suprimir lo sobrenatural en que yo no creía, trasformaba la Doncella en "*heroína laica*."

No había hablado de las "*voces*" de Juana, más que cuando se trató de presentar á la valerosa jóven de Domremy. A este propósito formulé mi teoría acerca de las alucinaciones.

Pero la continuacion de la maravillosa historia me embarazaba. Juana de Arco, en efecto, afirmó que oía *voces* no solamente ántes de entrar en campaña. Persistió en decir que las oía sin cesar: durante la guerra, en Orleans, cuando tuvo lugar la consagracion de Carlos VII, en el periodo de sus últimas expediciones, en Compiègne, en Beaurevoir; finalmente en Ruan durante el proceso, y aún en la víspera de su muerte.

La táctica admirable con que la doncella dirigió la campaña contra los ingleses, prueba con

evidencia que no era una alucinada; el menor de sus planes de batalla honraria á nuestros mejores capitanes. Su actitud delante de los jueces, demuestra tambien que se hallaba en posesion de todas sus facultades; y es evidente, para quien quiera tomarse la molestia de leer el legajo, que Juana en el curso de aquellos extraordinarios debates estuvo admirable, y que ella, que jamás habia aprendido á leer, confundió á los teólogos más espertos y á los más hábiles juristas.

Todo en ella era prodigio, y yo no admitía el prodigio.

Pero cuanto más cortaba los párrafos que contrariaban mi incredulidad, tanto más se presentaban delante de mis ojos. Perseguiánme en medio de mis ocios, y los veía como si estuviesen escritos en el aire con caracteres de fuego. . . .

Y no podía poner en tela de juicio aquellos documentos, puesto que la crónica del proceso, redactada por Cauchon y su cómplice Tomás de Courcelles, no contenía apreciaciones favorables á Juana.

Desde el principio hasta el fin, el legajo dice lo siguiente: "Juana pretende esto y lo de más allá, luego es culpable de impostura."

Lo esencial era saber si realmente Juana menta en sus afirmaciones.

¿Mentir? decíame yo, ella, la lealtad personi-

ficada! ¡Jella, que se hubiera muerto de vergüenza ántes que disimular un solo minuto!

¿Pero y si no mentía? . . . . .

Dado el tenor del legajo, yo, el incrédulo me hallaba reducido á la siguiente conclusion:

—Nó; Juana es sincera; la admirable heroína francesa es incapaz de mentir. Luego estaba alucinada.

Pero despues la direccion dada por su genio á la guerra contra el inglés, sus admirables planes de batalla, su magnífica defensa, tan llena de inteligencia, tan brillante de razon, ante el tribunal de Ruan, todo esto se ponía frente á frente de mis objeciones.

El 23 de Abril habia escrito el artículo del cual he hablado más arriba, artículo en el que juraba que nada en este mundo me haría renunciar á la lucha contra la religion.

Despues de haber mandado las cuartillas á la imprenta me puse en el resto del dia, á proseguir la traduccion del proceso de Juana de Arco.

Fui asaltado, con más violencia que nunca, por las razones que se chocaban y contradecían en mi espiritu enloquecido. De repente, sentí como un sacudimiento formidable en todo mi sér. Me parecía que una voz interior me gritaba: "¡EL LOCO ERES TÚ! ¿No comprendes que Juana es una santa y que desde el momento en que es incapaz

de mentir, verdaderamente ha tenido las visiones que dice? ¿No comprendes, pues, desgraciado, que Juana cumplía con una misión sobrenatural? ¿No comprendes que lo sobrenatural existe, mal que pese á tu impío escepticismo y á tu incredulidad?"

Yo no sé lo que pasó entonces.

En pocos segundos vi aparecer todo mi pasado: mi buena primera comunión, y mi comunión sacrilega; Mongré, San Luis y Mettray, mi padre, mi madre, mi santa madrina; los días felices de mi infancia y las amarguras de mi vida anti-clerical; la sincera amistad de aquellos de quienes me había separado y los odios implacables de los sectarios á quienes había seguido; la bondad de los unos y la maldad de los otros; mis mentiras, mis injusticias, mis locuras.

Y prorrumpiendo en llanto: ¡PERDON DIOS MIO! murmuré entre lágrimas; ¡perdon por mis blasfemias! ¡perdon por todo el daño de que soy culpable!

Me encerré en mi despacho para no ser molesto; me postré de rodillas, y por la primera vez desde hacía diez y siete años dirigí mis oraciones al cielo. Por la noche no dije nada á mi esposa respecto al cambio que en mí se había operado. No pude comer, y no di razón alguna de mi falta de apetito.

Tampoco pude dormir. Mi mujer no lo extrañó, pues me sucedía muchas veces estar preocupado con algún proyecto de trabajo, y emplear en escribir una noche de insomnio.

Me retiré de nuevo á mi despacho, y pasé la noche en oración. Prometí ir al día siguiente á confesarme y pedir la absolución de mis crímenes.

Cuando empezaba á rayar el alba resolví dar parte de mi conversión á un católico que jamás había desesperado de mí y quien me había mostrado siempre una verdadera amistad: aquel amigo era M. Mercier, á quien conocí en Marsella en 1872.

Hé aquí la carta que le escribí:

“Paris, 24 Abril 1885.

“Mi querido Sr. Mercier:

“Esta carta va á llevaros una agradabilísima sorpresa. Desde ayer no soy ya el mismo: me hallo completamente transformado.

Vuestro corazón de católico y de amigo ha debido sufrir muchísimo en estos últimos años, cada vez que habeis leído mis escándalos anti-cristianos; pero sin duda alguna habeis orado por mí—pues me teniais, lo sé, un verdadero afecto,—y vuestras oraciones han sido escuchadas.

“Ayer, hácia las tres de la tarde oí en mí, como una voz que me reprochaba todas mis faltas. Esto me conmovió profundamente y lloré. Mis impiedades me han ho-

rrorizado. Me he preguntado si podré obtener el perdón de mi Dios, á quien tanto he ultrajado. Despues he considerado que su misericordia es infinita, y he recobrado la esperanza.

Sí, me dije, ¡Cuán bueno es Dios en haber tolerado blasfemias como las que he publicado, y sacrilegios semejantes á los que he cometido!..... Podía haberme aniquilado, y con justicia hundirme en el eterno abismo del infierno. Y no lo ha querido; al contrario, ha esperado hasta que estuviese hundido en los antros más profundos de la incredulidad, para de repente darme la luz de su gracia.

“¡Creo! ¡Creo!

“Hoy mismo iré á confesarme, yo que tanto he denigrado la confesion.

“El espíritu de las tinieblas ha salido para siempre de mi alma. Emplearé en lo de adelante todos mis esfuerzos en reparar, si es posible, todo el mal que he hecho.

“Mi excelente padre nunca ha desesperado de mi conversion; él tambien ha orado mucho por mí.

Recuerdo que me lo decía muchas veces, y que había rezado tambien á santa Mónica, suplicándole obtuviese de Dios mi conversion, como obtuvo la de su propio hijo. Y hé aquí que yo, como el hijo de la bienaventurada madre, como san Agustín, me he convertido á los treinta y dos años.

“Os ruego hagais decir una misa en accion de gracias por haber usado Dios de misericordia para conmigo. Mandadla decir en Nuestra Señora de la Guardia á don-

de os acompañaré cuando vaya á Marsella. Me es imposible deciros cuán feliz soy desde ayer. Jamás he sentido impresion interior tan dulce. Me encuentro aliviado de un peso que me abrumaba.

“¡Cuán grande es Dios! y ¡cuán impenetrables sus designios! Me hallo confundido con semejante favor, siendo como soy, el sér más indigno del mundo.

“Os abraza de todo corazón.

GABRIEL JOGAND PAGES,

llamado *Léo Taxil*,

35, calle de las Escuelas.

Al Sr. Mercier,

administrador del Dormitorio público.

Asilo de la calle Marengo,  
en Marsella.”

Por lo que toca á mi padre, no me atreví á darle á saber mi cambio. La alegría que hubiera sentido podría haberle sido fatal, tal era á lo ménos mi temor. Pensé, pues, que era preciso prepararle, y me contenté con mandarle noticias mías, lo que le sorprendió agradablemente. ¡Hacía ya tanto tiempo que no le había escrito!

El 24 de Abril, á las ocho de la mañana, me dirigí á una Iglesia.—Un día, al volver de un casamiento civil, y para resguardarme de la lluvia, entré en una Iglesia de la calle de San Martín, y allí me llamó la atención y me impresionó un cuadro que representaba un sacrilegio. Era la

parroquia de San Merri.—El recuerdo del cuadro me hizo escoger aquella Iglesia.

Pedi un sacerdote cualquiera. Acudió el Vicario que en aquel día estaba de guardia.

Me arrodillé y quise comenzar mi confesion, por supuesto, sin dar mi nombre. Pero el sacerdote, comprendiendo luego que no estaba en presencia de un penitente vulgar, me interrumpió y me rogó volviese á otro día, pues me hallaba en lo que llaman los teólogos un *caso reservado*.

Muy contra mi voluntad no pude confesarme aquel día. Sin embargo, para aligerar mi conciencia me di á conocer al vicario, hablamos largamente, nó como confesor y penitente, sino como dos amigos.

No es necesario pintar la sorpresa del buen sacerdote cuando supo quien era yo.

Tres días más tarde, en la reunion de la Comision Central de la Liga Anti-Clerical, presenté mi dimision.

El *Boletín de la Liga* la relató en los siguientes términos:

Lunes 27 de Abril, reunion ordinaria mensual, etc.—Dimision del Secretario.—El ciudadano Léo Taxil expone que en vista de los incesantes ataques que le dirigen no solamente los clericales, quienes le tratan con razon, como adversario, sino tambien la mayor parte de los republi-

canos, tanto moderados como radicales, presenta su dimision de la Comision Central y de la Liga. Dice que esta vez ha llegado hasta el más absoluto desengaño, en presencia de la mala fé y de la prevencion manifiesta de aquellos que debieran sostenerle. El ciudadano M.\*\*\* hace observar que la Liga sabe hasta qué punto se ha sacrificado el ciudadano Léo Taxil por la causa Anti-Clerical. El ciudadano Léo Taxil replica que habiéndose, con efecto, sacrificado, y siendo constantemente representado como un hombre indigno, explotador de los librepensadores, no puede menos de retirarse, y lo hace del modo más completo. Sin embargo, se ofrece á despachar los negocios corrientes hasta su reemplazo."

En aquel momento mi intencion era borrar me y desaparecer. Se iba á celebrar el Congreso de Roma, del que habia yo sido el principal organizador, y me encontraba en una dificultad.

Divulgar mis anteriores resoluciones era lo mismo que impedir la celebracion del Congreso. Quería en adelante, separarme por completo; pero no quería que me acusasen en los grupos de la Liga, de haberlo impedido; aquellos hombres, los únicos entre quienes habia encontrado simpatías, tendrian derecho, decia yo, de tratarme como desleal.

Quando á la edad de catorce años ingresé al

librepensamiento, era celador de la Obrita de Nuestra Señora del Sagrado Corazon, y como se ha visto, quise primero liquidar aquella situacion.

Del mismo modo en 1885 consideraba como leal no hacer la retractacion pública de mis malos escritos, hasta que cuando la Liga Anti-Clerical me reemplazara.

Yo sé que muchas personas, tanto entre los católicos como entre los librepensadores, no comprenderán mis escrúpulos; pero en una obra como ésta, no debo ocultar las fases por las cuales he pasado antes de llegar á una conversion completa. ¡Tanto peor para mí si me juzgan desfavorablemente! Además, estas delicadas y difíciles declaraciones serán la mejor garantía de mi sinceridad. Reconozco, sin embargo, que era, y soy aún, muy imperfecto.

Había recobrado la fé, que fué para mí, desde el primer instante, un bien inapreciable; pero tenía necesidad todavía de confirmarme en mis buenas resoluciones. Sin la gracia divina que me perseguía y me agobiaba, ¿quién sabe si yo no hubiera vuelto á caer en el abismo? ¿quién sabe si mi tentativa de volver al bien, quedando sin resultado, hubiera sido un secreto entre Dios y el humilde sacerdote de Saint Merri?

Como organizador del Congreso de Roma, me nombraron delegado. Previne á mis colegas que

mi papel se limitaría á un servicio puramente material, y con esta expresa reserva acepté la delegacion. Mis colegas, que no podian hacer abstraccion de mí (ninguno tenía relaciones en Italia), aceptaron la condicion. En suma, ninguno de ellos podrá decir que no estuvo correcto en todo.

Y ahora que se puede juzgar el estado de mi alma, todos comprenderán que el viaje á Roma, efectuado en semejantes circunstancias, fué para mí la más dolorosa de las cargas.

Cuando pienso en ello, me digo que no debiera haber hecho aquel viaje. Si lo que es imposible, hubiera encontrado ahí un poco de fraternidad, acaso engañado por aquel espejismo, habria vuelto á mis errores. Por suerte mia tuve en Italia, el espectáculo de los mismos ódios librepensadores, y una vez libertado de aquella atmósfera deletérea, volví á ver más luminoso que nunca, el faro que en la jornada del 23 de Abril me habia alumbrado.

Así Dios me llamaba, sin que yo hubiera puesto nada de mi parte.

Habia presentado desde luego mi dimision de redactor principal de la *République Anti-clericale*.

Mi retirada de la Liga provocó las instancias de algunos grupos. Varios, para hacerme volver sobre mi determinacion, me eligieron presidente de honor.

Rehusé semejante distinción, y escribí un último artículo que hubiera podido hacer comprender á mis lectores y amigos la naturaleza de mis resoluciones.

Hé aquí, entre otras cosas, lo que escribí para terminar, con fecha 16 de Mayo (núm. 316 del periódico).

..... "Lo declaro con toda franqueza: no deseo ningún mal á aquellos que, por mostrarse adversarios míos, han recogido en la prensa, ya sea intransigente, ya oportunista, mentiras que ellos creen ser la expresión de la verdad. No odio más que á los hombres de mala fé, que han inventado esas mentiras y que las han acreditado. Y, ¿es exacto decir que les tengo rencor? No siento odio ninguno, no tengo mas que desengaño y asco.

"Tenía que llegar el momento de cansancio, y ya ha llegado. Mis ojos tenían que abrirse, y se han abierto. Y veo que, salvo raras excepciones, las cuales me hacen confirmar la regla, la fraternidad republicana es una ficción. Jamás ésta entrará en el dominio de la realidad, no es posible: el 1793 ha dado el ejemplo fatal: los republicanos están condenados á devorarse unos á otros.

"Aquellos que me conocen por haberme tratado, aquellos que saben todo lo que yo he sufrido, no me condenarán.

"Pero aquellos que se creen firmísimas rocas por haber sufrido algunas contrariedades sin importancia, aquellos me arrojarán la piedra; desde ahora les perdono á todos.

"A lo ménos, la falsa situación en que me he encontra-

do hasta hoy, cesará. Á nadie obligo á seguirme. La Liga Anti-clerical, en la cual he tenido amistades sinceras, no es responsable de mi retiro: mis colaboradores quedan perfectamente libres. ¡Pero ojalá pudiera yo servirles de ejemplo!

"Lo único que pido á los grupos de la Liga, y á los amigos de quienes dejo de ser colaborador, es que no me confieran presidencias honorarias, á las cuales ningún derecho tengo, y las que rehusó; que tampoco me tengan lástima, pues precisamente ahora es cuando no soy digno de ella. Lo que pido es, que digan y repitan lo que sabiendo cuando la ocasión se presente, es decir, que he sido por parte de la mayoría de los republicanos injustamente atacado, y que cuando se ha dicho que yo he explotado á los libre pensadores, han mentido, puesto que, al contrario, he sacrificado todos mis beneficios á la propaganda: que cuando han afirmado en reuniones públicas que había formado un capital que me daba veinticinco mil pesetas de renta, han mentido, puesto que jamás he ahorrado un céntimo; que cuando me han llamado escritor pornógrafo, han mentido, puesto que nadie podrá citarme una sola línea de cualquiera de mis obras, que sea contraria á las buenas costumbres; que cuando me han tratado de falsario, de plagiario, de presidiario, hánme calumniado cobardemente, puesto que después de haber lanzado tan graves acusaciones, no han querido reproducir las cartas cuya existencia ántes habían negado, ni la sentencia del proceso Rousel, de Méry (sentencia en honor mía ante el tribunal de Casación), ni publicar mi carta de elector ó sea mi informe judicial.

"Al retirarme, al cesar de pertenecer á la Liga y al libre-pensamiento, obedezco á mi conciencia. Yo no soy, en verdad, un hombre indispensable; pues en este mundo no hay nadie que lo sea.

"Además, en lo que me concierne, uso de un supremo derecho, el que posee todo oprimido, cuando desea conquistar su libertad. Estaba encadenado con mil consideraciones que paralizaban todas mis fuerzas, y hoy me veo libre de ellas. Inclinaba mi cabeza bajo un odioso yugo que me aplastaba, y he roto este yugo. Hallábame encerrado en infecto y tenebroso calabozo, atadas las manos con los grillos del mal; hoy renazco á la luz y quedo libre."

Después de esta doble dimisión de coligado y de periodista anti-clerical, el presidente del Libre Pensamiento de Orleans, M. Francisco Bonnardot, miembro de una Lógia masónica y redactor principal de *Le Démocrate du Loiret*, me escribió la siguiente carta:

"Orleans, 17 de Mayo de 1885.

"Querido ciudadano Taxil:

"Vuestra determinacion de cejar en el combate contra el clericalismo, es un acontecimiento que no puede pasar nadvertido.

"Incontestablemente érais el más denodado de los enemigos de las sectas religiosas.

"Nadie, entre los contemporáneos, ha hecho tanto como vos para abolir las supersticiones, porque atacábais los cultos en su mismo principio, que es la Divinidad.

"¡Por eso nadie ha obtenido mejor resultado!

"Aprecio los motivos que os han dictado tan importante resolucion, comprendo que estais disgustado después de tantas calumnias, ultrajes y actos de mala fé que habeis tenido que soportar de parte de ciertos republicanos.

"Pero teniais en vuestro favor la masa del ejército anti-clerical, la aprobacion de casi todos los libre-pensadores.

"Vuestra retirada ha causado la derrota del Libre-Pensamiento.

"Es imposible que renunciéis de un modo definitivo á una tarea tan bien comenzada.

"Me perdonareis si os hablo de esta manera, cuando sepais que he sido vuestro defensor, siempre que la ocasion se ha presentado: las polémicas del *Démocrate* con los periódicos locales dan de ello testimonio.

"Tengo la esperanza de que vuestra decision no es irrevocable, y de que el Libre-Pensamiento os verá pronto al frente de su ejército.

"Recibid, querido ciudadano Taxil, la seguridad de mi abnegacion.

"FRANCISCO BONNARDOT."

"P. D.—Os ruego me autoriceis para publicar vuestra contestacion á mi carta."

Yo contesté inmediatamente:

"Paris, 18 de Mayo de 1885.

"Querido ciudadano Bonnardot:

"La expresion exacta de mi pensamiento está en mi

artículo del núm. 316 de la *République Anti-cléricale* (16 de Mayo), artículo que contiene mi despedida á los pocos libre-pensadores, á quienes las calumnias de los periodistas republicanos no había aún separado de mí.

¡Ya es bastante!

“Colmado de ultrages por los intransigentes y por los oportunistas, por revolucionarios y moderados, acribillado por los pérfidos tiros que algunos cobardes me asestaban por detrás, mientras que, soldado independiente, yo me batía á vanguardia; cansado, desanimado, descorazonado, no puedo resistir al tedio que de mí se ha apoderado, y rompo para siempre mi pluma anti-clerical.

“Puesto que la fraternidad republicana no es más que una mentira, ¡que se devoren, pues, los unos á los otros! ¡Que Hébert mande á Vergniaud á la guillotina! ¡Que Danton mande á ella á Hébert! ¡Que Robespierre mande á su vez á Danton! ¡Y que Tallien termine la série, haciendo guillotinar á Robespierre!

“¡Y cuando un guerrillero se entregue de todo corazón al libre-pensamiento, y se bata sin querer aceptar la consigna de las camarillas, que la Masonería, en sus antros, le atraviese con sus envenenadas flechas.....!

“Me pedis autorizacion para publicar mi contestacion con vuestra carta. Os doy la autorizacion con mucho gusto.

“Siempre me ha gustado la luz del día. Aunque vea que se vuelven contra mí los raros amigos que me quedan, creo que mi irrevocable determinacion no debe quedar secreta.

“Habiendo contribuido más que nadie, á la organizacion del Congreso Anti-clerical, que vá á ser celebrado en Roma á fines de este mes, iré á la Capital de Italia, pero nada más que como el servidor de los demás delegados, como un empleado que hace su servicio, y que no representa más que un papel pasivo. Terminado el Congreso volveré á mi libertad, y libre de falsos escrúpulos, trabajaré, de conformidad con mi conciencia, en confundir á los miserables intrigantes que engañan, roban y corrompen al pueblo con la máscara republicana.

“En aquel día, sin duda, estareis con mis enemigos. Os lo perdono de antemano, teniendo en cuenta la cordial simpatía que me mostrais, no obstante que sois mason.

“Personalmente, siempre estaré á vuestra disposicion.

“LEO TAXIL.”

A continuacion de esta carta, que publicó con la suya en el *Démocrate de Loiret*, M. Francisco Bonnardot, escribió lo que sigue:

“¡Qué tristeza! Y sin embargo, ¡cuántas verdades en esta carta!

“El deber de los libre-pensadores está en vengar á Leo Taxil, víctima de intrigas de ciertas camarillas republicanas que parece tienen por mision poner coto al progreso de la República.

“Leo Taxil no tiene aún treinta y dos años, y ya tiene nombradía; ¡hay gentes que no le perdonan que les haya adelantado!

“Nosotros, por nuestra parte, nos obligamos á defender al calumniado.

“Entre tanto, los clericales van á triunfar.

“F. B.”

Dos meses más tarde, el mismo M. Bonnardot, en el mismo *Démocrate du Loiret* escribió lo siguiente:

“Segun nosotros, los clericales tienen un triste recluta.

“¡Ambición de grandezas! tal puede ser la explicacion de la conversion de Leo Taxil.

“De todas maneras, el hecho en sí no puede alarmar al Libre-Pensamiento: un ambicioso de ménos, eso es todo.”

He dicho que en el Congreso de Roma mi conducta fué estrictamente correcta. Cumpli mi promesa; fui, en cierto modo, el servidor de los demás delegados.

Cuando, más tarde, mis colegas de la Liga comprendieron que durante el viaje á Italia, ya no pensaba como ellos, acriminaron mi *manera de pensar*. ¡Y luego hablaban los anti-clericales de Inquisicion!

Entre tales acriminaciones, tuvo lugar un incidente.

Una nota del *Salut Public* de Lyon, dirigida á mí, me valió un chaparron de injurias, por parte de la prensa republicana, sin excepcion.

Tenia intencion de hacer una sencilla retracta-

cion de mis escritos y luego desaparecer; despues de haber restablecido la verdad acerca de ciertos hombres de la democracia y sobre algunos hechos presentados ante el público libre-pensador á la luz de falso prisma. Pero nunca pensé lanzarme á la arena política.

Parece que mis antiguos correligionarios, en vez de dejarme en paz, tenían empeño en mortificarme.

De tal manera desfiguraron mis actos, que terminé por donde debia de haber comenzado. El disgusto se convirtió en un arrepentimiento sin reserva. Con la ayuda de Dios, comprendí que debia hacer no una retractacion vana, sino una reparacion absoluta, completa, que terminara con mi existencia.

No habia vuelto á confesarme. Entonces me dije: “Lo que tenia el deber de hacer se hará; solicitaré la absolucion de las censuras eclesiásticas, pronunciadas contra mí, y no dejaré perderse, en una cobarde indiferencia, los frutos que la gracia de Dios se ha dignado otorgarme en el dia 23 de Abril.”

Y, el dia 23 de Julio, fui á la Redaccion de *L'Univers*, pregunté por M. Augusto Roussel, con quien habia tenido bastantes polémicas, y le entregué la siguiente retractacion.

“Paris, 23 de Julio de 1885.

“Sr. Redactor de *L'Univers*:

“Habiendo el periódico *Le Salut Public*, de Lyon, anunciado mi dimision de miembro de la Liga Anti-clerical, y habiendo añadido un comentario—erróneo en algunos detalles; pero animado de gran benevolencia para conmigo, y lleno de excelentes intenciones—gran número de periódicos republicanos de Paris y de las provincias, han encontrado en él un pretexto para lanzarme, con más violencia que nunca los ultrajes de su habitual repertorio.

“Abultando lo que no se tomaban la molestia de examinar, inventando á su placer, y luego interpretando contra mí y de una manera injuriosa sus propias invenciones, esos periódicos desde hace quince dias me manchan con todo su cieno, unos diciendo que si he presentado mi dimision es para hacer traicion despues de haberme enriquecido, y otros dando á entender que me he vendido. Aqui me representan yendo al Congreso Anti-cle-

rical de Roma en *sleeping-car*, y echándome á los piés de todos los sacerdotes que hallaba á mi paso. Cuentan que á mi vuelta, al pasar por Marsella, fui á entregar una solemne abjuracion de mis escritos en manos de un reverendo Padre, mi antiguo profesor; y más allá me dicen que anduve en tratos con el Vaticano.

“Esos complementos tan varios á cerca de mi dimision de 27 de Abril, son tan falsos unos como otros.

“1.º Lejos de ir al Congreso de Roma en *sleeping-car*, viajé modestamente en segunda clase con mis colegas delegados, y ni á la ida ni á la vuelta encontré á ningun sacerdote.

“2.º A mi paso por Marsella, no solo no he visto á ningun reverendo Padre ó abate, antiguo profesor mio, pero ni siquiera hice una visita á mi familia.

“3.º Por lo que toca á mi estancia en Roma, no me separé un momento de los demás delegados de las sociedades francesas del Libre-pensamiento y si estuve en el Vaticano, fué con ellos, en las salas abiertas al público,

no para entrar en tratos, sino para admirar las obras maestras de Miguel Angel y de Rafael (todos mis colegas del Congreso pueden dar de ello testimonio).

“Pero lo que ayer no existía, existirá desde hoy.

“En el número de *L'Univers*, correspondiente al 14 de Julio dijisteis, Sr., con mucho acierto, que la carta en que presentaba mi dimision no indicaba más que una sencilla retirada, y que el disgusto que en ella se manifestaba, no era aún el arrepentimiento.

“Pues bien, señor Redactor, creedme, mi arrepentimiento es hoy absoluto. Estaba desanimado, descorazonado; pero no creía aún que de la prensa republicana pudiese salir tanta injusticia, tanta prevencion y tanta mala fé.

“No tengo nada que ver con el ruido que ha hecho mi retirada; he rehusado contestar á los *reporters* que se me han enviado; y se ha dicho que soy yo quien he provocado un *reclame!*

“Yo no he dado un solo paso hácia ningun periódico del partido que hasta hoy había

combatido; y se dice que todas las redacciones de los periódicos católicos me han cerrado las puertas!

“Se han amontonado mentiras sobre mentiras.

“¡Y he creído durante diez y siete años que la verdad estaba en el partido republicano! ¡Y había sacrificado á ese partido todas mis amistades de la infancia! ¡Y llegué hasta á olvidar á mi padre, á mi querido padre, sobre quien uno de esos periódicos escupe hoy toda su rabia!

“¿En qué ceguera imperdonable he vivido?

“Por eso, la abjuracion solemne de mis errores, que no había hecho, la hago hoy. Y la sencilla dimision que había hecho, no basta á mi conciencia. Pido á la Liga Anti-clerical mi exclusion. Pues no se trata ahora de una disposicion hácia el arrepentimiento, segun vuestra expresion, sino del arrepentimiento *sincero* y *absoluto*; pues al desengaño que tales iniquidades han causado en mí, ha sucedido el dolor de mis culpas; porque si hoy derramo lágrimas, estas lágrimas no son de despecho ni cólera; son por el escándalo que

he causado, escándalo que deploro con todo mi corazón, y á cuya reparacion consagraré en lo de adelante todos mis esfuerzos.

“Recibid, señor Redactor, mis respetuosos saludos.

“LEO TAXIL.”

“(Gabriel Jogand Pagés.)”

En vista de esta pública manifestación de mis nuevos sentimientos, el *Grupo Garibaldi*, de la Liga Anti-clerical, convocó con urgencia á sus miembros, para una solemne reunion cuyo objeto era el siguiente:

“Expulsión del ciudadano Leo Taxil.”

El secretario del grupo me envió una carta convocatoria. Las personas á quienes la enseñé, me dijeron:

—No vayáis á la reunion. Vuestros antiguos colegas estarán furiosos. Os exponéis á que os suceda una desgracia.

—Estoy convocado, y por consiguiente, iré. Además, conozco á mis antiguos compañeros. La mayor parte son obreros, extraviados como yo lo he estado, pero honrados. No les tengo miedo. No son capaces de abusar de su número contra un hombre solo; no los creo *cobardes*.

—Pero se introducirán masones en la reunion, y habrá mucha gente. Bastará una chispa para

poner fuego á las pasiones de una multitud de antemano irritada. Á lo ménos, permitid que os acompañen algunos amigos.

—No, iré solo; estoy casi seguro que los masones se deslizarán en la reunion. Si fuera acompañado dirían á los coligados que iba á insultarlos, y entonces podría verificarse un conflicto. Solo, estaré más seguro. Me presenté, pues, el lunes 27 de Julio, en la reunion de la Liga. Me armé de un revólver, para detenderme en el caso en que mi vida se hallara en peligro.

Tenía lugar la sesion en un vasto local situado en los sótanos del café de Francia, en la esquina de la calle Turbigoy y de la del Templo. La sala estaba llena, noté que varios masones extranjeros á la Liga se habian mezclado en la reunion. En el momento de mi llegada estaban en plena sesion. Ocupaba la presidencia M. M\*\*\* antiguo administrador de la *République Radicale*, acompañado del Tesorero central de la Liga y del secretario del *Grupo Diderot*.

El presidente pronunciaba un discurso.

Parece que la opinion general era que yo no iria, porque mi entrada produjo verdadera estupefaccion.

—¡Cómo! ¡Atreverse á venir aqui! gritaban todos.

—¡Qué audacia!

—¡Está loco! decían algunos.  
Aquello era un tumulto indescriptible.

Enojado el presidente de verse así interrumpido en medio de uno de sus más elocuentes períodos, agitaba la campanilla. Finalmente, aunque á duras penas se restableció el silencio, M. M.\*\*\* me apostrofó entonces con grandísima violencia.

—¡Cómo! ¿y sois tan infame que os atreveis á insultar á aquellos que se disponen á expulsaros? Es preciso que no tengais nada en el vientre (textual). ¡Sin embargo, no estais loco! ¡Jamás habeis creído en la Religión, ni un solo minuto de vuestra existencia, ni creereis en ella nunca. ¡Sois un comediante y un cobarde! ¡Cómo! ¡después de haber formado diez y siete mil afiliados, después de haber creado el gran movimiento anti-clerical, renegais de todo esto! No teneis derecho á obrar de este modo. ¡Es un crimen! ¡Sois un traidor! ¡Valiera más que hubiérais matado á todos estos hombres que están aquí presentes, antes que hacerles traición de esta manera! ¡También vos teneis cargo de almas! ¡Ah! ¡no nos engañais con vuestra abjuración! La verdad es que el Vaticano os ha pagado muy caro, y si no habeis todavía recibido el precio de vuestra traición, pronto lo recibiréis. ¡Probadnos que no os habeis vendido!

Quise contestar, y la presidencia me negó la palabra.

—No hay nada de comun entre vos y nosotros, exclamó el presidente: ¡sois un cobarde al haber venido aquí!

—¡Oh! repuse yo, si no queriais verme, ¿para qué me habeis convocado?

—No, no; no queremos oiros.

Ruido. —  
Unos son de parecer que debo retirarme, y otros, que era preciso oírme.

Un voto de la asamblea me dió la palabra.

—No vengo, dije, á presentar excusas. La expulsión que vais á pronunciar, la he pedido yo mismo. Si he respondido á vuestra convocatoria, es porque quiero declararos que no os abandono por traición, como vuestro presidente, sin conocer el asunto, lo declara. Un general que hace traición, es aquel que entrega su ejército al enemigo; un traidor es también el agente secreto que espía á sus compatriotas y se hace pagar su espionaje. Pues bien, preciso es que lo sepais, ni he sido entre vosotros un espía, ni os he entregado á vuestros adversarios. Si he estado mucho tiempo en vuestra compañía, es porque durante largo tiempo he creído que la verdad se encontraba en la causa anti-clerical. Reconozco que me he engañado, me parece que tengo este derecho; pero

al dejaros, de ningún modo os comprometo. Nadie de vosotros tendrá que quejarse de mi vuelta con los amigos de mi infancia. Esto es lo que he venido á declararos. Decid que reniego de la bandera del libre-pensamiento, si, ¡es la verdad! pero que os hago traición, ¡eso no!

Iba á añadir algunas consideraciones acerca de la amistad inalterable que me unia aún á las personas de los coligados—pues la divergencia de opiniones no excluye el afecto que une á los individuos.—Cuando el presidente, fuera de sí, me interrumpió.

—¡Esto es ya demasiado! grita. ¡La insolencia de este miserable no conoce límites! ¡La asamblea se deshonorra con oírle!

Y á esto agrega que no me dejará continuar, ó que perderá su nombre.

Un coligado dice que aquello es la insolencia.

—¡Que hable! dice. ¡Que diga todo lo que quiera! Veremos luego cómo se han de apreciar sus explicaciones.

La presidencia protesta.

—¡M. Leo Taxil, se burla de todos nosotros? grita el presidente. ¡Tanto peor para aquellos que aceptan sus desafíos al sentido común! Pero le retiro la palabra, y no abrirá la boca en este recinto. ¡Que se calle, y nos libre cuanto ántes de su presencia!

Ruido.

—¡Que hable!

—¡Que no hable!

Algunos puños se levantan amenazando.

—¡Id á Lourdes! chilló una voz.

—Aquí no se trata de Lourdes, contesté yo, y sí de la libertad que vosotros violais no queriendo oírme.

—¡Que lo lleven á Charenton! gritó otro.

—¡No, no estoy loco! grité yo también. Ya lo vereis un día, si ahora no me comprendéis.

Y en medio del tumulto, dominaban estos gritos:

—¡Que hable!—¡Que no hable!

El presidente y sus asesores presentaron sus dimisiones, como miembros del tribunal. La asamblea les reemplazó con tres coligados, que fueron de parecer que yo hablara.

Yo estaba muy conmovido. Muchos de los que me injuriaban eran aún mis amigos algunos días ántes. Tenia yo el corazón partido de dolor, pues me apenaba romper con aquellas pobres gentes, que en su mayoría eran buenos padres de familia; me maldecía á mí mismo por haberles engañado, y sufría reconociéndome en gran parte, la causa de su ceguedad.

Con los ojos preñados de lágrimas les expresé mi eterno reconocimiento porque no creyeron en

las calumnias masónicas que atacaban mi honradez.

—Entonces, ¿por qué renegais de nosotros? contestaban.

—No reniego de vosotros, como amigos; más no puedo hacer causa comun con vosotros, como coligados, puesto que estoy convencido que por largo tiempo, ¡ay! he caminado por los falsos caminos del error. Por lo que toca á vosotros, si es verdad que mi retractacion pública os obliga á arrojarme de vuestra Sociedad, la experiencia os probará, por el contrario, que soy un hombre incapaz de haceros daño alguno, y espero que un día llegará, en que muchos de los que están aquí presentes, me apretarán la mano como amigos, sino como partidarios de las mismas ideas.

—¡Nó! ¡nó! ¡Marchaos!

Uno de los miembros de la Comision central dió entonces lectura á mi carta á *L'Univers* y añadió:

¡Antes que escribir esta carta, ciudadano Taxil, debiérais haberos levantado la tapa de los sesos!

Sigue una explicacion entre uno de mis colaboradores y algunos de los circunstantes. Reprochan á mi colaborador no haber dado aviso á la Liga, luego que comprendió el cambio de mis ideas. Este contesta que no siendo coligado no tenía que mezclarse más que en lo del periódico, y que des-

pues de mi dimision de redactor principal, la *République Anti-Cléricale* continuaba siendo fiel á su programa.

Taxil, repuso, estaba unido á mi con los lazos de antigua amistad. No me correspondía venir aquí á explicaros su último artículo, vosotros debiérais haber comprendido el sentido de su retirada. Pero sabed que su mujer y yo le hemos hecho miles de reflexiones, y todo lo que aquí podeis haberle dicho no es nada en comparacion de lo que nosotros le decimos desde hace dos meses.

Y así era la verdad, mi mujer y mis colaboradores, desde el dia que supieron que estaba yo dispuesto á retractarme públicamente, me agobiaron con sus reproches; y tuve que sostener en mi casa verdaderos asaltos. Me veía continuamente expuesto á las recriminaciones de mi querida esposa, loca de cólera: yo no sé cómo pude resistir á sus constantes súplicas. La confidencia, relativa á las tormentas de mi hogar, no calmó á los coligados, furiosos contra mí é incapaces de tener un sentimiento de justicia hácia aquella que estaba con ellos de todo corazón.

—¡Su mujer, contestaron luego que mi colaborador hubo terminado de hablar, su mujer está de acuerdo con él, está haciendo la comedia, con más habilidad aún que su marido!

Ved aquí como fué recompensada su obstinacion en permanecer anti-clerical.

—La sesion tocaba á su fin.

Se desbordó entónces un confuso torrente de todos los chismes inventados acerca de mi conversion. Estaban seguros, decian, de que me confesaba regularmente; la mujer de un coligado habia dicho, en la Librería de la calle de las Escuelas, que me habian visto comulgar el domingo anterior; segun algunos, no habia interrumpido nunca mis prácticas religiosas, y habia engañado por espacio de diez y siete años al librepensamiento. En una palabra, yo era un instrumento de los jesuitas; era un juego mio, y mi anticlericalismo no habia tenido nunca más objeto que mi conversion.

Se comprenderá que yo los dejaba hablar.

Por fin, el presidente hizo votar por unanimidad la siguiente orden del dia:

“Considerando que el llamado Gabriel Jogand Pagés, sedicente Léo Taxil, fundador que fué de la Liga Anti-Clerical, há renegado de todos los principios que ántes habia defendido, ha hecho traición al librepensamiento y á todos sus correligionarios: los coligados presentes en la reunion del 27 de Julio de 1885, sin detenerse en los móviles que han dictado tan infame conducta, lo ex-

pulsan de la Liga Anti-clerical como á traidor y renegado.”

—¡Reniego del librepensamiento, dije, pero no he hecho ni haré traicion á nadie!

Y me marché tranquilamente, como habia ido, en medio de las bociferaciones del tumulto y de algunas amenazas. Despues de mi expulsion recibí gran número de cartas de los coligados. Muchos decian tenerme compasion. Tres ó cuatro me injuriaban. Una señora librepensadora, no afiliada á la Liga, pero que siempre se interesó en mi lucha contra la Religion, escribía á mi mujer indicándole un tratamiento que debia hacerme seguir; pues, segun ella, evidentemente estaba loco: ponía su casa de campo á mi disposicion para que pudiese tener un reposo absoluto.

Por otra parte, recibí una carta de felicitacion del secretario de la *Union Anti-Cléricale*, grupo del librepensamiento de Tolon. Habia abierto los ojos algun tiempo ántes que yo.

Era un hombre muy tolerante. Hallándose su mujer enferma de peligro, quiso ésta recibir los últimos Sacramentos, y mandó venir á un sacerdote.

La pobre difunta fué luego enterrada con las ceremonias de la Iglesia.

Esta conducta tan correcta le valió amargos reproches por parte de los coligados toloneses,

quienes hubieran querido que el marido libre-pensador impidiese á su mujer morir en su Religión.

El secretario de la *Union Anti-Clericale* presentó, despues de estos hechos, su dimision; la intolerancia de sus colegas le habia abierto los ojos. Hoy es un convertido sincero, un católico lleno de celo; su conversion á Dios ha sido de las más ardientes. Al dia siguiente de la famosa sesion, en la cual tuve que habérmelas con mis antiguos compañeros de impiedad, recibí la visita de uno de los principales redactores del *Catholic Times*, de Londres, quien despues de haber conversado largo tiempo conmigo, me propuso presentarme á Mons. di Rende, Nuncio de la Santa Sede en Paris.

Acepté con gratitud, creyéndome demasiado honrado con ser recibido, yo, un indigno, por el representante del Soberano Pontífice.

Monseñor di Rende estuvo lleno de bondad para conmigo. Con exquisita dulzura me hizo preguntas acerca de mi infancia: lo que más le interesaba era saber en qué condiciones me habia separado de la Iglesia; queria darse cuenta de la causa determinante de mi apostasia. Yo no le oculté nada. Cuando le conté mi reclusion en Mettray, no pudo ménos de exclamar:

—¡Pobre jóven! ¡pobre jóven! ¡Ah! no era eso

lo que os hacia falta, lo comprendo, un régimen de rigor. . . . A lo ménos aprovechaos de vuestra experiencia, y puesto que vuestra conversion irrita á las personas que os tocan más de cerca, sed para con ellas mejor que nunca.

Expuse á Mons. di Rende mis proyectos.

—¿Qué pensais hacer? me preguntó.

—Mi hogar se ha convertido en centro de la más violenta discordia; estoy completamente desesperado. Nos separamos mi mujer y yo, en los mejores términos. Por lo que á mí me concierne, tengo intención de desaparecer. Iré á terminar mi triste vida en algun convento para orar y hacer penitencia hasta mi muerte. Uno de mis amigos de Lyon se ocupa en este momento en buscarme un retiro entre los cartujos.

El Nuncio me disuadió de este proyecto.

No os dejéis arrastrar, me dijo, por un movimiento inconsiderado que acaso os pesaría más tarde. Créo que unos ejercicios os serian útiles ahora, pero unos ejercicios cortos, de cuatro ó cinco dias á lo más; el tiempo preciso para que la paz entre en vuestra alma. No es conveniente que, dado el estado de vuestro espíritu, tomeis una resolucion definitiva. Además, no tenéis derecho á separaros de vuestra pequeña familia: sois vos quien ha llevado la impiedad á vuestro hogar: soportándola hoy hareis verda-

dera penitencia. . . . . ¿Y por qué, Dios, que ha usado con vos de misericordia, no abrirá también un día los ojos á aquellos que tanto amais, como os los ha abierto á vos? . . . . . Orad, orad, sed bueno, caritativo, paciente; amad á vuestra familia de todo corazón; vuestra esposa y vuestros hijos acabarán por comprender que la Iglesia no les ha arrebatado ni una partícula de vuestro amor, y con la gracia de Dios esta prueba, que al fin es merecida, no durará siempre.

Di las más expresivas gracias á Mons. de Rendé por tan consoladoras palabras, y me postré á sus piés.

—¡Monseñor, le dije, que la Santa Sede reciba, en vuestra persona, la expresión de mi sincero arrepentimiento por lo pasado, y el homenaje de mi sumisión respetuosa y sin reserva para lo presente y lo porvenir!

Me bendijo su Eminencia y me levantó en seguida.

—Ahora, amigo mío, dijo, abracémonos como padre é hijo.

Y me arrojé á sus brazos.

De este modo fui absuelto de las censuras eclesiásticas pronunciadas contra mí.

El 31 de Agosto entré, por cuatro días, en una casa de ejercicios religiosos, situada en las cercanías de París. Deseaba con ansia ser admitido

en el tribunal de la penitencia, pues el 24 de Abril no había podido confesarme, por hallarme en un caso reservado.

Verdad es que mis antiguos colegas pretendían saber que me confesaba y comulgaba, hacia ya algunos meses. Desgraciadamente no era así, y los librepensadores habían, una vez más, hablado de lo que ignoraban completamente.

Fui admitido en el confesonario el 1.º de Setiembre. Pasé tres días en la meditación y el recogimiento, y el 4 de Setiembre, el reverendo Padre C\*\*\*, con plenos poderes, me dió la absolución.

Sin embargo, mi querida esposa, cada vez más irritada, quiso separarse de mí. Yo la horrorizaba, decía, y hablaba lo mismo que pensaba.

Tuve que resignarme á tan cruel separación, la cual por fortuna no debía ser muy larga.

No se rompió, por una divergencia de opiniones, una unión de diez años.

El 12 de Noviembre, mi mujer, después de varias entrevistas, consintió en volver á nuestra común existencia, y convenimos en que viviríamos en una recíproca tolerancia.

Pero me faltaba hacer una piadosa peregrinación.

Deseaba ver á mi buena y santa madrina, cu-

yo sacrificio y oraciones son ciertamente una de las causas de mi conversion.

Fuí, pues, á Lyon, donde encontré á mi querido padre, quien con este motivo había llegado de Marsella, no obstante sus muchos años. Y el 15 de Noviembre tuve la inefable alegría de renovar mi primera comunión, en la capillita del convento de Nuestra Señora de la Reparación, en el barrio de san Ireneo, muy cerca de Fourvières.

Al día siguiente fui á Mongré, morada bendita de mi infancia, y por favor providencial encontré allí, también de paso, al excelente P. Samuel, el mismo que veinte años ántes me había preparado á recibir por vez primera á mi Criador.

El 18 era un hecho mi vuelta al hogar conyugal.

Por lo que toca á la Librería de la calle de las Escuelas, mi esposa en fuerza de las circunstancias tuvo que abandonarla, no obstante las esperanzas lisonjeras de que estaba animada.

Al principiar el año de 1885, la situación de la casa de edición anti-clerical era la siguiente:

El activo (material, mercancías, fondos en caja y propiedades literarias) se elevaba á 600,000 pesetas. El pasivo (cuentas de los proveedores y deudas corrientes) se elevaba á 75,000 pesetas. La ci-

fra de negocios variaba entre 25,000 á 30,000 francos al mes.

He querido presentar estas cifras para contestar una calumnia republicana. Con efecto, ciertos periodistas librepensadores, no pudiendo comprender mi conversion, y obligados á confesar que no estaba loco, escribieron, en la época de mi retractación pública, que "volvía á la Iglesia porque el anti-clericalismo ya no me producía."

Como la librería de la calle de las Escuelas tuvo que cerrarse en Diciembre de 1885, sus *clichés* fueron fundidos y sus mercancías vendidas al peso: importaba probar que mi conversion no siguió, sino por el contrario precedió ocho meses á la liquidación.

Mi dimisión (27 de Abril) de miembro del librepensamiento y de redactor principal de la *République Anti-Clericale*, y mi propósito de no escribir en adelante libro alguno contra la religion, dió el golpe de gracia á la casa editorial de que hablamos, y mi retractación pública la mató por completo.

Luego han mentido diciendo que la ruina de la Librería Anti-Clerical fué lo que me hizo volver á ser cristiano. El 23 de Abril tenía aquella casa un magnífico porvenir comercial.

Y aquellos que, por el contrario, han insinua-

do que al convertirme me retiraba despues de haber hecho fortuna, tambien han mentido.

La verdad es que salí de la calle de las Escuelas sin poseer otra cosa que algunos libros y mi ropa, y que mi mujer, victima de una situacion de que no era causa y por la cual se iritaba, tuvo que abandonar hasta su último céntimo á los liquidadores de la libreria.

Finalmente, algunas personas se han admirado de que esa casa editorial cayese de aquella manera, sin encontrar compradores. Hé aquí la razon:

No faltaron solicitantes: pero aquellos que se presentaron exigian la autorizacion para reeditar mis obras anti-clericales, que formaban la parte más importante del negocio.

Pero en conciencia, ¿podia yo conceder semejante autorizacion? Y, ¿no debía como lo he hecho, oponerme á toda reimpression de mis malditas obras, ya retractadas, cualesquiera que fuesen las consecuecias de mi denegacion?

Dejemos ya estas explicaciones. Que los republicanos y librepensadores se imaginen que de un modo ó de otro me ha guiado el vil interés, poco me importa. Ellos, que incrédulos, no ven en todo más que la mentira, ¿cómo podrian ver una conversion sino es bajo el punto de vista material?

Tengamos compasion de esos pobres ciegos. No

pueden comprender las suaves alegrías de una conciencia que ha encontrado la paz.

Y que los católicos, cuya fé sabe apreciar los esplendores de la divina misericordia, unan sus oraciones á las mias para pedir á Dios me conceda la gracia de la perseverancia.

Que rueguen por las personas que más amo en este mundo. Que rueguen por los desgraciados á quienes mis perversos escritos han engañado y alejado de la religion.

Paris, 25 de Diciembre de 1886.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
 DE BIBLIOTECAS

## CONCLUSION.

Durante larga serie de años, un hombre ha tenido la desgracia de blasfemar contra la santa religion, que el mismo Dios instituyó en la tierra. Ese Dios, por un milagro de su gracia lo toca de pronto. Dios ilumina su espíritu, y le habla al corazón; la venda cae de sus ojos y se convierte en cristiano, y cristiano penitente reconoce que su vida ha sido una série de los más vergonzosos y punibles delitos aún ante los hombres. Levanta los ojos al cielo, y compara una tan prolongada rebeldía, con la bondad del Dios que lo apartó de ella y que además le promete gracia si su conversión es sincera y perseverante. Ese contraste espanta á su razón; no puede comprender como será posible que alcance un perdón de que se siente indigno. Al meditar en la justicia de Dios, como que duda de su misericordia; pero el evangelio le responde por boca de uno de los apóstoles. "De tal manera amó Dios á los hombres, que les envió á su Hijo, y lo entregó á la muerte por ellos." Entónces el pecador contrito comprende ese inefable misterio: su razón orgullosa y ciega lo había rechazado; pero su amor contrito y humillado lo acepta de una manera profunda. Cree porque ama; cree porque agradece; cree porque vé toda la bondad del Creador proporcionada á las miserias de la criatura.

*¡Oh Dios mio! Todos vuestros misterios son de amor, y por esto son divinos. El hombre no puede inventarlos porque son superiores á él.*

*Solo un Dios ha podido revelárnoslos, porque solo un Dios ha podido ser su autor.*

*El hombre se niega á creer, porque es ingrato, y es ingrato porque es ciego. ¡Oh Dios que habeis amado tanto á los hombres, dad la luz á los ciegos y tocad el corazon á los ingratos! . . . ¡Oh Dios mio, bien sé que estas verdades que escribo son la condenacion de mi vida entera. ¡Vos sois quien me las enseñó, y yo las olvidé durante tanto tiempo, creyéndome iluminado! Tal es la ceguedad de las pasiones, que no comprendia lo mismo que hoy me parece tan óbvio y tan claro. Os habeis dignado abrir mis ojos en un momento. ¡Completad vuestra obra! Dios mio! Despues de haberme hecho conocer mis faltas, enseñadme como debo repararlas, tanto cuanto esté de mi parte: prestadme el tiempo y proporcionadme los medios para ello, si así lo quiere vuestra misericordia, y que la confesion que hago aquí, sea útil á mis hermanos, de los cuales, ninguno ha sido tan gran pecador como yo. Que ellos repitan conmigo: "Cognovi, Domine quia æquitas judicis tua." "Dios mio, he reconocido que tus juicios son la justicia misma." — (LA ARPE.)*

FIN.

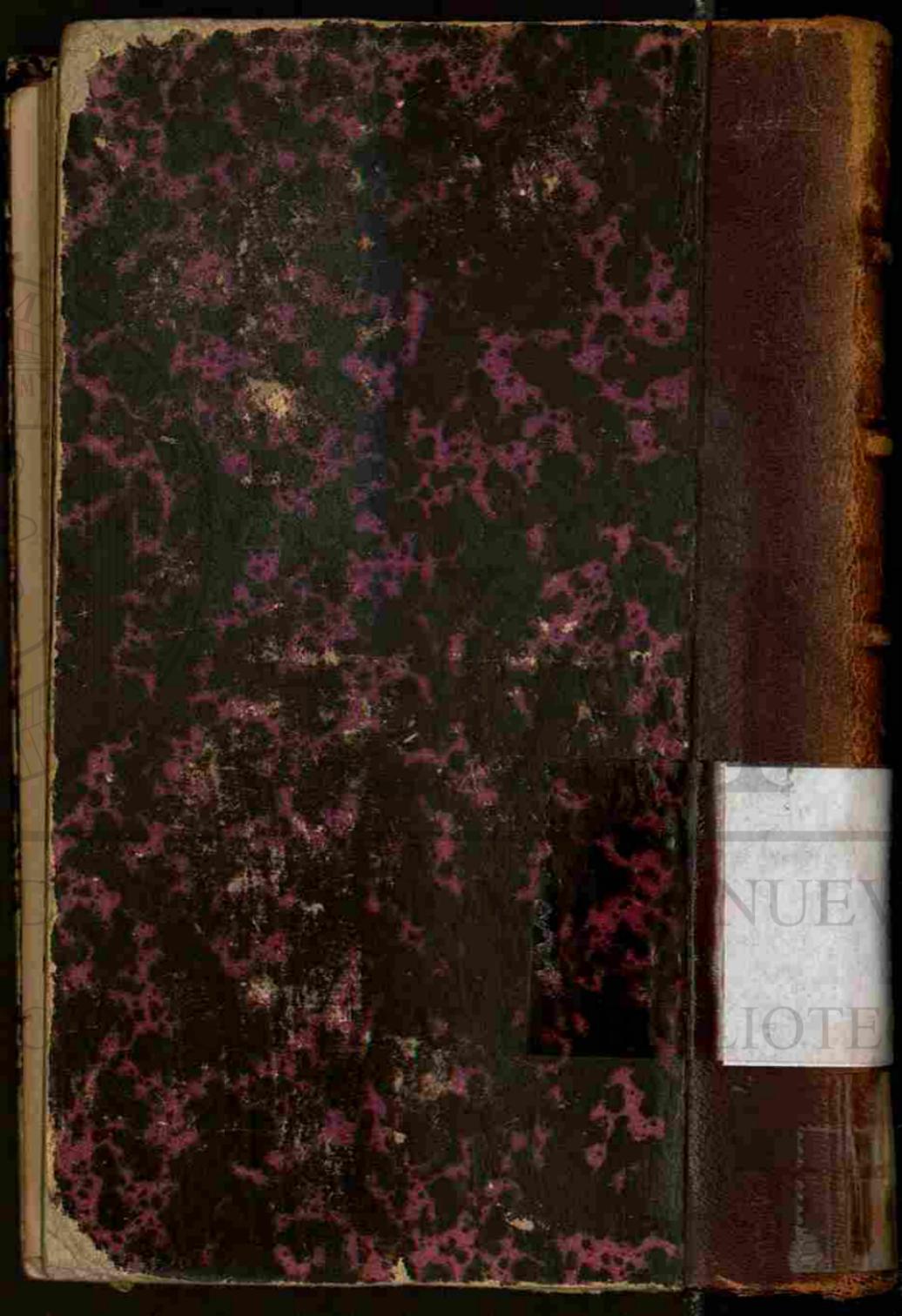
## INDICE.

	Páginas.
Prólogo del traductor.	I
Mi infancia.	3
La Caída.	20
La Rebelion.	34
Extraviado.	73
La Comuna.	121
De Marsella á Paris.	139
Guerra á Dios.	161
Las Mentiras.	196
La Propaganda del mal.	225
Garibaldi.	242
El Libre pensamiento militante.	286
Mi conversion.	307
Conclusion.	365

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

CENTRO GENERAL DE BIBLIOTECAS





NUEVA  
BIBLIOTECA